



**EL COLEGIO DE MÉXICO
CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES**

HACER Y HABLAR LA REVOLUCIÓN
**Estudio sobre la idea de la excepcionalidad
mexicana en el lenguaje revolucionario**

**TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN ADMINISTRACIÓN PÚBLICA
PRESENTA**

Carlos David Lozano Wolfgang

México, D.F.

Julio de 2006

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO PRIMERO	
REVOLUCIÓN Y LENGUAJE	13
1789: EL PASADO NOS OPRIME	20
LA REVOLUCIÓN PERMANENTE: EL LENGUAJE DEL FRACASO	34
LA PATRIA DEL PROLETARIADO: EL LENGUAJE DE LA VICTORIA	42
CAPÍTULO SEGUNDO	
LA PRIMERA REVOLUCIÓN SOCIAL DEL SIGLO XX	
LOS ORÍGENES DE UN MITO	53
EL ATENEO DE LA JUVENTUD:	
ESCALADA RETÓRICA Y BÚSQUEDA DE LO MEXICANO	60
PRIMEROS SÍNTOMAS DEL DISCURSO POLÍTICO REVOLUCIONARIO	75
UN CAMBIO TOTAL DE TODO	86
TRES ESTILOS RETÓRICOS	92
CONSTITUCIÓN DE 1917: LA ALEGORÍA ECLIPSA AL JEFE	105
CAPÍTULO TERCERO	
EL ENEMIGO HA LLEGADO A CASA	
LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE UN MITO	123
LA GUERRA DE 1914 Y LA FANTASÍA MEXICANA	124
¡ENHORABUENA, CAMARADAS BOLCHEVIQUES!	137
LA CONTRAOFENSIVA	154
NUEVA LEGITIMIDAD REVOLUCIONARIA	161
<i>La Revolución somos nosotros...</i>	167
<i>Una toma de conciencia</i>	178
<i>Un partido emisario</i>	190
EPÍLOGO	
CINCUENTA AÑOS DE EXCEPCIONALIDAD	201
BIBLIOGRAFÍA	205

AGRADECIMIENTOS

Estas páginas tienen su propia historia: la historia de los últimos cuatro años de mi vida. Son el fruto de un largo (quizás demasiado largo) proceso en el que participaron muchísimas personas. En cuatro años he acumulado tantas deudas, y con inteligencias tan excepcionales, que mi gratitud forzosamente rebasa las dimensiones de estas líneas.

Quisiera empezar por agradecer a mis maestros, de quienes no solamente he recibido una influencia intelectual, sino algo mucho más valioso: una vocación académica, un proyecto de vida. Gracias por su ejemplo a Javier Garciadiego, María del Carmen Pardo, Alberto Arnaut, Soledad Loaeza, Rogelio Hernández, Isabelle Rousseau, Carlos Alba, Francisco Gil Villegas, Ilán Bizberg, Fernanda Somuano y Mauricio Merino. Todos ellos, en más de un sentido, implícita y explícitamente, han puesto algo suyo en estas páginas.

Menciono de forma muy especial a Rafael Segovia, maestro de maestros, hombre sabio y generoso como pocos, un conversador extraordinario y poseedor de una de las plumas más hechizantes que conozco: mi gratitud y cariño hacia él no tienen límites. Pertenecer a una de tantas generaciones de El Colegio de México educadas bajo la égida segoviana es y seguirá siendo uno de los grandes honores de mi vida.

A Fernando Escalante lo he dejado para el final porque en sentido estricto nunca fue mi maestro; no de forma “oficial”. Sin embargo, ha sido mucho más que un maestro: a él no solamente debo lo que tenga de valioso e interesante este ensayo, sino toda una

manera de conocer la realidad, un *estilo* de acercarse al universo de lo social, que me ha cautivado desde hace años. Su imaginación inagotable, generosa y pacientemente compartida en cada conversación, ha sido para mí una fuente de inspiración ininterrumpida. Por todo lo dicho y lo que faltó decir, mi agradecimiento eterno.

También debo una mención a quienes compartieron conmigo la peculiar aventura de estudiar en El Colegio de México, e hicieron de ella un verdadero deleite. Gracias por su amistad a Alonso Cerdán, Iván Ramírez, Mauricio Tabe, Paola Mendoza, Juan Fernando Ibarra, Roselí Venegas y Santiago Ibarra. Con esta tesis pongo fin a la parte que me correspondía para cerrar una etapa que iniciamos juntos hace ocho años. Por último, por haber sido el impulso que me llevó a concluir este trabajo, mi gratitud infinita al amor de mi vida y compañera de viaje, Narayani Lasala.

A mi padre, trotskista retirado y buen revolucionario
que supo contagiar sus ideales a su hijo.

Lo que una generación quiso libremente se transforma para la generación siguiente en un destino inexorable... La historia es la tragedia de una humanidad que hace su historia, pero no sabe la historia que hace.

Raymond Aron

INTRODUCCIÓN

El lector no tiene en sus manos una historia de la Revolución Mexicana; no en un sentido tradicional. No encontrará en estas páginas un recuento de hechos y sucesos. Tampoco se tropezará con ninguna novedad, ningún hecho que fuese desconocido. No ha sido el prurito historiográfico por descubrir materiales y datos inéditos lo que nos ha movido a escribir este ensayo. Confesamos no haber pisado un solo archivo en todo el tiempo que dedicamos a esta investigación. La historia que aquí hacemos ha sido mil veces contada de mil maneras distintas: nuestra pretensión se reduce a contarla una vez más, desde otra perspectiva, y esperar que algo se agregue a la comprensión del fenómeno.

Nuestro centro de atención es el lenguaje de la Revolución Mexicana, entendido éste en un sentido amplio del término. Nos interesan los símbolos y los mitos que envuelven la historia del movimiento, y que en última instancia se convirtieron en la fuente de legitimidad del régimen posrevolucionario. La materia prima de nuestras reflexiones ha sido el discurso político de la elite revolucionaria, que hemos tratado de interpretar tanto por su contenido como por sus formas y tonalidades. Esto no quiere decir que nuestro estudio se constriña al mundo de las palabras. Creemos que en política el lenguaje determina la acción, y nuestro propósito a lo largo del texto ha sido esclarecer

el vínculo que une a las palabras con los hechos: si miramos con detenimiento, cada manera de *hablar* la Revolución nos remite a una manera de *hacerla*, lo que a su vez significa una manera concreta de *justificarla*, es decir, de darle un sentido histórico.

Ahora bien, hay infinidad de posibles acercamientos a un tema como éste. Para guiar nuestro estudio, hemos escogido un elemento del discurso político que pensamos que está en el fondo mismo de toda la simbología revolucionaria: la idea de la excepcionalidad mexicana. El lenguaje de la Revolución terminó edificando una gran alegoría sobre la esencia de la nacionalidad. 1910 no sólo fue la cima más elevada de la simbología de la historia patria, sino que llegó a convertirse en la definición *íntima* del mexicano; no fue sólo un lazo simbólico entre compatriotas, el acicate del orgullo nacionalista, también representó el encuentro del mexicano con sí mismo, con su origen, con su *ser verdadero*. La alegoría de la Revolución, a lo largo del siglo XX, fue por momentos la expresión privada de cada mexicano, la fuente de sus emociones, sus odios, deseos y sueños.

Sin duda la literatura fue un medio feraz, donde el mito de la excepcionalidad mexicana cobró sus formas más hiperbólicas; también las más hermosas. En la prosa de Octavio Paz encontramos una de las exposiciones más vehementes y acabadas del mito:

La Revolución es una súbita inmersión de México en su propio ser. De su fondo y entraña extrae, casi a ciegas, los fundamentos del nuevo Estado. Vuelta a la tradición, re-anudación de los lazos con el pasado, rotos por la Reforma y la Dictadura, la Revolución es una búsqueda de nosotros mismos y un regreso a la madre. Y, por eso, también es una fiesta: la fiesta de las balas, para emplear la expresión de Martín Luis Guzmán. Como las fiestas populares, la Revolución es un exceso y un gasto, un llegar a los extremos, un estallido de alegría y desamparo, un grito de orfandad y de júbilo, de suicidio y de vida, todo mezclado. Nuestra Revolución es la otra cara de México, ignorada por la Reforma y humillada por la Dictadura. No la cara de la cortesía, el disimulo, la forma lograda a fuerza de mutilaciones y mentiras, sino el rostro brutal y resplandeciente de la fiesta y la muerte, del mitote y el balazo, de la feria y el amor, que es raptó y

tiroteo. La Revolución apenas si tiene ideas. Es un estallido de la realidad: una revuelta y una comunión, un trasegar viejas sustancias dormidas, un salir al aire muchas ferocidades, muchas ternuras y muchas finuras ocultas por el miedo a ser. ¿Y con quién comulga México en esta sangrienta fiesta? Consigo mismo, con su propio ser. México se atreve a ser. La explosión revolucionaria es una portentosa fiesta en la que el mexicano, borracho de sí mismo, conoce al fin, en abrazo mortal, al otro mexicano.¹

Treinta y cinco años separan a *El laberinto de la soledad* del triunfo del constitucionalismo, y en todo ese tiempo la Revolución no dejó de explicar al mexicano desde sus entrañas. La Revolución es así interpretada como el *gran despertar* de México: el surgimiento de una nación oculta hasta entonces “por el miedo a ser”, enterrada bajo siglos de represión, sometida por formas artificiales, inauténticas, pero que finalmente se revelaba ante el mundo y ante sí misma como era, única, netamente mexicana, excepcional.

Seguramente los años cincuenta fueron un periodo ideal para explotar el mito de la excepcionalidad. Cuando Octavio Paz escribe su *Laberinto*, la elite política que gobernaba en nombre de la Revolución podía jactarse de haber construido un país ejemplar, donde se gozaban los frutos de una economía pujante y una política ordenada y pacífica, completamente inusual en el resto de América Latina, por no decir el mundo. La ciudad de México era la imagen de ese paraíso que había edificado la Revolución, la joya de la corona, el espacio urbano donde florecían la cultura y las artes y que se alejaba cada vez más de su pasado rural y violento. Además, la clase gobernante había terminado de limar las aristas más irritantes de la ideología revolucionaria, haciendo del régimen un verdadero edén para todos, incluidos los viejos enemigos de la Revolución, como el clero y el gran capital. Ante un mundo dividido por la Guerra Fría, el México emanado de la

¹ “El laberinto de la soledad”, en *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a El laberinto de la soledad*, México, FCE, 2ª ed., 1994, p. 162.

Revolución, alejado de los conflictos de la época y vacunado de las tentaciones del bolchevismo, podía en efecto ensalzarse como algo único y extraordinario.

Pero la Revolución entendida como el origen del México excepcional no es un invento de nuestros poetas de mediados del siglo XX, sino de los mismos hombres que se levantaron en armas contra la dictadura del general Díaz. Es una idea que invade el lenguaje revolucionario desde su gestación y que va modificándose en el transcurso de la lucha armada, hasta convertirse en uno de los pilares de la consolidación del nuevo régimen. La forma acabada del discurso revolucionario, donde la fórmula de la excepcionalidad mexicana encuentra su “perfección” aparece por primera vez a mediados de los veinte en la oratoria del presidente Calles; no es un accidente que la institucionalización del régimen inicie también por aquellos años.

Esta investigación está formada por tres capítulos. El primero, sin pretensiones de marco teórico, rastrea de forma general el papel del lenguaje en las revoluciones. Nos concentramos en la mitología revolucionaria desde la Francia del siglo XVIII hasta la Revolución Rusa de 1917, pasando, por supuesto, por el discurso marxista decimonónico. De ninguna manera es un capítulo exhaustivo que haga justicia a las historias revolucionarias: de estas experiencias tomamos únicamente los elementos que servirán para construir nuestro argumento en los siguientes capítulos.

El segundo capítulo comienza por buscar los antecedentes del discurso revolucionario en las primeras batallas libradas contra el positivismo durante la dictadura de Díaz, hasta la consolidación del mito de la excepcionalidad mexicana durante los debates del Constituyente. En el ámbito de esos debates se define el triunfo final de una

visión de la Revolución. La más radical. Es el momento en que los hombres de letras se incorporan a la arena revolucionaria, a competir por los papeles protagónicos al lado de los jefes militares. El Constituyente es el escenario donde el mito de la excepcionalidad mexicana adquiere una fisonomía más definida.

El capítulo final aborda el conflicto que pone a prueba la legitimidad de la Revolución Mexicana —“la primera revolución social del Siglo XX”— en su confrontación con la Revolución Bolchevique. El nuevo mito de la revolución socialista, que irrumpía avasalladora anunciando la transformación final de la historia, el nacimiento del hombre nuevo, sedujo no a pocos revolucionarios mexicanos. Se inaugura así un “diálogo” entre dos lenguajes revolucionarios, donde se depura y perfecciona la idea de “lo nacional”, y se fortalece el sentimiento de la excepcionalidad.

Por último, es necesario dar una explicación del material consultado. Como hemos dicho arriba, este trabajo carece de una investigación de archivo. Todas nuestras fuentes son bibliográficas. El material que es objeto de nuestro análisis es el lenguaje, es decir, nuestras “fuentes primarias” son los discursos y declaraciones de los principales actores políticos de la Revolución. Nuestra reflexión se ha limitado a lo que ya existe publicado de esos materiales y ello por dos razones: en primer lugar, en estas fuentes —compilaciones, antologías— encontramos material de sobra para construir nuestro argumento, los principales textos, los que trascendieron y contribuyeron a formar nuestro lenguaje público; en segundo lugar, no buscábamos nada nuevo, sólo quisimos darle un matiz original a lo ya conocido: un raro documento de archivo, hasta ahora desconocido, no serviría para nuestro propósito, puesto que lo que nos interesaba era precisamente

reflexionar sobre la significación de lo más público, conocido e influyente del lenguaje revolucionario. Tampoco pretendíamos aburrir al lector con una serie de hechos históricos que conoce bien, por eso las referencias a las historias de la Revolución son mínimas y se las usa únicamente cuando la interpretación del autor nos sirve para discutir algún punto de nuestro argumento. En general, este tipo de bibliografía nos ha servido para extraer de ella fragmentos de discursos y otras fuentes consideradas primarias. Podríamos decir que hemos abusado de la investigación de archivo de otros autores, con quienes hemos contraído una deuda impagable. Por sus generosos anexos y citas profusas donde reproducen textos originales de la Revolución, nuestra gratitud infinita a tres historiadores: en primerísimo lugar está sin duda Arnaldo Córdova, quien nos ha regalado dos investigaciones verdaderamente enciclopédicas sobre la Revolución, y de cuyas extensas citas de documentos, discursos y editoriales periodísticos se ha alimentado buena parte de nuestro ensayo. Por la misma razón, aunque en menor grado, también estamos en deuda con la *Breve historia de la Revolución Mexicana* de Jesús Silva Herzog y con el *Ayer en México* de John W. F. Dulles.

CAPÍTULO PRIMERO REVOLUCIÓN Y LENGUAJE

Todas las revoluciones generan su propio lenguaje; producen nuevas formas de entender la sociedad, de hablarla. Tras ellas florecen discursos novedosos que desechan las viejas ideas de Estado, de política, de moral, e imponen una nueva visión de la historia que trastoca el papel de los héroes y crea su propia mitología. En una palabra, las revoluciones imponen otra realidad o, para decirlo con mayor propiedad, otra manera de mirar el mundo: una *mirada revolucionaria*.

Las revoluciones son rupturas en el curso “normal” de la historia. No solamente porque desatan la violencia y se hacen acompañar de largos periodos de brutalidad y caos social, sino porque su objetivo último es precisamente *violentar* la continuidad histórica. Las revoluciones *crean* historia: no se proponen cambiar este o aquel aspecto de la vida social, sino transformarlo todo, desde la raíz. El revolucionario es un ser obsesionado por sueños extraordinarios de mundos nuevos y paraísos terrenales; quimeras que deben brotar de las cenizas del antiguo régimen. Y para llevar a cabo esos deseos descomedidos, los revolucionarios no sólo cuentan con el poder destructivo de las armas, tienen a la mano otro recurso, probablemente más devastador: el lenguaje. En el mundo de las

palabras la desgracia y el sufrimiento encuentran su sentido, su justificación: la sangre vertida ya no es simple dolor individual sino sacrificio a una causa colectiva, generosa. En los dominios del lenguaje revolucionario la destrucción ya no es propiamente destrucción; es la garantía de un nuevo comienzo. La idea del pasado hecho trizas anuncia y asegura a la vez el advenimiento de una era distinta, inédita, mejor. La victoria definitiva de cualquier revolución, entonces, depende tanto de su poder armado, es decir, de su fuerza destructiva material, como del poder de seducción de su discurso. Por ello, levantar esa imagen fabulosa de un futuro hermoso y al alcance de de la mano es la función principal —podríamos incluso decir: el origen— de todo discurso revolucionario. Las revoluciones encuentran su realización material en nuevas instituciones, pero sobre todo trascienden en forma de lenguaje. De hecho, si miramos con atención, la historia de los grandes movimientos revolucionarios nos enseña que la *herencia cultural* de las revoluciones suele quedarse entre nosotros mucho más tiempo que sus creaciones materiales. Cuando una revolución es derrotada o sus instituciones son suprimidas, o simplemente cuando una revolución envejece y se muestra incapaz de seguir transformando la realidad, no desaparece del todo; sobrevive como lenguaje, como alegoría; permanece entre los vivos como un símbolo. La mitología revolucionaria gradualmente va ocupando el lugar de la revolución de carne y hueso, avejentada y débil.

“Se puede decir —nos recuerda Patrice Gueniffey— que antes de hacer correr sangre, las revoluciones producen verbo, palabras, discursos... que se vuelven más radicales a medida que se liberan de la necesidad de ajustarse a las exigencias de lo real”.² En una crisis revolucionaria, mientras el Estado va perdiendo su monopolio

² Patrice Gueniffey, *La fuerza y el derecho. Estado, poder y legitimidad durante el siglo XVIII*, trad. Lucrecia Orensanz, México, El Colegio de México, 2004, p. 60.

legítimo de ejercer la violencia, se desatan innumerables fuerzas sociales, cuyas primeras expresiones toman la forma de un lenguaje radical, que socava aún más el monopolio estatal. “Los pensamientos, las palabras —escribe François Furet— se liberan no solamente de la censura y de la policía... sino también de aquella represión interior que crea el consentimiento espontáneo a instituciones seculares: el rey no es más el rey, la nobleza no es más la nobleza, la Iglesia no es más la Iglesia”.³ Y mientras las viejas instituciones van desintegrándose, se desvanece también “el consenso que existía acerca de las normas relativas a la producción del discurso político”. Como por ensalmo, las posibilidades de la política se multiplican, todo parece posible y cualquier acción se justifica con cualquier discurso. La imaginación revolucionaria toma por asalto la fuente tradicional de la legitimidad, y se libera, incontrolable, un

torrente de palabras [que] sólo habla de una cosa, y de esa sola: la naturaleza y los objetivos de la revolución. En consecuencia, esta producción de discurso sólo puede ejercerse en el sentido de una *escalada permanente*. De hecho, la revolución escapa a cualquier definición estable. La “revolución” es una promesa vaga de libertad y felicidad que abre un espacio infinito a las especulaciones. Sobre estos temas no puede existir definición autorizada. Cualquier intento de definir la revolución se expone, tan pronto como se enuncia, a ser derrocada por otras definiciones que profundizan en la naturaleza de la revolución y radicalizan sus objetivos.⁴

El resultado es una guerra encendida de definiciones que cobra vida propia: la *escalada retórica*; una batalla irrefrenable entre discursos que impone su terrible inercia hacia el radicalismo. Cada grupo de revolucionarios está obligado a participar en esta

³ *Pensar la Revolución Francesa*, trad. Arturo R. Firpo, Barcelona, Petrel, 1978, p. 64. La transformación en la fuente de legitimidad del discurso político en una situación revolucionaria está directamente relacionada al arribo de las masas a la política: “Por otra parte —continúa diciendo Furet—, la irrupción de las masas populares en la escena de la historia ofrece a la pedagogía política un público nuevo e inmenso. La respuesta que de él se espera transforma las condiciones de la comunicación social. Discursos, mociones, periódicos ya no están más destinados prioritariamente a la gente instruida, sino que se someten al arbitraje del «pueblo». La Revolución inaugura un teatro en el que la palabra liberada de las prohibiciones busca y encuentra un público que se define por su ingravidez” (*Ibid.*, pp. 64-65).

⁴ Patrice Gueniffey, *op. cit.*, p. 60 (subrayado propio).

competencia verbal; necesitan construirse una imagen propia que supere a la de los demás: tomar por asalto la posición más “avanzada”, más revolucionaria y, en consecuencia, apropiarse el derecho a “hablar en nombre de la revolución”, a “desprender su sentido último”.⁵ Lo que finalmente está en juego es la posesión legítima de la *verdad revolucionaria*, es decir, la justificación de la violencia como medio de conquista del poder.

Esta “dinámica intrínseca de las revoluciones”, como la llama Gueniffey, desemboca sin remedio en la violencia social, pero más importante aún, lleva consigo el germen de lo que será la construcción simbólica del movimiento. De la guerra verbal entre revolucionarios brotarán los primeros grandes mitos de la revolución, se inventarán enemigos y aliados, se simbolizará la aniquilación del pasado y la gestación de una nueva era, se creará en el renacimiento de la humanidad. De hecho, el discurso de las revoluciones se apropia del tiempo edificando paralelamente las imágenes del antiguo régimen y del porvenir revolucionario. Crea los símbolos del pasado que deben ser destruidos; fabrica una idea de la inmoralidad y de la decadencia del mundo contra el que se rebela; alimenta la creencia en un pasado perdido, plagado de vicios y que debe olvidarse porque no vale la pena salvarlo. La construcción simbólica de la inmoralidad del antiguo régimen es quizás el ingrediente principal de la retórica revolucionaria, será el cimiento de prácticamente todo el edificio mitológico. La forma que adopte esta crítica moral del pasado determinará en gran medida el desarrollo futuro de la revolución: los temores, odios y prejuicios de los revolucionarios, sus pasiones, sus tendencias. Es el lenguaje básico que dará sentido a todos sus actos, el que explicará las perfidias y las lealtades, las claudicaciones y las purgas. En México, por ejemplo, las críticas a la

⁵ *Ibid.*, pp. 60-61.

dictadura de Porfirio Díaz, si bien variopintas, podemos decir que tuvieron un fondo común: los privilegios que el régimen daba a los extranjeros. Los problemas agrario, laboral, religioso o político llevaban la misma carga. En todos lados se veía la mano de los malvados intereses extraños. En la cúpula del poder estatal reinaban los extranjeros: estaba por supuesto el secretario de Hacienda, pero el mismo Porfirio Díaz, comenzó a popularizarse la idea, se había *afrancesado*. El antiguo régimen fue así transformado en el gran obstáculo de un desarrollo social *auténticamente mexicano*, y todo lo que olier a imitación extranjera se convertiría en el centro de las diatribas. No sorprende, pues, que la Revolución Mexicana se haya interpretado como el *gran despertar* de la cultura nacional. Los revolucionarios liberaron al país de las cadenas que lo sometían a modelos importados, y México, después de cien años de vida independiente —decían—, podía jactarse al fin de ser una nación verdaderamente mexicana.

Lo que pretendemos ilustrar con todo esto es que la escalada retórica tiene consecuencias que van más allá de la etapa armada de las revoluciones; el desenfreno verbal, en efecto, conduce a la violencia, pero también la trasciende: es el mismo discurso el que justifica el uso de las armas y el que le da un sentido a la victoria, a la revolución consumada, convertida en gobierno.

La clave está precisamente en la construcción de los símbolos del pasado. Orlando Figes y Boris Kolonitskii, en su extraordinario análisis sobre el lenguaje y el simbolismo de la Revolución Rusa, argumentan sobre este fenómeno con claridad inigualable. Paso a paso nos explican cómo a partir de una serie de rumores sobre la inmoralidad sexual del zar y la zarina se fue gestando un lenguaje “subterráneo”, agriamente crítico de la monarquía, que terminó por desacralizar a la familia imperial y

se convirtió en el principal fermento de la Revolución de Febrero: los rumores acerca de la impotencia sexual del zar y de una zarina que sin más remedio tuvo que acudir a los brazos de Rasputin, operaron como el vehículo privilegiado de comunicación para todo tipo de conjeturas políticas. En primer lugar, la impotencia del zar daba buenas razones para desconfiar de su capacidad para dirigir los destinos de Rusia: “un hombre que no puede gobernar ni satisfacer a su mujer, no puede ser tomado en serio como un zar”.⁶ Y aunque esto raya en la comedia, no debemos desestimar sus consecuencias para el desarrollo posterior de la Revolución. El adulterio palaciego estimulaba la imaginación popular y las especulaciones se convirtieron rápidamente en verdades incuestionables: si no era el zar quien gobernaba, entonces debía ser la zarina, o mucho peor, su amante Rasputin, lo que ya significaba una flagrante traición al poder imperial; traición que adquiriría tintes de verdadera alarma, pues Rusia luchaba una guerra encarnizada contra Alemania, y no eran tiempos propicios para un gobierno “afeminado”, mucho menos para uno claudicante, que ha entregado el mando a un hombre excéntrico, de quien ya se decía que operaba como agente alemán.

Los vicios privados de la familia imperial permitían creer que había sido infiltrada por el enemigo, y esto se convirtió en la explicación de todo retroceso en el campo de batalla. Los rumores hicieron de la oposición al zar un acto de patriotismo: “La gente en las calles se dirigía a los soldados con el reclamo de que el zar estaba del lado alemán”.⁷ Los revolucionarios tenían ya su enemigo, una monarquía corrompida y decadente, y, por encima de todo, traidora; el próximo paso sería lanzarse a su aniquilación absoluta: no bastaba con destronar al zar, esto sólo sería el principio. Había que destruir

⁶ Orlando Figes y Boris Kolonitskii, *Interpreting the Russian Revolution. The Language and Symbols of 1917*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1999, p. 14 (traducción propia).

⁷ *Ibid.*, p. 27.

simbólicamente el pasado: quemar efigies, derrumbar estatuas, desgarrar emblemas; acciones que le daban sentido a una revolución que triunfaba: “La demonización del antiguo régimen —escriben Figes y Kolonitskii— fue vital para legitimar e imponer la unidad en torno a ‘la revolución’”.⁸ Cuando Lenin elabora su idea del partido, una de las primeras acciones que en su imaginación le encomendó a la futura organización fue justamente la de “unir a corrientes independientes de indignación y protesta en un sola y poderosa corriente que acabe con el orden zarista”.⁹ En efecto, la inercia de este lenguaje antimonárquico terminó por institucionalizar todo tipo de prácticas iconoclastas:¹⁰ la quema de los símbolos zaristas se oficializó, ocupando buena parte de las energías del nuevo gobierno, que alrededor de las hogueras veía al pueblo reunido ratificando su recién conquistado derecho a dirigir el destino de la nación.

Tenemos, pues, que en el fondo de la escalada retórica es posible identificar la semilla de toda la simbología posterior de la revolución. La proliferación de discursos opuestos, el debate hostil entre revolucionarios, es una de las expresiones de la caótica lucha por el poder, pero en el fondo de la anarquía verbal subyace un denominador común, que se convertirá finalmente en la fuente única de legitimidad del nuevo régimen: la revolución o, más correctamente, la *idea de la revolución*. Cuando se llega al punto de la lucha en que todos los grupos que se disputan el poder pretenden ser los representantes legítimos de la revolución, podemos estar seguros que el pasado, el antiguo régimen ha sido aniquilado. Las distintas versiones de la revolución toman su lugar, y lo único que está en disputa es cuál de todas finalmente se impondrá sobre las demás. Esto quiere decir

⁸ *Ibid.*, p. 28.

⁹ Leszek Kolakowski, *Las principales corrientes del marxismo. Su nacimiento, desarrollo y disolución. II. La edad de oro*, trad. Jorge Vigil, Madrid, Alianza, 2ª ed., 1985, t. 2, p. 382.

¹⁰ Figes y Kolonitskii, *op. cit.*, p. 48.

que la simbología del antiguo régimen tiene ya una fisonomía identificable contra la cual los revolucionarios pueden concentrar sus ataques y embestidas. Habrá sin duda grupos de revolucionarios más moderados que otros, que respeten y toleren este o aquel aspecto del antiguo régimen, pero es precisamente en la lucha contra los símbolos del pasado que se construyen las diversas identidades revolucionarias.

Como un bajo continuo, la revolución invade el lenguaje político. Ya no hay otra forma de ejercer el poder más que usando —y abusando— del término *revolución*. La revolución va adquiriendo poco a poco su sentido mágico, se le rendirá un culto ininterrumpido hasta convertirla en divinidad, en fuente inagotable de anhelos. La revolución lo puede todo, y no se espera nada menos de ella; ni lo más descabellado está fuera de su alcance. Estamos ante el nacimiento de una verdadera leyenda: la inmovible creencia en la posibilidad de un mundo nuevo.

1789 EL PASADO NOS OPRIME

El primer gran mito revolucionario de la historia corresponde sin duda al de la Revolución Francesa de 1789. La construcción simbólica de este episodio revolucionario como un hito que separa dos épocas radicalmente distintas en la historia de la humanidad quizás no tenga precedentes; no por lo que toca a la historia secular.¹¹ Cuando hablamos de *revolución* debemos entender que nos referimos siempre a una idea y un hecho

¹¹ François Furet, en *Pensar la Revolución Francesa*, nos dice: “Sólo a partir de 1789 la preocupación por los orígenes que domina cualquier historia nacional, se concentró precisamente en la ruptura revolucionaria. De la misma manera que las grandes invasiones habían constituido el mito de la sociedad nobiliaria, la gran epopeya de sus orígenes, 1789 es la fecha de nacimiento, el año cero de un mundo nuevo fundado en la igualdad. La sustitución de un aniversario por otro y, por lo tanto, la definición temporal de una nueva identidad nacional” (*Pensar la Revolución Francesa...*, p. 12).

modernos. “La Antigüedad —escribe Hannah Arendt— estuvo bien familiarizada con los cambios políticos y la violencia que los acompañaba, pero nunca parecieron traer consigo algo completamente nuevo. Los cambios no interrumpían el curso de lo que la era moderna ha dado en llamar historia”.¹² Las revoluciones son en efecto cambios, y cambios violentos, pero no de cualquier tipo: “son los únicos eventos políticos que nos enfrentan directa e inevitablemente con el problema del origen”.¹³

Hemos dicho antes que la simbología de la Revolución Francesa no tiene precedentes. En sentido estricto sí los tiene, y sería una omisión grave no explicar nuestras razones de excluir en nuestro análisis a las revoluciones inglesa y norteamericana.

Empecemos con el caso geográficamente más próximo a nosotros, es decir, el americano. Resumiendo en una frase, la aportación más importante de los Estados Unidos a la tradición revolucionaria universal es, paradójicamente, producto de lo que podríamos llamar su antiguo régimen, es decir, su vida colonial. En la imaginación europea, las colonias norteamericanas representaban una suerte de mundo utópico, una sociedad de posibilidades inconmensurables, donde los vicios de las sociedades europeas eran totalmente desconocidos. Los habitantes del nuevo continente habían sacado toda la ventaja de su peculiar situación. Ocuparon una tierra virgen y construyeron la sociedad de sus sueños. Tuvieron la oportunidad de reinventarse desde el origen, creando “una nueva raza de hombres, ‘unidos por los sedosos lazos de un gobierno afable’ y viviendo bajo las condiciones de una ‘gratificante uniformidad’ donde ha sido erradicada ‘la pobreza

¹² *On Revolution*, Londres, Faber and Faber, 1963, pp. 13-14 (traducción propia).

¹³ *Ibid.*, p. 13.

absoluta peor que la muerte”¹⁴. Lo que realmente embelesa y trasciende al pensamiento europeo revolucionario no es propiamente la idea de una revolución en América, sino el próspero mundo que la precede, donde la posibilidad del nuevo origen ocupa un lugar privilegiado. Este solo hecho establece un vínculo conceptual con la Revolución Francesa, pero de ninguna manera podríamos decir que forma parte de una genealogía revolucionaria. La idea del origen cobra su sentido revolucionario moderno en el discurso francés de 1789: lo que en América se consiguió de forma gradual y pacífica, en Europa necesariamente requeriría de una fuerza violenta, que destruyese el largo pasado de vicios e inmoralidades. A partir de entonces cada levantamiento armado, revolucionario o contrarrevolucionario, será interpretado a la luz de la gran Revolución Francesa.¹⁵

Otras muy distintas son las razones que nos hacen creer que la Revolución Inglesa tampoco debe considerarse como un precedente del simbolismo revolucionario francés. No parece haber duda de que fueron los ingleses del XVII los primeros en usar la palabra *revolución* para definir un tipo de acontecimiento político caracterizado por la violencia. No obstante, si la Revolución Gloriosa destaca sobre todo por su gran aportación al lenguaje político, el contenido del término era radicalmente opuesto al que luego dieron los franceses. En sus orígenes, la palabra connotaba restauración: la Revolución Gloriosa no se pensó como una revolución en el sentido moderno, sino como el restablecimiento del poder y la gloria de la monarquía.¹⁶ Sin embargo otra razón más poderosa nos hizo descartar a Inglaterra como un precedente del simbolismo de 1789, y tiene que ver

¹⁴ *Ibid.*, p. 17. Hannah Arendt toma las palabras de Crèvecoeur para ilustrar la fascinación europea por el mundo colonial norteamericano. El ejemplo es atinadísimo, pues el mismo Crèvecoeur, al estallar la Revolución, se convirtió en un opositor radical de ésta: veía en la lucha una conspiración de los grandes personajes contra el “común de los hombres”, justamente el nuevo hombre americano que los había hechizado (*loc. cit.*).

¹⁵ *Ibid.*, pp. 43-44.

¹⁶ *Ibid.*, p. 36.

estrechamente con el desarrollo del pensamiento marxista. El interés de Marx por la Revolución Inglesa es inseparable de su obsesión por la Francia revolucionaria. Construye las afinidades entre ambos movimientos con la finalidad de ver en Inglaterra lo que ya había visto en Francia: el asenso de la burguesía al poder. Marx mira el siglo XVII inglés con la lente del XVIII francés y desecha cualquier diferencia substantiva entre ambos fenómenos:

Todo lo que Guizot señaló con nostalgia como una particularidad inglesa, en especial el protestantismo y las instituciones representativas —nos dice François Furet—, es para Marx un producto de la sociedad burguesa que lleva a la Revolución inglesa al molde común. Y si existe una diferencia entre las dos revoluciones, no se trata de una diferencia religiosa, política o institucional, sino social: es que la burguesía inglesa del siglo XVII celebró una alianza con los grandes terratenientes, ocupados por su parte en el desarrollo de una agricultura capitalista, mientras que la Revolución francesa ha debido romper, por el contrario, con la gran propiedad “feudal”. La famosa diferencia de las dos historias se convierte así en dos modalidades de una misma historia: la del capitalismo.¹⁷

Hace aproximadamente ciento cincuenta años que el mundo piensa en la revolución por medio de —o en referencia directa a— la teoría marxista. La idea de una tradición revolucionaria es de alguna manera el dogma fundador de la concepción marxista de la revolución. Es Marx quien mejor logra articular una teoría sobre la relación histórica entre revoluciones sucesivas, cada una anunciando la apertura de una nueva y más moderna etapa para la humanidad, hasta la conquista de su liberación definitiva. Pero la imaginación marxista se alimenta casi exclusivamente de la simbología de 1789, que se

¹⁷ *Marx y la Revolución francesa*, trad. Eduardo L. Suárez, México, FCE, 1992, p. 63. La diferencia sustancial entre las revoluciones inglesa y francesa, a pesar de todos los intentos de acercar ambos movimientos, está justamente en las consecuencias lingüísticas de 1789. La Revolución Francesa conquistó al mundo entero con su lenguaje, lo que no sucedió nunca con Inglaterra. A finales del siglo XVIII surge “un sistema de creencias que constituye la nueva legitimidad nacida de la Revolución” (François Furet, *Pensar la Revolución Francesa...*, p. 41). ¿Y una “nueva legitimidad” no significa acaso el nacimiento de un mundo político distinto? Es esto precisamente lo que atrapa el pensamiento de Marx, quien nunca podrá desprenderse del formidable mito francés.

impone en todos sus análisis, lo mismo cuando analiza el pasado que cuando adivina el futuro. Si existe en verdad una genealogía revolucionaria, es la que corre por las venas de Marx y sus seguidores hasta nuestros días, cuyo origen no obedece a las exigencias de la cronología, pues es Francia y no Inglaterra la cabeza de la familia.

Es la Francia de 1789 la musa que inspira a Marx cuando nos dice que la “tradicción de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”; que los revolucionarios buscan en el pretérito sus referentes y que se lanzan a la lucha con “el lenguaje, las pasiones y las ilusiones” de sus antepasados; que en tiempos revolucionarios, en el momento que los hombres se proponen crear algo original “es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal”.¹⁸ Es la Francia de 1789 la que hace suponer a toda Europa —Marx de ningún modo fue el único— que en efecto existe la comunicación histórica entre revolucionarios, una suerte de herencia que se transmite de generación en generación y que llega prácticamente intacta hasta el siglo XX.

Una de las peculiaridades de la Revolución Francesa consiste en que quizás nunca antes había sido tan evidente que los hombres que *hacían* y *vivían* la historia —los revolucionarios— fueran los mismos hombres que la interpretaban; o dicho de otro modo: quizás nunca antes había sido tan ineludiblemente necesario para un grupo de hombres interpretar históricamente sus acciones, es decir, explicar el significado de lo

¹⁸ Carlos Marx, “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, s.t., Moscú, Progreso, 1966, t. 1, p. 233.

que hacían. Lo que resulta más interesante de este prurito revolucionario por justificar la historia inmediata es su consecuencia más palpable: la perdurabilidad de las interpretaciones.¹⁹ Lo que los revolucionarios dijeron de sí mismos y de su revolución, el sentido que dieron a sus vidas, en esencia sobrevivirá inmutable por largo tiempo, en forma de leyendas.²⁰

Ofrecer un sentido trascendental al hecho inmediato fue una obligación política que los revolucionarios franceses comprendieron desde el principio. Aquel revolucionario que se mostrara vacilante o tibio frente a las promesas de su revolución, que expresara dudas sobre la proximidad de un renacimiento de la humanidad, corría el riesgo no solamente de perder su lugar en la lucha armada, su papel en la historia, sino la cabeza misma, en el sentido más físico del término. El revolucionario estaba obligado a exhibir con ostentación su “pasión revolucionaria”, cuyo medio privilegiado es el discurso. El

¹⁹ Uno de los argumentos centrales de François Furet en *Pensar la Revolución Francesa* es precisamente este: la perennidad del mito revolucionario. Más que un argumento es el principal resorte que lo impulsa a escribir su libro. Furet no oculta cierta irritación al caer en la cuenta de que los historiadores de la Revolución Francesa han reproducido los mismos argumentos sobre la Revolución que tuvieron los revolucionarios del siglo XVIII. Furet descubre así que la inercia del lenguaje revolucionario francés ha devorado doscientos años de historiografía. En sus palabras: “De esta manera la historia de la Revolución tiene como función social la de conservar este relato de los orígenes... Nuestras instituciones universitarias, permaneciendo fieles a la conciencia que tuvieron los actores de la Revolución, a pesar de las absurdidades intelectuales que este corte cronológico implica, han depositado en el periodo revolucionario y en el historiador de este periodo, los secretos de nuestra historia nacional. 1789 es la clave del pasado y del futuro. Los separa y, por lo tanto, los define y los «explica»” (*Pensar la Revolución Francesa...*, p. 13).

²⁰ Quizá sea una aventura demasiado osada, pero vale la pena plantear la idea: es probable que una de las fuentes de inspiración del materialismo dialecto de Marx haya sido precisamente la tan a todas luces visible *conciencia histórica* de los revolucionarios franceses. La plena conciencia de clase es la que entiende la función que las leyes de la historia le tienen reservada; la comprensión del destino de la clase social. Esta idea está en el corazón mismo de la dialéctica marxista. “La dialéctica —escribe Leszek Kolakowski— es la conciencia de la clase trabajadora que, consciente de su propia condición y su oposición a la sociedad burguesa, percibe el funcionamiento de esta sociedad, y de toda la historia pasada, como un proceso recurrente de aparición y resolución de contradicciones. La conciencia dialéctica, por un proceso de abstracción, despoja a los fenómenos sociales de su carácter contingente y aprehende su estructura básica; relaciona cada componente del proceso histórico con el todo, y de este modo se comprende a sí misma. En su etapa final refleja las intensas contradicciones que... serán suprimidas en una explosión revolucionaria; este suceso pondrá fin a la prehistoria de la especie humana y restaurará la unidad de la sociedad como sujeto y objeto de la historia o, por decirlo en otras palabras, la unidad de la conciencia de la historia con la misma historia” (*Las principales corrientes del marxismo. Su nacimiento, desarrollo y disolución. I. Los fundadores*, trad. Jorge Vigil, Madrid, Alianza, 2ª ed., 1985, t. 1, p. 323).

mundo que los revolucionarios fabrican con el lenguaje, quizás no exista más que en sus palabras, pero sus efectos son a todas luces visibles. La conciencia revolucionaria, desde 1789, nos cuenta François Furet, “es una perpetua violencia de la idea sobre lo real, como si aquella tuviese la función de reestructurar por medio de lo imaginario el conjunto social fracturado”.²¹ El vacío que deja la moribunda legitimidad del viejo Estado se llena de palabras, de discurso. La fantasía y la quimera no son propiamente formas demagógicas de la retórica revolucionaria, no forman parte de un engaño a las masas, más bien integran un lenguaje liberador, donde se dibuja un mundo maniqueo en que el mal y el bien están claramente identificados. El revolucionario *cree* en lo que dice y sus palabras afectan directamente lo que hace. Su discurso lo libera del pasado, pero lo constriñe al futuro que promete, lo vincula al heroísmo. Los hombres de la Revolución Francesa fueron los primeros en caer presos de su lenguaje: cuando la Revolución daba sus primeros pasos ya

[se] imponía en las mentes como una nueva totalidad de cosas; aún en el futuro, pero surgiendo con claridad creciente en cada palabra; aún un caos de ideas y pasiones, pero un caos que pronto sería corregido con la ayuda de hombres dedicados mirando hacia nuevos logros. Nada podía dejarse de intentar; nada podía ser descartado antes de intentarse: había un mundo nuevo que construir radicalmente distinto al viejo. El futuro reinaba sobre el presente y los revolucionarios se sentían sumergidos en el porvenir. Los oradores de la Revolución, con pasión infinita, dieron forma a una utopía que debía elevarse sobre el desértico terreno del viejo régimen. Pero muy pronto se encontraron atrapados en una inercia que los hacía actuar únicamente con palabras, prisioneros de la sofisticación del lenguaje que ellos mismos habían creado.²²

Debemos insistir, la construcción simbólica de la Revolución Francesa como el gran punto de quiebre entre el pasado y la modernidad, entre la época de la monarquía

²¹ *Pensar la Revolución Francesa...*, p. 39.

²² J. M. E. Blanchard, “The French revolution: a political line or a language circle?”, en *Yale French Studies*, núm. 39 (Literature and Revolution), 1967, pp. 64-65 (traducción propia).

absoluta y la república liberal, no es un mito creado a posteriori: se alimenta, en efecto, con la literatura en el transcurrir de los años, pero tiene su origen y su primer gran impulso en las interpretaciones que los revolucionarios hicieron de ellos mismos. En la inercia de su lenguaje; en la necesidad imperiosa de justificarse ante la historia, para darle un sentido trascendental al papel de su generación. Antes de serlo efectivamente, los revolucionarios del siglo XVIII sabían que se convertirían en leyendas.

Alexis de Tocqueville dedica su obra sobre *El Antiguo Régimen y la Revolución* a desmentir el gran mito de la originalidad de la Revolución Francesa. Para Tocqueville, la Revolución —ese monstruo formidable capaz de embriagar la imaginación del mundo entero, incluso de los más célebres historiadores, y aparentar que de ella había brotado toda la vida moderna— no era lo que se decía de ella. A lo largo de su libro, Tocqueville encuentra huellas del antiguo régimen en cada elemento de la Revolución, al grado que cuando se llega a la última página, ésta parece reducida a un mero accidente en el tiempo, un suceso violento cuyos efectos sobre el curso normal de la historia apenas se perciben. Ni siquiera en el campo de las ideas había sido un fenómeno innovador: “Mucho antes de la Revolución —dice el desmitificador—, los edictos del rey Luis XVI hablaban a menudo de la ley natural y los derechos del hombre”.²³ La tesis general del libro podría resumirse en una de sus frases: “El Antiguo Régimen proporcionó a la Revolución muchas de sus formas; ésta no hizo sino agregar la atrocidad de su genio”.²⁴ Es verdad

²³ Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, trad. Jorge Ferreiro, México, FCE, 1ª reimpr., 1996, p. 229.

²⁴ *Ibid.*, p. 271. Pero es precisamente la labor del desmitificador lo que resulta encomiable en la obra de Tocqueville. Es la visión de Furet, que nosotros compartimos: Alexis de Tocqueville, nos dice Furet, “[escribe] otra historia de la Revolución que se fundamenta en una crítica de la ideología revolucionaria y de lo que es, a su juicio, la ilusión que la Revolución Francesa se hizo de sí misma” (*Pensar la Revolución Francesa...*, p. 26). Más adelante agrega: “Pero lo fundamental en la obra de este espíritu deductivo y abstracto, providencialmente extraviado en un terreno dominado por lo narrativo, está en que escapa a la tiranía de la vivencia histórica de los actores y al mito de los orígenes. Tocqueville no

que las revoluciones imponen una visión novedosa del mundo, pero también es cierto que no parten del vacío. Los orígenes idiomáticos de una revolución están en el pasado y a partir de él se intenta construir algo nuevo. En una palabra, el lenguaje revolucionario no surge del aire, es un producto concreto de la historia, tramado, sobre todo, con las críticas al antiguo régimen. No existe en materia de lenguaje el “borrón y cuenta nueva”: siempre se parte de ideas preexistentes de circulación corriente, muchas de las cuales habrán de sobrevivir, quizás maquilladas, a la experiencia traumática de la revolución. De otro modo sería imposible su asimilación en las diferentes capas de la sociedad. Si esto es así, Tocqueville tiene razón al decirnos que muy poco resulta efectivamente genuino en el discurso de la Revolución Francesa. Pero los revolucionarios se justifican precisamente por lo novedoso de sus creaciones. En su discurso las ideas del pasado se remozan, vuelven a nacer, se cargan de vigor y adquieren un sentido diferente. Se imponen como el nuevo repertorio de ideas dominantes. El calificativo *revolucionario*, que prácticamente a todo se le agrega, cumple la función de reengendrar lo que toca. En esto consiste la incontenible fuerza del discurso de las revoluciones: una vehemente obstinación por mirarse como un auténtico comienzo.

Es casi un lugar común decir que los revolucionarios franceses de 1789 buscaron en la antigüedad clásica un estilo, una serie de rituales que llenaran las vacantes del antiguo régimen. Sin embargo, debemos tener presente que el encuentro con las culturas antiguas (griega y romana) de ningún modo significó para ellos el rescate de una tradición, el retorno a un pasado concreto. Lo antiguo era una categoría abstracta, la idea de un origen puro, un modelo eterno, *ahistórico*, que hacía parecer a todas las épocas

comparte las elecciones de Necker, de Luis XVI, de Mirabeau o de Robespierre. Ha tomado distancia y habla de otra cosa. Esta es la razón por la que su libro es más importante por el método que sugiere que por la tesis que propone” (*Ibid.*, p. 28).

posteriores como derivaciones perversas y corruptas, etapas intermedias y, por lo mismo, mediocres.²⁵ “La Antigüedad en sí misma —argumenta Mona Ozouf— no es en ningún sentido un momento en la historia humana, como otros momentos. Tiene el privilegio absoluto de considerarse un comienzo absoluto. Es un icono de ruptura, no de continuidad”.²⁶ Es así como no puede existir contradicción entre la búsqueda de un pasado idealizado, convertido en el absoluto de la sociedad perfecta y el discurso revolucionario del nuevo origen. Ambos forman parte de un mismo lenguaje, que gira en torno a un sola idea: un quiebre con el pasado inmediato, una purificación de ese pretérito que se ha vuelto insoportable.

Hubo un rasgo de la Revolución Francesa que por su singularidad ni el mismo Tocqueville pudo evitar sentirse sorprendido, y cuando nos habla de él, el tono de su escritura oscila entre una incuestionable admiración y un profundo horror. La gran originalidad de la experiencia francesa había sido el nacimiento de un personaje inédito, una nueva raza, “revolucionarios de una especie desconocida”. Hombres que jamás dudaban de sí mismos, de su perfección, de su virtud; hombres que

[depositaban] en sus propias fuerzas esa confianza orgullosa que con frecuencia induce al error, pero sin la cual un pueblo no pasa de la servidumbre; no dudaban en absoluto de que estaban llamados a transformar a la sociedad y a regenerar nuestra especie. Estos sentimientos y pasiones eran para ellos una especie de religión nueva que, originando algunos de los grandes efectos que hemos visto a las religiones producir, los apartaba del egoísmo individual, los impelía al heroísmo y al sacrificio, y con frecuencia los hacía insensibles a todos esos bienes mezquinos que se apoderan de nosotros.

He estudiado la historia con detenimiento —continúa diciendo Tocqueville— y me atrevo a afirmar que jamás he encontrado ninguna revolución en que, al

²⁵ Mona Ozouf, “The Revolutionary Festival: A Transfer of Sacrality”, en *The French Revolution. The Essential Readings*, ed. Ronald Schechter, Massachusetts, Blackwell, 2001, p. 313.

²⁶ *Ibid.*, p. 314 (traducción propia).

principio, se pudiera apreciar en tantísimos hombres un patriotismo más sincero, mayor desinterés y más auténtica grandeza.²⁷

Esta especie desconocida de revolucionario trajo consigo, como era de esperarse, una forma nueva de hacer la revolución. Junto al espíritu imbatible e inagotable confianza en sí mismos, se elevaba un ánimo por destruirlo todo, no dejar piedra sobre piedra. En las cabezas de estos hombres no había nada más despreciable que el pasado, que debía ser borrado de una vez y para siempre. Estos revolucionarios se sabían obligados a llevar su insurrección hasta las últimas consecuencias.

La francesa es la primera revolución política que se desarrolló con los medios propios de las revoluciones religiosas. Y como las revoluciones del siglo XVI, la francesa penetró en la conciencia colectiva europea por medio de la predicación y la propaganda: “Una revolución política que inspira proselitismo —exclama Tocqueville—; que se predica con tanto ardor a los extranjeros como se realiza con pasión en la propia casa: ¡considerad qué espectáculo tan novedoso! Entre todas las cosas desconocidas que la Revolución francesa ha mostrado al mundo ésta seguramente es la más nueva”.²⁸ Necesariamente tuvo que ser una revolución hecha sobre todo con palabras, el éxito dependía de ellas: la creación de una “nueva humanidad” requería de una transformación ideológica radical del continente europeo, de conquistar, “por encima de todas las nacionalidades particulares,... una patria intelectual común en que los hombres de todas las naciones pueden convertirse en ciudadanos”.²⁹

Y esta idea de la Revolución Francesa como un fenómeno radicalmente nuevo en la historia de la humanidad, algo inédito, “tan opuesto a todo lo que antes había ocurrido

²⁷ Alexis de Tocqueville, *op. cit.*, pp. 237-238.

²⁸ *Ibid.*, p. 96.

²⁹ *Ibid.*, p. 95.

en el mundo”, penetró la imaginación europea a tal grado y en tan corto tiempo que monarcas, aristócratas, burgueses y el mismo pueblo quedaron perplejos, aterrados, maravillados ante “esa fuerza desconocida, a la que nada parece alimentar ni abatir, que nadie podría detener y no se puede detener a sí misma, [y que] ha de llevar a las sociedades humanas a su disolución completa y final”. La historia había tomado un rumbo desconocido, peligroso. Hubo quienes vieron en la Revolución “la acción visible del demonio en la Tierra”; otros, en cambio, descubrieron “en ella un designio bienhechor de Dios, quien quiere renovar no sólo la faz de Francia, sino también la del mundo, y que de cierto modo habrá de crear una nueva humanidad”.³⁰ Esa peculiar forma de mirarse a sí mismos de los revolucionarios franceses había conquistado ya la conciencia social de Europa cuando la Revolución aún no había dejado las armas. Con los años, el mito continuó expandiéndose. Para 1856, cuando Alexis de Tocqueville escribe su libro, el mito había desbordado cualquier predicción. Lo que más aterraba a Tocqueville era que esa nueva especie de revolucionarios que pretenden transformarlo todo con sus monstruosas insurrecciones no fue un producto efímero de 1789, “a partir de entonces —se lamenta el historiador—, constituyen una raza que se perpetuó y se diseminó por todos los rincones civilizados de la tierra, y que conservó por doquiera la misma fisonomía, las mismas pasiones y el mismo carácter. La conocimos cuando vino al mundo y aún la tenemos frente a nosotros”.³¹

Tocqueville quiere desestimar gran parte de lo que era considerado una creación original de la Revolución Francesa, pero no puede negar que el obsequio que ésta hizo al mundo quizás haya sido mayor que cualquiera de sus invenciones institucionales: una

³⁰ *Ibid.*, p. 89.

³¹ *Ibid.*, p. 238.

construcción simbólica sobre ella misma y sobre el carácter de los hombres que la encabezaron. Los franceses escribieron el manual del revolucionario: qué son y qué deben ser las revoluciones; qué debemos esperar de ellas. La herencia de la Revolución de 1789 es el concepto de revolución convertido en un absoluto: el símbolo por antonomasia de la transformación social; del abandono de una época y la oportunidad de un nuevo comienzo para la humanidad; de la posibilidad del hombre de tomar la historia entre sus manos y rehacerla a su antojo. A partir de entonces, todo hombre que se levantara en armas al grito de *revolución*, estaría obligado a tomar como referencia la Francia de finales del XVIII; y, como dijo Marx, el pasado les oprimiría el cerebro como una pesadilla.

No es posible adentrarse en la historia intelectual y política del siglo XIX sin tomar en cuenta la enorme influencia de la Revolución Francesa convertida en la alegoría de un nuevo Génesis. A partir de entonces los revolucionarios participan de ese afán de pensarse a sí mismos como la solución general del hombre, no sólo de su país, sino de la humanidad en su conjunto.

Los hombres de la Revolución Mexicana, adelantemos nuestro tema, se mirarán de la misma forma que en su momento los franceses. En un punto del desarrollo del discurso revolucionario, también encontrarán demasiado estrechas las fronteras nacionales para profesar su grandeza. La humanidad entera dependía de ellos. En este sentido, resulta ejemplar una pieza oratoria de Venustiano Carranza a finales de 1915:

No tenemos como único deber que cumplir con nuestra Patria la destrucción de la reacción, que ya casi hemos conseguido... tenemos un deber más grande todavía; el que la historia, desde el descubrimiento de América, nos ha señalado, puesto que México ha ocupado un gran lugar en la historia de los pueblos civilizados.

México ha sido el único país de la América que, después de tres siglos de dominación y colonización y después de un siglo de luchas intestinas, ha venido a construir una Nación. La Nación que debe ser modelo de la América Española... Debemos sostener el lugar que hemos ocupado en la historia. Nuestros grandes episodios son conocidos desde la época de la conquista, por todos los hombres de los países civilizados, y desde entonces, siglo tras siglo, México nunca ha podido pasar inadvertido para la América; tenemos el deber de hacer conocer en cada ciudad lo trascendental de esta verdadera Revolución, que va a servir de ejemplo a todas las naciones de la tierra. Nosotros llevaremos en nuestras leyes, el bienestar que debe tener todo ciudadano en cualquier Nación; nosotros llevaremos también una transformación en la legislación internacional... la Revolución no es sólo la lucha armada ni son los campos ensangrentados, que ya se secan; es algo más grande, es el progreso de la humanidad que se impone, y que a nosotros, por desgracia, por fatalidad, o por ventura, nos ha tocado ser los iniciadores en esta gran lucha.³²

Baste por ahora con mostrar estas similitudes entre los propósitos universalistas que ambas revoluciones plantearon. Carranza no está pensando en la Revolución Francesa, pero sabe que una revolución no puede ser menos que una transformación total, primero de una nación y luego del mundo entero. Una de las razones de que el discurso hiperbólico de Carranza no haya sobrevivido lo suficiente para convertirse en la médula del discurso revolucionario mexicano, fue la presencia de otro gran mito, mucho más poderoso, el de la revolución socialista, que en octubre de 1917 pareció materializarse en Rusia. Después de la victoria bolchevique, cualquier interpretación como la de Carranza resultaba bastante absurda, ilógica. Las miradas del mundo entero estaban puestas en Moscú, incluyendo las de muchos mexicanos.

³² Discurso pronunciado en San Luis Potosí el 26 de diciembre de 1915. Citado íntegro en Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana. La etapa constitucionalista y la lucha de facciones*, México, FCE, 4ª ed., 1965, t. 2, pp. 230-233.

LA REVOLUCIÓN PERMANENTE
EL LENGUAJE DEL FRACASO

No es posible, decíamos, desentrañar el desarrollo del pensamiento político decimonónico sin hacer referencia a la Revolución Francesa del siglo XVIII; especialmente si nuestro propósito es destacar algunos aspectos del significado marxista de la revolución.

Francia se había convertido en una obsesión intelectual para el pensamiento político europeo y en un modelo para los teóricos marxistas. Karl Marx y los suyos eran sencillamente unos enamorados perdidos de 1789.³³ No existía para ellos mejor ejemplo del sentido y la dirección del progreso histórico. La perfección e intensidad con que las luchas de clases en Francia revelaban “la marcha de la historia”, convertían a este país en un arquetipo teórico formidable:

Centro del feudalismo en la Edad Media y país modelo de la monarquía unitaria estamental desde el Renacimiento —escribió Engels en 1885—, Francia pulverizó al feudalismo en la gran revolución e instauró la dominación pura de la burguesía bajo una forma clásica como ningún otro país de Europa. También la lucha del proletariado revolucionario contra la burguesía dominante reviste aquí una forma violenta, desconocida en otras partes.³⁴

La historia francesa le había servido a Marx “de piedra de toque para contrastar su ley”, y más que un contraste, encontró los elementos necesarios para la verificación: en marzo de 1850, en su *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas* Marx se sintió obligado a hacer a un lado ese nacionalismo velado que lo acompañó toda su vida y pidió

³³ Cf. Ludolfo Paramio, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, México, Siglo Veintiuno, 2ª ed. 1989, p. 74.

³⁴ “Prólogo de F. Engels a la tercera edición alemana (de El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte)”, en Carlos Marx y Federico Engels, *op. cit.*, p. 231.

tener paciencia al movimiento obrero alemán, que debía confiar en el poder de contagio revolucionario de sus avanzados hermanos de clase franceses:

Aunque los obreros alemanes no puedan alcanzar el Poder ni ver realizados sus intereses de clase sin haber pasado íntegramente por un prolongado desarrollo revolucionario, pueden por lo menos tener la seguridad de que esta vez el primer acto del drama revolucionario que se avecina coincidirá con el triunfo directo de su propia clase en Francia, lo cual contribuirá a acelerarlo considerablemente.³⁵

La idea marxista sobre la Revolución de 1789 es una derivación directa de la mitología erigida por los mismos revolucionarios franceses durante la lucha. La Revolución no sólo representaba la expresión más perfecta de la lucha de clases, era sobre todo un origen, el inicio de una era que concernía no exclusivamente a Francia sino a toda Europa. Después de 1789, nos dice Marx, Francia se había logrado rodear de un “ambiente adecuado”, había conseguido transformar al continente entero de forma tan irremediable, que lo había “acomodado a los tiempos”.³⁶ La Revolución Francesa, “cima de la creación”, había significado, en la imaginación marxista, el “triunfo del siglo XVIII sobre el XVII”.³⁷ En esta forma fantástica de interpretar el fenómeno revolucionario francés como el gran espectáculo que produjo un mundo nuevo, cuyo primer brote se localizó en una

³⁵ Carlos Marx, “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas”, en Carlos Marx y Federico Engels, *op. cit.*, pp. 102-103. Marx nunca pierde su esperanza en una revolución alemana que supere a la francesa de 1789. Es una idea que lo persigue desde su juventud, antes de convertirse al materialismo histórico: le obsesionaba el retraso material alemán. “Marx comparte con todos los intelectuales alemanes —arguye François Furet— la pasión por borrar algún día la acusación de la inexistencia práctica de la historia de su país, la que destaca por contraste al florecimiento universal de la Revolución francesa. El proyecto alrededor del cual gira su espíritu consiste en imaginar una nueva revolución, esta vez alemana, cuya función histórica será la superación de la Revolución francesa, el rebasamiento de sus límites: de allí la necesidad intelectual de elaborar por principio de cuentas una filosofía crítica de la Revolución francesa”. La posibilidad de que esto sucediera, partía de una creencia en la superioridad filosófica del proletariado alemán con respecto a sus hermanos de clase del resto de Europa, su retraso era histórico, material, nunca ideológico. La revolución alemana no haría más que poner al proletariado alemán a la altura de su pensamiento. (*Marx y la Revolución francesa...*, pp. 11-14).

³⁶ Carlos Marx, “El dieciocho brumario de Luis Bonaparte”, en Carlos Marx y Federico Engels, *op. cit.*, p. 234.

³⁷ Carlos Marx, “La burguesía y la contrarrevolución”, en Carlos Marx y Federico Engels, *op. cit.*, p. 53-54.

sola nación, pero que se fue extendiendo poco a poco, encontramos el germen de la idea de la revolución permanente: una revolución que, por un lado, se extiende sin control contagiando a todas las naciones de la Tierra; y, por otro, que dentro de las fronteras nacionales penetra cada vez más, transformando todos y cada uno de los aspectos de la vida social. Es la idea de una revolución perenne, en cuyo freno subyace el fantasma de la derrota. La idea de una revolución que al detenerse se traiciona a sí misma. El telón de fondo es la convicción de que el pasado representa una amenaza constante, el retorno del antiguo régimen, y ante este peligro la lucha debe ser ininterrumpida. En este sentido, detrás de la revolución permanente está oculta la semilla de una idea-temor sobre la fragilidad de la revolución, especialmente cuando ésta triunfa y se convierte en gobierno revolucionario. Este miedo es perceptible en los textos de Marx, pero deberemos esperar la aparición en escena del teórico Trotsky y la idea de una revolución en Rusia para tener una expresión clara como el agua. La revolución permanente de Trotsky parte de dos conceptos básicos: primero, que la revolución burguesa en Rusia puede ser transformada en una revolución socialista con la ayuda de un partido proletario vigoroso; y segundo, que al conseguirse esta doble victoria sobre el antiguo régimen, el proletariado ruso está obligado a crearse su propio “ambiente adecuado”, es decir, exportar su revolución a Occidente, de lo contrario todo se echaría por tierra.³⁸ El carácter internacional de la revolución socialista, evidentemente una derivación de 1789, era uno de los secretos del éxito último.

La revolución permanente es el mito de la Revolución Francesa llevado hasta sus últimas consecuencias. Marx no sólo teoriza sobre una revolución que lo trastoca absolutamente todo, sino acerca de una que lo trastoca absolutamente todo y en forma

³⁸ Cf. Kolakowski, *op. cit.*, t. 2, p. 402.

definitiva.³⁹ Marx discurre sobre la última revolución de la historia, la revolución proletaria, la gran escena final del drama humano, pero que en términos de su estructura conceptual es la reproducción del caso francés. Leszek Kolakowski nos dice al respecto:

Marx creía que la revolución proletaria surgiría, *mutatis mutandis*, del mismo antagonismo que habían surgido las revoluciones burguesas. En una determinada etapa de su evolución, la tecnología burguesa había llegado a ser irreconciliable con las condiciones sociales del feudalismo, con su restrictivo sistema gremial, sus privilegios locales y hereditarios y las restricciones al libre empleo de trabajo. De igual forma, al progresar la tecnología, la burguesía había creado una situación que necesariamente iba a arruinarla como clase, aboliendo la propiedad capitalista y, finalmente, las diferencias de clase.⁴⁰

La revolución que encabezaría el proletariado, entonces, partía del mismo principio básico de la lucha de clases que había producido la Revolución Francesa. No obstante, por su carácter definitivo, se esperaba de ella una grandeza muy superior a 1789. En la cabeza de Marx no cabía la posibilidad de que el final de la historia fuese un espectáculo desabrido; debía estar precedido por un acontecimiento formidable, una revolución de proporciones gigantescas,⁴¹ ante la cual 1789 se revelaría como lo que era, un fenómeno del pasado, una antigua y superada revolución burguesa, un primer paso de la humanidad hacia su destino último.

Sin embargo, cada vez que todo parecía listo para el acto final de la tragedia humana, cuando todo indicaba que la revolución proletaria era inminente, nada sucedía;

³⁹ Una opinión que difiere de la nuestra es de Giovanni Sartori, quien en su libro *La democracia después del comunismo*, afirma que es original del marxismo la concepción de que una revolución debe cambiarlo todo, transformar incluso al hombre, y que de ahí surge la idea de la revolución permanente. Como hemos visto con suficiente claridad, los revolucionarios del siglo XVIII ya se habían planteado abiertamente la creación de una nueva humanidad. Sartori, no obstante, acierta en que la versión marxista es un derivado de esta mitificación del concepto de revolución. Pero olvida que la revolución permanente agrega un elemento fundamental al mito original: el final de la historia. No se trata de un cambio solamente, sino del último de todos los cambios, que traerá por supuesto el mejor de todos los mundos posibles, el comunismo, la liberación de la humanidad.

⁴⁰ *Op. cit.*, t.1, p. 302.

⁴¹ Cf. Ludolfo Paramio, *op. cit.*, pp. 66-77.

nada, pues, comparable al ideal de 1789. El marxismo pronto tuvo que convertirse en una teoría que justificaba la espera interminable de una revolución que negaba materializarse. Una teoría que encontraba las formas retóricas para transformar la decepción en nuevas y más intensas expectativas. Es precisamente este estado de ánimo el que empuja a Marx a escribir su *Dieciocho Brumario*: ¡1848 convertido en la caricatura de 1789!; una larga explicación de por qué el abrumador fracaso de las revoluciones de mediados del siglo XIX, debe finalmente interpretarse como una ventaja para el triunfo futuro del movimiento obrero.

En un principio, los acontecimientos de febrero de 1848 significaron para Marx “una hazaña de la historia universal con la que se abría la nueva época”.⁴² Movidos quizás —como dice Ludolfo Paramio— por una “comprensible impaciencia revolucionaria”, Marx y sus seguidores pudieron ver en la Francia de entonces “una situación madura para la revolución proletaria”.⁴³ la humanidad estaba lista una vez más, como estuvo en 1789, para transformar radicalmente el mundo. Y como todos los cálculos lo habían indicado, la gran lucha daba sus primeros pasos en París, “la Babel revolucionaria”,⁴⁴ el domicilio de la revolución, como popularmente se le llamaba entonces. Por un momento la historia parecía darle la razón a Marx: en diciembre de 1847, redacta su *Manifiesto del Partido Comunista*. Pero poco más de tres años después, el “fantasma del comunismo”, ese espectro que amenazante recorría Europa y pronto lo cambiaría todo, “no hizo más que dar vueltas”.⁴⁵ En 1851 no quedaba casi rastro de él.

⁴² Carlos Marx, “El dieciocho brumario de Luis Bonaparte”, en Carlos Marx y Federico Engels, *op. cit.*, p. 236.

⁴³ Ludolfo Paramio, *op. cit.*, p. 74.

⁴⁴ Carlos Marx, “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas”, en Carlos Marx y Federico Engels, *op. cit.*, p. 94.

⁴⁵ Carlos Marx, “El dieciocho brumario de Luis Bonaparte”, *op. cit.*, p. 235.

Sin embargo permaneció rondando, como una promesa, como el habitante de un discurso político que sólo podía justificar los fracasos y anticipar una victoria que tardaba en llegar, pero que nunca se dejó de suspirar por ella.⁴⁶ El lenguaje marxista del siglo XIX se convirtió en un verdadero espejismo revolucionario: el discurso de una leyenda.

La gran virtud de la retórica marxista es que ofrece un paliativo al fracaso. La derrota absoluta no existe. Como el marxismo dice de sí mismo que no inventa una doctrina, sino que descubre las leyes de la historia, y como las leyes le otorgan la victoria por anticipado al proletariado, se pueden perder batallas, pero la guerra está ganada de antemano. Así, el terrible desencanto que producen las revoluciones fallidas puede disfrazarse de esperanza. Sobre 1848 Marx escribe así:

lo que sucumbía en estas derrotas no era la revolución. Eran los tradicionales apéndices prerrevolucionarios, las supervivencias resultantes de relaciones sociales que aún no se habían agudizado lo bastante para tomar una forma bien precisa de contradicciones de clase: personas, ilusiones, ideas, proyectos de los que no estaba libre el partido revolucionario antes de la revolución de Febrero y de los que no podía liberarlo la *victoria de Febrero*, sino sólo una serie de *derrotas*.

En una palabra: el progreso revolucionario no se abrió paso con sus conquistas trágicas, sino por el contrario, engendrando una contrarrevolución cerrada y potente, engendrando un adversario, en la lucha contra el cual el partido de la subversión maduró, convirtiéndose en un partido verdaderamente revolucionario.⁴⁷

⁴⁶ “A partir de 1848 —escribe Kolakowski—, Marx pasó por las fases alternas de esperar una rápida revolución europea y de reconciliarse con una espera más larga. Cada nueva etapa de disturbios, guerra o depresión económica aumentaba sus esperanzas. Poco después de 1848 abandonó la convicción optimista de que había llegado la hora del ocaso del capitalismo; en su lugar, mostró a los defensores de la <<acción directa>> que tenían quince, veinte o cincuenta años de duras luchas antes de poder hacerse con el poder. Una y otra vez se vio alentado por las crisis políticas o económicas a confiar en que en uno u otro lugar, en Alemania, España, Polonia o Rusia, una chispa revolucionaria prendería un fuego que pronto se extendería por toda Europa. De acuerdo con su teoría puso mayores esperanzas en los países más adelantados, pero en ocasiones también pensó que incluso la atrasada Rusia podría desencadenar la tormenta que anunciase la transformación mundial... Es evidente que había un conflicto en su mente entre la impaciencia revolucionaria y la teoría de que el capitalismo debe alcanzar primero su <<madurez económica>> —que, según él, no había alcanzado ningún país excepto Inglaterra— y uno u otro de estos puntos de vista era el que prevalecía según el curso de los hechos” (*op. cit.*, t. 1, p. 310).

⁴⁷ Carlos Marx, “La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850”, en Carlos Marx y Federico Engels, *op. cit.*, p. 125.

Cada vez que el movimiento obrero sufría una derrota, el retroceso podía fácilmente interpretarse a la inversa, como un paso hacia delante en la preparación de la verdadera revolución. Cada fracaso se convertía en una toma de conciencia del proletariado: lo que se perdía en el terreno político, se ganaba en el ámbito de las ideas.⁴⁸

La revolución proletaria nació siendo mito, una promesa sin referente histórico propio. Para una revolución que ha vivido siempre en el discurso no es extraño que lo verdaderamente valioso esté planteado en términos ideológicos. Quizás no exista parangón de un movimiento secular más consciente de la importancia de lanzarse a la conquista ideológica para conseguir la victoria. No estamos de ningún modo poniendo la dialéctica marxista de cabeza: para Marx, la verdadera revolución sigue siendo aquella que transforma la estructura económica de una sociedad. “Las ideas por sí solas, afirma Marx, no pueden franquear los límites del viejo mundo; los seres humanos y el uso de la fuerza son necesarios antes de que puedan realizarse las ideas”.⁴⁹ Las ideas juegan un doble papel en el pensamiento de Marx: en un primer momento son el vehículo para ir preparando las condiciones objetivas de la revolución, la toma de conciencia del proletariado; posteriormente, simbolizan el triunfo del movimiento. Tenemos, pues, que

⁴⁸ Existe la probabilidad de que una de las causas que llevaron a Marx a interpretar el fracaso concreto de 1848 en Francia como una evolución positiva para la conciencia proletaria, haya sido la popularidad que ganó su nombre —el de Marx— después de la derrota. Algo así como el producto de la vanidad y la fama. Priscilla Robertson en su *Revolutions of 1848: a Social History* nos cuenta cómo el *Manifiesto del Partido Comunista*, y la teoría de la lucha de clases que se expone en él, se convirtieron en elementos centrales de la política europea de mediados del siglo XIX como consecuencia de las revoluciones de 1848; de ningún modo operaron como causas. Los líderes revolucionarios de la época “dirigieron sus insurrecciones, algunos más honestamente, algunos menos, en la opinión de que todas las clases sociales podrían beneficiarse juntas. Sólo después de que los liberales conquistaron el poder, descubrieron que temían a los obreros; cuando los obreros cayeron en la cuenta de esto, se convirtieron al evangelio marxista” (New Jersey, Princeton University Press, 1952, p. 6; traducción propia). Antes de 1848, el socialismo de Louis Blanc era el más popularizado; no el Marx, cuyos seguidores se contaban por cientos y no por miles. Blanc tenía la doble virtud de ser el más práctico de todos y el responsable de un lema exitoso como ninguno: “el derecho a trabajar” (*Ibid.*, p. 19).

⁴⁹ Leszek Kolakowski, *op. cit.*, t. 1, p. 155.

para Marx las conciencias representan el trofeo más precioso de toda revolución, la garantía de la victoria final. Lo ganado es definitivo e irreversible cuando ha quedado grabado en la imaginación de las grandes masas. Así se cierra el círculo de la dialéctica marxista: las ideas *preparan y clausuran* la revolución, mas no la *hacen*. Y en esa preparación del cambio revolucionario Marx y los marxistas gastaron casi todas sus energías. Su labor era, antes que nada, una constante divulgación de sus ideas: el movimiento obrero —es la concepción marxista, después retomada y aumentada por Lenin— muchas veces necesita del hombre de ideas para hacerse de una conciencia socialista. El mismísimo *Manifiesto*, texto sagrado del pensamiento socialista, fue con buena razón catalogado por Leszek Kolakowski como una “obra maestra de la literatura propagandística”.⁵⁰

El mito de la revolución proletaria, pues, consiste en que fue construido a la sombra de otro gran mito revolucionario. No se trató de la creación discursiva de un grupo de revolucionarios triunfantes, sino del producto de una corriente ideológica que se alimentaba fundamentalmente de una simbología ajena. El mito de la revolución proletaria no es el resultado de un lenguaje exacerbado creado al calor de la lucha armada y llevado a sus últimas consecuencias; más bien responde a la explotación de un mito revolucionario prefabricado que buscaba ininterrumpidamente convertirse en realidad. La retórica de la revolución prometida y eternamente pospuesta; ¡el discurso de una revolución que fue inminente por más de medio siglo!

⁵⁰ *Ibid.*, p. 231.

LA PATRIA DEL PROLETARIADO
EL LENGUAJE DE LA VICTORIA

La teoría marxista y la mitología sobre el papel histórico de la revolución proletaria que se desprende de ella dejaron una huella indeleble en el pensamiento político moderno. La Revolución Mexicana de 1910, que nunca se planteó seriamente la abolición del capitalismo, fue en muchos sentidos una revolución hecha bajo la influencia del lenguaje marxista. Pero antes de comenzar con nuestro tema mexicano, concluyamos el breve recorrido por la mitología revolucionaria analizando ciertos aspectos del bolchevismo, que serán de la más alta utilidad para comprender lo que sucedió con el discurso revolucionario mexicano después de 1917.

Podríamos decir que la Revolución de Octubre y el añoso régimen soviético que le siguió significaron tanto el auge como la decadencia ulterior del mito marxista de la revolución. El triunfo de Lenin fue un punto de quiebre para la ideología marxista y para todo aquello que ha sido influenciado por ella directa o indirectamente. La Revolución Bolchevique fue convertida en la primera encarnación real de la teoría de Marx; la primera revolución socialista de la historia. El bolchevismo fue elevado a encabezar la simbología de la revolución proletaria, el primer capítulo de la inminente revolución en todos los países de la Tierra. Con algunas modificaciones “menores”, la profecía se cumplía. La gran escena final de la historia había comenzado, no en la Europa desarrollada, no en Francia ni Alemania como lo predicho, sino en Rusia, un país atrasado, donde el capitalismo no había llegado aún y los obreros, los héroes de la teoría marxista de la revolución, eran prácticamente inexistentes. Pero ninguna de las

peculiaridades rusas que alejaban a la Revolución Bolchevique de la ortodoxia marxista parecía poder detener su creciente seducción sobre la imaginación europea.

La idea del triunfo revolucionario es en sí misma una fuerza simbólica implacable; arrolla conciencias. La victoria tiene un poder mágico sobre las mentes. Conquista. El vencedor adquiere el derecho a decir de sí cosas extraordinarias porque sabe que serán creíbles. El héroe puede darse el lujo de ser extravagante. Pero en todo caso, Lenin era un hombre pragmático; las inconsistencias de su revolución con la teoría marxista tenían una explicación simple: imperfecciones teóricas.

Para Lenin, las cuestiones filosóficas no tenían una significación propia, y no eran más que simples armas para la lucha política... En este punto no sólo no puede reprochársele haberse desviado del marxismo, sino que puede decirse que aplicó los principios del materialismo histórico más estrictamente que Marx... Muchas veces Lenin tomó la delantera en las discusiones con marxistas de otras tendencias de opinión a causa de la devastadora simplicidad y consistencia con que aplicaba los principios que tenían en común. Cuando sus adversarios estuvieron en situación de indicarle que su postura estaba en conflicto con algo que había dicho Marx —por ejemplo, que <<dictadura>> no significaba un despotismo no limitado por la ley— estos estaban probando la propia inconsistencia de Marx más que la heterodoxia de Lenin.⁵¹

Por otra parte, la postura que los bolcheviques habían adoptado frente a la guerra de 1914 les daba una gran ventaja sobre sus críticos marxistas. Sobre este punto hablaremos en nuestro tercer capítulo, baste por lo pronto decir que Lenin y su grupo supieron permanecer fieles a la idea de que la guerra concentraba un inmenso potencial revolucionario, y que sólo era cuestión de que el proletariado lo aprovechara. La toma del poder por los bolcheviques, y posteriormente la firma de la paz con Alemania, no hacía más que confirmar lo que Lenin no se había cansado de decir durante años. En su maravilloso libro sobre la idea comunista en el siglo XX, François Furet argumenta que

⁵¹ Kolakowski, *op. cit.*, t. 2, p. 378.

el principal impulso simbólico de la Revolución Bolchevique fue sin duda la paz, conseguida de manera tan inesperada:

lo que muy pronto le da a la Revolución rusa de 1917 —mezcla de Febrero y de Octubre— un carácter universal es menos su estilo propio o sus ambiciones sucesivas (que por cierto nadie conocía bien) que su grito contra la guerra... [ni la apropiación de la tierra, ni la caída del antiguo régimen eran novedades en Europa, eran el pasado conocido]... Pero el pueblo ruso exige la paz y con ello muestra una solución al trágico callejón sin salida en que los gobiernos de Occidente se han dejado encerrar... el mensaje que llega del Este al Oeste resulta cada día más claramente el de la paz.⁵²

La guerra de 1914 había generado un ambiente terrible de resignación en Europa. El conflicto daba la impresión que no concluiría nunca. Pero Lenin había predicho su desenlace revolucionario, y para el asombro de los incrédulos ahí estaba la prueba, en el Palacio de Invierno. “El bolchevismo —otra vez nos habla Furet—, desde antes de existir claramente como filosofía política o como modelo revolucionario, se fortalece con el ejemplo que brinda el cese de las hostilidades”, pero justamente del hechizo de haber conquistado una paz que parecía imposible brota con toda su fuerza la imagen de la Revolución: “La paz ha puesto la revolución a la orden del día”.⁵³

Ahora bien, esto no eximió a Lenin de afrontar el agrio debate con las diversas corrientes marxistas que le acusaban de hereje. Haber llevado su partido al poder le aseguraba, como hemos dicho, una posición aventajada en la polémica, pero de ninguna manera le daba el derecho a ignorarla. Lenin era marxista ortodoxo y estaba obligado a demostrarlo; más ahora que nunca, destinado como estaba por su triunfo a encabezar la ideología. Lenin debía coronarse, y mantenerse, el primer marxista del mundo. Y todo dependía del significado de la Revolución. Los bolcheviques tenían que explicar el salto

⁵² *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, trad. Mónica Utrilla, México, FCE, 3ª reimpr., 1999, p. 74.

⁵³ *Ibid.*, 75.

mortal de una sociedad semifeudal hasta la cúspide de la historia, o aceptar la imposibilidad de erigir un Estado socialista en Rusia.

En sus inicios, independientemente de su evolución ulterior, los bolcheviques definieron al régimen soviético de acuerdo al dogma de la revolución de Marx: La Revolución en Rusia no era sino una pequeña parte de algo mucho más trascendental, un primer paso hacia la revolución mundial. Su verdadera importancia radicaba en la capacidad que demostrase el proletariado ruso para contagiar su fiebre revolucionaria a sus hermanos en las naciones europeas desarrolladas. Sobre todo era indispensable que el espíritu y el arrojo bolchevique se transmitieran a Europa central, concretamente a Francia y Alemania. De otro modo, la Revolución de Octubre no tendría sentido alguno; no, pues, para el gran mito de la revolución permanente, que sobrevivía más o menos puro en las cabezas de Lenin y Trotsky. Cualquier contradicción aparente de la Rusia bolchevique con el marxismo ortodoxo quedaría resuelta en el momento preciso que otras revoluciones socialistas comenzaran a triunfar en Europa. Rusia no podía quedar aislada si en efecto representaba el ocaso del mundo capitalista. Por ello, Lenin nunca abandonó su internacionalismo, que no era otra cosa que una fe ciega en una serie de concatenaciones lógicas de la Revolución de Octubre; después de todo, eso dictaban las leyes de la historia, la ciencia de Marx: el proletariado de todos los países necesariamente seguiría el ejemplo ruso.

El verdadero valor del triunfo bolchevique estaba en lo que pudiera hacer fuera de las fronteras nacionales. No gratuitamente León Trotsky concluye su *Historia de la Revolución Rusa* con los siguientes dos párrafos:

La Revolución de Octubre ha echado las bases de una nueva cultura concebida para el servicio de todos, y justamente por ello adquiere de inmediato una

importancia internacional. Aún si, como resultado de circunstancias desfavorables y bajo los golpes del enemigo, el régimen soviético —admitámoslo un instante— fuese transitoriamente derrocado, la insurrección de Octubre continuaría ejerciendo una influencia indeleble sobre toda la evolución ulterior de la humanidad.

La lengua de las naciones civilizadas separa claramente dos épocas en el desarrollo de Rusia. Si la cultura engendrada por la nobleza ha introducido en el lenguaje universal barbarismos tales como *zar*, *progrom*, *nagaika*, Octubre ha internacionalizado palabras como *bolchevique*, *soviet* y *piatiletka*. Esto sería suficiente para justificar la Revolución proletaria si, por otra parte, se estima que ella tiene necesidad de justificación.⁵⁴

No nos cabe duda que una revolución necesita justificarse; explicarse ante la historia, lo hemos visto, es lo primero que hacen los revolucionarios. Lo que resulta interesante es cómo justifica su revolución el gran organizador del Ejército Rojo, años después de que el bolchevismo demostró su incapacidad para llevar la revolución proletaria a Europa central. Trotsky mira la Revolución de Octubre como un atajo del camino para alcanzar el valor último de la lucha: la conquista ideológica. Lo más valioso de la Revolución Bolchevique no está en haber sacado del Palacio de Invierno a los mencheviques, que a su vez, poco antes, habían expulsado al zar; ni tampoco en el gobierno del partido de Lenin. La Revolución puede incluso ser traicionada por Stalin, el “gran organizador de derrotas”, pero como las revoluciones de 1848 para Marx, la de 1917 para Trotsky había ya cumplido su más alta misión. El verdadero triunfo radica en el obsequio que hicieron a la humanidad: su lenguaje. La justificación de la Revolución Soviética, su razón de ser, no importa cuantos tropiezos y regresiones sufra, está en la tremenda ola de contagio lingüístico que produjo, en la creación de conceptos originales que, de forma imborrable, son ya parte de “una nueva cultura”.

⁵⁴ *Historia de la Revolución Rusa: Historia de Octubre*, México, Juan Pablos, 1972, t. 2, p. 756.

En muchos sentidos Trotsky habla con la verdad. La Revolución Soviética transformó la faz de la Tierra en unos cuantos decenios,⁵⁵ aunque no en la forma que originalmente se pensó, sino en su reformulación staliniana. Pero Trotsky nos está hablando de otra cosa, mucho más importante para él, que había sido desterrado precisamente por haberse mantenido fiel a los principios “sagrados” del pensamiento marxista. Trotsky dice haber visto retroceder la Revolución en su país, pero no deja nunca de confiar en el invaluable legado cultural del bolchevismo. En buena medida tiene razón de sentirse satisfecho: para empezar, porque el triunfo de octubre *cataliza* una de las transformaciones más radicales de la moral pública que jamás ha conocido el hombre. Las masas obreras, de golpe, se convirtieron en el elemento cardinal de la sociedad y la política rusas.⁵⁶ El mundo entero era testigo de la consolidación paulatina de un régimen, el primero de la historia, cuya fuente de legitimidad radicaba en un discurso que glorificaba el papel histórico de su movimiento obrero: el único “agente de la liberación del hombre”.

El proletariado ruso podía ser minúsculo en comparación con sus hermanos de clase ingleses o alemanes, pero la Revolución lo había colocado en el centro de atención de la vida política. Esto no sólo implicaba cambios en las formas de la lucha por el poder, sino una metamorfosis profunda de los valores morales: el proletariado era el “dueño” del

⁵⁵ “La revolución de octubre originó el movimiento revolucionario de mayor alcance que ha conocido la historia moderna. Su expansión mundial no tiene parangón desde las conquistas del Islam en su primer siglo de existencia. Sólo treinta o cuarenta años después de que Lenin llegara a la estación de Finlandia en Petrogrado, un tercio de la humanidad vivía bajo regímenes que derivaban directamente... del modelo organizativo de Lenin, el Partido Comunista” (Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX. 1914-1991*, trad. Juan Faci *et. al.*, Barcelona, Crítica, 2ª ed., 2001, p. 63).

⁵⁶ Por supuesto que no intentamos argüir aquí que el bolchevismo inventó las formas modernas del movimiento obrero organizado y su relación con el poder político; sin embargo, no puede haber duda de que fue el régimen de Lenin el primero en encumbrar al poder al proletariado de forma oficial, es decir, como fuente principal de la legitimidad del Estado. El triunfo de Lenin es también la primera institucionalización de la doctrina marxista como ideología oficial.

mundo conquistado y comenzó, en consecuencia, a actuar con el orgullo que le imponía la nueva situación. “En efecto —escriben Figes y Kolonitskii—, los obreros tenían más energía y estaban mejor organizados que cualquier otra clase en 1917: fueron los responsables de los soviets, los comités de las fábricas, los sindicatos, los clubes y las cooperativas obreras, las milicias y la Guardia Roja, periódicos e instituciones educativas y culturales”.⁵⁷ El obrero necesariamente estaba en todo; era la norma y el símbolo de todo. Intelectuales, estudiantes y oficiales del ejército imitaban las formas peculiares de organización de los obreros de las fábricas. Eran una clase social modelo. Eran, ni más ni menos, el futuro de la humanidad, una clase universal.

Este orgullo obrero —siguen Figes y Kolonitskii— no incluyó únicamente la imagen de ellos mismos como los líderes de la nación revolucionaria; se extendió a la idea de que, como líderes de la primera revolución en el mundo, eran ellos la vanguardia de un movimiento proletario internacional. Clase obrera y chauvinismo ruso se combinaban en ocasiones en esta identidad. Pero quizás fue más común la idea cosmopolita del obrero como miembro de una clase internacional.⁵⁸

Independientemente de su desenlace ulterior, convenimos con Trotsky en que esta evolución de la función social de la clase obrera organizada le debe mucho al triunfo de la Revolución Bolchevique. No obstante, el legado cultural del bolchevismo tiene también otra faceta, la que nos dejó el stalinismo. La confianza de Lenin en el movimiento socialista internacional era absoluta,⁵⁹ justificaba cada política de su

⁵⁷ Figes y Kolonitskii, *op. cit.*, p. 112.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 113.

⁵⁹ La idea de la revolución permanente vive íntegra en Lenin, con todos los temores sobre la fragilidad del triunfo revolucionario que ya apuntamos arriba. En alguna ocasión Lenin escribió: “La revolución rusa sólo puede alcanzar su victoria por sus propios esfuerzos, pero no puede conseguir y consolidar sus ganancias por sus propias fuerzas. Sin esta condición la restauración es inevitable, ya sea por municipalización, nacionalización o división de la tierra: pues bajo todas y cada una de las formas de posesión y propiedad el pequeño propietario será siempre un baluarte de la restauración. Tras la completa victoria de la revolución democrática el pequeño propietario se volverá inevitablemente contra el proletariado; y cuanto antes se acabe con los enemigos comunes del proletariado y de los pequeños

gobierno que atentaba contra el espíritu de la Revolución de Octubre: la Nueva Política Económica, la represión de Kronstadt, la prohibición de las fracciones en el X Congreso del partido; en fin, cada tropiezo del régimen ruso se absolvía con la idea de que la revolución socialista triunfaría pronto en Occidente. Pero la muerte de Lenin en 1924 coincide con la derrota definitiva de la revolución en Alemania, país en que “había recaído la vocación universal de Octubre”.⁶⁰

El internacionalismo, cimiento de la teoría marxista de la revolución, fue sustituido por el culto a lo puramente ruso, y la idea de la Revolución de Octubre mudó radicalmente de vestuario. Los bolcheviques se enfrentaron a la necesidad de gobernar un país que vivía en una realidad internacional hostil, alejada de la promesa marxista de un mundo que tendía gradualmente hacia el socialismo. Toda la esperanza depositada en la Internacional Comunista, en su capacidad para llevar al mundo entero el método bolchevique del éxito revolucionario se probó un sueño irrealizable. Se abrió un horizonte inesperado, el peor de todos para los que aún cultivaban el credo universalista: la necesidad de defender la Revolución Soviética a todo trance, independientemente de lo que sucediese fuera de las fronteras. No hubo más remedio que sustituir la base de la simbología que legitimaba al gobierno.

La lucha por el poder entre las diversas corrientes revolucionarias dentro de las fronteras rusas representaba una urgencia más apremiante e inmediata que salir a predicar la nueva fe. Y como sucede con las luchas entre revolucionarios, que comienzan con las armas pero terminan con la retórica, la política soviética poco a poco hizo que la elite en

propietarios, como los capitalistas, terratenientes, la burguesía financiera, etc., antes sucederá esto. Nuestra república democrática no tiene otra reserva que el proletariado socialista occidental” (Citado en Kolakowski, *op. cit.*, t. 2, p. 403).

⁶⁰ François Furet, *El pasado de una ilusión...*, p. 155.

el poder cayera en la cuenta de que su fuente de legitimidad, la idea de la Revolución de Octubre, necesitaba un ajuste: su propio mito, es decir, su propia versión del mito marxista. Por más generosa y atractiva, la idea de la revolución permanente no puede convertirse nunca en el sustento de un gobierno (revolucionario o no). Por un lado, la revolución permanente contiene la negación misma de la idea de gobierno. La necesidad de que la revolución no se detenga nunca y *deba* profundizarse y expandirse continuamente, *ad infinitum*; que cualquier titubeo *deba* interpretarse como una traición, representa la miseria de todo gobierno. Una concepción de esta naturaleza impide que algún grupo monopolice el lenguaje revolucionario y consolide su poder: la escalada retórica es irrefrenable. Por otro lado, el mito de la revolución permanente obliga a la elite revolucionaria a renunciar a una de las herramientas más cotizadas para garantizar el orden y la unidad social: la explotación del orgullo nacional. El discurso de Lenin reducía a la Rusia revolucionaria al lugar ortodoxo que le reservaba el marxismo, es decir, la “chispa del incendio”, que de ninguna manera en que se vea es igual al incendio mismo. Lo primero quizá sea noble y generoso, pero lo segundo es heroico y legendario. En otras palabras: no es lo mismo ser el detonador de la revolución proletaria en todas las naciones de la Tierra, cuyo desarrollo sin duda será más espectacular en Francia y Alemania, que la única y más pura encarnación de la profecía de Marx. Esta es la gran “contribución original” de Stalin al simbolismo revolucionario: un ininterrumpido “homenaje al genio del proletariado y del campesinado *rusos*”: “El jefe de la Revolución de Octubre se proclama revolucionario aunque ruso. Stalin, georgiano, eligió ser ruso por ser revolucionario”.⁶¹

⁶¹ François Furet, *op. cit.*, p. 157 (subrayado propio).

Así nace un nuevo mito soviético, mejorado, remozado y listo para operar en la vida real: la patria del proletariado, la posibilidad del socialismo en un solo país, y la necesidad de que todo aquel que propugnara por ese futuro hermoso, se entregara a la defensa del único lugar donde se había materializado. La tarea inmediata era defender el oasis socialista de los enemigos de la Revolución. El resto del mundo tendrá que esperar. El internacionalismo fue retomado, pero ahora como una fuerza exterior para proteger a la patria del proletariado. La Internacional Comunista se convirtió en una herramienta al servicio de la diplomacia del gobierno de Stalin. La Internacional “administra en adelante los enclaves residuales de un espacio que se ha encogido con el reflujo de la revolución europea... los partidos comunistas tienden a volverse enclaves políticos rusos en sus sociedades respectivas”.⁶²

La revolución permanente probó ser una exquisitez teórica, destinada siempre a formar parte del discurso opositor, incapaz de convertirse jamás en la versión oficial del discurso de una revolución triunfante, consolidada. No en vano, la retórica de la revolución permanente fue el fundamento de la crítica al stalinismo. Un discurso de los puristas, los ortodoxos, pero también un discurso destinado a representar una revolución que no se materializa nunca. Ese había sido su origen y sería su destino: una revolución imposible porque nunca adquiere su legitimidad como gobierno. Una revolución que sólo puede existir en las palabras.

Los ojos del mundo entero miraban a Moscú, que se había convertido en el epicentro de la modernidad, la encarnación del futuro. La patria del proletariado se convirtió no sólo en un polo de atracción para los simpatizantes del marxismo, sino para hombres de todas

⁶² *Ibid.*, p. 161.

las inclinaciones políticas. Como había sucedido con la Francia de 1789, todos volteaban a ver el rostro de la nueva Babel revolucionaria. En algunos provocaría una admiración profunda, en otros un rechazo recalcitrante. Pero pocos dudarían que ahí se había producido un nuevo quiebre histórico para la humanidad.

Los revolucionarios mexicanos no fueron la excepción. Desde 1917, los hombres que se disputaban el poder en México estuvieron, si no bien informados, sí muy atentos al tema soviético. Muchos se sintieron repelidos y amenazados por los sucesos rusos, pero otros, en cambio, se sintieron tentados a corregir el rumbo de la propia revolución, la mexicana, para adecuarla al nuevo canon universal. Como veremos, estas tentaciones de imitación, que para la elite en el poder no eran otra cosa que el riesgo intolerable de perder el control de *su* revolución, provocaron un cambio radical en el discurso político, una serie de ajustes que intensificaron la explotación de uno de los elementos centrales de la simbología revolucionaria en México: la idea de la excepcionalidad mexicana.

CAPÍTULO SEGUNDO
LA PRIMERA REVOLUCIÓN SOCIAL DEL SIGLO XX
LOS ORÍGENES DE UN MITO

El país cobra conciencia de su carácter propio. Ya el año del Centenario está muy lejos. Ya se lo recuerda con trabajo. Tal vez se lo quisiera olvidar. Será imposible: entre sus vagidos y titubeos, se abrió la salida al porvenir, puso en marcha el pensamiento, propuso interrogaciones y emprendió promesas que, atajadas por la discordia, habrá que reatar otra vez al carro del tiempo. A la hora del examen de conciencia —esa media noche del espíritu en que quisiéramos comenzar todo de nuevo— el faro de la etapa simbólica todavía puede iluminarnos.

Alfonso Reyes, Pasado inmediato

Todas las sociedades de alguna manera son excepcionales, únicas. La edificación de un carácter propio exaltando rasgos peculiares (reales o imaginarios) es una necesidad imprescindible del grupo dominante.⁶³ En gran medida, el ejercicio del poder encuentra su justificación en una perpetua construcción de la idiosincrasia, en la definición de un

⁶³ Carece de importancia que la creencia colectiva de poseer ciertas características propias, únicas o extraordinarias, tenga o no un fundamento en la realidad, es decir, que realmente esa colectividad gozase de dichas características y que realmente fuesen únicas o extraordinarias. Lo esencial está en que *crean* en ello. Vale recordar aquí la famosa idea del sociólogo norteamericano William I. Thomas: *lo que es real en la imaginación de la gente, es real en sus consecuencias.*

nosotros enfrentado a la amenaza constante de los *otros*. Sentirse excepcionales no es un mero capricho de la vanidad colectiva, sino una necesidad política elemental. “[La] identidad de cualquier grupo —nos recuerda Barrington Moore— está obligada a formarse en competencia hostil con otros grupos”.⁶⁴ Diferenciarse ensalzando cualidades propias es una necesidad defensiva, de supervivencia y no un simple antojo extravagante; una exigencia vital que justifica la existencia misma del grupo y en gran medida determina el comportamiento de sus miembros en las relaciones con los demás, con lo otro, con el exterior. Toda colectividad está en perpetuo riesgo de ser absorbida, devorada por otras: lo ajeno es un peligro que obliga a urdir, consciente e inconscientemente, un repertorio de ideas y creencias sobre la propia excepcionalidad.

Es posible encontrar expresiones de este fenómeno en casi todos los ámbitos de la vida social: la pintura, el deporte, la música, la cocina. No es difícil pensar, por ejemplo, en la importancia de las tradiciones culinarias para construir identidades colectivas. Sin embargo, las formas más evidentes y trascendentales —más agresivas, si se prefiere— las encontramos siempre en la religión y en la política. Es en estos ámbitos donde encuentra su sentido último; en ellos se disputa el poder dentro del grupo y se plantean abiertamente las amenazas del exterior. En el púlpito o en la tribuna, es donde la exaltación de cualidades extraordinarias cumple su función más práctica: la creación de objetivos comunes, la unidad, el orden social.

En la historia de México, como en la de cualquier país, es posible descubrir los diferentes elementos que han configurado la identidad colectiva dominante de cada época; es decir, lo que en general, y para un periodo determinado, constituía la idea de lo

⁶⁴ *Pureza moral y persecución en la historia*, trad. Ignacio Hierro Grandoso, Barcelona, Paidós, 2001, p. 48.

mexicano, de sus instituciones, de su pasado y su futuro, de su lugar en la relación con otras sociedades.

En este sentido, la Revolución de 1910 inaugura para los mexicanos una nueva forma de mirarse a sí mismos, de entender el lugar que ocupaban en el mundo. La Revolución, diríamos, además de haber transformado las estructuras sociales, cambió el *talante nacional*; surge un ánimo nuevo acompañado de una nueva realidad política. El grupo de hombres que toma por asalto el poder con la Revolución llega acompañado de un discurso radicalmente novedoso, no solamente en términos de su contenido, sino de formas y tonos inéditos. La elite de revolucionarios que sustituye a la vieja clase dominante del porfirismo se distingue de sus antecesores sobre todo por el uso de un lenguaje nuevo, que comienza a hablar de México y de los mexicanos con un optimismo inusual y exaltado.

Los orígenes de este lenguaje están en los reclamos de una clase media que tradicionalmente había sido excluida de las prerrogativas del poder en el régimen porfirista. Son voces de protesta, aisladas y tímidas al principio, pero que con el tiempo se materializaron en una oposición sorda y reiterada, organizada en torno a los clubes liberales, que demandaba al régimen del general Díaz su derecho legítimo a participar en los asuntos públicos. Por regla general, las protestas tomaron como su bandera el respeto a la legalidad y la democracia. Idealizaban un pasado de libertad y justicia, cuyos pilares habían sido las leyes de Reforma y la Constitución de 1857, un pasado truncado por el despotismo de una cruel oligarquía “científica” encabezada por Porfirio Díaz.⁶⁵

⁶⁵ Arnaldo Córdova escribe en su monumental obra sobre *La ideología de la Revolución Mexicana* que a diferencia de las “dos más importantes revoluciones de la Era Moderna, la francesa de 1789 y la rusa de 1917”, que comenzaron por negar categóricamente el pasado “proyectando su acción, su mente y sus ideas hacia el futuro”, la mexicana nació acompañada de una “candente defensa” de las tradiciones. No del

Los primeros momentos de la oposición al porfirismo, afirma Arnaldo Córdova, no son una invitación a hacer la revolución, sino más bien al retorno pacífico a un pasado tan añorado como hermoso. Por ningún lugar aparecía con franqueza la idea de la lucha armada, se tenía absoluta claridad en que los medios de la transformación social debían ser pacíficos; idea que se reproducía incluso entre quienes más tarde serían los portavoces del discurso revolucionario más encendido y violento. Por aquellos primeros años del siglo XX, la Revolución Mexicana no es otra cosa que una amenaza latente, que puede — y aún más: *debe*— evitarse: “los mexicanos ya no queremos revolución; por eso es que queremos que haya libertad”, ¡escribía Ricardo Flores Magón en 1901!⁶⁶ El anhelo de un cambio pacífico resonaba en todas partes.⁶⁷

Sin embargo, el fantasma había sido invocado: el espectro de la revolución asediaba ya las mentes liberales, como posibilidad, como último recurso. Eso bastaba: ninguna dictadura se derrumba detrás del primer libelo, son necesarios los últimos recursos. Estas formas primarias del discurso revolucionario no podían sobrevivir largo tiempo; tenderían irremediablemente hacia la radicalización. El último recurso se vuelve el primero, y más tarde el único. Esa revolución que antes provocaba tanto temor, se comienza a desear con fruición, pues sólo con invocarla la sociedad de los sueños parece

pasado inmediato, sino del que lo había precedido, el pasado liberal, la Reforma y la Constitución de 1857 (*La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*, México, Era, 3ª ed., 1974, p. 87). Si bien esto es cierto para los años que anteceden al estallido de la Revolución, la lucha armada daría otro carácter al discurso revolucionario, que se volcaría hacia el futuro de una forma tan violenta y radical que pretendería en sus momentos de mayor arrogancia darle un nuevo sentido al porvenir de la humanidad. Córdova también olvida que algo similar ocurrió a los revolucionarios franceses del siglo XVIII: miraron al pasado antiguo para conquistar el futuro. Es la idea del origen lo que arroja a los hombres a la lucha revolucionaria, y esta idea es el producto de la construcción simbólica de una “época de oro”, la nostalgia del pretérito perfecto.

⁶⁶ *Batalla a la dictadura (Textos políticos)*, México, Empresas Editoriales, 1948, pp. 47-48. Citado en Arnaldo Córdova, *op. cit.*, p. 94 (nota al pie 12).

⁶⁷ Ver, por ejemplo, el último Manifiesto del Club Liberal Ponciano Arriaga (27 de febrero de 1903); el documento concluye así: “Suceda a la paz de la abyección la paz del derecho” (Citado en Arnaldo Córdova, *op. cit.*, pp. 94-95).

posible. El lenguaje revolucionario provee un espacio de privilegio para la fantasía, para la creación de símbolos. Todo es válido, todo tiene cabida: la quimera del paraíso es verosímil siempre y cuando se le rinda culto a la violencia, a la lucha armada como condición ineludible para terminar de una buena vez con el pasado y recomenzarlo todo desde sus cimientos. La idea de la violencia y la destrucción permite hablar de la sociedad perfecta. Lo permite todo.

Aceptar la violencia como único medio de transformación social implicó para los revolucionarios mexicanos el abandono paulatino del ideal de un tiempo perdido que debía recuperarse. El glorioso pasado juarista del imperio de la ley, justicia y libertad, fue sustituido por una idea sobre el futuro, por una construcción simbólica de un México original, inédito, más justo y más libre que ningún otro. El pasado seguiría siendo un referente: se rescribirá la historia con sus momentos de gloria y sus héroes, pero se eliminará como *posibilidad*. No se añorará más como una forma concreta de la sociedad mexicana que debía rescatarse; la idea del retorno ya no es el *deseo* del pasado, sino una abstracción, un símbolo que sirve sobre todo para concentrar los odios y el malestar social contra la dictadura. Cuando los revolucionarios mexicanos reconocen la necesidad de finiquitar una era y comenzar otra, ningún argumento que procure abiertamente el restablecimiento de un orden social pretérito, por más bello que éste se juzgase, tendrá posibilidades de ser asimilado en el imaginario social de la Revolución. Madero quiso hacerlo y perdió el control de su revolución. Algo parecido le sucedió a Carranza cuando pretendió moderar el movimiento que encabezaba con una constitución que se parecía demasiado a la de 1857.⁶⁸ Los símbolos del pasado sólo son traídos a colación cuando

⁶⁸ Ni detrás de un título original trató de ocultar sus intenciones. Carranza presentó al Congreso Constituyente de 1916-1917 un “Proyecto de Reformas a la Constitución de 1857”. Este “detalle”

sirven para enriquecer la quimera del futuro que embriaga la imaginación de los revolucionarios. Cualquier otra manifestación del pretérito estorba, pues atenta contra la idea misma de la Revolución.

Mientras se desarrollaban los acontecimientos violentos de la Revolución Mexicana, en el lenguaje revolucionario se fue construyendo un repertorio de símbolos e imágenes que sobrevivieron prácticamente incólumes durante más de medio siglo. El lenguaje creado en torno a la Revolución se convirtió en la fuente de legitimidad de uno de los regímenes políticos más longevos de la historia moderna occidental; y la clase dominante emanada del movimiento armado, con sobrada razón, reprodujo esos símbolos hasta que fue irremediable abandonarlos a principios de los años ochenta: la fuente se había secado hacía mucho, la alegoría de la Revolución no era más que un cascarón vacío. Pero un cascarón que definía los rasgos distintivos de la identidad de la elite política y, a través de sus ojos, la de una nación entera. La Revolución definía la misma esencia del mexicano, su alma, su carácter.

1º de diciembre de 1976: “Hoy, ante el pueblo de México y después de haber pulsado su sentir, afirmo la plena validez y vigencia de los principios de nuestra revolución social”.⁶⁹ Hemos escogido como ejemplo las palabras del presidente José López Portillo no sólo como un divertimento, que lo son, sino como muestra del último esfuerzo que dio la clase política mexicana por reproducir el discurso y los símbolos de la

produciría las primeras reacciones en contra del Primer Jefe: los diputados revolucionarios más radicales experimentaron un fuerte recelo y una gran decepción ante tan magro proyecto constitucional, como nos confiesa el general José Álvarez y Álvarez en sus *Memorias de un constituyente*, México, El Nacional/Instituto Mora, 1992, p. 63.

⁶⁹ José López Portillo, *A todos les pido que participen ahora y siempre*, México, PRI, s.f., p. 5 (folleto). Discurso de toma de protesta como presidente constitucional de México.

Revolución. Fue el último sexenio para el lenguaje revolucionario, y, curiosamente, también fue uno de sus momentos más vehementes. En la toma de protesta como candidato del PRI a la Presidencia de la República, López Portillo dijo:

No somos hostiles a nadie; afirmamos, tan sólo, nuestra decisión original de plantear, nosotros, nuestros problemas y resolverlos, nosotros, con nuestras capacidades y recursos manteniendo nuestra libertad política y nuestra independencia económica. *Que tal es el sentido profundo de nuestra originalidad nacional*. Estamos y estaremos contra toda forma de sumisión, abuso, desigualdad o injusticia en cualquiera de sus manifestaciones. Por eso nuestra causa es la causa del tercer mundo, entendida su acción no sólo como la defensa de la agresión sino como la conseguida participación en el destino del mundo en que formamos mayoría.⁷⁰

Nuestra autenticidad revolucionaria, *nuestra mexicanidad*, permitía que México siguiera dirigiendo el destino de la “mayoría” del mundo a mediados de los años setenta, un derecho que se habían adjudicado los hombres de 1910. Sesenta y seis años después, el presidente, con toda tranquilidad, decía: “El camino de México está resuelto por nuestra revolución: es la justicia social, imperativo que afirmaremos una y otra vez, a pesar de los cansados, los ambiciosos, los traidores o los poltrones”.⁷¹ Para López Portillo, la Revolución Mexicana había tenido el orgullo de ser la primera revolución social del siglo XX y eso bastaba para dar al pueblo de México el derecho moral a encabezar la causa del tercer mundo, “una y otra vez”.⁷²

⁷⁰ *Tenemos un camino*, México, PRI, s.f., p. 5 (folleto; subrayado propio). Discurso de toma de protesta como candidato presidencial del PRI (domingo 5 de octubre de 1975).

⁷¹ *Ibid.*, pp. 5-6.

⁷² Sin saber con exactitud su origen, podemos decir que la idea de que la Revolución Mexicana fue la primera revolución social del siglo XX surge de la misma lucha armada. Como el más grande de nuestros orgullos, la frase quedó petrificada en la conciencia colectiva, en los libros de texto sobre la historia patria y, por supuesto, en el lenguaje político; se convirtió en una especie de *mantra* del discurso de la clase gobernante. Quizás sea una de las ideas más repetidas sobre la Revolución. ¿Quién de nosotros no la ha escuchado? Posiblemente nadie que haya pasado por la escuela. Es lo primero que aprendemos sobre la Revolución, que fue la primogénita de la familia de las revoluciones sociales.

La alegoría de la Revolución Mexicana como la esencia de la identidad nacional se convirtió en el elemento fundamental del discurso de una clase dominante, que, sin su atuendo revolucionario, se sentía desnuda, sin nada que decir; quizás, incluso, sin el derecho a decir nada. Pero esta construcción mitológica de la Revolución, que invadió la totalidad del lenguaje político nacional, no surgió del aire. Tampoco podríamos decir que fue el producto espontáneo de la lucha armada. En realidad se fue tejiendo, poco a poco, de las ideas que ya circulaban entre los grupos intelectuales y políticos antes del estallido de la violencia.

EL ATENEO DE LA JUVENTUD
ESCALADA RETÓRICA Y BÚSQUEDA DE LO MEXICANO

Ya en los albores del siglo, los miembros del Ateneo de la Juventud debatían sobre los fundamentos de *lo mexicano*. Fueron aquellos jóvenes intelectuales, que entonces asistían a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, quienes con su rebeldía contra la decadencia de un positivismo frío, calculador y artificial, inauguraron un peculiar arrojo de espíritu, que pronto se convertiría en el origen de una nueva forma de entender e interpretar la realidad, su propia y peculiar realidad mexicana. En ellos, una pequeña elite intelectual, se opera el nacimiento de un temperamento y una actitud inéditos, una nueva disposición de ánimo frente al mundo que les rodeaba, el más inmediato —la Escuela—, pero que después se ampliaría hacia otros horizontes, como la cultura y la política.⁷³ Un grupo de

⁷³ Una advertencia: el Ateneo de la Juventud fue fundado en 1909 por un grupo de estudiantes entre los que destacan Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Alberto Pani, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, Alfonso Cravioto, Jesús Acevedo, etc. Nuestro propósito es utilizar a este selecto grupo de intelectuales jóvenes para construir a raíz de sus memorias y ensayos un ánimo, una

jóvenes que apenas comienza a madurar intelectualmente, cuando se tropieza con la fuerza incontenible de la Revolución, que los cautiva tanto como los amedrenta.

Los ateneístas lograron, no sin dificultad, independizarse intelectualmente de sus maestros: leyeron los textos “prohibidos” de Nietzsche y Schopenhauer, redescubrieron a Platón, devoraron a William James, Oscar Wilde, Schiller, Kant, Hegel; en cambio, Comte, Mill, Spencer, que se enseñaban “oficialmente” en la Escuela porfirista, fueron despreciados.⁷⁴ Pero más allá de lo que leían y desecharon, nos interesa su actitud. El grupo del Ateneo representa, antes que nada, una generación enamorada de sí misma. Es verdaderamente sorprendente la cantidad de memorias que nos dejaron. Cada discurso, cada conferencia, artículo, reseña o crítica literaria ofrecía una oportunidad inigualable para que hablasen de ellos mismos: su generación, sus lecturas, su espíritu rebelde y su participación en la transformación del mundo cultural mexicano. Sin tapujos, se miraron a sí mismos como una generación de hombres radicalmente trascendentales, dotada de cualidades extraordinarias: “Ante los ojos de sus propios fundadores, el Ateneo de la Juventud aparece como un acontecimiento verdaderamente nuevo en la cultura del país. Lo forma una generación que se define a sí misma con perfiles propios”.⁷⁵

Durante todas sus vidas hablaron siempre unos de los otros: una suerte de diálogo privado, entre amigos, pero convertido en asunto de la mayor relevancia pública, fundamental para la comprensión de la historia nacional. Una de las interpretaciones más tempranas y, quizás por ello, más moderadas sobre el papel histórico de la generación, es

actitud, un talante, que de ninguna manera era exclusivo de ellos. Nos interesan como una muestra representativa de una generación universitaria mucho más amplia, que rebasa los límites del cenáculo ateneísta.

⁷⁴ Una lista más detallada de las lecturas que influyeron a los ateneístas la encontramos en Juan Hernández Luna, “Prólogo”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, ed. Juan Hernández Luna, México, UNAM, 1962, p. 10. También están dispersas en la infinidad de textos autobiográficos que escribieron los miembros del Ateneo.

⁷⁵ Juan Hernández Luna, “Prólogo”, *op. cit.*, p. 15.

la que Martín Luis Guzmán escribe, *A orillas del Hudson*. Con motivo del recién publicado libro de Reyes (*El suicida*), Guzmán encuentra un pretexto maravilloso para hablar sobre el Ateneo de la Juventud y la influencia que tuvo en él, a la sazón, “actual movimiento cultural mexicano”. Los ateneístas se caracterizaban, según Guzmán, por “una cualidad de valor inicial indiscutible, si bien de mérito muy diverso y abierto a todas las apreciaciones en cuanto a la realización personal: la seriedad”.⁷⁶ Entre 1916 y 1918, cuando Guzmán escribió los artículos posteriormente recopilados en esta obra, sus amigos del Ateneo —y él mismo— eran una leyenda viviente, que se imponía sobre otras generaciones:

El punto de partida de estos jóvenes escritores (jóvenes cuando, seguidos de cerca por otros cuyos nombres no es necesario mencionar, comenzaron a ver coronados sus esfuerzos en 1910 y 1911) les valió prestigio suficiente para lograr una fusión inesperada: de una parte, atraieron hacia su órbita a los representantes más eminentes de generaciones anteriores, los cuales no tuvieron empacho en retroceder, para ese fin, sobre los caminos de la edad; de la otra, llevaron su influencia, gracias al brillante magisterio de Antonio Caso, y, más enérgicamente aún, por la persuasión y el trato directo de Pedro Henríquez Ureña, a generaciones más jóvenes. Tal colocación, activamente abierta sobre dos horizontes; tal concentración e irradiación simultánea de los mejores impulsos nacidos en diversos parajes, hicieron creer por un momento que este grupo, y las fuerzas a él concurrentes, anunciaban al fin la primera cristalización de una cultura nacional vernácula abrevada en las culturas clásicas, antiguas y modernas. Hicieron creer por un momento, he dicho, porque hasta ahora la esperanza no se ha colmado, si bien es verdad que no ha de pronunciarse aún la última palabra.⁷⁷

⁷⁶ Martín Luis Guzmán, “Alfonso Reyes y las letras mexicanas”, en *La querrela de México y A orillas del Hudson*, México, Asociación Nacional de Libreros, 1984, p. 80.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 81. El artículo de Guzmán no es más que una de tantas disquisiciones sobre la generación del Ateneo de la Juventud: un par de años antes, en 1914, Pedro Henríquez Ureña, en su discurso inaugural de los cursos de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, había ya aprovechado la ocasión para ensalzar la labor cultural de su grupo. Según Henríquez Ureña, el movimiento cultural que ellos habían iniciado y que terminó por aniquilar al positivismo de la enseñanza oficial, “creciendo poco a poco, infiltrándose aquí y allá, en las cátedras, en los discursos, en los periódicos, en los libros, se hizo claro y pleno en 1910 con las Conferencias del Ateneo” (“La cultura de las humanidades”, en *Estudios mexicanos*, México, FCE/SEP, 1984, p. 252).

Los ateneístas creían haber producido un quiebre en la historia de México. Generación de ruptura, pero también de reconciliación. A participar en el proyecto de crear “una cultura nacional vernácula” estaban invitados todos, predecesores y sucesores. Guzmán confiesa que la meta había quedado trunca, pero se abría nuevamente, en la prosa de Alfonso Reyes, una hermosa ventana hacia ese futuro. La pluma de Reyes se delineaba como la “hechura más perfecta” de esta tendencia. Otra vez un ateneísta, como en 1910 y 1911, es quien “rompe nuevo surco para la literatura mexicana llevando a la práctica, en buena parte por lo menos, los preceptos tácitos del grupo de escritores a que pertenece”.⁷⁸ Y, ¿en dónde encuentra un hombre como Reyes tal energía para la creación de una nueva tendencia literaria, única, original y netamente mexicana? En la seriedad, por supuesto, sello de su generación; pero también en algo más hondo e íntimo: la “absorción completa de su ser en su obra”, una absoluta sinceridad con sí mismo, con su origen mexicano, que engendrará una obra donde quedará expuesta “la realidad patria a través de la visión interior”.⁷⁹ El México verdadero, siguiendo el argumento de Martín Luis Guzmán, es aquel que habita en el interior de cada mexicano. Por ello el artista, si quiere hacer obra vernácula, sólo tiene que ser honesto con sus sentimientos. La patria vive en las entrañas. Son los ateneístas quienes experimentan por primera vez esa curiosa forma del nacionalismo mexicano que se expresa en los sentimientos privados. Las emociones íntimas van sustituyendo a los viejos relatos de batallas épicas, a los héroes del pasado, como el principal resorte del orgullo nacionalista. No se dejará de rendir culto a los grandes personajes de la historia patria, pero los ateneístas estrenan en carne propia la

⁷⁸ Martín Luis Guzmán, *art. cit.*, p. 82.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 82-83.

posibilidad de sentirse tan valiosos como Hidalgo o Allende o Juárez, precisamente porque dicen sentir lo mexicano como éstos lo sintieron.

La “lucha” ateneísta se concentró fundamentalmente en una renovación cultural y espiritual de México.⁸⁰ El mundo de las letras era el terreno natural de sus actividades. No obstante, lo que comenzó siendo en sus cerebros una simple *rebeldía literaria*, en un abrir y cerrar de ojos adquiriría tintes claramente políticos. Sin duda el ambiente social de ese primer decenio del XX se prestaba para politizar cualquier asunto; la Revolución se respiraba en el aire.

En 1939, cuando Alfonso Reyes intentó demarcar el campo propio de acción del Ateneo de la Juventud, su función en la historia de México, no logró ceñir sus argumentos al mundo literario y artístico; la pluma de Reyes invade la política revolucionaria con la naturalidad de quien sabe que algo le pertenece. Según Reyes, y será la opinión de prácticamente todo el grupo ateneísta, la Revolución Mexicana había sido suya más que de cualquier otra generación de intelectuales. Los jóvenes del Ateneo, por ejemplo, se diferenciaban de sus predecesores modernistas por participar de una “preocupación educativa y social” que los vinculaba estrechamente con los ideales revolucionarios. Los ateneístas, o generación del Centenario como también se denominaron, decían ser los representantes de una nueva especie de intelectuales mexicanos: “Entre la vida universitaria y la vida libre de las letras hubo entonces una trabazón que indica ya, por parte de la llamada Generación del Centenario, una

⁸⁰ Por el año 1915, es decir, durante la etapa más sanguinaria de la Revolución, Martín Luis Guzmán reducía los problemas que aquejaban a México a un irresuelto asunto espiritual. El caos político y económico, el hambre, las luchas intestinas del siglo XIX, la Revolución de 1910, la dictadura, la historia entera de México y todas sus tragedias materiales eran el reflejo de un solo padecimiento: “la penuria del espíritu”. Sólo con la educación se podía comenzar a resolver este problema y, en consecuencia, todos los demás (“La querrela de México”, en *op. cit.*, pp. 11-12).

preocupación educativa y social. Este solo rasgo la distingue de la literatura anterior, la brillante generación del Modernismo, que —ésa sí— soñó todavía en la torre de marfil”.⁸¹

La Revolución era suya no por haberla hecho con las manos, sino por haberla *sentido*. Hombres de ideas, miembros de una minoría intelectual, sí; pero en estrecho contacto con los sentimientos, que en el fondo, creían, eran iguales que los de todo mexicano auténtico. La preocupación social que caracterizaba al ateneísta, puede muy bien plantearse en los términos de una comunión espiritual con el pueblo: dirán, creyéndolo firmemente, que suya también había sido la inquietud, el desasosiego que estremeció a toda la República mexicana y terminó desatando la violencia revolucionaria. La Revolución les concierne porque el malestar de las grandes masas populares germinaba, a un tiempo, en sus cerebros, azotando violentamente sus conciencias. La peculiaridad de la generación de Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán es que tuvo la sensibilidad para seguirle el pulso a la lucha armada, aún cuando hubo momentos intolerables y dolorosos que les repelieron profundamente.⁸² “La inteligencia la

⁸¹ Alfonso Reyes, “Pasado inmediato”, en *La X en la frente*, ed. Stella Mastrángelo, México, UNAM, 1993, p. 186.

⁸² Basta echarle una mirada, por ejemplo, a las memorias de Alfonso Reyes cuando relata los acontecimientos que condujeron a la muerte de su padre el 9 de febrero de 1913. También en sus diarios encontramos pasajes que nos dan una idea más o menos clara de cómo experimentaba Reyes la violencia revolucionaria. Era un mundo que le producía un desasosiego especial. Nunca pudo soportar la idea —¿quién podría?— de que su padre estuviera fuera, en la calle, jugándose la vida, mientras él se quedaba en casa, leyendo. De cualquier modo, en el fondo de la narración hay un dejo de heroísmo que Reyes no puede ocultar: “Escribo un signo funesto. Tumulto político en la ciudad. Van llegando a casa automóviles con los vidrios rotos, gente lesionada. Alguien abre de tiempo en tiempo la puerta de mi cuarto, y me comunica las últimas noticias alarmantes que da el teléfono. Por las escaleras, oigo el temeroso correr de la familia y los criados. Pienso con fatiga en mi madre enferma y en mi hermana viuda, Amalia, y hago ejercicios de serenidad, esforzándome para que los rasgos de mi pluma sean del todo regulares”. Adelante sigue: “Horas después. Me voy habituando a la incomodidad. Hay escándalo —me digo—. Así es el mundo: así está hoy la naturaleza. ¿Cae la lluvia? Se moja uno. ¿Caen tiros? Pues imagino que éste es, por ahora, el escenario natural de la vida”. En el párrafo siguiente: “Hace más de un mes que estamos así. Aun las mujeres de casa tienen rifle a la cabecera. El mío está ahí, junto a mis libros. Y éstos —claro está— junto a mi cama”. Poco después: “Todos van llegando, y cada uno cuenta una historia, pero mi padre todavía no regresa. Dicen que la multitud ha sitiado la casa... logro comunicarme con el Presidente de la Barra, y le hago saber lo que me

acompaña —dice Reyes sobre la Revolución—, no la produce; a veces tan sólo la padece, mientras llega el día en que la ilumine”.⁸³ Si no participaron en la lucha armada había sido porque el fusil difícilmente se reconcilia con la pluma, pero esto no demeritaba su papel revolucionario. Por eso fue importante para ellos establecer que “la Revolución Mexicana brotó de un *impulso* mucho más que de una idea”.⁸⁴ La imagen del impulso es lo suficientemente abstracta para englobar a los intelectuales y a las clases populares en una misma familia; las ideas, en cambio, suelen dividir y confrontar a la gente. El impulso lo pueden compartir obreros, campesinos, líderes de clase media y ateneístas por igual. El mismo impulso sirve para disparar un treinta-treinta y escribir una novela. Reyes y los ateneístas aceptaban que la Revolución había sido un fenómeno más trascendental que el proyecto cultural de un puñado de hombres ilustrados, pero no aceptarían nunca haber formado parte de ella; incluso, estuvieron convencidos, llegaría el día en que ellos se convertirían en los verdaderos héroes de la historia revolucionaria, iluminándola con sus ideas.

Sin embargo, una vez establecida la relación emocional de los miembros del Ateneo con el espíritu revolucionario, resultaba muy difícil mantener el orgullo quietado. Para ver a los ateneístas *iluminando* la Revolución, no hubo que esperar mucho tiempo: basta avanzar unas treinta páginas en la lectura de *Pasado inmediato*, para enterarnos de Reyes que en 1908, un año después de haber formado la Sociedad de Conferencias, antecedente directo del Ateneo, este grupo de jóvenes decidió

dicen: que al fin los manifestantes han roto el sitio, y se dirigen, en busca de seguridades y garantías, al Castillo de Chapultepec. Se lo aviso para que disponga las medidas de protección. Aunque parezca usado, me tocaba hacerlo: soy el mayor de los varones que han quedado en casa” (“Días aciagos”, en *Diario 1911-1930*, ed. Alicia Reyes, México, Universidad de Guanajuato, 1969, pp. 23-26).

⁸³ Alfonso Reyes, “Pasado inmediato”, *op. cit.*, p. 185.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 184 (subrayado propio).

honrar la memoria de Gabino Barreda, ante los ataques emprendidos contra la Escuela Preparatoria por los conservadores del periódico *El País*. Hubo una sesión en la Preparatoria: se organizó un acto teatral, una serie de discursos, y los discursos resultaron —aun sin habérselo propuesto—, algo como la expresión de un nuevo sentimiento político. Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen.⁸⁵

Con cierta facilidad, su indocilidad literaria se convertía en insubordinación política: “El periódico del régimen —afirma Reyes— no pudo ocultar su sorpresa ante aquellos nietos descarriados del positivismo”; y quizás llevado por la inercia de su pluma y los recuerdos de una juventud exaltada, Reyes remata, contradiciendo involuntariamente sus palabras sobre el papel de la inteligencia en la Revolución Mexicana, con la siguiente frase: “En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución”.⁸⁶

Hasta ahora hemos hablado únicamente con las memorias de dos destacados ateneístas. Las ideas expuestas hasta aquí forman parte de sus recuerdos: la construcción *a posteriori* de su identidad, de su lugar en la historia nacional, visto con las ventajas y desventajas del tiempo transcurrido. Cuando Reyes escribe *Pasado inmediato* (1939), la simbología de la Revolución Mexicana es moneda de uso corriente entre las elites intelectual y política del régimen posrevolucionario. Han corrido ríos de tinta interpretando al Ateneo y su relación con el desarrollo revolucionario de México, sobre la influencia que

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 213-214.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 214. De alguna manera Alfonso Reyes está en lo correcto cuando dice que durante una revolución la actividad literaria es una verdadera “heroicidad”. Como los militares sus gloriosas batallas, los intelectuales de nuevo cuño —esos “caballeros del ‘Sturm-und-Drang’ mexicano”, como Reyes autocalificó a su grupo— tuvieron sus “guerras” campales: “Por 1907 —nos dice—, un oscuro aficionado quiso resucitar la Revista Azul de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosco público. Por primera vez se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza, y dispuesta a defenderlos hasta con los puños. Ridiculizamos al mentecato que quería combatirnos, y enterramos con él a varias momias que andaban por ahí haciendo figura de hombres... No nos dejamos arrebatar la enseña, y la gente aprendió a respetarnos” (*Ibid.*, pp. 212-213).

ejercieron en otras generaciones de intelectuales, en particular la de 1915. También para entonces muchos ateneístas han pasado ya por las oficinas públicas del régimen, lo que implica, independientemente del éxito o el fracaso individual, que formaban parte de una minoría de mexicanos, una elite, que había *vivido* en contacto ininterrumpido con —y muchos de ellos *colaborado* de la manera más directa en— el proceso de “oficialización” del discurso de la Revolución Mexicana. En los años veinte y treinta, con el nuevo régimen bien consolidado, la elite mexicana ha tenido tiempo suficiente para encontrar su lugar en la simbología del México “emanado” de la Revolución. No habrá un artista célebre o ingeniero destacado, abogado exitoso o novelista de renombre, que no se considere a sí mismo un revolucionario, condición *sine qua non* para pertenecer al nuevo mundo. Que Reyes lo sea en 1939 a nadie toma por sorpresa.

No obstante, los ateneístas, como buenos revolucionarios, fabricaron por anticipado su propia leyenda. En palabras de Lombardo Toledano, los del Ateneo fueron jóvenes “conscientes de su propia inquietud”.⁸⁷ Tomaron conciencia de lo trascendental de sus vidas mucho antes de que éstas lo fueran realmente, y sin pudor ni reparos se miraron como el inicio de una era excepcional. El discurso de los ateneístas se entretejerá con el discurso político prerrevolucionario hasta confundirse en un solo lenguaje, el lenguaje que dio un sentido histórico a la violencia de 1910 y que en buena medida determinó el curso posterior de toda la simbología de la Revolución. Con todo esto no pretendemos sobrevalorar el papel revolucionario de la juventud estudiantil: el discurso ateneísta era sólo una pequeña parte de un gran hervidero verbal en los círculos académicos y políticos que atentaba sin cesar contra la legitimidad del régimen de

⁸⁷ Citado en Arturo Delgado González, *Martín Luis Guzmán y el estudio de lo mexicano*, México, SEP-Setentas, núm. 219, 1975, p. 37.

Porfirio Díaz. El discurso de los jóvenes ateneístas debe considerarse sólo como una muestra, un testimonio del ambiente general de donde nacerían los primeros símbolos de la Revolución y del antiguo régimen.

Ahora bien, tampoco queremos menospreciar la influencia que en efecto ejercieron estos jóvenes sobre el proceso revolucionario. Tomando una muestra mucho más amplia que la nuestra, Javier Garciadiego nos habla del papel del universitario en la Revolución. Lo resume así:

Puede concluirse que a finales de 1910 no pocos estudiantes universitarios tenían su propio proyecto educativo y una concepción de la política pedagógica diferente de la de la élite porfirista; que la radicalización de parte del estudiantado durante la segunda mitad de 1910 fue consecuencia de la creciente insatisfacción de las clases medias urbanas, sobre todo gracias a las movilizaciones reyista y antirreeleccionista; que algunos estudiantes desempeñaron importantes puestos civiles durante la guerra, pues rápidamente alcanzaron altos puestos políticos, administrativos y diplomáticos durante los años de la lucha; por último, que sólo una minoría participó en la contienda, mientras que la mayoría permaneció neutral y expectante, aunque sobre todo se expresó contraria a ella.⁸⁸

En efecto, hubo universitarios de todos los colores políticos, incluso, la mayoría, como nos cuenta Garciadiego, *contrarios* a la Revolución, que no forzosamente quiere decir *contrarrevolucionarios*; aunque de estos últimos también hubo: “jóvenes como Nemesio García Naranjo, José María Lozano y Ezequiel A. Chávez [que] pudieron alcanzar altos puestos políticos en las postrimerías del porfiriato”.⁸⁹

El ambiente revolucionario, no podía ser de otra forma, alimentó una dura hostilidad entre la juventud universitaria que reproducía las tensiones propias de la

⁸⁸ *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México/UNAM, 1ª reimpr., 2000, p. 64.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 68. Cf. Álvaro Matute, *El Ateneo de México*, México, FCE, 1999, pp. 84-85: “Hubo hombres del Ateneo en todas las direcciones y rumbos que tomó la Revolución: cerca de los caudillos, en los escaños parlamentarios, en la Revolución y en la contrarrevolución, en el servicio diplomático y, claro está, también los hubo marginales a la lucha partidista”.

política. Las elites mexicanas vivían sumergidas en un lenguaje común, el lenguaje de una revolución en ciernes. Los ataques virulentos, en todas direcciones, eran cada vez más encendidos. Se había abierto un espacio de libertad de expresión inédito, ya nadie tenía la última palabra sobre ningún asunto público, pero todos tenían algo que declarar. La escalada retórica impone su lógica despiadada hacia el radicalismo, cautiva la imaginación de los hombres y se producen los discursos más fabulosos sobre el futuro de México. José Vasconcelos, quizás el más intrépido de los ateneístas, y uno de los primeros que decide incorporarse a la Revolución en la etapa maderista, nos ofrece uno de los mejores ejemplos del fenómeno de la escalada en lo que toca a su grupo de amigos. La voz de Vasconcelos cristaliza, por primera vez en las mentes del Ateneo, la idea de una permisividad recién adquirida para declarar públicamente lo que seguramente hablaban en sus tertulias privadas. En una memorable conferencia, parado frente a un nutrido público, Vasconcelos dijo:

Y nos ha tocado en suerte, a los hombres de la actual generación, vivir en un tiempo en que, lejos de comentar sin fruto el pasado, los espíritus ahondan con impulso propio el ministerio fecundo; edifican la novedad que ha de ser nuestra expresión, y de esta manera el ideal se realiza, obra en las almas y esclarece el exterior, donde, no obstante cierta disolución aparente, predomina un sentimiento de confianza, propio de los periodos exaltados en que los dolores se olvidan y las dudas se iluminan, de los instantes de claridad y de mensaje en que el sentir profético anuncia el advenimiento y la elaboración de los credos que guían generaciones.⁹⁰

Esta conferencia, la última de una serie que dictaron los ateneístas entre agosto y septiembre de 1910 con motivo de las celebraciones del centenario de la Independencia, se convirtió en una insignia para los jóvenes de su generación. Todos la recuerdan en sus

⁹⁰ José Vasconcelos, “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, (ed.) Juan Hernández Luna, México, UNAM, 1962, p. 98. Conferencia del 12 de septiembre de 1910.

textos autobiográficos; y como si Vasconcelos adivinase el futuro, sus palabras trascendieron, fascinaron a otras generaciones, que encontraron en ellas una suerte de manifiesto.⁹¹ La conferencia destaca sobre todo cuando se la compara con otras de la misma serie. Ninguna alcanza los tonos encendidos y la vehemencia de la retórica vasconceliana; unas ni siquiera sugieren el tema de la ruptura ideológica con la enseñanza oficial del régimen, mucho menos auguran el nacimiento de credos nuevos. La de Vasconcelos es una conferencia radical, osada y emotiva: tiene la virtud de convertir una charla “académica” en una crítica política. Tuvo más el efecto de la arenga que de la cátedra: un llamado a destruir lo que quedaba del pasado y erigir el porvenir; y como el discurso político que acierta a estimular las fibras nerviosas del sentir popular y une a las masas en la acción, la conferencia de Vasconcelos lo convirtió en el portavoz de la “opinión pública” de los estudiantes de su edad. Puso en palabras lo que unos intuían y otros ya sabían, pero quizás temían expresar.

Del pasado nada era rescatable. Todo lo que quedaba de él era su decadente cadáver, las ruinas de una utopía positivista malograda. Vasconcelos le habla a una

⁹¹ Nos referimos aquí en especial a la generación de 1915. Una generación que heredó gran parte del ánimo ateneísta. Enrique Krauze en *Caudillos Culturales de la Revolución Mexicana*, argumenta que los jóvenes de 1915 en realidad no pudieron recibir una doctrina de los ateneístas. Apenas los conocieron en su época de estudiantes. El grueso de los ateneístas había salido del país con la etapa más violenta de la Revolución, cuando el nuevo grupo cursa su primer año en Jurisprudencia. De sus antecesores recibieron más bien, dice Krauze, un “legado de acción”. Los ateneístas habían dejado tras de sí una serie de instituciones educativas y culturales, entre las que destaca, por encima de todas, la Universidad Popular, que los jóvenes de 1915 sintieron la obligación de proteger. La nueva generación se hizo cargo de cubrir los programas de enseñanza, convirtiéndose en maestros cuando no tenían más de veintitantos años. Sin embargo, pensamos que recibieron más que un simple legado de acción. Krauze afirma que en “la historia de las generaciones intelectuales, las actitudes no desaparecen súbitamente. Se desvanecen” (México, Siglo Veintiuno/SEP, 1985, p. 155). En este caso particular, sucedió todo lo contrario. Los miembros de la generación de 1915 *catalizaron* las actitudes ateneístas. No sólo copiaron sus formas de organización, fundando sociedades de conferencias y cenáculos literarios, sino que convirtieron el *impulso original* de los jóvenes del Ateneo, es decir, la búsqueda de lo auténticamente mexicano, en la preocupación exclusiva del grupo. Siguieron el camino del Ateneo hasta sus últimas consecuencias. Pero sobre la generación de 1915 ya tendremos tiempo de hablar en el capítulo tercero. Sólo apuntemos que, al igual que el resto de los ateneístas, los de 1915 convirtieron la conferencia de Vasconcelos en una de las banderas de su lucha cultural y política.

juventud que vive desencantada de una filosofía que había sistemáticamente desdeñado la belleza, el arte, “el sentido poético” de la vida, y había extirpado con ello todo lo que su generación consideraba valioso. Los “científicos” del régimen porfirista habían construido un país materialmente próspero, pero espiritualmente vacío, sin alma, y que por ello andaba como a ciegas por el mundo, sin identidad y sin personalidad propias, sin nada de qué vanagloriarse. Los positivistas creían haber resuelto el problema del entendimiento, pero lo que realmente habían hecho era vaciar el significado de las cosas.

Mas no reflexionó el positivismo —sigue Vasconcelos seduciendo a los presentes— en que el sentido poético es una manera de interpretación que no corresponde a un periodo determinado, sino a la naturaleza misma del entendimiento, que usa la analogía en sus investigaciones frecuentemente con más eficacia que cualquiera otra forma de raciocinio, y con ella desarrolla especialmente el arte, poder transformador que perfecciona y exalta la representación.⁹²

Más que una oposición al positivismo como “instrumento de dominación política” del régimen porfirista, como sugieren algunos autores,⁹³ lo que experimentaba la generación del Ateneo en sus años estudiantiles era una profunda insatisfacción intelectual; un vacío terrible ante un sistema educativo en franca decadencia. No era desprecio por la totalidad del régimen de Díaz sino por su Escuela, de cuya herencia querían despojarse, porque nada noble hallaban en ella. Vasconcelos dibuja a su generación como un grupo de jóvenes oprimidos por el fardo del pasado, por ideas caducas y estériles, y otorga todo el crédito de su despertar intelectual, de su desarrollo y madurez a un esfuerzo personal. De la tradición, de los programas de estudio y de sus maestros, poco fue lo que recibieron:

entre las ideas de entonces y las de hoy, media un abismo. ¿En qué consiste, qué es, ese elemento moderno que nos hace sentirnos otros hombres, no obstante que aún no transcurre medio siglo cabal desde la propagación de aquella enseñanza?

⁹² José Vasconcelos, “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, *op. cit.*, p. 100.

⁹³ Cf. Arturo Delgado González, *op. cit.*, pp. 18-19.

¿Cómo, si apenas ayer era Spencer el filósofo oficial entre nosotros, nos hallamos a tan gran distancia del sistematizador del evolucionismo?... Creo que nuestra generación tiene derecho de afirmar que debe a sí misma casi todo su adelanto; no es en la escuela donde hemos podido cultivar lo más alto de nuestro espíritu. No es allí, donde aún se enseña la moral positivista, donde podríamos recibir las inspiraciones luminosas, el rumor de música honda, el misterio con voz, que llena de vitalidad renovada y profusa el sentimiento contemporáneo. El nuevo sentir nos lo trajo nuestra propia desesperación; el dolor callado de contemplar la vida sin nobleza ni esperanza. Cuando abandonábamos la sociedad para refugiarnos en la meditación, un irónico maestro, encontrado al azar en los escaparates de librería, se hizo nuestro aliado, dio voz a nuestro dolor y energía a nuestra protesta. Desde entonces nuestro desdén fue razonado y se hizo noble.⁹⁴

Claramente habla el temperamento del revolucionario. No sólo no aceptaban la influencia de los viejos, sino que convertían su distanciamiento con el pasado en un acto heroico, en el producto de una desesperación, un dolor, una energía noble.⁹⁵ El “irónico maestro” es Schopenhauer: “El mundo es mi voluntad y mi representación”, una frase mágica que contenía, para Vasconcelos, “el germen de toda la edad moderna”.⁹⁶ Mientras el conferencista hablaba, la leyenda de su generación se extendía. Cada aspecto de sus vidas adquiriría la capacidad de volverse épico. La lectura de un libro, el descubrimiento de un autor, la visita a una librería, una tertulia, una conversación; todo era susceptible de

⁹⁴ José Vasconcelos, “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, en *op. cit.*, pp. 102-103.

⁹⁵ Un matiz: Vasconcelos, Caso, Reyes, Henríquez Ureña, como buenos discípulos que fueron, no son tan ingratos con sus maestros como podría alegarse de lo dicho hasta ahora. También dedicaron muchas páginas a sus profesores; bellísimas páginas en memoria de los hombres con los que se sentían en deuda eterna; se explayaban en los halagos más hermosos. De Justo Sierra, por ejemplo, escribieron las cosas más conmovedoras. Basta leer el capítulo que Antonio Caso le dedica en su pequeño libro *El problema de México y la ideología nacional* (México, Cultura, 1924, pp. 43-50), o las breves líneas que Pedro Henríquez Ureña le regala en su conferencia inaugural de los cursos de la Escuela de Altos Estudios; o cualquier otro. Sin embargo, predominaba, como regla general, un sentimiento de ingratitud hacia el sistema de enseñanza oficial y los maestros más representativos del positivismo. A Justo Sierra se le absolvía de sus pecados, precisamente porque había dado muestras de concordar con el sentimiento de los jóvenes: “don Justo Sierra —nos dice Henríquez Ureña—,... ya desde 1908, en su magistral oración sobre Barreda, se había revelado sabedor de todas las inquietudes metafísicas de la hora” (“La cultura de las humanidades”, en Pedro Henríquez Ureña, *Estudios mexicanos*, México, FCE/SEP, p. 252). Como el revolucionario, el ateneísta está dispuesto a acoger en el mundo que fabrica incluso a prohombres del antiguo régimen, siempre y cuando cumplan con el requisito de rendirle culto al repertorio de valores nuevos, siempre y cuando se sometan a una “purificación”, adoptando como propios los ritos de reciente creación, siempre y cuando renieguen del pasado en los mismos términos que ellos.

⁹⁶ José Vasconcelos, “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, en *op. cit.*, p. 103.

convertirse en ejemplo de su espíritu renovador y del heroísmo de unas existencias sacrificadas en ofrenda al dios del porvenir.⁹⁷ Es el caso del acercamiento a la lectura de

Ibsen:

el *sé tú mismo* de Ibsen —continúa Vasconcelos—, ese afán de no ser reflejos de otra vida o de otras acciones, sino de saber lo que significa un verdadero *nacimiento* entre la multiplicidad y la riqueza del mundo. Este anhelo implicaba la necesidad de ser sincero... La sinceridad con nosotros mismos, la aceptación franca de los hechos, han adquirido de esta manera una importancia capital en nuestra ética contemporánea.⁹⁸

Su labor como iniciadores, como revolucionarios, arranca de esta sinceridad de que habla Vasconcelos: aceptarse y descubrirse como mexicanos, quiera esto decir lo que sea. La generación experimentaba la necesidad de un cambio radical. Vasconcelos reconoce que en ellos habitaba ese “anhelo renovador” que hace que todo parezca posible: “¡El mundo que una filosofía bien intencionada, pero estrecha, quiso cerrar, está abierto, pensadores!”⁹⁹ Las cadenas que los ataban al pasado se habían roto gracias al esfuerzo ateneísta, esfuerzo por el que deberán, si en verdad se les quiere hacer justicia, ser recordados por siempre, aún si el proyecto quedara trunco:

Otros intentarán lo que no logramos y nuestro querer revivirá. Es una anticipación de la inmortalidad imaginar que otro y otros repetirán nuestra acción en el remoto porvenir... sentimos la inutilidad de nuestro individuo y lo sacrificamos en el deseo de lo futuro, con esa emoción de catástrofe que acompaña a toda grandeza.¹⁰⁰

Es difícil creerle a Vasconcelos en cuanto a que siente la inutilidad de su individuo. La falsa modestia se percibe a leguas de distancia. Ni siquiera trata de ocultarla realmente.

⁹⁷ Algunos de estos eventos se convirtieron en verdaderos emblemas de la generación. La velada en el taller de Acevedo, cuando se reunieron a leer el *Banquete* de Platón, no escapa a la memoria de ninguno de ellos. Todos glorificarán esa noche por siempre.

⁹⁸ José Vasconcelos, “Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas”, *op. cit.*, p. 107.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 112.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 113.

Su obra, su sacrificio es análogo al que hace el revolucionario en los campos de batalla, y como éstos, Vasconcelos invita a las generaciones del futuro a rendir culto a la obra abnegada de su generación, a ese ya entonces legendario primer esfuerzo. Los jóvenes ateneístas participaron de un ambiente que los hizo asumirse como revolucionarios verdaderos, y en la medida de sus posibilidades se comportaron como tales: construyeron una mitología propia que los caracterizó por el resto de sus vidas. Se les vio como quisieron que se les viera: la semilla del florecimiento de la cultura nacional, el detonador de una explosión de autenticidad mexicana, que se extendió a todos los ámbitos de la vida social, incluida, por supuesto, la política.

PRIMEROS SÍNTOMAS DEL DISCURSO POLÍTICO REVOLUCIONARIO

Por esa misma época en que “cunden los primeros latidos de la Revolución”, para usar la expresión de Alfonso Reyes, por todos lados parecían encontrarse señales de que algo nuevo y formidable se avecinaba. El país hervía en “una inmensa expectación”.¹⁰¹ La vejez del dictador, el deterioro de la filosofía oficial, la entrevista Creelman, las fiestas del centenario de la Independencia, la formación de nuevos partidos políticos, todo indicaba nuevos tiempos.¹⁰² Lo que los miembros del Ateneo de la Juventud decían para

¹⁰¹ Miguel Alessio Robles, *Historia política de la Revolución Mexicana*, México, Universidad de Colima, 4ª ed., 1983, p. 24.

¹⁰² A raíz de la entrevista Creelman, cuando el régimen mostró cierta apertura, comenzaron a sucederse varios acontecimientos inéditos: “surgió el Partido Democrático donde figuraron Benito Juárez Maza, Manuel Calero, José Peón del Valle, Jesús Urueta, Diódoro Batalla, Rafael Zubaran Capmany y Carlos Trejo y Lerdo de Tejada. Al mismo tiempo principió en la República la agitación reyista, que postulaba para Presidente de la República al general Bernardo Reyes, Gobernador de Nuevo León. Los escritores Fernando Iglesias Calderón, Luis Cabrera, Manuel Mestre Chigliazza, Juan Sánchez Azcona, los Flores Magón, Catarino Garza, Arturo Lazo de la Vega, Filomeno Mata, Félix Palavicini, Alanís, Paulino Martínez, Antonio I. Villareal, atacaban al gobierno del general Díaz. Resonaban también las voces de protesta de Diéguez, de Esteban Calderón, de Gabriel Leyva, de Juan José Ríos y Juan Sarabia. Por su

sí y sobre la Escuela del porfirismo, se podía decir, y de hecho se decía, sobre el conjunto de la política y las instituciones del régimen.

La clase media educada, consumidora de periódicos e insatisfecha por la estrechez de la vida pública porfirista, se había vuelto cada vez más crítica y receptiva de todo tipo de cuestionamientos al régimen. La idea de la necesidad de un cambio se extendía en la mentalidad de la gente. Por todos lados se auguraba la transformación. Pero lo que había comenzado como un rumor pacifista y moderado, había cambiado de tono: era ya un franco, incontenible grito de guerra. La palabra *revolución* ahora aparecía por todas partes.

En el mismo año de la famosa conferencia de Vasconcelos, Ricardo Flores Magón publicaba sus artículos más inflamados. Su discurso había cambiado radicalmente desde 1901: no en vano pasan diez años de represión, exilio, encarcelamiento y persecución. La noche del domingo 30 de octubre de 1910, Flores Magón leyó las siguientes palabras en una sesión del Grupo Regeneración:

La humanidad se encuentra en estos momentos en uno de esos periodos que se llaman de transición, esto es, el momento histórico en que las sociedades humanas hacen esfuerzos para transformar el medio político y social en que han vivido, por otro que esté en mejor acuerdo con el modo de pensar de la época y satisfaga un poco más las aspiraciones generales de la masa humana.

...Se nota una especie de fiebre, un ansia parecida a la que se apodera del que siente que le falta el aire para respirar. Es este un malestar colectivo que se hace cada vez más agudo...

El menos observador de los lectores de periódicos habrá podido notar este hecho. Hay [en el mundo] una tendencia general a la innovación, a la reforma.¹⁰³

parte, don Francisco I. Madero y el licenciado Emilio Vázquez Gómez fundaron el Partido Antirreeleccionista” (*loc. cit.*).

¹⁰³ Ricardo Flores Magón, “En pos de la libertad”, en *Antología*, ed. Gonzalo Aguirre Beltrán, México, UNAM, 2ª ed., 1972, pp. 88-89.

Para Flores Magón el mundo entero estaba cambiando. No sólo era imposible para México permanecer ajeno a ese fenómeno universal, sino que los mexicanos tenían reservado un lugar de privilegio. Las señales de que México encabezaría el proceso evolutivo que estaba por cambiar la faz de la Tierra eran clarísimas para el revolucionario oaxaqueño:

México —nos dice—... no podía quedar aislado en el gran movimiento ascensional de las sociedades humanas, y prueba de lo que digo es la agitación que se observa en todas las ramas de la familia mexicana... No por su educación, sino por las circunstancias especiales en que se encuentra el pueblo mexicano, es probable que sea nuestra raza la primera en el mundo que dé un paso franco en la vía de la reforma social.¹⁰⁴

Es el mismo egocentrismo que encontramos en el discurso de los ateneístas pero llevado al extremo. Ya no es un manifiesto generacional, sino una profecía universal. Es la misma urgencia de tomar el curso de la historia entre las manos y moldearlo al gusto, pero ahora el objetivo es mucho más ambicioso: ya no se trata sólo de cambiar los planes de estudio de la Escuela, ni de crear una “cultura vernácula”, sino de provocar y conducir la metamorfosis de la humanidad. Para ello hacía falta algo más que una generación de hombres cultos excepcionales, se requería una nación y un pueblo ejemplares.

Es verdad que como los jóvenes del Ateneo, Flores Magón anda un poco a tientas. Sabe que algo nuevo se gesta, encuentra señales de ello en “todos los incidentes de la vida social y política”,¹⁰⁵ pero no sabe bien a bien qué esperar. Intuye que el centro de gravedad de todo este movimiento universal es México, pero el futuro inmediato no se pinta aún con todos sus colores, apenas se vislumbran sombras vagas. La Revolución anunciada en el Plan de San Luis Potosí marca un buen punto de partida, “el principio de

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 90.

¹⁰⁵ Ricardo Flores Magón, “La revolución”, *op. cit.*, p. 25.

un poderoso movimiento universal en pos de la libertad y la felicidad”,¹⁰⁶ pero de ninguna manera contiene en sus promesas el final último, ese que tan generosamente presagiaba el marxismo. Se pueden tener esperanzas y buenos deseos, pero también se debe ser precavido:

No es posible predecir hasta dónde podrá llegar la obra reivindicadora de la próxima revolución —dice Flores Magón—; pero si llevamos los luchadores de buena fe el propósito de avanzar lo más posible por ese camino; si al empuñar el winchester vamos decididos, no al encumbramiento de otro amo, sino a la reivindicación de los derechos del proletariado; si llevamos al campo de la lucha armada el empeño de conquistar la libertad económica, que es la base de todas las libertades, que es la condición sin la cual no hay libertad ninguna; si llevamos ese propósito encauzaremos el próximo movimiento popular, por un camino digno de esta época.¹⁰⁷

El análisis de tipo marxista, aunque elemental,¹⁰⁸ que hace Flores Magón de la realidad mexicana le hace consciente de varias cosas. En primer lugar, estaban las seguridades que daban las leyes de la historia: la lucha de clases como el motor del progreso. Flores Magón sabe que “México es el país de los contrastes”, donde sólo existen dos clases sociales, los pobres y los ricos, y donde únicamente, en consecuencia, pueden distinguirse dos sentimientos: el “desprecio infinito de la clase rica e ilustrada por la clase trabajadora” y el “odio amargo de la clase pobre por la clase dominadora”.¹⁰⁹ Por circunstancias extraordinarias, según Flores Magón, el gobierno de Díaz se enfrentaba también a una clase burguesa resentida, que había sido excluida de los privilegios del poder; elemento que terminaba dando el carácter singular a la coyuntura mexicana y que

¹⁰⁶ Ricardo Flores Magón, “En pos de la libertad”, *op. cit.*, p. 89.

¹⁰⁷ Ricardo Flores Magón, “La revolución”, *op. cit.*, p. 26.

¹⁰⁸ En sus artículos es común encontrar que conceptos como *proletario* se confunden con *pobre*, y *rico* con *burgués*. El rigor conceptual no fue una característica de los revolucionarios mexicanos. El marxismo se utilizó de forma laxa, incluso entre los calificados como hombres de letras, que nunca emprendieron lo que podría llamarse una “guerra teórica”, como sucedió con la filosofía de Marx en Europa. Además, debemos tener presente que Flores Magón es un representante del anarquismo, no propiamente del marxismo.

¹⁰⁹ Ricardo Flores Magón, “En pos de la libertad”, *op. cit.*, p. 91.

derivaría ineludiblemente en una revolución violenta: “La situación del pueblo mexicano es especialísima —escribe Flores Magón lleno de anhelos—. Contra el poder público obran en estos momentos los pobres, representados por el Partido Liberal, y los burgueses, representados por los Partidos Nacionalista Democrático y Nacional Antirreeleccionista. Esta situación tiene que resolverse forzosamente en un conflicto armado”.¹¹⁰ Pero además de la inminente conflagración ante las insoportables contradicciones de clase, la retórica marxista le ofrecía a Flores Magón el irresistible hechizo de la idea del final de la historia. Sabía en qué debía desembocar el último episodio revolucionario de la tragedia humana: la sociedad sin clases, que para la realidad mexicana se traducía en la propiedad colectiva de la tierra.¹¹¹ Sabía también que el único vehículo de la transformación social era la revolución: fuerza creadora que erige el nuevo mundo con sus hombres nuevos.¹¹² La confianza puesta en la lucha armada, en la “acción directa del proletariado”, que no debía transigir ante ningún gobierno, ante ninguna autoridad si quería conseguir sus metas, termina por convertirse en un culto al desgobierno —la anarquía—: “El orden, la uniformidad, la simetría parecen más bien cosas de la muerte. La vida es desorden, es lucha, es crítica, es desacuerdo, es hervidero de pasiones. De esas cosas sale la belleza; de esa confusión sale la ciencia”.¹¹³ Culto a la revolución, que colocaba las esperanzas más elevadas en ella, en su poder doble de destrucción y creación; infinito poder, capaz de satisfacer incluso las fantasías más desorbitadas.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 95.

¹¹¹ Ricardo Flores Magón, “La revolución”, *op. cit.*, p. 28.

¹¹² Ricardo Flores Magón, “Discordia”, *op. cit.*, pp. 16-17.

¹¹³ *Ibid.*, p. 15.

En términos generales, el Plan de San Luis promete una revolución bastante menos formidable que la del sueño floresmagonista. El revolucionario oaxaqueño sentía una desconfianza natural por el movimiento de Madero. Pero también vio en él la oportunidad de detonar una auténtica lucha revolucionaria, en sus propios términos:

Vayamos a la revolución, enfrentémonos al despotismo; pero tengamos presente la idea de que hay que tomar la tierra en el presente movimiento, y que el triunfo de este movimiento debe ser la emancipación económica del proletariado, no por decreto de ningún gobernante, sino por la fuerza del hecho; no por la aprobación de ningún congreso, sino por la acción directa del proletariado.¹¹⁴

No hay en el Plan de San Luis Potosí un solo párrafo que nos hable de una revolución en términos hiperbólicos, que prometa tomar por asalto el curso de la historia. No es extraño, pues, que hombres de pensamiento radical, como Flores Magón, hayan tenido cuidado de plantear las limitaciones del maderismo. El clímax de la retórica revolucionaria en el Plan de San Luis lo representa el siguiente extracto, la única frase en la que Madero medianamente pretende una transformación profunda de la realidad: “Si os convoco para que toméis las armas y derroquéis al Gobierno del general Díaz, no es solamente por el atentado que cometió durante las últimas elecciones, sino para salvar a al Patria del porvenir sombrío que le espera continuando bajo su dictadura y bajo el gobierno de la nefanda oligarquía científica”.¹¹⁵

¹¹⁴ Ricardo Flores Magón, “Para después del triunfo”, *op. cit.*, p. 32.

¹¹⁵ Plan de San Luis Potosí, en *Planes políticos y otros documentos*, ed. Manuel González Ramírez, México, FCE, 1954, p. 40. El primer párrafo del Plan también lleva cierta carga revolucionaria en el sentido que hemos querido destacar, pero está escrito en un tono tan general y desvinculado de la realidad mexicana que pierde toda efectividad: “Los pueblos, en su esfuerzo constante porque triunfen los ideales de libertad y justicia, se ven precisados en determinados momentos históricos a realizar los mayores sacrificios” (*Ibid.*, p. 33).

El Plan es un llamado a la lucha por recuperar una legalidad perdida, tan cauteloso y tímido, que teme salirse de control.¹¹⁶ ¡Cómo no iba a despreciar esta actitud alguien como Flores Magón, para quien el orden era muerte y el caos belleza! El Plan apenas invoca a los espíritus de la revolución, cuando ya los está exorcizando. En el artículo tercero se puede leer lo siguiente:

Para evitar hasta donde sea posible los trastornos inherentes a todo movimiento revolucionario, se declaran vigentes, a reserva de reformar oportunamente por los medios constitucionales aquellas que requieran reformas, todas las leyes promulgadas por la actual administración y sus reglamentos respectivos, a excepción de aquellas que manifiestamente se hallen en pugna con los principios proclamados en este Plan.¹¹⁷

Pero en realidad no importaban las limitaciones del Plan de San Luis. El documento cumplía con lo que a la sazón era fundamental: destronar a Porfirio Díaz. Finalmente, para cerebros radicalizados como el de Flores Magón el movimiento maderista significaba sólo el detonador, y la ciencia de la historia le había demostrado ya que el campo estaba lleno de pólvora. Por ello la revolución de Madero logró concentrar las esperanzas revolucionarias de grupos tan heterogéneos; en palabras de Arnaldo Córdova: “Madero no fue revolucionario, ni siquiera cuando él y sus colaboradores decidieron tomar las armas contra Díaz; pero eso no fue obstáculo para que a su sombra creciera y se desarrollara el pensamiento revolucionario”.¹¹⁸ Un pensamiento que se enfrentaba con una revolución trunca. El 25 de junio de 1912, *El Imparcial* reproduce un discurso de Madero:

¹¹⁶ El Plan dice así: “declaro ilegales las pasadas elecciones, y quedando por tal motivo la República sin gobernantes legítimos, asumo provisionalmente la Presidencia de la República, mientras el pueblo designa conforme a la ley sus gobernantes. Para lograr este objeto es preciso arrojar del poder a los audaces usurpadores que por todo título de legalidad ostentan un fraude escandalosos e inmoral” (*Ibid.*, p. 36).

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 37.

¹¹⁸ Arnaldo Córdova, *op. cit.*, p. 106.

La principal necesidad que el pueblo mexicano sentía, era de conquistar su libertad, porque ella es la base del engrandecimiento de los pueblos, puesto que permite que todos los ciudadanos puedan cooperar al engrandecimiento de la patria. Ante esa grandísima necesidad que fue realmente el grito que conmovió al pueblo mexicano, eran pálidas todas las demás necesidades, como el problema agrario, y todos los demás problemas, que actualmente llevan como bandera algunos malos mexicanos.¹¹⁹

Pero el desencanto con el movimiento de Madero no se reducía al problema de la tierra. La promesa del reparto agrario nunca definió al maderismo. El problema fundamental recaía en que precisamente había encarnado en su figura todas las expectativas revolucionarias, y tan pronto el dictador salió al destierro, Madero dio por concluida la Revolución. Se bajó de la cresta de la ola revolucionaria, pensando que ésta se desvanecería como por ensalmo. Abandonó la retórica revolucionaria de forma prematura, que por más tibia que haya sido en sus labios, lo había mantenido a la cabeza del movimiento. En una palabra: se despojó de lo poco que tenía de revolucionario y ya no pudo gobernar más las fuerzas de su revolución. En una ocasión Madero dijo:

La lucha sostenida por el pueblo y sus antiguos opresores ha tenido un glorioso desenlace. El pueblo ha reconquistado su soberanía; los ciudadanos, el pleno ejercicio de sus derechos; pero no olvidéis que si no los ejercitáis con constancia y patriotismo, podéis perder el fruto de la victoria. Por tal motivo, nunca me cansaré de recomendaros que sigáis luchando sin descanso, siendo nuestros nuevos campos de batalla las urnas electorales, y nuestra arma más poderosa el voto.¹²⁰

¿Desenlace glorioso? ¿Y la Revolución? ¿Y el espectáculo formidable de la quiebra de una era? Es verdad que la retórica revolucionaria por ese entonces aún estaba en gestación. No existía la Revolución Mexicana como alegoría, no al menos en su forma

¹¹⁹ Citado en *Ibid.*, p. 111.

¹²⁰ Manifiesto que disolvía al Partido Nacional Antirreeleccionista y creaba el Partido Constitucional Progresista, 9 de julio de 1911. Citado en Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, México, Comisión para la Conmemoración del Centenario del Natalicio del General Emiliano Zapata, 1979, t. 1, p. 177.

acabada. Ya figuraban algunos personajes, precoces sin duda, que apuntaron uno que otro elemento de lo que en el futuro sería la excepcionalidad mexicana, como Flores Magón, pero eran expresiones aisladas, quizás el producto de una existencia —la de Flores Magón— escalofriantemente consecuente con sus ideas, que se había lanzado a hacer la revolución mucho antes de que ésta estallara en México.¹²¹ De la misma manera en que se puede pensar en la figura de un *político profesional*, debemos tratar de entender a Flores Magón como un *revolucionario profesional*, que vive *de y para* la revolución; empapado de las ideas anarquistas, consciente de que la revolución es y debe ser permanente, está obligado a mirarla en términos excepcionales, y así miró siempre a la mexicana. Y aunque no es ésta la idea que predominaba al triunfo del movimiento maderista, en términos generales, los que habían acompañado a Madero en su aventura, los que habían puesto en él sus esperanzas, sabían bien que lo que estaba ante sus ojos no era ni podía ser, ni se parecía siquiera, a una verdadera revolución. Empezando, desde luego, porque el pasado no se había ido, seguía allí, en su forma más física y humana, en los hombres del antiguo régimen: ejército, cámaras y gabinete repletos de “científicos” y reyistas. El enemigo vivía, y lo que es peor: gobernaba.

En una carta dirigida a Francisco Madero, Roque Estrada escribe:

Según pude observar en mi estancia en esa capital, hay muchos elementos revolucionarios que no se muestran contentos con la política seguida por usted y sus colaboradores inmediatos, siendo las principales causas la preponderancia a que aspira el reyismo, lo poco o nada que se hace para contrarrestarlo y el movimiento sordo del cientificismo, que no muere todavía.

En la atmósfera en que usted vive no puede darse cuenta exacta de esto; pero los que podemos tratar con todas las personas, lo notamos claramente. Se le tacha a usted de debilidad y complacencia con los enemigos, y se cree que de seguir así

¹²¹ Para darnos una idea de este tipo de existencias netamente revolucionarias, basta revisar la correspondencia de Ricardo Flores Magón, concretamente sus cartas desde la prisión, algunas de las cuales son francamente conmovedoras (Cf. Ricardo Flores Magón, *op. cit.*, pp. 115-141).

las cosas, esa debilidad y esa complacencia harán que los ideales revolucionarios fracasen.

Usted puede comprender muy bien la trascendencia de esa opinión, pues hay ya una corriente de ella que conceptúa a usted excesivamente bondadoso y que, por lo mismo, lo estima de inhabilidad para el alto puesto en que la nación, agradecida, quiere colocarlo. Muy pocos, a decir verdad, quieren reconocer en usted la energía necesaria para guardar incólumes los principios revolucionarios, y quienes así piensan, ven con tristeza la opinión contraria, pues nadie como usted es el más indicado para guiar la futura república. Esa corriente de opinión a que me refiero, va extendiéndose con mucha rapidez entre nuestros mismos correligionarios.¹²²

Este error —debilidad de carácter, como tanto se dijo— le costaría a Madero un gobierno endeble y un desenlace trágico. Asesinado por “la reacción”, por el pasado que se negó a aniquilar. Pero la Revolución ya le venía pisando los talones. El momento en que abandonó, no éste o aquél precepto, tal o cual causa, sino la Revolución como símbolo de transformación profunda y radical de la sociedad, abdicó al derecho de acaudillarla. No sólo permitió que los hombres del antiguo régimen siguieran viviendo del erario público, sino que toleró que continuaran pavoneándose como representantes del pasado: aspiraciones preponderantes del reyismo; sordo movimiento del cientificismo. Madero no purificó el lenguaje de la clase política obligándoles a rendir culto a la Revolución; por el contrario, consintió que la ultrajaran, que la dieran, como él mismo lo hizo, por terminada, zahiriendo así la moral revolucionaria en sus fibras más sensibles. El gobierno de Madero llevaba el germen de su ruina desde el momento en que ante sus ojos la Revolución había concluido.

¹²² Carta del 26 de junio de 1911. Citado en Gildardo Magaña, *op. cit.*, p. 174.

Es lugar común, pero es una verdad tan indiscutible que resulta inevitable repetirla: no hubo inteligencia más clara por aquellos años que la de Luis Cabrera.¹²³ No hay artículos de mayores entendederas que los que llevan su firma, y la carta abierta que dirige a Francisco Madero el 27 de abril de 1911, cuando ya se perfilaban las intenciones del gobierno de Díaz de llegar a un acuerdo con los revolucionarios, demuestra una comprensión absoluta del fenómeno revolucionario.

Usted, señor Madero —dice la carta—, tiene contraída una inmensa responsabilidad ante la Historia, no tanto por haber desencadenado las fuerzas sociales, cuanto porque al hacerlo, ha asumido usted implícitamente la obligación de restablecer la paz y *el compromiso de que se realicen las aspiraciones que motivaron la guerra, para que el sacrificio de la Patria no resulte estéril.*

... usted que ha provocado la Revolución, tiene el deber de apagarla; pero guay de usted si asustado por la sangre derramada, o ablandado por los ruegos de parientes y de amigos, o envuelto por la astuta dulzura del Príncipe de la Paz, o amenazado por el yanqui, deja infructuosos los sacrificios hechos.¹²⁴

Cabrera no se arriesga a juzgar a la Revolución —“No puedo ni quiero discutir si hizo usted bien o mal en levantarse en armas... eso es de la incumbencia de la historia”—, para él, a la sazón, la violencia no era el recurso más indicado para el cambio social. La paz y el orden aún son valores que Cabrera tiene muy en alto. Sin embargo, aun siendo el motivo principal de la carta a Madero procurar el restablecimiento de la paz lo antes posible, Cabrera comprende muy bien la estupenda oportunidad que se ha abierto para la creación de un México nuevo, esa nación por la que él había combatido durante años, derramando mares de tinta. La condición *sine qua non* para el cambio social, y por la cual Cabrera llevaba años propugnando, Madero ahora la tenía al alcance de la mano: la

¹²³ Cf. Arnaldo Córdova, *op. cit.*, p. 136. También ver Gabriella de Beer, *Luis Cabrera un intelectual en la Revolución Mexicana*, trad. Ismael Pizarro y Mercedes Pizarro, México, FCE, 1984, pp. 37-40.

¹²⁴ “Carta abierta del licenciado Luis Cabrera al señor Madero”, citada en Gildardo Magaña, *op. cit.*, p. 111.

absoluta remoción de los hombres del porfirismo.¹²⁵ El estallido de la Revolución había sido una oportunidad inigualable y ya en abril de 1911 se la veía claudicar.

Una revolución que termina prematuramente no es una revolución: la revolución es sólo aquella lucha que triunfa en sus fines y liquida lo que se propone liquidar: el pasado, haya sido definido éste como sea. De una auténtica revolución no se puede salir más que renacido. Como acertadamente dijo Martín Luis Guzmán: “Madero... nos enfrascó en una verdadera revolución, de la cual no saldremos nunca, o saldremos como se sale del crisol: purificados a fuego”.¹²⁶ Esto lo tenía bien claro Cabrera: Madero había mostrado el camino de la violencia, y si la Revolución no extirpaba el mal que la había engendrado, si no se le arrancaba de raíz, nos habrá condenado a una revolución sin fin.¹²⁷

UN CAMBIO TOTAL DE TODO

El asesinato de Madero ofreció una oportunidad para que los revolucionarios dieran rienda suelta a su discurso. El antiguo régimen, que nunca se había ido del todo, ahora regresaba encarnado en un monstruo: Victoriano Huerta. La Revolución Mexicana, detenida por Madero, atajada militar y discursivamente por su caudillo, se desata con toda su rudeza tras su asesinato. La Revolución sin su líder moral, o con su líder moral convertido en mártir, dejaba de tener dueño. Cada grupo de revolucionarios hereda el

¹²⁵ Cf. De Beer, *op. cit.*, p. 60. La sustitución total de los hombres del régimen fue una idea central de la crítica de Cabrera. Sólo eso podría terminar de una buena vez con todos y cada uno de los vicios del porfirismo.

¹²⁶ Citado en Delgado, *op. cit.*, p. 85.

¹²⁷ Carta citada, p. 111.

derecho legítimo, por fuerza de sus armas, de evocarla a su manera, de darle un sentido y un contenido propios.

Venustiano Carranza es uno de los primeros en aventurarse a pelear esta guerra contra el usurpador y enarbolar nuevamente la bandera de la Revolución. Sin embargo, en su origen, es dudoso el carácter revolucionario del movimiento encabezado por Carranza. Los primeros meses del carrancismo están marcados por un discurso de tono legalista, incluso más acentuado que el del propio Madero.

El 26 de marzo de 1913 se firma el Plan de Guadalupe. Es un documento escueto, cuyo único propósito es denunciar la ilegalidad del gobierno de Huerta y sostener con las armas una lucha que restablezca el orden constitucional. El documento no menciona la palabra *revolución*; quizás no quería invocarla innecesariamente. No contiene un gramo de retórica revolucionaria, ni reivindicaciones sociales, ni la visión del futuro, nada. La anécdota sobre la naturaleza de este texto es la siguiente: reunidos los principales jefes del movimiento carrancista en la hacienda de Guadalupe, se propusieron redactar un plan que contuviera los principios por lo que se habían lanzado a la lucha. Se redactó. Muchos protestaron porque no habían sido incluidas las demandas de carácter social — concretamente el reparto de tierras y los derechos obreros—. Carranza se dirigió a sus hombres y los interrogó: ¿quieren que la guerra dure dos años o cinco? El clero, los industriales, los terratenientes son más poderosos que Huerta; primero derrocaremos al usurpador, después solucionaremos los problemas que entusiasman al pueblo. Aparentemente las huestes carrancistas quedaron satisfechas con el razonamiento.¹²⁸ Sea como fuere, ni el Plan de Guadalupe, ni Carranza justificándolo, son una invitación a

¹²⁸ Cf. Rubén García, *Anécdotas y sucesos de la Revolución*, México, Costa-Amic, 1972, pp. 84-85.

hacer la revolución. Todo lo contrario: el gobernador coahuilense buscaba recuperar el orden legal perdido, es decir, retroceder en el tiempo.¹²⁹

Sin embargo, la coyuntura del asesinato de Madero y un territorio nacional encendido con rebeldes haciendo cada uno su propia revolución, cancelaba todas las posibilidades de que un movimiento legalista, como fue en su origen el de Carranza, sobreviviera como tal. Para mantenerse al frente de un grupo de hombres armados, de forma inevitable había que modificar el lema: de *orden constitucional a revolución social*.

Así, pues, entre el discurso de marzo en la hacienda de Guadalupe y el de septiembre del mismo año hay un abismo. De detentador del orden constitucional Carranza se convierte en el líder de una revolución verdadera. El 24 de septiembre de 1913, empujado por la misma inercia de su movimiento, Venustiano Carranza pronuncia un discurso en el Ayuntamiento de Hermosillo en el que siente la necesidad de explicar el sentido de su desabrido Plan, documento que “no encierra ninguna utopía, ninguna cosa irrealizable”, porque no pretende engañar al pueblo con “falsas promesas”:

El Plan de Guadalupe es un llamado patriótico a todas las clases sociales — declaró Carranza en aquella memorable ocasión—, sin ofertas y sin demandas al mejor postor. Pero sepa el pueblo de México que, terminada la lucha armada a que convoca el Plan de Guadalupe, tendrá que principiar formidable y majestuosa la lucha social, la lucha de clases, queramos o no queramos nosotros mismos y opónganse las fuerzas que se opongan, las nuevas ideas sociales tendrán que imponerse en nuestras masas...¹³⁰

¹²⁹ Vale la pena anotar un hecho: aún careciendo de identidad revolucionaria, o quizás por eso mismo, el movimiento armado organizado por Carranza fue conquistando adeptos por los estados del norte mexicano. En las anécdotas de la Revolución del general Rubén García encontramos algunos de estos ejemplos: el general nos cuenta cómo las Juntas Constitucionalistas se iban adhiriendo a Carranza pues sabían que encabezaba un “movimiento restaurador del orden y de la legalidad” (*op. cit.*, pp. 50-51).

¹³⁰ “Un discurso trascendental del señor Carranza, en el Ayuntamiento de Hermosillo, Sonora”; citado en Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, p. 53.

Es un discurso desordenado. Brinca de un tema a otro —del agua potable a las escuelas, de una nueva Constitución a un nuevo sistema bancario—. También es un texto contradictorio: revuelve términos marxistas y los contrapone: hace un “llamado patriótico a todas las clases sociales” para que al concluir su lucha armada, “principie formidable y majestuosa la lucha social, la lucha de clases”. Pero la oración cumple una función cardinal: explica las nuevas intenciones del jefe Carranza, que ya no se reducen a la restauración del orden, sino que se extienden más allá de todo lo antes prometido por los líderes de la Revolución Mexicana. Promete un cambio absoluto de la sociedad: “Las reformas enunciadas y que se irán poniendo en práctica conforme la Revolución avance hacia el Sur, realizarán *un cambio total de todo y abrirán una nueva era para la República*”.¹³¹ Carranza, transformado ya en Primer Jefe de la Revolución, no trae “falsas promesas”, sino la verosímil idea de transformarlo todo, absolutamente todo. Un ofrecimiento que la circunstancia revolucionaria hacía creíble, deseable, y que lo coloca automáticamente al frente del movimiento armado.¹³²

El lugar augusto que ocupaba en el discurso carrancista la retórica del orden constitucional había sido tomado por asalto por ese incontenible y antonomástico ideal revolucionario: la necesidad de corregir el rumbo histórico. “[No] es la lucha armada y el triunfo sobre el ejército contrario lo principal de esta contienda nacional —sigue diciendo

¹³¹ *Ibid.*, p. 54 (subrayado propio).

¹³² Antes de la caída de Huerta y ante el avance implacable de la Revolución, se dieron varios intentos de los federales de firmar un acuerdo con Carranza similar a los tratados de Ciudad Juárez (Rubén García, *op. cit.*, pp. 161 y 174). Carranza siempre fue intransigente, exigía la rendición incondicional del enemigo, la desaparición absoluta del antiguo régimen. No se cometería el mismo error que Madero, con el pasado no se transigiría. Ni Villa ni Obregón, las dos grandes figuras militares de la Revolución, hubiesen aceptado nada menos del hombre que los dirigía.

Carranza—; hay algo más hondo en ella y es el desequilibrio de cuatro siglos: tres de opresión y uno de luchas intestinas que nos han venido precipitando a un abismo”.¹³³

El discurso de Hermosillo se convirtió en una de las banderas favoritas del constitucionalismo, un símbolo de su lucha. En términos políticos, el éxito fue rotundo. Marca sin duda el momento en que Carranza se apodera retóricamente de la Revolución Mexicana, la convierte en un proyecto propio y se vuelve su intérprete supremo: “Esta es la Revolución, señores, tal cual yo la entiendo; estos lineamientos generales regirán a la humanidad más tarde como un principio de justicia”.¹³⁴ No solamente se adjudica el derecho legítimo de definir y conducir a la Revolución, sino que promete irradiar con su luz de grandeza el mundo exterior. La Revolución da el derecho a los mexicanos de sentirse importantes; coloca al pueblo de México en el centro de gravedad del universo, donde convergerán tarde o temprano todos los pueblos civilizados, atraídos por su increíble magnetismo.

El éxito fue tal, el acierto al escoger los temas tan asombroso, que Carranza los repitió una y otra vez durante el transcurso de la lucha armada. En muchas ocasiones, incluso, reproducidos de manera textual, letra por letra.¹³⁵ Importa destacar dos aspectos del discurso de Carranza, que aunque en forma embrionaria, están ya desde Hermosillo y fueron el sello distintivo de su *estilo revolucionario*. Por un lado: la promesa de una

¹³³ “Un discurso trascendental del señor Carranza...”; citado en Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, p. 52.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 54.

¹³⁵ A finales de 1915, cuando el triunfo sobre los villistas es definitivamente irreversible, el discurso de Carranza se vuelve extraordinariamente vehemente y atrevido. Muchos de los temas tratados en el discurso de Hermosillo son remozados y desarrollados con más detalle, algunos permanecen intactos, como la idea del papel de México en la historia universal, sus tareas hacia el futuro: “con nuestro ejemplo se salvarán otras muchas naciones que padecen los mismos males que nosotros” (*Ibid.*, p. 54). “Al cambiar nosotros totalmente nuestra legislación implantando normas con una estructura moderna y que cuadre con nuestra idiosincrasia y nuestras necesidades sociales, excitaremos también a los pueblos hermanos de raza, para que ellos no esperen a tener un movimiento revolucionario como el nuestro, sino que lo hagan en plena paz” (*Ibid.*, p. 55).

quimera, la creación de un México nuevo, tan excepcional y original, que encabezará el progreso de la humanidad en su conjunto. Es la promesa a sus huéspedes de experimentar el honor, el orgullo de ser los iniciadores de una lucha universal, los pioneros del mundo del futuro. Por otro lado: los pies bien puestos sobre la tierra, es decir, la satisfacción de intereses concretos y las reformas sociales (agua potable, escuelas, salarios mínimos, reparto agrario). Hermosillo sin duda fue una lección. A partir de entonces, la retórica carrancista estará construida alrededor de estos dos pilares: una fantasía extraordinaria acerca de los alcances de su movimiento revolucionario y una materialización palpable y concretísima de las conquistas de la Revolución. Carranza crea con su discurso dos revoluciones, una revolución *infinita* hacia fuera de las fronteras nacionales, y otra *finita* dentro de éstas. La revolución de Carranza va triunfando en el territorio nacional dejando una estela de reformas sociales palpables en la forma de leyes, decretos y obras públicas. Y cada una de éstas conquistas materiales del carrancismo será ejecutada con tal solemnidad y pretensión de legalidad que dará más una apariencia de gobierno constitucional que de victoria revolucionaria, es decir, de un estado donde la Revolución ya ha dejado de existir dejando tras de sí su obra revolucionaria. Para Carranza la Revolución Mexicana debe eventualmente convertirse en gobierno —el suyo— y lo practica desde los primeros pasos que da su lucha.¹³⁶

¹³⁶ Venustiano Carranza trató siempre de mostrarse como la *legalidad dentro de la lucha armada*, como él mismo se autocalificó en una ocasión. Un equilibrio difícilísimo de sostener, pero que finalmente, creemos, le valió el triunfo. Uno de los elementos claves para el mantenimiento de este equilibrio retórico fue su política diplomática. En el verano de 1913, en una entrevista con reporteros norteamericanos, Carranza se autodefine el único detentador de la legalidad en el país. Él de ninguna manera es un rebelde o un bandido, ni siquiera confiesa estar haciendo una revolución. Es el doble lenguaje de Carranza ante los Estados Unidos (Cf. Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, p. 28). Otro ejemplo lo encontramos en la nota que envía al presidente Wilson con motivo de la ocupación del puerto de Veracruz (22 de abril 1914), Carranza no se considera el Primer Jefe de una revolución, sino el defensor de la constitucionalidad que lucha en contra de un usurpador (*Ibid.*, pp. 103-105).

TRES ESTILOS RETÓRICOS

La disputa por el dominio de la Revolución comenzó de forma temprana. Los conflictos entre Villa y Carranza se manifestaron en muestras concretas de desobediencia del primero respecto del segundo, que muy difícilmente lograba mantener su autoridad suprema. No es aquí el lugar para contar el desarrollo puntual de los hechos, sino lo que éstos significaron en términos de la simbología que se comenzaba a erigir alrededor de los líderes de la Revolución Mexicana.

Comencemos diciendo simplemente que el choque entre Pancho Villa y Venustiano Carranza fue una colisión de dos leyendas vivas de la Revolución Mexicana; dos caudillos que habían construido en torno suyo místicas radicalmente opuestas; o dicho en palabras más afines a nuestro ensayo: un conflicto entre dos discursos revolucionarios antagónicos.

Al jefe de la aguerrida División del Norte —nos relata Jesús Silva Herzog— lo habían mareado sus victorias militares y el grupo de políticos que le rodeaban, haciéndole creer que su significación en la guerra civil superaba en mucho a la del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Por otro lado, los periódicos de los Estados Unidos... se habían ocupado y se ocupaban de Villa en términos hiperbólicos, presentándolo a sus lectores con elogios desorbitados cual se tratara de uno de esos personajes fabulosos de que se habla en las antiguas leyendas o mitologías.¹³⁷

Villa había logrado forjarse una imagen propia de leyenda, quizás incluso más rápido y más acorde con el criterio revolucionario que la de Carranza. Era el guerrero por

¹³⁷ *Ibid.*, p. 115.

autonomía.¹³⁸ El discurso que le rodeaba era el de la lucha en sí misma: las hazañas bélicas eran el centro de la simbología villista, incluso por encima de la reivindicación del pueblo. Lo que valía era el triunfo en el campo de batalla, y Villa era un campeón, el más arrojado y valiente. Su persona estaba construida alrededor de historias épicas, de batallas campales y de la bravura infinita del caudillo y sus más de veinte mil soldados.¹³⁹ Villa fue el primer caudillo de la Revolución en encabezar un verdadero ejército revolucionario que controló un vasto territorio y que lo supo mantener contra todo pronóstico: transformó la guerra de guerrillas en guerra regular, y sus triunfos sobre Torreón y Ciudad Juárez resultaban tan improbables a los ojos de todo mundo que lo lanzaron a la fama internacional.¹⁴⁰

Debemos ser precavidos con las palabras que Martín Luis Guzmán dedica al relato de su primer encuentro con Pancho Villa, fueron escritas muchos años después, en 1928, y las leyendas, mientras no sean olvidadas, son susceptibles de seguir

¹³⁸ Friedrich Katz narra cómo la figura de Villa penetró en la mitología revolucionaria después de la primera toma de Torreón. Carranza había liderado el ataque antes y no había logrado absolutamente nada. El principal problema era la indisciplina de las tropas revolucionarias de la zona de La Laguna y Durango: Carranza simplemente “[desesperó] de hacerse obedecer de esos hombres y decidió dirigirse a Sonora”. Pero en “menos de una semana” Villa logró disciplinar al grueso de la tropa y capturar Torreón: “Villa podía ser mucho más drástico en la imposición de la disciplina que Carranza. No tenía reparos en fusilar sin más trámite a los hombres u oficiales de quienes sospechaba cobardía o desobediencia. Sin embargo, los campesinos revolucionarios de Durango y sus propios contingentes en Chihuahua aceptaban sin protestar esas medidas: era uno de ellos, y consideraban que tenía derecho a hacer lo que hacía”, mientras que Carranza era un “rico” un “hacendado”. Más adelante Katz remata: “En algunos aspectos, la toma de Torreón fue la tarjeta de presentación de Villa ante el mundo” (*Pancho Villa*, trad. Paloma Villegas, México, Era, 1998, t. 1, pp. 251-254).

¹³⁹ Cf. Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, p. 115.

¹⁴⁰ Friedrich Katz, *op. cit.*, p. 259. “Con la toma de Juárez, la fama de Villa creció de golpe tanto en México como al norte de la frontera. Muchos periódicos de Estados Unidos lo describían como el mayor general y el mayor revolucionario de México. Elogiaban la disciplina que había logrado mantener, aunque expresaban repugnancia y enojo por las ejecuciones de prisioneros que Villa no intentó ocultar” (*Ibid.*, p. 262). Una peculiaridad de la simbología villista será precisamente el doble efecto que provocaba en la imaginación: por un lado maravillaba la disciplina militar de su imponente División, una maquinaria guerrera sin parangón; por otro, el morbo por la barbarie. Villa era la imagen del México primitivo y violento, el estilo que más armonizaba con la lógica revolucionaria. Sin duda, al menos, era el estilo revolucionario que más atraía las miradas, el que más servía para inventar historias, para ensalzar sucesos, para crear una leyenda: no es una casualidad que haya sido con él que Hollywood firmó un contrato para filmar sus batallas y producir películas (*Ibid.*, pp. 372-373).

alimentándose y engordando. Además, Guzmán se caracteriza por haber sido un villista devoto. No obstante, reproducir aquí algunas de sus impresiones sirve a nuestro propósito perseguido de comparar las imágenes y, en última instancia, los discursos de Villa y Carranza. Martín Luis Guzmán nos narra:

por más de media hora nos entregamos [Pani y Guzmán] a una conversación [con Villa] que puso en contacto dos órdenes de categorías mentales ajenas entre sí. A cada pregunta o respuesta de una u otra parte, se percibía que allí estaban tocándose dos mundos distintos y aun inconciliables en todo, salvo en el accidente casual de sumar sus esfuerzos para la lucha. Nosotros, pobres ilusos —porque sólo ilusos éramos entonces—, habíamos llegado hasta ese sitio cargados con la endeble experiencia de nuestros libros y nuestros primeros arranques. Y ¿a qué llegábamos? A que nos cogiera de lleno y por sorpresa la tragedia del bien y del mal, que no saben de transacciones; que puros, sin mezclarse uno y otro, deben vencer o resignarse a ser vencidos. Veníamos huyendo de Victoriano Huerta, el traidor, el asesino, e íbamos, por la misma dinámica de la vida y por cuanto en ella hay de más generoso, a caer en Pancho Villa, cuya alma, más que de hombre, era de jaguar: jaguar en esos momentos domesticado para nuestra obra, o para lo que creíamos ser nuestra obra; jaguar a quien pasábamos la mano acariciadora sobre el lomo, temblando de que nos tirara un zarpazo.¹⁴¹

Villa era el guerrero “domesticado”, luchando por una causa que pertenecía a otra categoría de hombres. Hombres cultos, hipnotizados con el fenómeno de la Revolución, y que se sentían, sin duda, mucho más identificados con el estilo carrancista de *hacer* la lucha. Poco más adelante, en el mismo libro, Martín Luis Guzmán nos habla de su impresión inicial del Primer Jefe. Hay en el texto un dejo de tranquilidad, de haberse topado con una revolución que comprende, que le es familiar. Todo empieza por las presentaciones, que se hacen con la solemnidad distintiva del estilo revolucionario carrancista, como si se estuviese por conocer al presidente de una nación.¹⁴²

Inmediatamente después está el hombre, la figura de Venustiano Carranza:

¹⁴¹ *El águila y la serpiente*, México, Porrúa, 1984, pp. 49-50.

¹⁴² *Ibid.*, p. 53.

Yo iba algo predispuesto en contra de don Venustiano —confiesa Guzmán—. . . Su figura, además, evocó en mí asociaciones con los hombres típicos del porfirismo. Más aún: después del candor democrático de Madero, creía notar en él algo que me hacía pensar en don Porfirio tal cual yo lo vi y lo oí la última vez. Pero, con todo, confieso que a primera vista don Venustiano no frustró mis esperanzas de revolucionario en ciernes. En aquella primera entrevista se me apareció sencillo, sereno, inteligente, honrado, apto. El modo como se peinaba las barbas con los dedos de la mano izquierda... acusaba tranquilos hábitos de reflexión, hábitos de que no podía esperarse —así lo supuse entonces— nada violento, nada cruel. <<Quizá —pensé— no sea éste el genio que a México le hace falta, ni el héroe, ni el gran político desinteresado, pero cuando menos no usurpa su título: sabe ser el Primer Jefe>>. ¹⁴³

Es una imagen curiosa la que nos hace Guzmán. Nos da varias pistas importantes: Carranza era sin lugar a duda el Primer Jefe de una revolución, pero una que se desarrollaba por causas extrañas, que en la persona del coahuilense adquiría tintes gubernativos, tanto más cuanto aparentaba ser un hombre del pasado. El cuartel general de la Revolución era la representación de la disciplina militar, pero también de un orden gubernamental *sui generis* que, aún en circunstancias revolucionarias, procuraba reproducir las formas y los gestos propios de la política cotidiana de un gobierno constitucional, con sus rutinas, sus horas destinadas al trabajo y las dedicadas al ocio y al recreo. Todo funcionaba como una oficina burocrática, y eso daba confianza entre sus huéspedes; creaba una impresión de que las victorias eran definitivas, pues eran parte de un plan diseñado por un verdadero estadista. ¹⁴⁴

¹⁴³ *Ibid.*, p. 54.

¹⁴⁴ Esta cualidad del Primer Jefe, fue la que atrajo desde un principio a hombres como Cabrera a colaborar a su lado. Gabriella de Beer escribe que “Cabrera distinguía entre las realizaciones de Carranza como revolucionario y como estadista. Las primeras, destructivas por su propia naturaleza, las alcanzó plenamente, en tanto que las segundas, las constructivas, no quedaron terminadas. *Las actividades de Carranza como estadista pueden apreciarse mejor, según Cabrera, cuando se estudia la personalidad de Carranza como revolucionario.* Carranza no se ajustaba al molde del revolucionario típico. No se sentía ni perseguido ni oprimido, ni se dejaba arrastrar por el idealismo de la juventud” (*op. cit.*, p. 81; subrayado propio).

El conflicto entre ambos estilos revolucionarios, el de Villa y el de Carranza, era inevitable. El Primer Jefe era el domesticador, su idea de la Revolución requería el control absoluto de todas las tropas y grupos revolucionarios, necesitaba reproducir las formas del cuartel general en todo el territorio ocupado por la Revolución y, eventualmente, en toda la República. Su discurso lo empujaba a ello de forma inevitable. En cambio, Pancho Villa era una leyenda indomable. Su discurso, envuelto en una mística guerrera que lo mantenía al frente de la “invencible” División del Norte, hacía de la guerra una necesidad imprescindible. La *idea* de la División era tan importante como sus triunfos militares: vivía del botín y de la fama. Villa se sabía al frente de “las tropas mejor ordenadas, mejor alimentadas, mejor pagadas y en general mejor cuidadas que yo he visto hasta ahora en México”, como dijo en una ocasión un agente del Estado Mayor norteamericano, quien más tarde afirmó que la personalidad de Villa “opaca completamente la de Venustiano Carranza o cualquier otro líder rebelde”.¹⁴⁵

Las tensiones ya eran graves entre los dos “rebeldes”, pero cuando Huerta es derrotado y Carranza hace el intento de someter al conjunto de los revolucionarios, todo resultó ser un desastre. Carranza había ideado un órgano revolucionario supremo —la Convención— que estaría ungido con el poder de crear un proyecto de gobierno revolucionario, que por supuesto él encabezaría y ejecutaría, a su modo y ritmo, como lo había venido haciendo en los territorios controlados bajo la égida del ejército comandado por Álvaro Obregón, pero ahora en toda la República y con la anuencia de todos los revolucionarios. El resultado es de todos conocido. Las cosas se salen de control. La Convención sesiona cuatro días en la capital y luego debe trasladarse a la ciudad de Aguascalientes, donde los villistas se aprestan a apoderarse de la flamante institución.

¹⁴⁵ Citado en Friedrich Katz, *op. cit.*, p. 333.

Resulta interesante ver el cambio que ocurre en el discurso carrancista durante esta difícil etapa, en que se resiste a perder el control de su movimiento. Carranza invierte los términos de su lucha: pospone la idea de la restauración del orden constitucional a las conquistas sociales de la Revolución, como originalmente se establecía en el Plan de Guadalupe:

El 3 de octubre, cuando la Convención aún se encontraba en la ciudad de México, don Venustiano se presentó en la asamblea y dio lectura a un informe en el que se contenía el programa de reformas sociales. En especial, hacía notar: ‘...todos los jefes de este Ejército convinieron conmigo en que el Gobierno Provisional debía implantar las reformas sociales y políticas que en esta Convención se consideraran de urgente necesidad pública, *antes del restablecimiento del orden constitucional*’.¹⁴⁶

Arnaldo Córdova asegura que, desde ese momento, Venustiano Carranza se justificó ante la nación como el verdadero revolucionario, pues Villa se había quedado en el viejo discurso del retorno a la legalidad y la convocatoria a elecciones. Esto no es del todo cierto. En términos simbólicos, el inicio de la guerra de facciones representa un nuevo momento para la Revolución Mexicana en que la lucha deja de tener dueño. Cada facción reclama su derecho legítimo a evocar su propia revolución. Los símbolos revolucionarios habitan la tierra de nadie. La nueva fórmula del discurso carrancista más que para justificarse “ante la nación”, le servía al Primer Jefe para mantenerse al frente de su propia facción revolucionaria. Era una demostración de radicalismo hacia el interior de su propio movimiento, una nueva bandera que le daba impulso renovado a *su* revolución: identificaba al nuevo enemigo y refrendaba su autoridad entre quienes ya se la reconocían. El nuevo discurso compensaba la pérdida de autoridad sobre el movimiento

¹⁴⁶ Arnaldo Córdova, *op. cit.*, p. 199 (subrayado del original).

en su conjunto, dándole a Carranza la autoridad suprema dentro de su grupo: fijaba una nueva meta, reinterpretaba la coyuntura histórica y se mantenía en la Primera Jefatura.

Aún si aceptásemos que Arnaldo Córdova tiene razón, ¿de qué pudo haber servido un discurso pronunciado ante una Convención que veinticuatro horas más tarde se le escurriría de las manos? Sólo garantizaba cierto precario liderazgo entre sus huestes, que ya daban nuestras de deslealtad.¹⁴⁷ Era normal que los revolucionarios reunidos en la Convención de Aguascalientes reclamaran para sí su legítimo derecho a representar la Revolución Mexicana: ése precisamente había sido el origen de aquella institución. Carranza fue vencido con las reglas que él mismo había establecido.

Cuando la Convención se impone militarmente al constitucionalismo y ocupa la ciudad de México, no es posible imaginar un peor momento para sus habitantes, que experimentaron de primera mano las diferencias entre ambos estilos revolucionarios. El caos se impone: el desgobierno, el estilo bárbaro, guerrero de la Revolución. Ningún rasgo propiamente gubernamental destaca. Eulalio Gutiérrez, nombrado presidente por la Convención, ensaya algo similar a un gobierno revolucionario. El fracaso es rotundo. La autoridad real estaba dispersa entre los jefes. Ni Villa ni Zapata, aunque por razones distintas, eran gobernables, y a ninguno de los dos les interesaba el negocio de gobernar.¹⁴⁸ Más tardaba Pancho Villa en apoderarse de la capital con su imbatible

¹⁴⁷ No olvidemos que Álvaro Obregón le pediría la renuncia a Carranza poco después, ¡en nombre de la Convención! Y que el general Lucio Blanco, ante el avance implacable del ejército de Villa sobre la capital, a finales de 1914, renunciaría al constitucionalismo para sumarse a las fuerzas de la Convención (Cf. Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, p. 133). Otros jefes militares también dudaban de seguir obedeciendo al Primer Jefe: son los casos de Pánfilo Natera y Juan Cabral (Cf. José Mancisidor, *Historia de la Revolución Mexicana*, México, Editores Mexicanos Unidos, 11ª ed., 1968, p. 274).

¹⁴⁸ “Al concentrarse en la capital de la República las tropas de Eulalio Gutiérrez, de Villa y de Zapata, fue muy difícil mantener el orden por parte de las autoridades de la Convención... Los asesinatos del coronel convencionista David Berlanga y del periodista Paulino Martínez, perpetrados por órdenes de Villa por la mano sangrienta de Rodolfo Fierro, originaron una serie de choques entre el presidente electo por la convención y sus aliados principales. Un atentado del mismo Villa en contra de la persona del

División, que en regresar al norte del país “a ocuparse de asuntos de carácter militar”.¹⁴⁹ Estaba enfrascado en su propio lenguaje: necesitaba de la guerra, la vida del cuartel, los paredones. Villa fue un hombre definido por su propia leyenda, quizás más que ningún otro caudillo de la Revolución Mexicana. Friedrich Katz, en el prefacio de su monumental libro sobre *Pancho Villa*, nos confiesa que la “dificultad más grave” que enfrentó en su investigación, fue precisamente “la de extraer la verdad histórica de las multifacéticas capas de leyenda y mito que rodean a Villa”, quien “estaba enamorado de sus propios mitos e hizo cuanto pudo para bordar sobre ellos”.¹⁵⁰ Villa necesitaba un ejército rival en las trincheras de enfrente, y necesitaba derrotarlo en batallas épicas. De ello dependía la simbología construida en derredor suyo, y, por consiguiente, la justificación y legitimidad de sus acciones. De estas historias de heroísmo y bravura se alimentaban los hombres de su División, y por ellas se mantenían cohesionados y disciplinados bajo su mando.

Zapata también fue un prisionero de su lenguaje. Era el representante de un proyecto revolucionario radical, de una revolución incontenible, perpetua, incapaz de tolerar la existencia de ningún gobierno, pues todo gobernante, ineluctablemente, es un tirano, el opresor de las clases desposeídas. El revolucionarismo de Zapata es tan congruente que no puede escaparse de su propia inercia hacia la utopía, perdiendo todo contacto con la realidad y abandonando cualquier posibilidad de constituirse en gobierno. La idea que

presidente Gutiérrez orilló la crisis que en el seno del gobierno nacido en Aguascalientes latía” (José Mancisidor, *op. cit.*, p. 285).

¹⁴⁹ Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, p. 135. Los revolucionarios de la Convención nunca lograron establecer un programa de gobierno, ni consiguieron tampoco hacerse una imagen de esta categoría. Vivieron atrapados por el radicalismo de su verbo y el congénito recelo que expresaban hacia cualquier forma de gobierno, ¡incluido el impuesto por ellos mismos!

¹⁵⁰ *Op. cit.*, p. 11.

intentamos exponer aquí está plasmada de forma clarísima en el Manifiesto a la nación que Emiliano Zapata firma en octubre de 1913. Por el contenido revelador del documento, nos permitimos citarlo extensamente:

Fuimos de los primeros en tomar parte en aquel movimiento [revolucionario de 1910], y el hecho de haber continuado en armas después de la expulsión de Porfirio Díaz y de la exaltación de Madero al poder, revela la pureza de nuestros principios y el perfecto conocimiento de la causa con que combatimos y demuestra que no nos llevan mezquinos intereses, ni ambiciones bastardas, ni siquiera los oropeles de la gloria...

... ante la causa no existen para nosotros las personas y conocemos lo bastante la situación para dejarnos engañar por el falso triunfo de unos cuantos revolucionarios convertidos en gobernantes: lo mismo que combatimos a Francisco I. Madero, combatiremos a otros cuya administración no tenga por base los principios por los que hemos luchado.

El Gobierno, desde Porfirio Díaz a Victoriano Huerta, no ha hecho más que sostener y proclamar la guerra de los ahítos y los privilegios contra los oprimidos y los miserables;... desconocer las leyes de la Evolución, intentando detener a las sociedades, y violar los principios más rudimentarios de la Equidad, arrebatando al hombre los más sagrados derechos que le dio la Naturaleza. He allí explicada nuestra actitud, he allí explicado el enigma de nuestra indomable rebeldía...

Téngase, pues, presente, que no buscaremos el derrocamiento del actual Gobierno para asaltar los puestos públicos y saquear los tesoros nacionales, como ha venido sucediendo... sépase de una vez por todas que no luchamos contra Huerta únicamente, sino contra todos los gobernantes y los conservadores enemigos de la hueste reformista...¹⁵¹

Este discurso no tiene otro desarrollo posible que la lucha armada. Contiene la negación de todo gobierno. Su destino es la oposición eterna más franca y radical. Cualquier otra actitud es una traición intolerable para el sentido del movimiento, pues significa el abandono de sus conceptos más elementales, de la justificación de la lucha. El radicalismo intrínseco de la revolución de Zapata también determina su carácter

¹⁵¹ El documento íntegro está citado en Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, pp. 96-103.

localista.¹⁵² Es un movimiento de hombres recelosos, incapaces de mantener largo tiempo una alianza con otros grupos revolucionarios, con lo *ajeno*, que siempre se manifiesta como una amenaza. Se desconfía instintivamente de los extraños. La simple idea de un *pacto* entre facciones para garantizar el triunfo de la Revolución, emana demasiados vapores gobiernistas que necesariamente estimulan las sospechas. El lenguaje zapatista no puede legitimar nada con pretensiones de instituirse, porque nada es nunca suficientemente bueno si proviene de un gobierno. Es una actitud, un instinto que conservarán los ideólogos del zapatismo incluso después de la muerte de su líder. Basta echarle una mirada a los discursos de Antonio Díaz Soto y Gama en la cámara de diputados en 1920. La emoción que le produjo el triunfo del general Obregón y las esperanzas en una profunda reforma agraria se convirtió, en un abrir y cerrar de ojos, en una terrible decepción: “¿es que la Revolución triunfante, apenas triunfante da un paso atrás en sus principios revolucionarios en materia agraria?”, preguntaba el zapatista.¹⁵³

Por el contrario, el discurso de Venustiano Carranza conducía de forma natural a hacer una tipo de Revolución Mexicana con las herramientas propias de un gobierno. Por eso Luis Cabrera dijo que la obra constructiva de Carranza se aprecia mucho mejor cuando se mira su actividad revolucionaria durante el periodo de la guerra de facciones, es decir,

¹⁵² “Hubo un ejército en la revolución mexicana —escribe Friedrich Katz— cuyas credenciales revolucionarias... nadie ha puesto en duda jamás. Se trata del Ejército Libertador del Sur, encabezado por Emiliano Zapata. Semejante ejército revolucionario ‘perfecto’ sólo era posible en un escenario guerrillero, donde los hombres combatían cerca de sus comunidades, seguían siendo en gran medida campesinos y no se convertían en soldados profesionales” (*op. cit.*, p. 351).

¹⁵³ Citado en John W. F. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936)*, trad. Julio Zapata, México, FCE, 6ª reimpr., 2002, pp. 93-94.

durante la etapa más destructiva de la Revolución.¹⁵⁴ Es durante la lucha armada cuando Carranza trata de hacer más evidente, con su discurso y sus acciones, el propósito que en el fondo le motivaba: la creación de un nuevo Estado mexicano.

Era como si Carranza siguiera al pie de la letra el pensamiento que Cabrera expuso en su carta abierta a Madero. No clausuraría el proceso revolucionario hasta terminar con el último rastro de la reacción. Haría una revolución intransigente con el pasado, pero que se desarrollaría por un cauce de violencia tolerable, que sólo se ejercería sobre el enemigo en territorio hostil. En las zonas dominadas, donde el pasado ya no era una amenaza, gobernaría como si la lucha hubiese quedado atrás, distinguiéndose así del militarismo más llano y desorientado representado por Villa, dejando entre los ciudadanos que ya tenían el privilegio de habitar las entidades controladas por Carranza, la impresión de poseer un verdadero proyecto de Estado, pues ante sus ojos el futuro se iba materializando. Es el caso de los estudiantes universitarios cuando el Primer Jefe derrota definitivamente a las otras facciones a finales de 1915: Javier Garcíadiego nos explica cómo la mayoría de los jóvenes, que antes se habían afiliado a movimientos anticarrancistas, “pretendiendo simpatizar con el triunfo de la causa, en 1916 crearon un par de organizaciones cuyos nombres contenían por primera vez la palabra ‘revolución’, tales como la Liga Revolucionaria de Estudiantes y la Confederación Revolucionaria de Estudiantes”.¹⁵⁵ El mundo que fraguaba la revolución de Carranza era un poderoso polo de atracción para la intelectualidad. Era una versión de la Revolución Mexicana afín a sus

¹⁵⁴ Cabrera mismo dice: “Históricamente son innecesarias las comparaciones entre los diversos hombres... pero no hay ninguno que haya realizado obra revolucionaria más efectiva que Carranza” (citado en Gabriella de Beer, *op. cit.*, p. 90).

¹⁵⁵ *Op. cit.*, p. 322.

intereses, donde podían encontrar un lugar propicio para desarrollar sus profesiones.

Garciadiego escribe, que durante la lucha de facciones, es decir, entre 1914 y 1915,

muchos universitarios se dieron cuenta de que los conocimientos y las ideas estaban desplazando a la lucha armada; en forma más aguda, algunos empezaron a considerarse intermediarios sociales y miembros del grupo avocado a mediar entre “el trabajo y el capital” y entre “gobernantes y gobernados”; por ejemplo, un profesor de Ingenieros afirmó que la comunidad universitaria era un “puente” social y constituía el grupo que mejor conocía las reformas que necesitaba el país. Entre atinado y soberbio, dicho profesor solicitó que se concediera a los universitarios un lugar estratégico en la reconstrucción nacional.¹⁵⁶

Esta idea de colaborar directamente con los hombres de la Revolución es compatible sólo con el estilo carrancista hacer la guerra. El Primer Jefe nunca perdió de vista la temporalidad de la violencia. Lo verdaderamente importante para él vendría después de la lucha armada. Esto necesariamente seducía a todo aquel que se sentía excluido en un mundo regido por las balas. Y no era una simple ilusión, Venustiano Carranza en efecto encarnaba un Estado en ciernes.¹⁵⁷ En una ocasión Luis Cabrera se interrogó a sí mismo: “¿Cuándo deja de ser revolución la Revolución?”. Se contesta: “La Revolución... deja de ser revolución cuando puede ser un gobierno fuerte”.¹⁵⁸ Esto precisamente es lo que representaba la Revolución Mexicana que hacía Venustiano Carranza en los territorios conquistados: una revolución convertida en gobierno fuerte.

Mientras los jefes de la Convención hacían de las suyas traicionándose unos a otros, Carranza expedía en el puerto de Veracruz su famoso decreto del 12 de diciembre

¹⁵⁶ *Ibid.*, pp. 323-324.

¹⁵⁷ “Carranza no había enfilado una sarta de tonterías —escribe Arnaldo Córdova—: en el fondo estaba contribuyendo, en los hechos, sobre el terreno de la lucha, a la creación de un formidable sistema de dominación política, cuya potencia comenzó a demostrarse cuando la guerra contra Huerta terminó y los constitucionalistas tuvieron que hacer armas contra los ejércitos campesinos de Villa y Zapata a fines de 1914. Convencido como estaba de que él encarnaba los verdaderos intereses de la nación, se concebía a sí mismo como el principio del Estado encierres y obraba en consecuencia” (*op. cit.*, p. 198).

¹⁵⁸ Citado en Gabriella de Beer, *op. cit.*, pp. 124-125.

de 1914: las Adiciones al Plan de Guadalupe.¹⁵⁹ El documento cumplía con la función de crear un marco legal sui géneris que diera coherencia al estilo mismo que ya caracterizaba a la revolución de Carranza, era la consecuencia lógica de su discurso.

Las Adiciones al Plan permitieron al Primer Jefe explicar la nueva coyuntura revolucionaria: señalar a Pancho Villa como el nuevo enemigo a vencer, hombre de “carácter netamente reaccionario” que se propone “impedir la realización de las reformas revolucionarias”.¹⁶⁰ Las Adiciones prolongaban la lucha revolucionaria identificando las renacidas amenazas del pasado, el mismo pasado infame que había asesinado a Madero, en virtud de lo cual continuaba vigente el Plan de Guadalupe “hasta el triunfo completo de la Revolución”.¹⁶¹ Respecto a las facultades especiales del Primer Jefe en la nueva lucha, el decreto decía:

El Primer Jefe de la Revolución y Encargado del Poder Ejecutivo expedirá y pondrá en vigor, durante la lucha, todas las leyes, disposiciones y medidas encaminadas a dar satisfacción a las necesidades económicas, sociales y políticas del país, efectuando las reformas que la opinión exige como indispensables para restablecer el régimen que garantice la igualdad de los mexicanos entre sí...¹⁶²

¹⁵⁹ Las Adiciones al Plan son el producto de José Natividad Macías y Luis Manuel Rojas, miembros de la Sección Social de la Secretaría de Instrucción Pública a cargo de Félix Palavicini (Berta Ulloa, *Historia de la Revolución Mexicana; 1914-1917. La Constitución de 1917*, núm. 6, México, El Colegio de México, 2ª reimpr., 2005, p. 144). Desde esta época surgió con mayor claridad (Ulloa dice que por primera vez, pero es falso) el proyecto de una nueva Constitución mexicana. La idea en realidad está presente en el discurso carrancista desde la memorable oración del Ayuntamiento de Hermosillo en septiembre de 1913. De lo que no podemos tener duda es que los hombres que legislaban la Revolución en Veracruz al lado de Carranza se habían dado cuenta de que los decretos que expedían cotidianamente eran insostenibles bajo el marco constitucional de la época, y que necesariamente debían desembocar, al culminar la guerra de facciones, en un Congreso Constituyente (*Ibid.*, p. 493). Adicionalmente, el proyecto de una nueva Constitución convertía a estos revolucionarios en los portavoces de la idea más radical y avanzada.

¹⁶⁰ “Adiciones al Plan de Guadalupe de 12 de diciembre de 1914 y decretos dictados conforme a las mismas”; citado en Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, pp. 164-165.

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 164.

¹⁶² *Ibid.*, p. 165. Las facultades incluían leyes agrarias, leyes fiscales, leyes laborales, municipales, judiciales, de matrimonio, etcétera (una lista completa en *Ibid.*, p. 166).

En la base del nuevo radicalismo que obligaba a los constitucionalistas a continuar la lucha revolucionaria estaba esa legalidad peculiar, de excepción, que daban al movimiento un halo de normalidad, especialmente a aquellas acciones revolucionarias que más lastimaban a la población y que tenían que ver con el financiamiento de la guerra: los impuestos especiales, la expropiación de tierras y otros bienes, etcétera, que con las Adiciones dejaban de parecer meras arbitrariedades de un poder militar ilimitado, para convertirse en actos de un poder público extraordinario.

Hay autores que han querido ver en las Adiciones al Plan de Guadalupe el documento que dio facultades dictatoriales a Venustiano Carranza.¹⁶³ Sin embargo, el artículo 4º del decreto estipula que al triunfo de la Revolución deberán celebrarse elecciones para un Congreso de la Unión, y el artículo 5º remata obligando al Primer Jefe a rendir cuentas a este Congreso de todas las facultades especiales de que haya hecho uso durante la lucha y todas las reformas sociales realizadas.¹⁶⁴

CONSTITUCIÓN DE 1917 LA ALEGORÍA ECLIPSA AL JEFE

En términos de lenguaje revolucionario, ¿qué consecuencias tuvo la lucha de facciones? Aparte del triunfo del proyecto carrancista, de su estilo revolucionario, lo fundamental, pensamos, está en la preeminencia absoluta de la Revolución Mexicana como fuente de legitimidad. A partir de entonces, para gozar de algún prestigio político se tendrá que hacer gala de pureza revolucionaria. Se había cumplido la condición *sine qua non* del triunfo revolucionario según Cabrera: la sustitución absoluta del los hombres del viejo

¹⁶³ Cf. Berta Ulloa, *op. cit.*, p. 495.

¹⁶⁴ Cf. “Adiciones...”, en Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, p. 167.

régimen.¹⁶⁵ El lenguaje creado en torno a la Revolución abarcó en adelante la totalidad de la nueva realidad política: en el centro del debate público imperaban los temas, pero sobre todo los símbolos que los revolucionarios carrancistas habían escogido y venerado. Quien predicase otra fe sería automáticamente excomulgado del nuevo proyecto. La reacción había sido liquidada como posibilidad.¹⁶⁶

Con la situación militar más o menos bajo control, se abrió el espacio para que la Revolución en su forma verbal ocupara un lugar privilegiado. La lucha no había terminado, pero su naturaleza era otra. Las armas se fueron sustituyendo gradualmente por la palabra, y de la misma manera que en los campos de batalla, en el mundo del lenguaje tienden a triunfar aquellos revolucionarios de carácter más arrojado, los más valientes y temerarios, los portadores del discurso de mayor calibre. El ocaso de la violencia no significó el fin de la escalada retórica; al contrario, la inercia verbal continuó, y la entrada en escena de nuevos actores políticos aceleró la radicalización del discurso. El resultado fue el ascenso de la idea de la excepcionalidad mexicana a unas alturas inimaginables: una alegoría de proporciones monstruosas, que terminaría por explicarlo todo en el nuevo México de la Revolución.

El Constituyente es el escenario donde el mito sobre la excepcionalidad mexicana adquiere una fisonomía más definida. En el tono y contenido de los debates, los enfrentamientos entre diferentes grupos de diputados, los enconos y las descalificaciones, los vehementes halagos, se encuentra materializada la nueva forma, más civilizada quizás, pero igualmente violenta, de la Revolución y el México que de ella emana. El

¹⁶⁵ Seguirán circulando hombres del antiguo régimen, pero a diferencia de la época maderista, no se tolerará que se asuman como tales.

¹⁶⁶ Cf. Luis Javier Garrido, *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México (1928-1945)*, México, Siglo Veintiuno, 1982, p. 45.

Congreso Constituyente permite que otro tipo de revolucionario, el intelectual, desempeñe papeles protagónicos al lado de célebres militares que se habían ganado su prestigio en la lucha armada. Los hombres de letras habían ocupado un lugar marginal cuando hubo que empuñar el treinta-treinta, pero con la Revolución desarrollándose sobre el terreno verbal, sólo necesitaban cierta astucia y habilidad retórica para colocarse a la altura de los guerreros más bravos.

El Proyecto de Reformas a la Constitución de 1857 que presentó el Primer Jefe al Congreso Constituyente es la representación más pura de su idea de la Revolución, es decir, del nuevo Estado mexicano que Carranza tenía en mente. No sería propicio discutir en estas páginas los elementos concretos del Proyecto de Reformas, lo que verdaderamente nos interesa desarrollar es el proceso discursivo que llevó a que esta propuesta fuera totalmente modificada por los diputados del Constituyente, dejando a Carranza y a su grupo maniatados, como simples espectadores; y nos interesa, también, comprender las consecuencias que esto tuvo en el desarrollo posterior del discurso político revolucionario.

Con las otras facciones derrotadas, el control del Primer Jefe sobre su ejército, el único legítimo, es definitivo. Es cierto que Carranza nunca gobernó en paz: Félix Díaz, Emiliano Zapata, Manuel Peláez, eran focos rojos; incluso Francisco Villa, reducido a fugitivo, hacía de las suyas en los estados del norte y era más que una simple piedra en el zapato; pero ninguno de estos *rebeldes* representaba ya la Revolución. La Revolución Mexicana era de Carranza y esto lo convertía en el único y verdadero jefe revolucionario de México. La seguridad que experimentaba el Primer Jefe quedó reflejada en la

convocatoria al Congreso Constituyente. Carranza modelaría una asamblea afín a sus necesidades, donde no se aceptarían diputados que no proviniesen del constitucionalismo. La autoridad moral que ejercía Carranza sobre la Revolución le hizo pensar que su proyecto de Carta Magna se aprobaría sin mayores trámites. No había razón para imaginar otra cosa, su autoridad estaba bien arraigada. El Congreso Constituyente debía ser sólo una puesta en escena: dos meses de debates para ratificar su proyecto. Esto contrastaba con los once meses que se habían destinado para los congresos de 1824 y 1857.¹⁶⁷

Pero los diputados constituyentes pronto aprendieron que podían diferir profundamente con las ideas de Carranza, sin sufrir consecuencias. El Primer Jefe *encabezaba* la mitología revolucionaria, mas no era el *dueño* de ésta, no la controlaba. Los diputados podían manosear el proyecto de Carranza, convertirlo en cualquier cosa que quisieran siempre y cuando respetasen el lugar supremo de su jefe como efigie de la Revolución. Este fenómeno produjo una dualidad que resulta cuando menos curiosa. Ahora que la Revolución Mexicana se desarrollaba verbalmente y se materializaba en un proyecto constitucional, todo aquel que legítimamente estuviese autorizado para *hacer* la Revolución, es decir, para hablarla y opinarla, estaría en la posición de colaborar y modificar el contenido “ideológico” del movimiento. Lo único intocable era la idea del Primer Jefe.

Durante la lucha armada, la producción del discurso revolucionario constitucionalista estuvo siempre en manos de Carranza. Veracruz fue el centro de producción de un discurso y un estilo de hacer la Revolución que se iba imponiendo sobre el territorio conquistado. Ninguna reforma económica o política, por regla general y

¹⁶⁷ Berta Ulloa, *op. cit.*, p. 506.

en la medida en que las comunicaciones lo permitían, se ponía en práctica sin la anuencia del Primer Jefe. Durante la etapa violenta, podríamos decir que Carranza siempre tuvo el derecho de pronunciar la última palabra sobre su revolución; pero cuando ésta triunfó y se convirtió en la única versión válida de la Revolución Mexicana y Carranza se coronó símbolo soberano de la victoria, el antiguo control del Primer Jefe sobre la producción de ideas se disipó entre sus hombres. Como emblema supremo de la Revolución, Carranza ocupaba de antemano el sitio más alto en la escala de autoridad revolucionaria, pero el contenido del movimiento ya no estaba en sus manos. En otras palabras: el Primer Jefe estaba de cierta forma obligado a encabezar cualquier idea de la Revolución Mexicana que surgiera del enfrentamiento de una infinidad de voces autorizadas para hablar en nombre de la Revolución.

Este peculiar fenómeno se materializó en algunos de los conflictos más representativos del gobierno constitucional de Carranza. Nos referimos particularmente a las tensiones que sufrió su gobierno con los grupos obreros organizados. Había una disparidad en ocasiones demasiado evidente entre las promesas de la Revolución, construidas ahora por la dialéctica de todos los revolucionarios, y el discurso del Primer Jefe, de quien se esperaba el radicalismo supremo. El verdadero discurso y las acciones cotidianas de la Revolución hecha gobierno chocaban frustraban constantemente las esperanzas.

La creación simbólica de la Constitución de 1917 fue el producto de una prolongada escalada verbal en los debates del Congreso. Desde los primeros discursos quedó claro que el proyecto de Carranza, defendido a capa y espada por el grupo de *liberales*

clásicos, como se autodenominaron, no tenía oportunidades de sobrevivir intacto, ni mucho menos. La inercia hacia el radicalismo dejó completamente desamparados a los diputados liberales. No sólo fueron absolutamente descartados al integrarse la Primera Comisión de Constitución,¹⁶⁸ que se encargaría de revisar y modificar el Proyecto del Primer Jefe antes de someterlo a la discusión plenaria, sino que, incluso antes, cuando se discutieron las credenciales de los constitucionalistas, un grupo de diputados particularmente afín a Carranza, encontró enormes dificultades para legitimar su carácter revolucionario y, por consiguiente, su membresía al Congreso. Ya desde entonces, la retórica moderada de los que harían la apología del carrancismo daba muestras de debilidad.¹⁶⁹

Entre los constituyentes hubo un contingente más o menos numeroso de exdiputados renovadores, ese grupo que durante la célebre XXVI Legislatura habían aceptado la renuncia del presidente Madero, hecho que laceraba el símbolo más sagrado de la lucha. Su situación no era fácil: debían convencer al grueso de la asamblea de que aquel desliz de principios de 1913 no quitaba un gramo a su identidad revolucionaria. Una de las mejores defensas del grupo salió de boca de un antiguo ateneísta, Alfonso Cravioto, cuya participación en el Congreso es elogiada, no únicamente por sus piezas oratorias, algunas verdaderamente bellas, que son muestra de una facilidad de palabra extraordinaria, sino porque es un excelente ejemplo del nuevo tipo de revolucionario, el intelectual, que mencionamos arriba, y que con su retórica ayudó inevitablemente a erigir el monumento conceptual de la excepcionalidad mexicana. Escuchemos su defensa:

¹⁶⁸ La Primera Comisión quedó formada enteramente por obregonistas (*Ibid.*, p. 524).

¹⁶⁹ Conforme se desarrollaban los debates del Constituyente el grupo radical, los jacobinos, fue aumentando su “membresía” en detrimento del grupo liberal (Cf. *Ibid.*, p. 532-533).

No seré yo quien lamente que ciertas discusiones personales, provocadas por la ignorancia completa de los hechos o por cálidas pasiones egoístas, hayan entrado a este Congreso. Creo que es sumamente benéfico para los que habremos de integrar la Asamblea Constituyente, para el país, y para las labores mismas que nos están encomendadas, que se haga *perfecta depuración de los hombres*.

Más adelante, Cravioto sigue:

El debate que se inicia, señores diputados, tiene para la significación de este ilustre Congreso, verdadera importancia: no se trata de discutir solamente la legitimidad de las credenciales que nos han traído aquí; sino que se trata, sobre todo, de esclarecer algunos puntos culminantes del momento acaso más doloroso de nuestra bien martirizada historia nacional.¹⁷⁰

En otras palabras, justificarse como legítimo revolucionario dependía de una revisión histórica efectiva, convincente, que lograra destilar las últimas impurezas del acusado. De la Revolución, recordemos las palabras de otro ateneísta, “no saldremos nunca, o saldremos como se sale del crisol: purificados a fuego”.¹⁷¹ Cravioto estaba obligado a demostrar su fidelidad hacia el apóstol Madero. Y si bien en una parte de su oración Cravioto desarrolla los sucesos de 1913 de una forma que pretende eximirlo “objetivamente” del pecado de haber aceptado la renuncia del presidente, lo que finalmente le valió la absolución fue el manejo que logró hacer de la simbología revolucionaria. El punto era establecer entre él —Cravioto— y el mito del maderismo un vínculo perenne que ningún hecho concreto pudiera destruir, ni la traición misma:

Él era nuestro apóstol y nuestro caudillo, nuestra bandera y nuestra guía; era algo más que el presidente de la República: era el redentor del pueblo. Representaba no sólo la legalidad, sino algo de mayor trascendencia para nosotros: representaba la revolución. Su vida, por lo tanto, era para nosotros necesarísima y había que

¹⁷⁰ “Defensa de los ‘renovadores’”, en *50 discursos doctrinales en el Congreso Constituyente de la Revolución Mexicana, 1916-1917*, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Querétaro, 1992, p. 32 (subrayado propio).

¹⁷¹ Palabras de Martín Luis Guzmán; citadas en Delgado, *op. cit.*, p. 85.

defenderla a toda costa, no sólo por interés sentimental no sólo por nuestra amistad, sino también por nuestro deber de revolucionarios.¹⁷²

Para alguien que encontrase dificultades en la construcción de una identidad revolucionaria por derecho propio, independientemente de las razones, debía buscar entre los símbolos de la Revolución Mexicana los elementos de un ropaje a la medida, que le permitiese participar bajo las reglas de la nueva la vida política. Por supuesto que el símbolo supremo de toda esta mística revolucionaria era Venustiano Carranza, cuya autoridad era tan indiscutible como la rectitud de su juicio revolucionario, y se creía que la prueba de su confianza valía por sobre todos los juicios y demostraciones imaginables. Al menos eso se pensaba entonces y fue invocado por el grupo liberal con frecuencia, especialmente en los momentos de mayor desesperación, cuando parecían quedarse sin argumentos:

En la integración del personal constitucional —continúa su defensa Cravioto— hay un embajador, varios ministros diplomáticos, varios miembros del gabinete y algunos que han trabajado con el Primer Jefe en la elaboración de las leyes, y que han salido todos del grupo renovador. Tal confianza del ciudadano Carranza para llamarnos a puestos directivos, creo que basta para darnos crédito de no ser espurios dentro de la revolución.¹⁷³

De esta primera batalla salieron más o menos bien parados los renovadores. Pero apenas comenzaban los problemas para los que debían —por convicción ideológica o fidelidad al Primer Jefe— defender una postura política moderada, que atentaba contra la lógica

¹⁷² “Defensa de los ‘renovadores’”, en *50 discursos...*, p. 34. No sólo eso: Cravioto, en 1903, por sus artículos pasó 6 meses en la cárcel de Belén “en compañía de los Flores Magón, de Juan Sarabia y de otros luchadores inolvidables. Yo pregunto —el que pregunta es Cravioto— si es o no ser revolucionario de ideas y de sentimientos” (*Ibid.*, p. 37). El asunto era hacerse una identidad revolucionaria alrededor de los símbolos indiscutidos de la Revolución que ya habían sido erigidos, y compartir un sentimiento con revolucionarios verdaderos, era un buen camino, el más recorrido por los intelectuales.

¹⁷³ *Ibid.*, p. 40.

misma del discurso de la Revolución, donde el espacio de creación es infinito y aspira a ser colmado.

Para los revolucionarios, que se habían coronado como una nueva clase dominante, una cosa era clarísima: el enemigo vencido debía ser borrado del mapa. No se toleraría ni el aroma del antiguo régimen, que ya tenía formas bien definidas: el latifundismo, el imperialismo yanqui, el clero. Ningún otro tema encendió tanto los ánimos como éste último; quizás porque fue el primero que los constituyentes pusieron en la palestra del Congreso. El debate en torno al artículo tercero fue de resultados catastróficos para los liberales carrancistas: la orfandad de su retórica quedó a todas luces expuesta. Mientras que, por el otro lado, el discurso radical, jacobino se reafirmaba entre sus representantes como una fuerza incontenible, con poder propio, independiente de la autoridad del Primer Jefe. Los propugnadores del proyecto constitucional de Carranza, al ver sus esperanzas de conducir los debates por un cauce satisfactorio, no sólo evocaron en sus discursos la autoridad suprema del Jefe que los ungía, en consecuencia, como portavoces legítimos de su proyecto, sino que trataron de amedrentar a los radicalizados haciendo que Carranza presenciara el inicio de la discusión del tercero constitucional.¹⁷⁴

Paro nada podía hacerse para detener la avalancha verbal. Las palabras de Francisco J.

Música fueron demoledoras:

Señores diputados: estamos en el momento más solemne de la revolución. Efectivamente señores: ni allá cuando en los finales del mes de febrero de 1913 el respetable, enérgico y grande gobernador de Coahuila dirigía una iniciativa a la Legislatura de su Estado para pedirle que de ninguna manera y por ningún concepto se reconociera al Gobierno del usurpador; ni allá cuando en los campos eriazos, en donde se asienta la hacienda de Guadalupe, en una mañana memorable, estampábamos muchos de los que hemos pasado por los campos de la revolución, batallando por los ideales del pueblo, firmamos el Plan de Guadalupe; ni allá, cuando honradez acrisolada y el patriotismo sin tacha de don Venustiano

¹⁷⁴ Berta Ulloa, *op. cit.*, p. 467.

Carranza consignaba de una vez los principios primordiales de la revolución; ni allá, cuando uno de los más ilustres caudillos de la revolución derrotaba a la reacción encarnada en Francisco Villa, en los campos de Celaya, ni cuando las agitaciones de la Convención hacían temer a muchos espíritus pobres y hacían dudar a muchos espíritus fuertes en el triunfo; ningún momento, señores, de los que la revolución ha pasado, ha sido tan grande, tan palpitante, tan solemne como el momento en que el Congreso Constituyente, aquí reunido, trata de discutir el artículo 3° de la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos... ¿Y por qué, señores? Porque en aquellas etapas gloriosas no se trataba más que de vencer de una vez por todas al que tenía el Poder usurpado en sus manos o de acabar con la reacción, y aquí, señores, se trata nada menos que del porvenir de la patria, del porvenir de nuestra juventud, del porvenir de nuestra niñez, del porvenir de nuestra alma máter, que debe engendrarse en los principios netamente nacionales y en principios netamente progresistas...¹⁷⁵

Es cierto que el perfil revolucionario de Múgica es tan sólido que su persona confiere a estas palabras una fuerza adicional. Sin embargo, el verdadero poder de esta locución no emana de Múgica, sino de lo que contiene en sí misma: nos advierte que algo en el mito de la Revolución Mexicana había cambiado. El centro de gravedad de la simbología revolucionaria estaba ya en el Congreso Constituyente. Así, lo que brotase de su seno debía glorificarse como el producto más sagrado de la Revolución, su símbolo más representativo, único y excepcional. Urdir el futuro era una empresa que ya estaba en manos de los constituyentes. No importaría ya cuantas imágenes revolucionarias ensalcen los liberales en su beneficio, ni qué tan venerables sean éstas; lo verdaderamente importante era hacer del Constituyente un parteaguas histórico, y eso sólo se conseguiría produciendo el texto constitucional más formidable de todos los tiempos, cimiento de un México radicalmente nuevo, donde todos los símbolos de la lucha —y los que se fueran agregando— quedarán materializados.¹⁷⁶ En el Constituyente estaban reunidos los

¹⁷⁵ “El artículo 3°”, en *50 discursos...*, pp. 64-65.

¹⁷⁶ Cuando ya el Congreso llevaba algunos días sesionando, el diputado Froylán Manjarrez dijo algo que sintetiza la idea que tratamos de transmitir. Se debatía el artículo veintisiete constitucional: “Creo que la Comisión debe aceptar la moción del lic. Lizardi [que restringe la propiedad mueble de la Iglesia],

arquitectos de lo que sería un mundo nuevo y perfecto. Y estos hombres, embelesados por la victoria reciente, no podían darse el lujo de convidar su paraíso con el enemigo vencido. La defensa de un proyecto constitucional timorato, acatado y benévolo con lo que aún quedaba de la reacción, sería naturalmente visto con malos ojos. El clero, “el más funesto y el más perverso enemigo de la patria”, debía ser sofocado:

Sí, señores —habla Múgica—; si dejamos la libertad de enseñanza absoluta para que tome participación en ella el clero con sus ideas rancias y retrospectivas, no formaremos generaciones nuevas de hombres intelectuales y sensatos, sino que nuestros pósteros [sic] recibirán de nosotros la herencia del fanatismo, de principios insanos, y surgirán más tarde otras contiendas que ensangrentarán de nuevo la patria, que la arruinarán y que quizá la llevarán a la pérdida total de su nacionalidad...¹⁷⁷

El argumento no podía ser más claro y efectivo. Nos hace recordar el discurso de Carranza en la hacienda de Guadalupe, no porque lo reproduzca, sino porque invierte sus términos: ¿Se quiere que la lucha dure dos ó cinco años?; ¿que termine de una buena vez, o que su retorno sea una amenaza eterna? Para que no regrese jamás el enemigo debe ser aniquilado. El argumento de los jacobinos es de una lógica impecable, y se reproduce de un orador a otro sólo con diferencias de tono y estilo.¹⁷⁸ El naciente orden social debe

con tanta mayor razón cuanto que el espíritu radical de la Asamblea, que aplaude el dictamen de la Comisión, *sabe sumar el radicalismo pero no restarlo. Las sumas que se quieren agregar son aceptadas, mas no las restas*” (citado en José Álvarez y Álvarez, *op. cit.*, p. 288). Todo lo que propugnara por la aniquilación del enemigo, lo que pretendiera llevar la lucha hasta sus últimas consecuencias sería siempre bienvenido; en cambio, la moderación, se rechazaría instintivamente. Esta era la terrible lógica del debate revolucionario que se impuso una vez que Carranza perdió el monopolio del discurso.

¹⁷⁷ “El artículo 3º”, en *50 discursos...*, p. 67.

¹⁷⁸ Cuando no el “más funesto y el más perverso enemigo de la patria”, como en Múgica, el clero se convierte en una horripilante “plaga”, o en “bichos” inmundos, o en “zánganos que viven sin trabajar, a costillas de la sociedad” (Álvarez y Álvarez, *op. cit.*, p. 296). El tema es el mismo siempre: de no acabar hasta con el último, ese “eterno enemigo de nuestras libertades, acérrimo enemigo de los ideales revolucionarios” (*Ibid.*, 282) no nos dejará en paz y la sangre no cesará de derramarse. Las consecuencias de esta benevolencia con el enemigo se conocían bien: “en el tiempo del señor Madero... se dejó sin restricción alguna la más completa libertad... ¿Cuál fue entonces el resultado? Que en pocos meses, en mi pueblo, Zamora, cuyo nombre debe haber llegado a vuestros oídos envuelto en perfume de incienso, los repiques de ánimas y los sermones de los frailes, se juntaban ya los principales obispos de la República y los más connotados conservadores a fraguar la caída del señor Madero. Y eso es lo que pretende hacer con

reprimir al enemigo, ahogarlo, dejarlo sin una sola posibilidad de recobrase. Sin concesiones ni misericordia; ni un paso atrás. Al pasado no se le debía y no se le reconocería nada. En una situación revolucionaria, habrá pocas verdades tan innegables como esta:

La historia que acaba de pasar es siempre la menos apreciada. Las nuevas generaciones se desenvuelven en pugna contra ella y tienden, por economía mental, a compendiarla en un solo emblema para de una vez liquidarla. ¡El pasado inmediato! ¿Hay nada más impopular? Es, en cierto modo, el enemigo. La diferencia específica es siempre adversaria acérrima del género próximo. Procede de él, luego lo que anhela es arrancársele. Cierta dosis de ingratitud es la ley de todo progreso, de todo proceso.¹⁷⁹

La ingratitud con los símbolos del pretérito donde se han concentrado todos los odios y todas las energías de la lucha armada es una suerte de acto reflejo. Los símbolos del pasado son finalmente el motor de la lucha, el alimento de la Revolución. La Revolución comienza cuando se ha construido la imagen de un antiguo régimen, de un dictador, de una oligarquía opresora, de unas haciendas improductivas dirigidas por capataces crueles y desalmados, de unos clérigos “zánganos que viven sin trabajar, a costillas de la sociedad”, y contra estos emblemas del pasado lanza toda su furia el revolucionario, que no descansará hasta que aniquile cada uno de ellos.¹⁸⁰

el gobierno del señor Carranza; deja otra vez la puerta abierta para que los frailes y los conservadores den otro golpe de Estado. Entonces, señores, los liberales dorados se quedarían otra vez en sus curules y estarían al lado del primer jefe de los jacobinos, con el primer jacobino de la República: el glorioso manco de León” (*Ibid.*, pp. 283-284).

¹⁷⁹ Alfonso Reyes, “Pasado inmediato”, *op. cit.*, p. 181.

¹⁸⁰ En realidad ninguna revolución termina con el pasado, ni siquiera en términos simbólicos. El clero, el capital extranjero, los latifundios, como quiera que se haya conceptualizado al antiguo régimen, éste sigue de alguna forma vivo. El éxito de la Revolución Mexicana tiene que ver con que estos símbolos del pasado, el enemigo, fueron cambiando con los años. Cuando la Revolución se institucionalizó en partido político, el discurso fue adaptándose a las nuevas realidades y encontró siempre la forma de justificar al régimen en contraposición a nuevos peligros. Quizás uno de los éxitos más definitivos haya sido haber encontrado, fuera y dentro de las fronteras nacionales, a un enemigo que también luchaba por hacer la revolución, el comunismo, que permitía que la simbología de la Revolución Mexicana permaneciera bajo el control estricto del partido. Este será el tema de nuestro siguiente capítulo.

Mientras el jacobino únicamente necesitaba arrojarse verbalmente en pos de ese mundo fantástico libre de residuos del antiguo régimen para justificar su lugar dentro de la Revolución, el moderado debía hacer malabares retóricos aparatosos y complicados, que casi siempre resultaban inútiles. En primer lugar, su postura sólo se justificaba en un mundo donde el enemigo ya no representaba ningún peligro o había desaparecido por completo. Y como la realidad jugaba un papel reducido en comparación a los símbolos, persuadir a los radicales era imposible. En el lenguaje de la Revolución estaba permitido hablar de un mundo perfecto limpio de clérigos; los revolucionarios no descansarían hasta que muriera el último cura. Tratar de persuadir al radical con cifras y datos duros era una tarea sin sentido. Alfonso Cravioto hace el esfuerzo de dibujar una coyuntura que tranquilizase los ánimos. Después de leer unas estadísticas oficiales que demostraban el ínfimo número de escuelas religiosas en relación a las escuelas públicas, dice:

los peligros que tanto espantan a la Comisión, no existen verdaderamente en las escuelas. El contingente anual que dan a la República las escuelas particulares, de niños pamplinosos que han aprendido que Dios hizo el mundo en seis días y las otras paparruchadas dogmáticas que ustedes bien conocen, no es para que ustedes se espanten.¹⁸¹

Poco más adelante, en el mismo discurso, Cravioto comete el pecado de la indulgencia: “Nosotros —dice— tenemos la obligación, ya que estamos aquí haciendo una obra nacional, de respetar hasta a nuestros enemigos dentro de la Constitución; que tengan ellos derechos iguales a todos los mexicanos”,¹⁸² porque, finalmente, para Alfonso Cravioto la Revolución se había “hecho no sólo en beneficio de los revolucionarios, sino en beneficio y bienestar de todo el pueblo mexicano”.¹⁸³ Sin embargo, ya estaba andado

¹⁸¹ “El artículo 3º”, en *50 discursos...*, p. 91.

¹⁸² *Ibid.*, p. 93.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 95.

el trecho en la simbología revolucionaria que desnacionalizaba al enemigo. La idea de la Revolución y la mexicanidad habían formado una amalgama inseparable. Por ello, con toda tranquilidad, sin necesidad de pruebas, los diputados constituyentes podían afirmar que el clero era un aliado del imperio yanqui y convertir sus palabras en un arma mortal.¹⁸⁴

La suerte quedó echada desde ese debate memorable del artículo tercero. A partir de entonces, los liberales carrancistas supieron bien a qué atenerse en las semanas siguientes. El mismo Luis Manuel Rojas, presidente del Congreso y líder de los moderados, al tomar la palabra aceptó la posibilidad de la derrota. Se daba cuenta que del resultado de esa sesión sería posible predecir si la nueva Constitución sería liberal y progresista o “inoportunamente jacobina, y, por consiguiente, reaccionaria”¹⁸⁵ (¡!). Un poco más adelante, en su misma oración, Rojas confiesa que los carrancistas vivían una angustia terrible:

un momento de abatimiento, acaso de pánico en nuestras filas; porque nos formamos la idea de que no tendríamos la fuerza de convicción suficiente para poder arrastrar a las personas que no eran de nuestro criterio; porque hemos visto que la mayoría de los señores diputados de esta honorable Asamblea, es partidaria de la reforma jacobina...¹⁸⁶

¹⁸⁴ “¿quién es el que todavía resiste —interrogaba Múgica a la asamblea—, quién es el que de una manera formidable nos hace todavía la guerra, no sólo aquí en el interior de la República, buscando el medio de dividir los caudillos, soplándoles al oído como Satanás soplabo al oído de Jesús, no sólo aquí en nuestra patria, sino en el extranjero mismo? ¿De dónde nos viene este embrollo de nuestra política internacional? ¿Será de las flaquezas del Gobierno constitucionalista? No, señores; porque hemos visto que nuestro Gobierno, que nuestro Ejecutivo, en este sentido ha sido más grande, más enérgico y más intransigente que Juárez; pero sabedlo, señores, esa oposición, esa política malvada que se debate allá en el exterior en contra nuestra provocando la intervención, viene del clero” (*Ibid.*, p. 66). El clero no sólo representaba el pasado, sino algo peor: lo antinacional. Cuando se debatía el artículo 129, el diputado Álvarez y Álvarez, tan michoacano y anticlerical como Múgica dice: “yo no me explico en qué forma puede haber revolucionarios de buena intención que quieren que esos individuos que están actualmente en la línea divisoria, pendientes de nuestros actos, esperando que les abramos las puertas para volver a invadir otra vez la República”. Es necesario terminar con cada cura, porque vivos continuarán “siendo un enemigo de nuestro gobierno, de nuestra nacionalidad” (Álvarez y Álvarez, *op. cit.*, pp. 297-299).

¹⁸⁵ “El artículo 3º”, en *50 discursos...*, p. 68.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 70.

No había forma de detener la escalada. Y cuando un moderado acusaba de reaccionario a los jacobinos resultaba tan absurdo como inefectivo. Se escuchaban quizás algunas risas y siseos. Pero cuando el señalamiento se hacía en sentido opuesto los efectos eran devastadores. Rojas se lamenta: “Se nos acusa a los renovadores de que estamos vendidos a los reaccionarios; de que estamos vendidos, sí, señores, para *sugestionar al Primer Jefe y valernos de su autoridad, con el fin de imponer un texto del artículo 3° al gusto de la clerecía* y eso no es cierto, eso es un absurdo”.¹⁸⁷

La figura del Primer Jefe era intocable. Elevado a efigie de la Revolución, no era susceptible ni siquiera de hacerlo descender a la defensa de su propio proyecto. Rojas, Cravioto, Palavicini y todos los otros diputados que argumentaban a favor de la moderación se convertían automáticamente en traidores, agentes de la reacción que habían infiltrado las filas del constitucionalismo para detener, desde adentro, la revolución de Carranza. De nada serviría que el Primer Jefe les otorgara expresamente su confianza. En el imaginario de la Revolución, no cabía la idea de que Carranza fuese el origen de tan magro proyecto constitucional. Ignacio Ramos Praslow lo expone con todas sus letras:

Desde que puse los pies por primera vez en este recinto augusto, me tracé el propósito de no echar leña en la hornaza que se formó por el desbordamiento de las pasiones más candentes; pero veo que es necesario echar más leña en esta hornaza, porque su calor ha servido para hacer análisis cualitativos de muchos hombres y poder decir a algunos de esos hombres, como al señor Palavicini,... [que] son indignos de que podamos llamarlos verdaderos revolucionarios y merecedores a título de <<insuficiencia>>, de que los ahoguemos en el mar insondable de nuestro desprecio.

Sigue Ramos:

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 74 (subrayado propio).

Nosotros no traemos aquí a colación al Primer Jefe para sucias intrigas de política; el Primer Jefe está muy alto, el Primer Jefe es un gran hombre... él, al iniciar la revolución constitucionalista, supo continuar valientemente en la magna obra de redención iniciada por el apóstol mártir...¹⁸⁸

En la última sesión del Congreso Constituyente, algunos diputados, pulsando el ambiente, incluso sintieron la necesidad de disculparse por no haber llenado las expectativas. Como Gerzayn Ugarte quien dijo: “cumpló con un grato deber, disfruto una satisfacción íntima al venir a dirigiros la palabra en esta última ocasión, como diputado, a pedir os perdón sinceramente por cualquier labor que pudiera haberse interpretado de un modo desfavorable a mi recta intención”.¹⁸⁹ Tenían buenos motivos para pedir perdón, no solamente había cambiado el lenguaje, con él se transformaron los contenidos de la Revolución y se habían hecho más evidentes las discrepancias entre los diversos grupos, que finalmente desembocarían en desencuentros violentos pocos años más tarde. Ya desde el 31 de enero de 1917, los diputados del grupo jacobino firmaron un manifiesto a la nación en el que exponían los vicios y las debilidades de carácter de los diputados renovadores.¹⁹⁰

Como cabía esperar, en el discurso de clausura, Venustiano Carranza tuvo la obligación de hacer suyo el nuevo texto constitucional, no solamente como el representante del Poder Ejecutivo que debe “guardar y hacer guardar la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos”, sino como la voz suprema de la Revolución de cuyo seno emanó. Carranza encuentra “aceptables las reformas políticas y sociales”, pues ya él mismo las había delineado en su mensaje de apertura del Congreso y las había

¹⁸⁸ *Ibid.*, pp. 101-102.

¹⁸⁹ “Unidad revolucionaria”, en *50 discursos...*, pp. 343-344.

¹⁹⁰ Cf. Berta Ulloa, *op. cit.*, p. 530.

formulado en su proyecto.¹⁹¹ Carranza no tenía otra salida más que apropiarse y encabezar la nueva Constitución, o correr el riesgo de ser destronado.

El producto final fue una Constitución de fisonomía extraordinaria, la primera en el mundo en consagrar los derechos sociales, como se dijo sin cansancio entonces, y se siguió diciendo por el resto de la centuria. El documento condensaría toda la simbología erigida alrededor del movimiento revolucionario. Como dijo Hilario Medina, quien tuvo el honor de pronunciar las últimas palabras al clausurarse el Congreso Constituyente:

siguiendo con aquel compromiso que todos contrajimos cuando nos obligamos a hacer una obra, debemos continuarla y defenderla y propagar a los cuatro vientos la semilla de la revolución, hecha Constitución y hecha ley. Ahora sí, señores, la revolución tiene ya una fórmula, ya tiene un símbolo. El pueblo, el sentimiento popular, que seguramente no puede apreciar las exquisiteces, el refinamiento de esa misma obra, el pueblo sí verá un símbolo en la nueva Constitución...¹⁹²

Se declara concluida la Revolución en su primera etapa, y comienza con una nueva: propalar su verdad, conquistar las conciencias mexicanas. Hacer que el símbolo se venera comenzando por venerarla ellos mismos. Incluso aquellos diputados que durante los debates se habían irritado al ver el monstruo legal que había parido el Congreso Constituyente —engendro constitucional que contraponía los derechos fundamentales del individuo con los derechos sociales—, con el tiempo aprendieron a enorgullecerse de su creación, y defender su originalidad hasta con los dientes. El carácter excepcional de la Constitución la convertía en el producto mexicano por excelencia. Pongamos por caso a Palavicini, aunque de ninguna manera es el único que cambió de parecer:

Los revolucionarios mexicanos conservaron las garantías individuales y establecieron las sociales; se adelantaron así al Partido Laborista Inglés, creador de la democracia social. Los comunistas critican a la Constitución porque conserva las garantías individuales y los conservadores la censuran porque creó

¹⁹¹ “Nuevas perspectivas para la patria”, en *50 discursos...*, p. 351.

¹⁹² *Ibid.*, p. 356.

las garantías sociales. Los doctos en Derecho Constitucional de la vieja escuela, acusaban de hibridismo a la Carta Magna porque no era ni liberal ni socialista. *La verdad es que la Constitución mexicana es eso, mexicana, un producto biológico de nuestro país, que como en muchas otras idea políticas se adelantó a las más viejas naciones...*¹⁹³

El discurso de los radicales se había impuesto como el nuevo mito de la Revolución Mexicana. El ambiente intelectual estaba bien abonado para que floreciera. Las elites política e intelectual compartían un deseo intenso de mirar a México y de mirarse a sí mismos de forma renovada. El antiguo régimen había sido destruido, pero los revolucionarios aún tendrían que enfrentar el mayor de todos los retos: la construcción del nuevo Estado mexicano. Los revolucionarios ahora tenían un símbolo extraordinario para lanzarse a su nueva aventura: la Constitución será, como ordenó Hilario Medina, propagada a los cuatro vientos. El resultado lo conocemos todos: la edificación de uno de los regímenes más longevos y estables de la era moderna, cuya construcción no fue de ninguna manera espontánea: se necesitaron ríos de sangre y verbo.

¹⁹³ Artículo de Palavicini en *El Universal* (1946); citado en Álvarez y Álvarez, *op. cit.*, p. 104 (subrayado propio).

CAPÍTULO TERCERO
EL ENEMIGO HA LLEGADO A CASA
LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE UN MITO

El lector tiene delante suyo un capítulo extenso y variopinto que exige una nota introductoria. A lo largo de las páginas que siguen, trataremos temas tan diversos como la guerra europea de 1914, la Revolución Bolchevique, el triunfo del Plan de Agua Prieta, la entrada en escena de la generación de 1915, la formación del Partido Nacional Revolucionario, las rebeliones fallidas del decenio de los veinte, etcétera. No obstante, el propósito que nos mueve es uno solo: contar la enredadísima historia de la institucionalización del régimen revolucionario desde la perspectiva del lenguaje.

En términos muy generales, podemos decir que dos ideas guían nuestra argumentación. En primer lugar, nos interesa desarrollar el “diálogo” entre dos lenguajes revolucionarios —el bolchevique y el mexicano— y sus efectos en la consolidación del poder político en México. Pensamos que una de las claves para entender la perennidad del régimen posrevolucionario mexicano está precisamente en la evolución del discurso de la clase gobernante, ante los retos que planteaba el simbolismo soviético. En segundo lugar, y derivado de lo anterior, analizaremos el proceso que condujo a la total monopolización del lenguaje revolucionario en el discurso oficial, y la consiguiente

metamorfosis de la legitimidad del régimen. Es una idea común la que sugiere que la institucionalización de la vida política mexicana comenzó con el asesinato de Obregón, el último gran caudillo, y la fundación del Partido Nacional Revolucionario a finales de los años veinte. Nosotros rechazamos esta concepción de la historia contada con base en una serie de rupturas y crisis, que repentinamente, como por ensalmo, transforman las cosas. Nos interesa —en gran medida inspirados por François Furet— una historia más tersa, que no significa menos violenta. Una historia del lenguaje y sus consecuencias en la “otra” historia, la de los hechos. La última sección de este ensayo se concentra en este punto particular, y para ello analizaremos la forma de entender la realidad mexicana de una nueva generación de jóvenes que comienza a participar en la vida política nacional cuando el lenguaje de la Revolución ya ha devorado la totalidad del debate público. Una generación dominada por los símbolos revolucionarios y que terminará convirtiéndose en garante de las nuevas instituciones, incluido, por supuesto, el PNR.

LA GUERRA DE 1914 Y LA FANTASÍA MEXICANA

Mientras en México se desarrollaban los debates del Congreso Constituyente, es decir, cuando los revolucionarios mexicanos se daban el lujo de fantasear sobre el futuro de su país en los términos más hiperbólicos, en Europa se sucedían, una tras otra, interminables y terribles, las tragedias de la guerra iniciada en 1914. Y esa guerra, que terminó por cambiar “toda la vida de Europa: fronteras, regímenes, disposiciones de ánimo y hasta

costumbres”,¹⁹⁴ necesariamente dejó una huella en la conciencia de la nueva elite política mexicana, que había construido para consumo propio, durante los años de la lucha armada, una idea de las virtudes nacionales que solía acompañarse de un marcado recelo hacia lo ajeno, un rechazo más o menos automático de todo lo extranjero, o, más exactamente, de todo aquello que consideraban una *amenaza extranjerizante*. El punto de partida no era de ninguna manera el odio racial, sino la convicción profunda de que el triunfo de la Revolución Mexicana había significado un avance para el conjunto de la humanidad, de que el movimiento de 1910 había destilado la esencia de lo nacional, y por primera vez en su historia los mexicanos tenían el valor de abandonar los modelos importados para descubrirse a sí mismos y edificar instituciones originales: México — país de cultura generosa y abundante— tenía ahora algo nuevo que ofrecer a todos los hombres de la Tierra, tan necesitados en ese preciso momento de un ejemplo, un impulso, una esperanza que los ayudara a salvarse de esa monstruosa guerra, cuyo desenlace, aún en 1917, se antojaba tan remoto como arcanas sus consecuencias.

A nadie escapa el hecho de que la guerra europea tuvo consecuencias para la política exterior mexicana. El gobierno alemán, ante la inminencia de que Estados Unidos se involucrara en el conflicto, veía en la inestabilidad social mexicana un elemento a su favor: radicalizar la postura del presidente Wilson frente al gobierno revolucionario del sur no parecía una estrategia descabellada; provocar la intervención armada, mantener a la Casa Blanca ocupada y alejada de Europa.¹⁹⁵ Sobra decir que en contrapartida el

¹⁹⁴ François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, trad. Mónica Utrilla, México, FCE, 1995, p. 32.

¹⁹⁵ El interés del gobierno alemán por los sucesos revolucionarios en México, particularmente por la lucha de facciones y su potencial desestabilizador, está bien documentado en el libro de Friedrich Katz, *La guerra secreta en México. La revolución mexicana y la tormenta de la primera guerra mundial*, trad. Isabel Fraire y José Luis Hoyo, México, Era, 1982, t. 2. En términos generales, Alemania buscaba crear una situación incómoda para los Estados Unidos agitando las aguas al sur de su frontera; obligar al gobierno

interés primordial del gobierno norteamericano era garantizarse unas relaciones estables con México. Desde que Wilson decidió enviar tropas a combatir a los imperios centrales, buscó a todo trance el apoyo del gobierno mexicano, cosa que nunca obtuvo.¹⁹⁶ Pero aun cuando el presidente Carranza logró disimular su germanofilia —explicable sobre todo por un antiyanquismo exacerbado, en ocasiones patológico— sosteniendo, muy a pesar de los Estados Unidos, la neutralidad de México ante la guerra, el gobierno del Primer Jefe tuvo que sufrir duras críticas, incluso provenientes de carrancistas destacados, como Félix Palavicini, quien desde *El Universal* se declaraba abiertamente aliadófilo.¹⁹⁷ La guerra, pues, además de haber afectado directamente las relaciones diplomáticas de México con otras naciones, produjo también agrias divisiones de opinión entre la elite política mexicana que había llegado al poder con la Revolución. No obstante, más allá de esto, la guerra de 1914 tuvo una serie de secuelas palpables en la simbología revolucionaria universal, especialmente claras en el lenguaje marxista europeo, pero transmitidas por su conducto al discurso revolucionario mexicano. Y es en este aspecto en que queremos detenernos.

norteamericano a intervenir militarmente en México para mantenerlo alejado de Europa. Paralelamente, por la vía diplomática no se dejó de presionar al gobierno de Carranza para que abandonase su neutralidad frente al conflicto o, en el peor de los casos, endureciera sus actitudes antiyanquis. También se puede consultar el libro de Esperanza Durán, *Guerra y revolución. Las grandes potencias y México; 1914-1918*, México, El Colegio de México, 1985.

¹⁹⁶ La intransigencia de Venustiano Carranza llegó en muchas ocasiones a irritar al presidente Wilson, quien en julio de 1915, por ejemplo, le escribió a Robert Lansing: “No creo haber conocido jamás a un hombre tan intratable, conforme a principios humanos, que este Carranza” (citado en Esperanza Durán, *op. cit.*, p. 130).

¹⁹⁷ Katz escribe que: “Aunque *El Universal* dirigía severos ataques al imperialismo alemán y ensalzaba a los norteamericanos, no tuvo que enfrentar al principio a ninguna medida hostil de parte del gobierno mexicano. Carranza quería demostrar su neutralidad con la existencia de dos periódicos tan contrapuestos como *El Universal* y *El Demócrata*. Además, a pesar de su cooperación con los alemanes, no debe de haber deseado un monopolio alemán de la prensa. *El Universal* apoyaba generalmente a Carranza. Sin embargo, a medida que las relaciones mexicano-norteamericanas se deterioraron, el periódico asumió una posición cada vez más adversa al gobierno. Esta actitud y la presión de Eckardt hicieron que la Secretaría de Gobernación expulsara a Palavicini de México” (*op. cit.*, p. 153). “En la Guerra Europea — cuenta Palavicini en sus memorias—, *El Universal* representaba la opinión pública mexicana favorable a los Aliados. Como el gobierno tenía inclinaciones germanófilas, yo personalmente sufrí muchos contratiempos y vejaciones” (citado en Esperanza Durán, *op. cit.*, p. 259).

El fenómeno de la guerra absorbió la totalidad del debate marxista en Europa. En un primer momento, la imposibilidad de contener el belicismo nacionalista significó un duro golpe al movimiento socialista internacional, cuyos argumentos básicos vacilaban: el estallido de la guerra parecía confirmar el triunfo de la nación sobre la clase.¹⁹⁸ Sin embargo, el restablecimiento de la paz y el triunfo de los bolcheviques en Rusia tendrían el efecto inverso: el concepto de revolución proletaria resurge con tal intensidad que recuperará con creces, en poco tiempo, el papel heroico que Marx y los marxistas le reservaban en sus corazones. La revolución —la *idea* de revolución— se redimía ante el mundo. Los marxistas fueron los únicos con un discurso capaz de explicar las causas y consecuencias de la guerra, y eso les otorgaba una gran ventaja. De las enconadas divisiones en la Segunda Internacional surgirían las interpretaciones más convincentes, sugestivas, coherentes y, sobre todo, más optimistas del fenómeno bélico. Las diferentes corrientes del marxismo, aun enfrentadas a muerte unas con otras, lograban arrojar algo de luz donde para otros no había más que tinieblas y resignación. El grupo de radicales que dirigía Lenin en la Internacional fue el que mejor capitalizó este sentimiento, pues logró “dar un sentido a esos años terribles, gracias al pronóstico precoz que hizo de ellos y que parece haberlo llevado a la victoria revolucionaria de Octubre”.¹⁹⁹ Las guerras son

¹⁹⁸ François Furet, *op. cit.*, p. 48.

¹⁹⁹ *Ibid.*, p. 33. El triunfo bolchevique y la paz pronto convirtieron a Lenin en uno de los hombres más importantes de la política europea y a Rusia en el centro de sus cavilaciones: “la pequeña secta leninista se adelanta a un vasto movimiento de opinión, sensible desde 1917; sobre todo a través de los motines en el ejército francés y que se expande en el otoño de 1918: el fin de la guerra aguza entre los supervivientes la conciencia retrospectiva de sus sufrimientos, y siembra la duda sobre el sentido de su sacrificio. Y *a posteriori* le da a la estrategia radical de Lenin... la resonancia inmensa del pacifismo, sentimiento más natural que el entusiasmo guerrero entre los pueblos democráticos. Por este hecho, la paz de Brest-Litovsk firmada en mayo de 1918 pronto deja de ser una defección bolchevique para presentarse como el primer anuncio del fin del conflicto... Así, la Rusia comunista se ha convertido en uno de los polos de la conciencia europea” (*Ibid.*, p. 97).

atrocies, sí; pero también representan grandes oportunidades. El líder bolchevique parecía haberlo dicho todo desde un principio:

Los socialistas —escribió Lenin en 1915— han condenado siempre las guerras entre los pueblos, por ser algo bárbaro y feroz. Pero nuestra actitud ante la guerra es, por principio, diferente de la de los pacifistas burgueses (partidarios y predicadores de la paz) y los anarquistas. Diferimos de los primeros porque comprendemos la inevitable ligazón de las guerras con la lucha de clases dentro de cada país, porque comprendemos la imposibilidad de poner fin a las guerras sin suprimir antes las clases y sin instaurar el socialismo. Diferimos también de ellos porque reconocemos plenamente que las guerras civiles, es decir, las guerras llevadas a cabo por la clase oprimida contra la clase opresora —las guerras de los esclavos contra los esclavistas, de los campesinos siervos contra los terratenientes, de los asalariados contra la burguesía— son legítimas, necesarias y progresivas. Diferimos tanto de los pacifistas como de los anarquistas en que nosotros, los marxistas, reconocemos la necesidad de un estudio histórico (desde el punto de vista del materialismo dialéctico de Marx) cada guerra por separado. En el curso de la historia ha habido muchas guerras que, a pesar de los horrores, ferocidades, calamidades y sufrimientos que toda guerra lleva inevitablemente aparejados, fueron progresivas, es decir, favorecieron el progreso del género humano, contribuyendo a destruir las instituciones más nocivas y reaccionarias (como, por ejemplo, la autocracia o el feudalismo), las formas de despotismo más bárbaras de Europa (la turca y la rusa). Por eso es necesario examinar, precisamente, las peculiaridades históricas de la guerra actual.²⁰⁰

A finales del siglo XIX y principios del XX casi habían desaparecido las esperanzas de una revolución proletaria en Europa. Pocos eran los que conservaban ese fervor revolucionario que había desembocado en los movimientos de 1848 o en la Comuna de París. Pocos quedaban deseosos de un mundo diferente al que les rodeaba. Incluso entre los marxistas había resignados a la idea de que el paraíso sin clases no sería para el disfrute de su generación. Pero la guerra cambia esto: se actualiza el debate en torno a la revolución y su papel transformador, se libera ese fantasma adormecido por más de cincuenta años de fracasos revolucionarios, que revitaliza en el europeo medio (pues no

²⁰⁰ Lenin, *El socialismo y la guerra. (La actitud del P. O. S. D. R. ante la guerra)*, Moscú, Progreso, s.f., pp. 7-8.

sólo afectó a los seguidores de Marx) el deseo por un cambio radical, por un renacimiento de Europa. François Furet lo plantea como sigue:

Esto es lo novedoso de la situación política creada por la guerra: este brusco despertar de la pasión revolucionaria, que los hombres del siglo XIX habían creído dominar. Hasta en la izquierda, o entre los partidarios del socialismo y entre los marxistas, la idea de revolución había acabado por adquirir, antes de la guerra de 1914, una especie de apariencia sensata. El blanquismo estaba casi muerto en Francia, y la socialdemocracia alemana —faro del movimiento obrero, bastión del marxismo— sólo actuaba para hacer madurar más pronto las condiciones del derrocamiento de la economía capitalista. Ni Jaurès ni Kautsky esperaban ya “el gran día”.²⁰¹

La magnitud del conflicto bélico había desgarrado la moral europea en conjunto. La guerra parecía interminable: a los ojos de los combatientes la paz no vendría nunca. Se habían alistado en los ejércitos excitados por un fuerte orgullo nacionalista al más puro estilo decimonónico —la defensa de la patria antes que cualquier cosa—, pero ya en 1917 era claro que estos sentimientos habían desaparecido. Las sangrías en las trincheras trastocaron el fondo mismo del espíritu europeo. Se deseaba la paz, pero se le veía lejana, imposible, quimérica. Sin embargo, la retórica marxista, con su ciencia de la historia a cuestas, ofrecía una salida fantástica, pues no sólo garantizaba el fin de la guerra presente, sino el de cualquier otra en el futuro. Tan sólo hacía falta que los socialistas convirtieran la lucha entre las naciones en verdaderas revoluciones proletarias. Una idea que por fuerza tenía que calar hondo. Cuando el heroísmo patriótico de 1914 se hubo diluido en una resignación sin matices, cuando lo interminable de la guerra azotaba las conciencias de los combatientes, Lenin y los suyos no se cansaban de repetir su receta:

²⁰¹ *Op. cit.*, p. 31.

“Todos los que desean verdaderamente una paz duradera y democrática deben manifestarse en pro de la guerra civil contra los gobiernos y contra la burguesía”.²⁰²

Nadie más hablaba así de la guerra. Nadie ofrecía soluciones ni salidas, aunque todos las deseaban. Lo que sí tenían bien claro los combatientes europeos era que del monstruo bélico no podía surgir otra cosa que un mundo totalmente nuevo; el viejo estaba destruido, y su rescate era más que improbable. En marzo de 1916, por usar un ejemplo, Élie Halévy escribe en una de sus cartas a Xavier León: “Vuelvo siempre a mi tesis. El día en que Jaurès fue asesinado y se inició el incendio de Europa, se inauguró una época nueva de la historia del mundo. Es una estupidez creer que en seis meses podrá apagarse”.²⁰³ El porvenir para Halévy —y sus impresiones pueden extenderse a la gran masa de combatientes— es aún demasiado turbio para adivinarlo, pero la sensación de una guerra inacabable alimenta de forma natural la creencia de que la paz llegaría acompañada de algo radicalmente distinto y original, de un mundo reinventado. De esto se nutrirá el debate marxista y, por conducto suyo, el lenguaje revolucionario de todo el mundo.

Mientras en la mentalidad europea se percibe un pesimismo desgarrador, el discurso revolucionario en México vivía quizás su momento más exaltado y de optimismo desbordado. Las diferencias en los talantes no pueden pasarnos desapercibidas, pero tampoco podemos obviar las afinidades. Ambos discursos compartían una idea crucial: el pasado decimonónico europeo, como el mexicano, era eso, *pasado*. De la guerra surgiría inevitablemente algo inédito, como a todas luces de la Revolución Mexicana ya nacía un México sin precedentes. Y el contraste no podía ser

²⁰² Lenin, *op. cit.*, p. 25.

²⁰³ Carta citada en Furet, *op. cit.*, p. 65 (nota al pie 22).

más claro a ojos del revolucionario mexicano: el porvenir anunciado por su revolución ya destilaba una luz redentora, cuando la destrucción europea ofrecía pocas certezas. Los diputados del Constituyente estaban convencidos de haber regalado a los mexicanos, ¡y al mundo entero!, el texto constitucional más moderno y progresista que la historia jamás haya conocido. Nada se le comparaba. De los europeos sólo se sabía que vivían atrapados en una guerra igualmente inédita, pero sin nada valioso que ofrecer a la humanidad.

Ahora bien, no pretendemos crear un vínculo artificial entre el discurso revolucionario mexicano y la guerra de 1914. En primer lugar, porque aun cuando el discurso de la Revolución Mexicana, como todo discurso revolucionario, tendía con frecuencia a rebasar las fronteras nacionales y a verterse sobre el universo, sería una gravísima equivocación pensar que tuvo algún impacto en el continente europeo. Y no sólo porque Europa se encontraba enfrascada en una tremenda guerra, que sin duda absorbía el interés general y dejaba poco espacio para ocuparse de otros asuntos, sino especialmente porque México se consideraba un país bárbaro, valioso por sus recursos naturales, no por su política o sus instituciones. La Revolución Mexicana había sido objeto de atención sólo en aquellos países que tenían intereses económicos en México: que del movimiento armado de 1910 surgían ya las formas primigenias de la nueva humanidad, hubiese sido una idea tan ilógica como increíble para cualquier mente europea, fuese de derechas o izquierdas. La Revolución Mexicana no había sido, en todo caso, más que otra de tantas revueltas que se sucedieron durante el siglo anterior en un país atrasado, violento y despreciable.²⁰⁴

²⁰⁴ Esperanza Durán escribe al respecto: “La primera pregunta que surge es si México tenía el suficiente interés para las grandes potencias en los días aciagos de la primera gran conflagración como para

Para los europeos, la Revolución Mexicana, como *revolución*, pasó prácticamente desapercibida. En cambio, la guerra de 1914 apareció con cierta intermitencia en el discurso de los revolucionarios mexicanos. El uso que se le dio al tema fue casi siempre el mismo: las catástrofes de la guerra ofrecían un fundamento material a la ejemplaridad de la Revolución Mexicana. Carranza habla de Europa en estos términos desde 1915. En un discurso en San Luis Potosí, Carranza justifica su osadía de colocar a México en la vanguardia de la civilización occidental con una crítica severísima de la ignominia europea: “Estamos viendo ahora —dice el Primer Jefe del constitucionalismo— cómo se hacen pedazos las naciones europeas... los que sostienen esa contienda, que no es de defensa nacional... piensan únicamente en los grandes intereses privados”.²⁰⁵ Inmediatamente después, la Revolución Mexicana encuentra su justificación como una lucha de “carácter distinto que aquéllas”, es decir, concebida como una insurrección en nombre del interés colectivo. La guerra europea se caracteriza por ser una lucha provocada por intereses egoístas y particulares; una lucha sin justificación histórica. Y finalmente todo termina siendo un problema moral: los fusiles mexicanos, en manos del pueblo, sólo apuntaron contra los “malos elementos” de la sociedad, “porque a *los hombres honrados obligan los malvados a levantar la mano para corregirlos como merecen*”.²⁰⁶ En pocas palabras, la guerra mexicana había sido, para Carranza y los

merecer la atención especial de aquéllas en un momento tal. La respuesta, creemos y trataremos de demostrarlo más adelante, es claramente positiva. Varios argumentos pueden ofrecerse para el efecto, incluyendo naturalmente, consideraciones económicas y estratégicas durante el periodo de intensa lucha por el poder a nivel internacional. Pero aun en ausencia de estos intereses cabe notar que las revoluciones no sólo traen consigo ajustes o desajustes internos, sino que, especialmente si la revolución es triunfante, los efectos desestabilizadores ocasionados por el conflicto pueden fácilmente difundirse hacia el exterior, tanto en el nivel regional como en el global.” (*op. cit.*, p. 17).

²⁰⁵ “Dos discursos en que Carranza esboza su doctrina revolucionaria”, en Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana. La etapa constitucionalista y la lucha de facciones*, México, FCE, 4ª ed. 1965, p. 232.

²⁰⁶ *Loc. cit.* (el subrayado es propio).

suyos, una lucha de purificación moral. Una guerra de buenos contra malos, en la que los buenos vencieron ya. La Revolución es concebida como un movimiento puro y justo por su espontaneidad y naturaleza popular, una “Santa Causa” (¡!),²⁰⁷ cuya función es extirpar a los elementos contaminados, depurar a la sociedad mexicana. La superioridad moral de los revolucionarios mexicanos no está a discusión. En las palabras de Carranza, el pueblo de México se mira a sí mismo reflejado en el espejo europeo. Pero como en aquellos espejos torcidos de feria, su imagen se distorsiona; los mexicanos se ven enormes, agigantados, ejemplares. La inmoralidad europea, pues, era maná del cielo para satisfacer el orgullo nacionalista mexicano.

Y no había que ser muy partidario de la Revolución ni del Primer Jefe para entender la gran diferencia moral que existía entre ambas guerras. La idea de que Europa había perdido su derecho legítimo a “dirigir”, por el momento al menos, los destinos de la humanidad era moneda de uso corriente entre la elite intelectual mexicana. En 1915, por ejemplo, Antonio Caso escribió:

Que sufra su profundo castigo. Que se lave en la sangre caliente y perversa que corre a raudales, que el militarismo se una al industrialismo. Ya morirán ambos de su común locura. Mañana surgirá del dolor la redención verdadera. Un renacimiento religioso y moral pondrá sus destellos divinos sobre las ruinas de la civilización mercantil, que simbolizarán en la historia el fracaso de un siglo de egoísmo.²⁰⁸

La lectura de Caso tiene el mismo punto de partida que la de Carranza, y seguramente, ante el terrible escenario europeo, Caso supo apreciar mejor la realidad del México revolucionario, del que nunca destacó como un defensor fervoroso. En realidad, para él la “redención verdadera” seguía estando en Europa y no en México. Pero esto no afecta

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 233.

²⁰⁸ “El fracaso de un siglo”, en *Vida Moderna*, 14 de junio de 1915; citado en Enrique Krauze, *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, México, Siglo Veintiuno, 1985, p. 69.

nuestro argumento: para quienes tenían la imaginación exaltada con respecto al papel internacional de la Revolución Mexicana, la “inmoralidad” que imperaba en Europa era un alimento exquisito. El discurso del revolucionario cobraba especial sentido frente a esa Europa agonizante: a los ojos de estos mexicanos, la guerra había terminado con el largo liderazgo cultural ejercido por Europa sobre el resto de Occidente. El mundo tan amorosamente construido por los europeos y admirado con devoción religiosa por el mundo entero durante el siglo XIX había desaparecido. Cualquier continuidad con el pasado era rechazada casi instintivamente.²⁰⁹ Las carnicerías en las trincheras significaron el fin del rumbo previamente trazado. Para los revolucionarios mexicanos se había abierto una gran oportunidad para la introspección, para la exaltación de las virtudes nacionales, que de pronto no tenían competidor externo.

Comparemos aunque sea de paso y en términos generales el optimismo revolucionario del discurso carrancista, con el discurso político del siglo XIX en México.

La única esperanza que podían tener los miembros de la elite política mexicana decimonónica era reproducir las instituciones de las naciones civilizadas de Europa.

Durante el siglo XIX

[el] modelo cultural más persistente fue, sin duda, Francia: la Francia de la Ilustración y los Derechos del Hombre, la del refinamiento y la cortesía. No, por supuesto, la de la Revolución. Para los conservadores de casi todo el siglo, la alternativa era España: una España imaginaria también, modelo de orden y estabilidad, de una vida católica y tradicionalista. Para los liberales, los Estados

²⁰⁹ Sobre esto Eric Hobsbawm escribe: “Para quienes se habían hecho adultos antes de 1914, el contraste era tan brutal que muchos de ellos... rechazaban cualquier continuidad con el pasado. <<Paz>> significaba <<antes de 1914>>, y cuando venía después de esa fecha no merecía ese nombre. Esa actitud era comprensible, ya que desde hacía un siglo no se había registrado una guerra importante, es decir, una guerra en la que hubieran participado todas las grandes potencias, o la mayor parte de ellas” (*Historia del siglo XX. 1914-1991*, trad. Juan Faci *et al*, Barcelona, Crítica, 2^a ed. 2001, p. 30).

Unidos: una extraña confusión de igualdad natural, de espontaneidad democrática y energía progresista.²¹⁰

Los prohombres del XIX en México tuvieron ideas bastante fantásticas acerca de la vida política europea, y sus figuraciones desembocaban siempre en concepciones peculiares de la propia identidad, de lo que era y debía ser México, que, finalmente, determinaban los rasgos más comunes de las actitudes políticas. La percepción general consistía en que Europa disfrutaba una especie de paraíso terrenal, un orden cívico de ensueño, hecho de libertad y apego a la ley. En contrapartida, se experimentaba la realidad mexicana con desilusión y amargura. A estos hombres afligía desmedidamente lo que México *no* era, lo que no lograba ser nunca: “Frente al modelo de la ciudadanía responsable, de los políticos ilustrados, de la ley justa y la democracia en marcha, este país resultaba decepcionante”.²¹¹ La sensación de que México no tenía remedio anegó el espíritu del siglo entero. El país era visto como “el ludibrio y el escarnio del universo”.²¹² Era lógico, o por lo menos esperable, una perspectiva semejante: la Europa del XIX se miraba a sí misma, y era admirada, como una época completa, final; “plena” diría Ortega y Gasset, pues “creía el europeo que la vida humana había llegado a ser lo que debía ser, lo que

²¹⁰ Fernando Escalante, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana —Tratado de moral pública—*, México, El Colegio de México, 1992, p. 18.

²¹¹ *Loc. cit.*

²¹² Son palabras del general José María Tornel extraídas de su *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana* [1852], México, INEHRM, 1987, p. 12. Citado en *Ibid.*, p. 15. Pero no se crea que esta caracterización de México era un producto transitorio ocasionado por un ataque de mal humor del general Tornel: “Esa sensación la compartían liberales y conservadores, y lo mismo cuando llegaban triunfantes que cuando salían en derrota” (*loc. cit.*). No puede menos que sobresalir el sendo contraste de esta disposición anímica con la actitud de Carranza y sus sucesores.

desde muchas generaciones se venía anhelando que fuese, lo que tendría ya que ser siempre”.²¹³ Cara a esto, no faltaba más, la realidad mexicana era una ducha de agua fría.

Ahora bien, es posible, si se busca, encontrar casos de pesimismo y desesperación, desolación y frustración en todas las épocas de la historia mexicana. El país da para eso y más. Sin embargo, como tendencia general, la manera de la elite mexicana de mirarse a sí misma cambió radicalmente al entrar el siglo XX. La posibilidad de un futuro a la europea se desvaneció en 1914. Y en el momento en que el mundo hubo perdido todas sus certezas, dentro de las fronteras mexicanas, la Constitución de 1917 permitió a los revolucionarios inflamados por la victoria mirar el porvenir con optimismo inédito. El nuevo orden social, si bien de forma precaria, comenzaba a funcionar en México. Se creaban las primeras instituciones revolucionarias y todo daba la impresión de ser nuevo y original. Sin un referente exterior que fungiese abiertamente como modelo, los gobiernos de la Revolución, llenos de espíritu pionero, parecían construir su propio camino. Sin embargo, el talante sobre el cual se sostenía la exaltación sin límites del protagonismo mexicano fue sólo un breve sueño; abruptamente sacudidos en octubre de 1917 por uno de los acontecimientos más determinantes de la historia universal, la Revolución Soviética, los revolucionarios mexicanos tuvieron que abrir los ojos y mirar una realidad substancialmente distinta.

²¹³ *La rebelión de la masas*, España, Planeta-Agostini, 1993, p. 58. Esta idea era bastante radical, incluía toda una manera de interpretar la historia del progreso humano. Ortega lo pone en las palabras que siguen: “El deseo tan lentamente gestado, y que en el siglo XIX parece al cabo realizarse, es lo que, resumiendo, se denominó a sí mismo <<cultura moderna>>. Ya el nombre es inquietante: ¡que un tiempo se llame a sí mismo <<moderno>>, es decir, último, definitivo, frente al cual todos los demás son puros pretéritos, modestas preparaciones hacia él! ¡Saetas sin brío que fallan al blanco!” (*Ibid.*, p. 60).

¡ENHORABUENA, CAMARADAS BOLCHEVIQUES!

La revolución de Lenin llegó montada sobre las espaldas de una ideología que ya había cambiado la manera de mirar el mundo en el medio siglo que la precedió. Marx había dado al hombre la expectativa de un futuro terrenal esplendoroso; quizás, fuera de las religiones, la idea más generosa que ha tenido el hombre sobre sí mismo, sobre su capacidad para construir una sociedad perfecta, donde el más detestable de los sufrimientos, el que provoca la explotación del hombre por el hombre, no sería más que un recuerdo sombrío, cada día más lejano. Pero ese singular paraíso tan bien dibujado en la teoría se negaba a manifestarse en la práctica, y muchos fieles de Marx terminaron por resignarse: el futuro comunista de la humanidad, tan ineludible como hechizante, sería para el regocijo de otras generaciones. Los marxistas que vivieron el ocaso del siglo XIX y los primeros años del XX, optaron por un camino reformista, y sustituyeron las glorias de la transformación revolucionaria por la tranquilidad y las comodidades de la política parlamentaria.

La toma del poder por parte de los bolcheviques necesariamente causó un terremoto entre los herederos ideológicos de Marx. Octubre dio a los marxistas algo con lo que sólo habían podido soñar: la toma del poder, una victoria. Lenin y sus hombres no sólo habían comprendido desde un principio el enorme potencial revolucionario de la guerra de 1914; tres años más tarde, lo comprobaron ante los ojos de los descreídos. Y si ellos habían conseguido hacer una revolución socialista en el país más atrasado de Europa, todo podía esperarse de naciones como Alemania y Francia: la humanidad tenía delante de sí la promesa de un espectáculo revolucionario sin precedentes.

No todos los marxistas pusieron su fe en el bolchevismo, pero desde la caída del imperio de los zares, el debate tomó un nuevo curso: el centro de atención ahora era Lenin, su partido y la estrategia que lo llevó al poder. El marxismo se sacudió su letargo. Tenía materia nueva sobre la cual ponerse a especular.²¹⁴ ¿Era la Rusia de los soviets la materialización de la profecía de Marx, o se trataba simplemente de una aventura, un golpe de estado anarquista, o un *putsch*? ¿Había en verdad llegado la hora de la batalla final? Sin embargo, los detractores del bolchevismo tenían ante sí la fuerza inmovible del triunfo, que daba a Lenin y su grupo no solamente la capacidad sino el derecho legítimo a interpretar los textos sagrados del marxismo, para garantizarle a Octubre cierto carácter ortodoxo y un valor revolucionario universal. *La historia la escriben los vencedores*, ¿no es acaso esta fórmula una tesis central de la filosofía de Marx? Los triunfadores tienen el derecho a explicarse a sí mismos. El discurso de Lenin se impone y el bolchevismo gana un espacio de privilegio en la retórica mundial de las revoluciones. En muy poco tiempo surgiría un nuevo mito sobre el significado de la *revolución verdadera*, idea que irritaría sobremanera a la nueva clase política mexicana. Europa, por conducto de su atrasada Rusia, había recuperado el derecho a encabezar los destinos humanos. Lo que la guerra le había arrebatado a ese continente “pleno” y realizado de las postrimerías del siglo XIX, la Revolución Bolchevique se lo devolvía, pero completamente transformado: ya no más ese orden de ensueño y esa democracia perfecta,

²¹⁴ François Furet, *op. cit.*, p. 76. La Revolución de Octubre marcó un punto de inflexión en el pensamiento marxista, las viejas divisiones que caracterizaron el debate dentro de la Segunda Internacional se acentuaron sin remedio: “El universalismo bolchevique no tarda en chocar contra las condiciones concretas que rodearon su triunfo. Vemos así a esos hombres en el poder en el país más atrasado y, por tanto, el más improbable de Europa según la doctrina. Habida cuenta de las particularidades de su situación, no tienen ninguna posibilidad de poner a la vieja Rusia a la cabeza del progreso humano, de poder suprimir su carga de pobreza y de incultura. Los mencheviques se lo han dicho. También Kautsky, el augur más grande del marxismo; y León Blum, en su discurso del Congreso de Tours: al querer violentar el movimiento de la historia sustituyen lo que el viejo Marx había llamado la dictadura del proletariado por un *putsch* blanquista.” (*Ibid.*, p. 39).

sino la promesa de incendiar al mundo entero en una lucha revolucionaria sin paralelo, con el fin de instaurar la dictadura del proletariado.

En México, como en gran parte del mundo, se conocen los textos marxistas después del Octubre ruso.²¹⁵ Naturalmente, desde sus orígenes, había en el discurso de la Revolución Mexicana elementos afines al lenguaje socialista, sin embargo, no podemos hablar en sentido estricto de un *marxismo mexicano* anterior al triunfo del bolchevismo, la fundación de la Tercera Internacional y el nacimiento del Partido Comunista de México.

Por aquellos primeros años de la Rusia soviética, concretamente los años de Lenin, ambas revoluciones —la rusa y la mexicana— convivieron en una extraña armonía dentro del discurso oficial mexicano. Nada parecía interponerse entre estas “hermanas”. Eran dos especímenes de un mismo fenómeno. Las incompatibilidades de sus programas específicos —entonces prácticamente desconocidos— no eran obstáculo para el lazo fundamental que las unía: las dos eran revoluciones exitosas. Pero además compartían un lenguaje y una moral; un mismo grito de guerra: la reivindicación de las clases oprimidas. El heroísmo de la Revolución Rusa, pues, confirmaba los postulados de la mexicana. El mundo había dado a luz otro ejemplar de la misma lucha universal por el

²¹⁵ Vicente Lombardo Toledano habla sobre sus primeros encuentros con el marxismo. Refiriéndose a la escasez de materiales sobre el tema en sus años de estudiante (1915-1918), que por lo demás coinciden con los momentos más álgidos de la Revolución Mexicana, nos dice: “No había en aquella época ninguna literatura en México sobre Marx, no había nada, uno que otro panfleto; el *Manifiesto Comunista*, nada más. Un día cayó en mis manos una traducción española de un libro de Engels, que no entendí porque la traducción era muy mala; pero, en fin, empecé a estudiar, hasta que en el año de 1925 fui a los Estados Unidos por primera vez... y eso me permitió ir a las librerías y abrir una cuenta. Gracias a eso empecé a recibir los textos de Marx, en inglés”. Más adelante continúa: “En aquella época, cuando yo me dediqué a estudiar febrilmente el marxismo, una vez se me ocurrió pensar que aquí había un Partido Comunista Mexicano (PCM), y que ahí podrían darme literatura. No lo encontré jamás. Piense usted en una cosa muy graciosa. Yo conocí al secretario general del PCM en Moscú, en el año de 1935. Me lo presentó Jorge Dimitrov, secretario general de la Internacional Comunista. Nunca lo había visto en mi país.” (James Wilkie y Edna Monzon, *México visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1969, pp. 31-32. Entrevista del 6 de mayo de 1964, pp. 258-259).

progreso humano, que caracterizaba a los mexicanos. Sin embargo, entre ambos movimientos había una diferencia tan palpable que la nueva clase gobernante de México no podía dejar que se pasara por alto: su revolución había triunfado primero. Esto era un hecho indiscutible, y con los años se convirtió en una fantástica fuente de orgullo nacionalista, que el discurso oficial explotó con gran placer y éxito durante muchos decenios: los mexicanos teníamos el honor de haber sido los autores de la primera revolución social del siglo XX. Pero la cronología no sólo abrió una exquisita posibilidad para estimular el nacionalismo y animar a las masas en las arengas públicas, también implicaba cosas muy concretas: cuando el marxismo-leninismo llegó a México, se encontró con un lenguaje revolucionario preexistente, maduro, con un debate en marcha entre sus propias tendencias (moderada y radical), con prejuicios e ideas más o menos consolidadas, y una simbología propia, edificada y edificándose.

Es parte de la tradición revolucionaria universal —clarísimo desde el triunfo de la Revolución Francesa a finales del XVIII— la creencia en el poder de contagio de las revoluciones. Los movimientos revolucionarios devoran el tiempo, colocan al pueblo que los padeció en la punta del progreso, y sus líderes muestran a otras sociedades sus creaciones recientes para que sean imitadas. Podríamos decir que el revolucionario está tentado a propagar su credo y sus logros; y más aún, a verlos reproducidos por doquiera. Después de todo, la humanidad y sus problemas son los mismos en toda la faz de la tierra, como lo explicaba Alberto J. Pani, quien en la primavera de 1919 se encontraba en Francia despachando como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México. El 12 de marzo envía una carta al presidente Carranza en la que revela su

entusiasmo por lo que ocurría entonces en Alemania. ¡Todo resultaba tan familiar al revolucionario mexicano!:

Como la humanidad —escribía el ministro Pani—, a pesar de sus atavíos más o menos vistosos de progreso material, es una misma en todos los lugares de la tierra, es de esperarse que haya lugar de observar muchas manifestaciones de nuestro largo y agitado movimiento reivindicador, fielmente reproducidas, en el curso de las revoluciones violentas o pacíficas determinadas por la gran guerra y que seguirán desenvolviéndose después para transformar convenientemente la organización política y social del mundo civilizado y mejorar sus condiciones de adaptación. Esto nada tiene de raro: ¿acaso no se han realizado en nuestro país trascendentales reformas políticas, como, por ejemplo, la de libertad de pensamiento y la separación de la Iglesia y el Estado, con la sangre de un pueblo analfabeto, ignorante, incapaz de comprender la significación de tales reformas y, por añadidura, católico hasta el fanatismo, muchos años antes que en otros países de nivel cultural muy elevado?²¹⁶

Después de transcribir el proyecto de concesiones que el gobierno alemán “ha tenido que otorgar al partido revolucionario obrero, respecto de la sindicalización industrial”, Alberto Pani finaliza su comunicación con la siguiente pregunta: “¿Verdad que estas declaraciones... parecen salidas de la boca de algunos de nuestros Constituyentes de Querétaro, proclamando el principio del dominio directo de la nación sobre todas las riquezas de nuestro subsuelo?”²¹⁷ El ministro carrancista no establece claramente la existencia de una relación directa entre la Revolución Mexicana y las conquistas del proletariado alemán —la posibilidad queda abierta—, pero las similitudes han reafirmado la convicción de que el rumbo fijado por el gobierno de *su* revolución era el correcto.

Es necesario comprender que la importación de conceptos e ideas extranjeras, antes de penetrar la conciencia de la elite política e intelectual mexicana, siempre pasó, a partir de 1910, por un cernedor: una suerte de aduana cultural, cuya principal finalidad era salvaguardar la fuente única de legitimidad del grupo: la Revolución, o, más

²¹⁶ Alberto J. Pani, *Cuestiones diversas*, México, Imprenta Nacional, 1922, p. 65.

²¹⁷ *Ibid.*, p. 67.

correctamente, los símbolos y los mitos que la envolvían. No es posible entender el significado y los verdaderos efectos de la Revolución Bolchevique para los mexicanos, si no la miramos con la lente que ofrece el discurso que estos hombres habían construido y legitimado durante los años de la lucha armada.

En México las ideas socialistas fueron en general bien recibidas por la nueva clase política. Sin embargo, estas ideas, al contacto con una sociedad excitada por la victoria de su propia revolución, sufrieron cambios y deformaciones. De las categorías filosóficas del marxismo se habían tomado conceptos tan básicos como la *lucha de clases*, no para promover la revolución socialista, sino para adornar el discurso oficial y el debate intelectual, cuyos contenidos correspondían más a la realidad de *otra* revolución, la mexicana, más cercana y vigente, y, como era inevitable, celosísima de su triunfo.

Para muchos revolucionarios —afirma Barry Carr—, ya fueran seguidores de los movimientos de base campesina de Zapata o Villa o de la coalición multclasista de los carrancistas, que dominó la revolución a partir de 1916, el socialismo disfrazaba posiciones esencialmente populistas y estatistas. El uso del término reflejaba la idea cada vez más difundida de que la meta suprema del estado revolucionario era establecer la paz social y el bienestar colectivo imponiendo el equilibrio entre las clases. Para otros, socialismo era una palabra en clave utilizada para distinguir entre aquellos sectores que se identificaban con la estrategia social y política de la Revolución Mexicana y quienes pertenecían al campo “reaccionario”.²¹⁸

De acuerdo con Carr, las noticias de los sucesos rusos ingresaban al país ya sea distorsionados por la prensa diaria o haciendo una breve escala en las editoriales españolas, que los revolucionarios radicales se encargaban de reproducir y difundir. El resultado final era un “marxismo” hecho a la medida de cada quien: de la misma manera como Pani fabricaba sus espejismos, cuando creía ver reproducciones fieles de la

²¹⁸ Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, trad. Paloma Villegas, México, Era, 1996, p. 30.

Revolución Mexicana en Alemania, cada grupo de revolucionarios encontraba lo que buscaba en los conceptos recién llegados de Rusia. Para los anarquistas mexicanos, por ejemplo, particularmente fascinados por la organización de los soviets, la Revolución Bolchevique había sido “un magnífico ejemplo de acción directa, llevada a cabo por una minoría activa con las conocidas consignas anarquistas y libertarias de antimilitarismo, libertad individual y destrucción del estado”.²¹⁹

El discurso de la Revolución Mexicana era prácticamente impenetrable. Vemos, pues, toda la estructura del pensamiento marxista, la complejidad de su desarrollo teórico, simplificada a su reducto mínimo: *el bienestar colectivo*, adaptado a las necesidades políticas e ideológicas del intérprete en turno. Se experimentaba un gran apego sentimental con la filosofía de Marx que hacía posible trazar un paralelo entre Lenin y los revolucionarios mexicanos, todos trabajando por el bien de la colectividad, poniendo el acento en el mejoramiento de las clases trabajadoras (campesinos y obreros). De ningún modo se entabló en el México de entonces un debate intelectualizado como el que se desarrollaba en Europa: la disputa por la ortodoxia marxista carecía de significado para los mexicanos que hicieron la Revolución.²²⁰ Los nuevos conceptos servían sobre todo como un atuendo para engalanar tendencias revolucionarias autóctonas más o menos bien constituidas.

Rápidamente fue claro quienes sacarían mayor provecho de esta “invasión” lingüística. El bolchevismo encontró, como era de esperarse, un acogida especial entre aquellos revolucionarios mexicanos que se habían construido una imagen de hombres

²¹⁹ *Ibid.*, p. 32.

²²⁰ Para un análisis del debate en torno a la teoría de Marx después del triunfo bolchevique, ver Leszek Kolakowski, *Las principales corrientes del marxismo. III. La crisis*, trad. Jorge Vigil, Madrid, Alianza, 2ª ed., 1985. Concretamente el capítulo 2, pp. 56-85.

radicales dentro de las posibilidades de la Revolución Mexicana, y que desde el triunfo de Venustiano Carranza se habían convertido en cargantes críticos del gobierno, aunque no necesariamente en opositores francos: el membrete *bolchevique* fue también adoptado por colaboradores cercanos al presidente —nos referimos en concreto al general Calles— que ya en 1919 experimentaban la urgencia de materializar algunos postulados de la Constitución, especialmente los que se referían a los artículos de que más se ufanaban: tercero, veintisiete, ciento veintitrés, ciento treinta.

El jefe Carranza desarrollaba, en cambio, tesis conciliadoras de la Revolución Mexicana, que buscaban darle a su gobierno un aspecto más clemente y magnánimo con sus viejos enemigos. En realidad no había nada de qué sorprenderse, el Primer Jefe gobernaba el sentido de *su* revolución, la misma que venía dirigiendo desde 1913; pero las expectativas desmesuradas que la Constitución de 1917 había despertado entre algunos revolucionarios lo colocaban en una situación especialmente difícil y endeble; quizás insostenible. Su relación con el movimiento obrero y con el agrarismo no podía ser peor, y su prestigio como Primer Jefe pendía de un hilo.²²¹ El mundo había cambiado en octubre de 1917: las grandes organizaciones populares, sindicatos obreros y campesinos, avanzaban rápidamente hacia el protagonismo político; no tardaron en convertirse en el elemento más cotizado, y esto será verdad tanto para las corrientes ideológicas de izquierda como para las de derecha. Después de la guerra de 1914 y el

²²¹ “A mediados del período presidencial de Carranza —escribe Luis Javier Garrido—, la desunión de los jefes militares que se reclamaban de ‘la Revolución’ era... absoluta. Un buen número de militares comenzaban a tomar sus distancias ante el presidente no solamente por ambiciones personales sino también por razones de fondo. Muchos de los generales que habían luchado contra el zapatismo y el villismo, apoyados por grupos importantes consideraban urgente que se iniciase una amplia reforma agraria y una serie de obras materiales fundamentales. El gobierno carrancista, que combatía al mismo tiempo tanto a las nuevas organizaciones obreras como al movimiento campesino revolucionario, no contaba por su parte con una base social organizada” (*El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México (1928-1945)*, México, Siglo Veintiuno, 1982, p. 43).

triunfo de la Revolución Soviética el mundo conoce, por primera vez, la política de masas.

La ruptura de los sonorenses con Venustiano Carranza no tuvo un origen ideológico, pero lo adquirió casi automáticamente, como reflejo ante una necesidad política.²²² Los que desafiaron al presidente Carranza lo hicieron precisamente desde esta trinchera: alardeando su fe radical y aliándose con los gremios obreros para atacar al gobierno federal, que por si fuera poco enfrentaba el inmenso reto de pacificar el país. Así, la campaña política de Obregón significó una gran oportunidad para que Calles terminara de labrarse su fama de revolucionario radical, de bolchevique mexicano, aliado fiel del proletariado. “En nombre de Obregón —nos narra John Dulles—, Calles se puso en contacto con Luis N. Morones, del Partido Laborista, Felipe Carrillo Puerto, del Partido Socialista de Yucatán, y con otros importantes líderes obreros, encontrando pocas dificultades para persuadirlos de que dieran su apoyo a Obregón, en oposición al

²²² Esto es del conocimiento de todos. Y en una carta del general Calles a De la Huerta queda claro como el agua: por un lado, Calles reafirma la lealtad de su grupo al régimen de Carranza: “tuve una entrevista con el Jefe en su casa particular y en ella le manifesté los conceptos del general Obregón, respecto a la persona del Jefe, y que no fueron otros que hacerle presente que el general Obregón es su amigo de siempre y que tiene para él cariño y respeto; que todos los amigos del general Obregón no somos enemigos de su Gobierno, y si los sostenedores más leales del mismo, cosa que es enteramente exacta, pues tú bien sabes que el Jefe, en un caso dado, sería con nosotros con los que pudiera contar.” (carta citada en *Planes políticos y otros documentos*, ed. Manuel González Ramírez, México, FCE, 1954, p. 257). La fidelidad con la revolución que desarrollaba Carranza no estaba en duda, sino sus intenciones de ser sucedido por un civil sin “personalidad”. Calles sigue su exposición: “insistentemente ha seguido rumorándose en los círculos oficiales, y entre las personas más allegadas al Presidente, que el ingeniero Bonillas será el candidato que sostendrá el Gobierno en las próximas elecciones, y como nadie mejor que tú conoces, el ingeniero Bonillas carece en absoluto de personalidad política, de prestigio en el país y de popularidad para poder aspirar a este puesto, y si el Gobierno saliéndose del cumplimiento de sus obligaciones tratara de imponer al ingeniero Bonillas, estoy seguro, y lo deploro con toda mi alma, de que el país se verá envuelto de nuevo en la guerra civil, pues no es posible que pudiera consentirse eso, estando aún tan frescos y palpitantes los ideales revolucionarios, entre cuyos grandes principios está la efectividad del sufragio.” (*loc. cit.*). El programa de la Revolución aún necesitaba de *grandes personalidades* para asegurar su cumplimiento; no estaban listos los hombres de la Revolución para recibir el mando de un ingeniero sin personalidad política. La imposición no era el origen del problema, sino la personalidad del que se imponía. La Revolución aún tenía deudas que saldar con sus héroes, y la lista de espera la encabezaba el general Obregón.

candidato favorecido por Carranza”.²²³ Tenemos, pues, que desde el inicio de su campaña electoral, el general Álvaro Obregón no sólo estuvo armado con el prestigio de su carrera militar, sino que logró unirse con los símbolos de la verdadera revolución: el obrerismo, el agrarismo, el anticlericalismo. Y para cuando el rompimiento violento con el Primer Jefe fue inevitable, los levantados de Agua Prieta se habían garantizado su cualidad revolucionaria, indispensable para un triunfo legítimo.

Obregón enfrentaba varios problemas para justificar la rebelión de Agua Prieta: en primer lugar, la opinión pública tendía a ver en el nuevo conflicto armado la expresión más tétrica y reprobable del militarismo, que se levantaba en armas contra el civilismo, aún frágil, pero que ya proyectaba el presidente Carranza para el futuro de México. El apoyo franco y activo que recibió Obregón por parte de las masas organizadas ayudaba a diluir esta percepción. Pero no era el único problema, Obregón encaraba otro desafío inmenso: la revolución a la que él pertenecía y había acaudillado hasta ese momento, en gran medida estaba hecha. Obregón no había sido un miembro cualquiera del constitucionalismo carrancista, sino uno de sus garantes más destacados: el caudillo de Sonora en más de un sentido había representado el sostén del gobierno revolucionario de Carranza. Agua Prieta no podía traer consignas nuevas ni promesas originales; necesitaba presentarse como la continuidad más perfecta de la revolución constitucionalista hecha gobierno. Había que disfrazar el movimiento: ni golpe militar ni *otra* revolución, Agua Prieta sería el rescate de un México nuevo en plena construcción, cuyo destino, para entonces ya bien definido por su texto constitucional, se encontraba momentáneamente

²²³ John W. F. Dulles, *Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936)*, trad. Julio Zapata, México, FCE, 1977, p. 27.

amenazado por un líder claudicante; la apología de la nueva lucha no era de ningún modo fácil: todo tenía que parecer revolucionario, pero sin salirse de *la* Revolución.

La tesis central del Plan resulta sumamente interesante porque nos da una pista sobre las expectativas depositadas en el Primer Jefe. Dentro de la simbología de la Revolución, Carranza estaba obligado a desempeñar el papel del líder supremo, jefe de todas las tendencias revolucionarias y encarnación del proyecto nacional. No podía concebirse como el jefe de una facción o grupo: si era el Primer Jefe lo debía ser para todos. Los debates del Constituyente habían dejado esto más que claro: el símbolo Carranza era intocable hasta para los detractores de su proyecto. Todo había cambiado en unos cuantos años, o así lo quisieron ver quienes se levantaban en armas, Carranza se había “constituido Jefe de un partido político” y dejaba vacante la Primera Jefatura; ya no representaba los intereses del pueblo mexicano, sino los de un pequeño grupo, y esto, naturalmente, lo había llevado a cometer “flagrantes violaciones a nuestra ley suprema, delitos graves del orden común y traición absoluta a las aspiraciones fundamentales de la Revolución Constitucionalista”.²²⁴ No quedaba a los sonorenses más grito de guerra que éste, pues si la Revolución estaba hecha, la traición del Jefe sólo podía explicarse en términos de una violación a las leyes revolucionarias. Agua Prieta no se presenta como una ruptura sino como la defensa más urgente y pura de la continuidad.²²⁵ Y no nos cabe duda de que esta bandera —la continuidad de las instituciones y las conquistas revolucionarias—, explícitamente enarbolada por los sonorenses en 1920, adquirió con

²²⁴ Plan de Agua Prieta, en *Planes políticos...*, p. 251.

²²⁵ Nada en el Plan nos habla de ruptura. Para empezar, los sonorenses sostienen un “Plan Orgánico del Movimiento Reivindicador de la Democracia y de la Ley” (*Ibid.*, p. 251). El artículo VI dice así: “Se reconoce expresamente como Ley Fundamental de la República a la Constitución Política del 5 de febrero de 1917” (*Ibid.*, p. 252). Y el artículo XVI establece que: “El Ejército Liberal Constitucionalista se regirá por la Ordenanza General y Leyes Militares actualmente en vigor en la República” (*Ibid.*, p. 253).

prontitud un carácter dogmático que definió el lenguaje y el rumbo general de la política mexicana durante el decenio siguiente;²²⁶ un fenómeno especialmente bien ilustrado cuando tratamos el tema del discurso de la elite revolucionaria y sus relaciones con el bolchevismo.

El triunfo de Obregón, pues, significó la llegada al poder de algunos de los voceros del discurso más radical. El Octubre ruso había producido un genuino interés entre algunos miembros destacados de la elite política mexicana.²²⁷ No era extraño escuchar en los hombres cercanos al general Obregón cosas como ésta: “Los nuevos derroteros que deben seguir los proletarios, obreros de las ciudades y campesinos, son los que han trazado los bolcheviques de Rusia”, osaba decir Luis L. León en 1920.²²⁸ No eran ni casos aislados ni opositores; eran miembros del gabinete, secretarios y subsecretarios prescribiendo “derroteros” extranjeros. No es una casualidad que haya sido el gobierno mexicano uno de los primeros en reconocer la legitimidad del régimen bolchevique en Rusia (4 de agosto de 1924). En realidad la elite mexicana se deleitaba con la idea de otra revolución triunfante en un país agrario: el destino planteado por la Revolución Soviética para el pueblo ruso convergía con el mexicano. No era

²²⁶ A nadie asombra, pues, que la idea de la Revolución como un hecho consumado haya adquirido una intensidad inédita a partir del gobierno del presidente Álvaro Obregón. La principal preocupación del gobierno obregonista fue fabricarse una imagen de normalidad administrativa, de gobierno serio y eficiente. Desde 1920, la ley será considerada “la expresión fundamental de la revolución” (Guillermo Palacios, *La idea oficial de la “Revolución Mexicana”*, Tesis, México, El Colegio de México, 1969, p. 81).

²²⁷ Los intelectuales, en especial los jóvenes, también miraban con atención y curiosidad lo que sucedía en Moscú: Gómez Morín, por ejemplo, escribía en una carta fechada el 19 de diciembre de 1919: “Por mi parte, todos los días en mi despacho fumando, trabajando, corriendo, manteniendo constantemente una absurda pose de seriedad que es la que en realidad me mantiene y abominando cada vez más de los moldes estúpidos de la organización jurídica y social del presente. En cuanto a mi porvenir, vacilo entre dedicarme a ser rico navegando en los negocios con bandera de pendejo, la única que salva en este oficio, o lanzarme a profeta de un nuevo mundo alumbrado por el sol de la RFSS (República Federal Socialista de los Soviets), cuya organización, tendencias y procedimientos me han cautivado” (carta citada en Krauze, *op. cit.*, p. 88).

²²⁸ Citado en Gerardo Peláez, *Partido Comunista Mexicano. 60 años de historia (cronología 1919-1968)*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1980, t. 1, p. 18.

descabellado entonces pensar que de la Rusia bolchevique podían salir enseñanzas valiosas para el desarrollo del proyecto revolucionario de México.

Incluso hubo quienes vieron en el liderazgo de Obregón la oportunidad para introducir en México los postulados del *Manifiesto Comunista*; es el caso de Díaz Soto y Gama, recientemente adherido al obregonismo y cada vez más afín al caudillo, incluso cuando sus tesis sobre el problema agrario diferían.²²⁹ Ya presidente electo de México, Obregón se aparece en el Congreso cuando los diputados debatían una ley contra el latifundio; después de enfrentar sus visiones, Díaz Soto y Gama, un tanto insatisfecho por lo que acababa de escuchar, se cuestionó: “¿es que la Revolución triunfante, apenas triunfante, da un paso atrás en sus principios revolucionarios en materia agraria?”, e inmediatamente después lanzó la dolorosa comparación: en Rusia, dijo, “Todo lo que Carlos Marx señaló en su importante *Manifiesto* se ha realizado sin que falte un punto; esto lo sabe todo el que ha considerado el problema ruso; quienes no lo han hecho por miedo, o por creer en las noticias mutiladas que publican los periódicos de la república, no entienden esto, ni quieren entender, tampoco, el problema de su país”. Lo que había hecho falta en México, según Díaz Soto y Gama, era decisión; líderes revolucionarios voluntariosos como los que gobernaban en Moscú:

El problema agrario de México —alegaba el ideólogo zapatista— se puede resolver también con un poco de buena voluntad; no es verdad que el problema presente gran número de dificultades; no hace falta sino buena voluntad, un espíritu revolucionario y la determinación de no desanimarse al tropezar con los primeros obstáculos.²³⁰

Sin duda toda esta retórica laudatoria de otra revolución y otros líderes revolucionarios logró impacientarlo al general Obregón, quien “terminó su disertación —según la narración

²²⁹ Dulles, *op. cit.*, p. 90.

²³⁰ Citado en *Ibid.*, pp. 93-94.

de Dulles—, con acompañamiento de gritos de entusiasmo, criticando la tendencia de ciertos legisladores a introducir leyes promulgadas en otros países sin estudiar cabalmente el escenario mexicano”.²³¹ Díaz Soto y Gama había lastimado, probablemente sin darse cuenta, la fibra más delicada y susceptible de la sensibilidad revolucionaria.

En todo caso, no existe prueba más contundente de esta peculiar penetración del lenguaje bolchevizado en la elite política mexicana que la que ofrece el general Plutarco Elías Calles. En la evolución de su discurso, es posible apreciar con claridad meridiana el desarrollo de este diálogo entre revoluciones y sus efectos en la consolidación del nuevo régimen político de México. Como secretario de Gobernación, Calles había llevado a las esferas más altas del poder la bolchevización que, por conducto de su autoridad, adquiriría cierto sabor oficial. Él era el líder de los radicales, y lo hacía público en toda ocasión. En 1921, por ejemplo, durante un viaje a Yucatán, el secretario Calles se permitió los siguientes lujos retóricos:

Desde hace tiempo los hombres del pasado —dijo— han emprendido una dura cruzada contra mí, llamándome bolchevique, como si esta palabra viniera a causarme una ofensa... me he abrazado con todos los socialistas y sólo he oído palabras de confraternidad, ideas para buscar el mejoramiento de los hombres, ideas morales, ideas buenas, ideas que harán que la humanidad se salve.²³²

Seguramente Calles, así como los hombres que le hacían eco, hablaba sin darse cuenta de lo que sus palabras significaban para la legitimidad revolucionaria, de la que dependía todo el poder del grupo. Es un pecado capital entre revolucionarios sentir admiración por una idea impropia del futuro del hombre, cocinada en un horno ajeno; podríamos agregar, que ningún gobierno emanado de una revolución puede prosperar cultivando una

²³¹ *Ibid.*, p. 94.

²³² “El socialismo yucateco”, en *Plutarco Elías Calles. Pensamiento político y social. Antología (1913-1936)*, ed. Carlos Macías, México, FCE/INEHRM, 2ª ed., 1991, p. 55. Discurso pronunciado en el Palacio de Gobierno de Mérida ante dirigentes del Partido Socialista de Yucatán, 20 de febrero de 1921.

simbología extraña y sin arraigo nacional.²³³ Rusificar la salvación de la humanidad era una idea que corría a contrapelo del elemento medular del discurso mexicano: el mito de la autenticidad del movimiento revolucionario, la idea de la excepcionalidad. Este había sido el sello de la Revolución Mexicana desde sus comienzos, su joya más querida: no parecerse a nada, no tener precedentes, haber sido única, *mexicanísima* en cada una de sus expresiones. Era una idea avasalladora, se había impuesto siempre, incluso entre los escépticos del Congreso Constituyente, que inmediatamente después de temblar ante el engendro constitucional que había nacido, se pavoneaban por las calles como los autores de una obra maestra. Al aceptar el sobrenombre *bolcheviques*, los radicales de la Revolución Mexicana ganaban un membrete, pero se apartaban de una tradición.

Ahora bien, debemos insistir: hay una enorme distancia entre ese abrazo del general Calles con los socialistas de todo el mundo y estar pensando edificar la utopía de Marx. La identificación opera únicamente en el mundo de las emociones. Calles, como la mayoría de los socialistas mexicanos, profesaba un “socialismo sentimental”, para usar el concepto de Karl Kautsky.²³⁴ Resulta útil, y no carece de gracia, una anécdota narrada por Puig Casauranc en su libro *El sentido social del proceso histórico de México*:

Torpemente, en 1923 —cuenta Puig—, se calificaba a Calles de “bolchevique”, de “comunista”. La verdad es que nunca lo fue. En esa primera vez que hablé con

²³³ Hablar de soviets implicaba rendirle culto a Lenin y no a Madero. Y quienes deseaban fabricar una amalgama de las dos revoluciones tuvieron que hacer uso de las ambigüedades más asombrosas: si la Revolución Mexicana era una revolución socialista, entonces también Madero, Carranza y Obregón lo eran. Estas inconsistencias de alguna forma lograron sobrevivir muchos años en el pensamiento de algunos revolucionarios mexicanos. Es el caso del general José Álvarez y Álvarez, a quien ni la vejez ni las consecuencias de la Guerra Fría, habían hecho cambiar de opinión, y continuaba alegando sobre el socialismo de Madero en el ocaso de su vida (Cf. Álvarez y Álvarez, *Memorias de un constituyente*, comp. Alberto Enríquez Perea, El Nacional, 1992, p. 51).

²³⁴ No debe sorprendernos el atractivo de las ideas marxistas en el terreno de los sentimientos y de la moral. Karl Kautsky confiesa en *Parlamentarismo y democracia...cómo el marxismo penetra en los hombres por el corazón*. Para él, durante su juventud, las máximas del socialismo habían sido ante todo un problema moral, de justicia, al que se adhiere de forma instintiva, embelesado por la bondad de los ideales. Kautsky define ese periodo de su vida como “socialismo sentimental” (Cf. *Parlamentarismo y democracia*, trad. Luis Delgado, ed. Heleno Saña, Madrid, Nacional, 1982, pp. 12-13).

él y en la que quiso definirnos sus ideas, al Sr. Lic Portes Gil y a mí, no ocultó “que se sentía anti-capitalista siempre que el capitalismo estorbaba el mejoramiento del proletariado”. Y cuando al decirnos esto, apunté yo, sonriendo: “lo que parece que sucede en el 80 por ciento de los casos...”, Calles rubricó su expresión anterior con un seco: “por lo menos”.²³⁵

Y ese veinte por ciento significaba un mundo de diferencia. Esto lo tenía bien claro el general Calles, y mientras el adjetivo *bolchevique*, en este conflicto de posicionamientos entre revolucionarios, iba adquiriendo su carácter perverso y extranjerizante, irritaría más y más a quienes habían hecho del bolchevismo algo indispensable para su imagen.

Pero no se trataba sólo de un alarde radical. El discurso bolchevizado tendía a poner en tela de juicio las recién estrenadas instituciones revolucionarias, incluso cuando provenía de aquellos hombres plenamente identificados con el gobierno, que deseaba más que nunca crearse de una buena vez su imagen de normalidad, de una administración revolucionaria trabajando por el bienestar popular, sustentada en leyes e instituciones y no ya en el mero capricho del jefe. Los colaboradores bolchevizados del régimen dificultaban enormemente esta tarea; no faltaron los desencuentros por esta razón, incluso entre los miembros del gabinete. Un ejemplo sensacional lo encontramos en la figura de Felipe Carrillo Puerto, entonces diputado federal y un callista ardiente. No era inusual escuchar en sus arengas cosas como ésta:

Si los comerciantes acaparan los víveres y a ustedes les falta pan, pues ir a las tiendas, demoler las puertas y saquear todas las existencias. Dinamitemos la Cámara de Diputados, exterminemos cuanto antes el Senado y acabemos con la Suprema Corte. Ya no más manifestaciones pacíficas. Ya no más palabrería, lo que el pueblo necesita es imponerse. Hay, pues, que poner en práctica los principios bolcheviques. Hagamos ondear la bandera roja de las reivindicaciones.²³⁶

²³⁵ Puig Casauranc, *El sentido social del proceso histórico de México (un ensayo de interpretación)*, Buenos Aires, Tuduri, 1935, p. 133.

²³⁶ Citado en Dulles, *op. cit.*, p. 71.

En nombre del bolchevismo se podían pronunciar las diatribas más hirientes contra las nuevas instituciones de la Revolución Mexicana. El marxismo es una ideología y un lenguaje que fueron perfeccionándose durante un largo y feroz debate contra el enemigo. El tiempo acrisoló su estilo: la ofensiva, el ataque, la humillación; y todo con un solo fin: la destrucción total del mundo que le rodeaba, el aborrecible mundo del burgués.²³⁷

Si un amigo cercano del secretario de Gobernación, diputado federal y futuro gobernador de Yucatán pedía dinamitar el Congreso y acabar con la Suprema Corte, y todo esto para izar la bandera del bolchevismo, podemos pensar que se trataba simplemente de un exceso retórico sin consecuencias materiales; quizás. No obstante, la afrenta estaba planteada: no sólo significaba la exaltación de una revolución extraña, sino lo que esto implicaba: la demolición de lo que ya se había construido en México. Estas contradicciones pueden explicarse porque Carrillo Puerto no las percibía: por aquellos años, principios de los veinte, todavía era válido contar con una filiación doble —al bolchevismo y a la Revolución Mexicana— sin necesidad de renegar de ninguna... Pero definitivamente eran los últimos momentos del amorío: el enemigo había llegado a casa.

²³⁷ Gyorgy Lukács, uno de los defensores más dogmáticos del régimen soviético, pero también uno de los intelectuales marxistas teóricamente mejor armados, escribe recordando los años en que dirigía su revista *Kommunismus*: “Nuestra revista servía al sectarismo mesiánico por el procedimiento de elaborar ante cualesquiera cuestiones los métodos más radicales posibles y proclamando en todos los terrenos una ruptura total con todas las instituciones, formas de vida, etc., procedentes del mundo burgués” (*Revolución socialista y antiparlamentarismo*, Argentina, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 41, 1973, p. 3). Por las venas del marxista corre la sangre del antiparlamentarismo más agresivo. La misma belicosidad está en el discurso bolchevique que, al menos en sus orígenes, se edificó alrededor de un “rechazo abierto, violento y hasta enconado de todo reformismo” (Furet, *op. cit.*, p. 79). Lenin construyó su personalidad política cultivando esta retórica agresiva y demoleadora: “Bajo su dirección, el Partido Bolchevique [tomó] el poder en Rusia en nombre de una ruptura radical con toda la izquierda, incluso y sobre todo socialista, incluso y sobre todo menchevique o, también, socialista-revolucionaria” (*Ibid.*, p. 84). Resumiendo, podríamos decir que el lenguaje marxista no sólo es el producto de una seductora teoría acerca de la historia del hombre, sino de un “estilo” devastador de polemizar.

LA CONTRAOFENSIVA

Los hombres del gobierno emanado de la Revolución tomaban conciencia de que esa hermosa herramienta retórica —el bolchevismo—, tan útil para posicionarse con solidez entre los radicales mexicanos, creaba un lazo imposible de ignorar entre el discurso oficial y una serie de grupos de la oposición, desquiciadamente activos y entusiastas de su causa. Había *otros* hablando la misma lengua y espetando las mismas diatribas, pero cultivando otra fe: creían sin cortapisas en las promesas de Karl Marx y se proponían construir ese paraíso para los mexicanos.

El problema de fondo consistía en que los autores de Revolución Soviética no habían tenido las mismas atenciones que los revolucionarios mexicanos tuvieron con ellos durante sus primeros tres o cuatro años de existencia. La clase política mexicana había recibido a los rusos con los brazos abiertos; en el edén de las revoluciones ambos pueblos compartirían las glorias de la victoria. Pero Lenin tenía otros planes. Tras la fundación de la Tercera Internacional en 1919, el internacionalismo soviético se manifestó como un reto abierto y permanente a todos los estados burgueses.

En suma —escribe François Furet—, la Tercera Internacional no es más que la extensión institucional de la Revolución de Octubre a Europa y el mundo... Los bolcheviques confían el destino universal de su aventura a la receta que aseguró su triunfo en su país: una mezcla de militantismo casi militar, de realismo político radical y de grandes dosis de ideología. Imprimen a la nueva Internacional ese carácter conspirativo inseparable del voluntarismo extremo que marca su revolución, y lo envuelven en el ropaje de la ciencia de la historia... implantan por doquier partidos sometidos a la autoridad común por la fuerza de una ideología compartida, que pronto será llamada marxismo-leninismo.²³⁸

²³⁸ *Op. cit.*, p. 121.

Cada uno de los partidos comunistas que integraron la Internacional Comunista asumió con devoción de creyente la misión de derrocar a la burguesía en su propio país. ¡Y vaya certezas que daba la ciencia!, pues el comunismo, inevitablemente, como fatalidad histórica, tarde o temprano escribiría el epitafio de los gobiernos de esa clase despreciable.

El territorio de la Revolución Mexicana estaba en disputa. El “aparato diplomático” de otra revolución anunciaba su derecho a ocuparlo. A finales de 1919 nace el Partido Comunista Mexicano: se estrena un diálogo de cariz inédito sobre la verdad revolucionaria que, con sus altas y bajas, estuvo presente como asiduo e incómodo compañero de viaje durante largo tiempo. La relación entre los gobiernos de la Revolución Mexicana y el PCM nunca fue cómoda para ninguno de los dos. Los comunistas mexicanos siempre tuvieron grandes dificultades para meter al gobierno dentro de las categorías marxistas. La realidad no cumplía los requisitos de los manuales. Ni era una colonia del imperio, ni gemía bajo la bota de una dictadura. Mucho menos era un país imperial. Era un gobierno que se decía revolucionario y contaba con el apoyo de las grandes masas de trabajadores organizados. Los intentos del PCM por definir al Estado mexicano y encasillarlo en la teoría, los llevó a interminables debates y a conclusiones extrañas y rebuscadas: se trataba de un “gobierno pequeñoburgués obrerista con tendencias socialistas”, decían.²³⁹ Era como no decir nada. Contra la fortísima tendencia hacia la monopolización del discurso revolucionario en la voz del gobierno, los comunistas tenían pocas alternativas:

Durante sus primeros cincuenta años —nos dice Barry Carr— el comunismo mexicano tuvo grandes dificultades para elaborar una visión compleja y matizada de la Revolución Mexicana, los proyectos sociopolíticos que ésta articuló y su

²³⁹ *El Machete*, septiembre de 1924, p. 3. Citado en Barry Carr, *op. cit.*, p. 47.

relación con los objetivos socialistas. En la práctica, el partido osciló violentamente entre dos posiciones extremas: una aceptación acrítica del potencial anticapitalista de la Revolución Mexicana y de los gobiernos asociados a ella (“empujar la revolución hacia la izquierda”) y una tajante e indiferenciada condena de estos gobiernos como “despóticos”, “burgueses”, “claudicantes frente al imperialismo”, etcétera.²⁴⁰

Sin embargo, cualquiera que fuese la postura de los comunistas, hería los intereses del gobierno. El PCM le reservaba un papel bastante mediocre a la Revolución Mexicana. En el mejor de los casos la consideraba como una simple etapa de la lucha, apenas un paso en el camino hacia el socialismo. Su vigencia era transitoria. Lo mejor que le podía pasar era que sus dirigentes la transformasen en una revolución verdadera. La ciencia marxista no permitía que los comunistas cediesen un milímetro; como tampoco lo cedería la clase gobernante, encaramada y fuertemente aferrada a una mitología tan implacable como ampliamente extendida.

La idea de una revolución a medias tenía que ser recibida como una provocación. Las reacciones se dejaban ver incluso entre los intelectuales que se reconciliaban con el régimen —muchos ya de regreso en México después de un largo exilio; obligado unas veces, voluntario otras—. En la imaginación de la elite, la Revolución Mexicana se había empequeñecido frente a la experiencia soviética, pero solamente en uno de sus aspectos: su misión universal. Esta nueva medida no le restaba un ápice a sus glorias; al contrario, le permitía insistir en la idea de que la verdadera riqueza del México en ciernes era su originalidad, y todas las energías se concentraron en explotar ese espléndido filón del simbolismo revolucionario: la excepcionalidad mexicana. A mediados de los años veinte, por escoger un caso, Pedro Henríquez Ureña, ateneísta veterano, ensayaba sobre los efectos de la Revolución Mexicana en la cultura:

²⁴⁰ *Op. cit.*, pp. 51-52.

El nuevo despertar intelectual de México, como de toda la América Latina en nuestros días, está creando en el país la confianza en su propia fuerza espiritual. México se ha decidido a adoptar la actitud de crítica, de discusión, de prudente discernimiento, y no ya de aceptación respetuosa, ante la producción intelectual y artística de los países extranjeros; espera, a la vez, encontrar en las creaciones de sus hijos las cualidades distintivas que deben ser la base de una cultura original.²⁴¹

Pero el intelectual no se restringía a la esfera de lo artístico. Esa misma confianza en la originalidad tenía necesariamente consecuencias políticas, sociales, económicas, jurídicas: “las cuestiones sociales de México —agrega Henríquez Ureña—, sus problemas políticos, económicos y jurídicos, son únicos en su carácter y no han de resolverse con la simple imitación de métodos extranjeros, así sean los ultraconservadores de los Estados Unidos contemporáneos o los ultramodernos del Soviet Ruso”.²⁴²

La pureza y originalidad del movimiento revolucionario tiene su fuente, tal como lo dice Henríquez Ureña, en la naturaleza extraordinaria de los problemas que enfrenta la Revolución Mexicana, cuyos métodos de acción deben ser defendidos a toda costa. Si existe un elemento común entre los revolucionarios y los intelectuales mexicanos de aquella época es su convicción sobre el producto más valioso de la Revolución: “el nuevo despertar” de México, que nada pedía a otros pueblos, así fuesen los “ultramodernos” que colocaban ya los primeros ladrillos del edificio comunista y pronto harían realidad la hermosa utopía de Marx.

No obstante todas estas maravillosas promesas que llegaban de fuera, el México revolucionario, por medio de su gobierno, tenía mejores cosas que ofrecer a su propio pueblo: paz, reformas, progreso y muchas, muchísimas leyes nuevas. La bandera de la

²⁴¹ Pedro Henríquez Ureña, “La revolución y la cultura en México”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, (ed.) Juan Hernández Luna, México, UNAM, 1962, p. 150.

²⁴² *Ibid.*, p. 153.

continuidad, grito de guerra del aguaprietismo en 1920, se impone con una tranquilidad sorprendente ante las amenazas del comunismo. No más cambios bruscos, sólo grandes dosis de retórica institucional. El gobierno estaba a punto de encontrar el freno de mano de la Revolución Mexicana.

Dos años después de aquellas declaraciones en Yucatán, el general Calles se encontraba en plena campaña electoral. Los comunistas mexicanos apoyaron su candidatura alegando que Calles era “una figura popular, un candidato del movimiento obrero e incluso un socialista apoyado por la aplastante mayoría de los obreros y los campesinos”.²⁴³ Sin embargo, para la mala fortuna de sus recién adheridos colaboradores, Calles jamás volverá a identificarse con el bolchevismo. Y por si quedaban algunas dudas de cómo gobernaría el futuro presidente de México, a finales de 1923, el jefe del radicalismo oficial declaraba ante su público: “saben todos mis partidarios que soy el revolucionario que no ha claudicado y que sostiene y sostendrá siempre los principios revolucionarios que nuestra lucha armada inscribió en la Constitución de 17. Saben a dónde van y con quién van. Aquí nadie puede llamarse engañado”.²⁴⁴ ¿Qué, pues, significaba todo esto? ¿Qué podían esperar los mexicanos de este hombre “avanzado”, obrerista? ¿Qué podían esperar los comunistas aliados? Pues más de lo mismo:

²⁴³ Barry Carr, *op. cit.*, p. 54. Poco tiempo después el PCM sufrió una desilusión. Calles no era quien imaginaron. Se distanciaron del gobierno y entablaron una serie de agrios ataques. Un tiempo después un nuevo bandazo: se intentó una postura compleja frente al gobierno revolucionario. En mayo de 1926 se celebró el IV Congreso del PCM y los documentos que de él resultaron “rechazaban la idea de que Calles era un simple lacayo del imperialismo de Estados Unidos... Calles estaba intentando crear una república ‘cooperativa’ basada en la pequeña burguesía, el pequeño propietario campesino y la pequeña empresa, con el objetivo en última instancia de darse un margen de independencia frente al capital extranjero. El reto para el PCM era apoyar al gobierno mexicano en sus confrontaciones con el imperialismo, a la vez que combatir las ilusiones pequeñoburguesas sobre la posibilidad de lograr una ‘independencia’ dentro de un escenario semicolonial” (*Ibid.*, pp. 54-55).

²⁴⁴ Plutarco Elías Calles, “Continuidad con la política del general Obregón”, en *Pensamiento político y social...*, p. 72 (21 de octubre de 1923).

Así es que no vengo a ofrecer nada nuevo —continúa su arenga el general—; ni prometo milagros, ni transformaciones quiméricas. No pretendo cazar votos con un programa para dentro de diez años, ni realizable de aquí a dos siglos. Sólo me comprometo a sostener con toda energía nuestra Constitución en sus postulados revolucionarios, sin permitir que se les burle por los poderosos.²⁴⁵

La elite gobernante estaba decidida a sacudirse cualquier rastro de ese bolchevismo contaminante. En una entrevista que concedió a *El Demócrata* el 18 de abril de 1924, Calles trató de poner las cosas muy en claro:

Que en México a todo hombre avanzado se le llama “bolchevique”. Y a mí, naturalmente. Se me ha tildado por mis adversarios de “extremista”, sólo porque no he querido oponerme a las corrientes de renovación que en los momentos actuales arrollan a los viejos y carcomidos sistemas. No están en lo justo los que así aprecian mi labor; están poco enterados de lo que pasa en el mundo. La renovación social es una corriente que invade hoy todas las sociedades de la Tierra, y a las corrientes impetuosas es necesario guiarlas, hallar el cauce que las discipline y contenga, convirtiéndolas, de agentes de destrucción, en elementos útiles e inofensivos.²⁴⁶

Más adelante en la misma entrevista, se le pregunta a Calles sobre las posibilidades de que en México se sucedan “conmociones revolucionarias que pongan en peligro el régimen capitalista”; la respuesta es simple: “Nada podríamos decir tratándose de un futuro lejano; mas, en la actualidad, la ideología y hasta nuestra idiosincrasia se oponen a un cambio tan radical”.²⁴⁷ México sigue y seguirá siendo el mismo; los mexicanos formaban parte, sin duda alguna, del grupo de sociedades más modernas del mundo, pero habían logrado hallar un estilo propio, domesticando y adaptando esas transformaciones a su circunstancia. Todo estaba dicho contra los molestos comunistas. Faltaba solamente la fórmula retórica que sintetizase las definiciones. No es de extrañar que haya sido el presidente Calles, con su peculiar genio discursivo, quien acuñara el término definitivo.

²⁴⁵ *Ibid.*, pp. 72-73.

²⁴⁶ “La clase media depona su abulia”, en *Pensamiento político y social...*, p. 103.

²⁴⁷ *Ibid.*, p. 105.

Nuevamente en una entrevista, en esta ocasión concedida al diario norteamericano *The New York Times*, Calles tuvo que responder, otra vez, a acusaciones de “estar inspirado en tendencias socialistas y hasta bolcheviques”; la respuesta no pudo ser más certera: “Pretender que en México se siguen procedimientos *exóticos* de gobierno y métodos o doctrinas no sancionadas por nuestro texto constitucional, es sencillamente ridículo”.²⁴⁸

La nueva postura era terminante y tenía la gran virtud de incluir en su desprecio a cualquier grupo opositor de aquellas izquierdas inquietas e insatisfechas. Los comunistas eran el objetivo principal, pero la categoría del exotismo se extendía con facilidad a cualquiera que pretendiese ser más revolucionario que el gobierno en turno. Con un golpe verbal quedaban excluidos del proyecto nacional: una palabra y el horizonte de la política en México encontraba sus límites. Calles clavaba la mojonera ideológica en el punto preciso donde estaba parado él y su gobierno, eliminando todo tipo de desviaciones hacia su izquierda. Fue el remate de un largo proceso mediante el cual el contenido de la Revolución se identificaría plenamente con el gobierno: las posibilidades del México revolucionario se igualan al discurso oficial: el extremo izquierdo era suyo para hacer de él lo que fuera. Calles lograba desarmar al peor de los enemigos, el de la siniestra, siempre la amenaza más temida por cualquier líder revolucionario.

²⁴⁸ “Las llamadas leyes de extranjería”, en *Pensamiento político y social...*, p. 171 (subrayado propio). Febrero 7 de 1926.

La escalada retórica perdió gran parte de su lógica en las filas oficiales de la Revolución; con el tiempo —no mucho, apenas unos cuantos años—, la perderán también los programas radicales del gobierno.²⁴⁹ La legitimidad revolucionaria del nuevo grupo en el poder estaba asegurada; se había consolidado el monopolio del lenguaje de la Revolución Mexicana en el discurso oficial; toda la simbología, con sus héroes y sus mártires, sus glorias militares y sus conquistas económicas, todo lo que finalmente oliese a revolución, pertenecía al gobierno. ¿Qué era todo ese escándalo que llegaba desde la oposición sobre un gobierno claudicante, aburguesado y traidor? Nada que debiera tomarse en serio; mucho menos para inquietarse: eran solamente prédicas inútiles, el canto delirante de unas sirenas maltrechas, incapaces ya de seducir a los prohombres de la Revolución, que

²⁴⁹ Desde luego que no todo sucedió como por ensalmo. Las tendencias hacia el radicalismo continuaron vivas en algunos grupos o camarillas de la familia revolucionaria; lo que había desaparecido definitivamente era la *lógica* que las justificaba. En el horizonte aguardaban aún, por mencionar los dos sucesos más relevantes, una guerra cristera y una batalla campal contra el capital extranjero invertido en la industria petrolera que culminaría con la nacionalización. Los hombres del gobierno no abandonarían automáticamente sus temores o sus odios: contra el clero y contra el capital se escucharían y dejarían sentir las diatribas más furibundas; contra los enemigos “clásicos” de la Revolución todavía quedaba energía radical de sobra para hacer la guerra. Pero cambió la forma en que estos ataques se justificaban: ya no eran actos extremos del gobierno revolucionario, sino *expresiones normales* de su labor cotidiana. Lo único que hacían los revolucionarios era seguir las líneas generales que les dictaba la Constitución de 1917, y reprimirían a todo aquel que no asumiese sus principios. Así celebraba, por ejemplo, Portes Gil el fin del conflicto con el clero católico: “Mientras el clero fue rebelde a las instituciones y a las leyes... el Gobierno de la República estuvo en el deber de combatirlo como se hiciese necesario; mientras el clero negara a nuestro país y a nuestro Gobierno el derecho de hacer sus leyes y de hacerlas respetar, el Gobierno estaba en el deber de destrozarse al clero... Y ahora, queridos hermanos, *el clero ha reconocido plenamente el Estado, y ha declarado sin tapujos que se somete estrictamente a las leyes. Y yo no podía negar a los católicos de mi país el derecho que tienen de someterse a las leyes*, porque para eso está el imperativo categórico que como gobernante me obliga a ser respetuoso de la ley... mientras yo esté en el Gobierno, ante la masonería yo protesto que seré celoso de que las leyes de México, las leyes constitucionales que garantizan plenamente la conciencia libre, pero que someten a los ministros de las religiones a un régimen determinado,... se cumplirá estrictamente con esa legislación...” (Citado en Arnaldo Córdova, *La Revolución en crisis. La aventura del maximato*, México, Cal y Arena, 1995, p. 272; cursivas de Córdova).

se habían atado firmemente al mástil de su navío después de haber fijado bien el curso. De los exóticos no llegaban más que promesas de lo absurdo, lo descabellado y lo inadmisibles.

El gobierno de la Revolución había ganado un margen de acción inimaginable unos cuantos años atrás. Desde que el constitucionalismo de Carranza tomó las riendas de la política nacional a finales de 1915, la nueva elite victoriosa no había tenido una oportunidad de esta magnitud para imponer, consolidar y legitimar su autoridad. Si los sonorenses del Plan de Agua Prieta habían relevado al Primer Jefe montados en una oleada de retórica radical —que no sólo representarían el último levantamiento armado exitoso, sino también el último en que sus hombres lograron conquistar y legitimar un discurso reconocidamente más revolucionario que el oficial—, ahora podían dar marcha atrás y retomar con gran tranquilidad uno de los argumentos centrales del carrancismo destronado: la Revolución Mexicana no se había hecho para una sola clase social sino en beneficio de todas. Desaparecida la posibilidad, y con ella el temor, de que se corrompiesen los principios revolucionarios que estaba obligada a representar, la familia revolucionaria tenía ante sí la ocasión perfecta para relajar sus posturas. La Revolución hecha gobierno podía comenzar a hacer las paces con sus viejos enemigos. Los rescoldos de ese discurso incendiario (bolchevizado o no), que enfrentaba a las clases sociales y que aún siguió formando parte de algunas arengas oficiales, pronto terminarían por extinguirse. Una retórica amable llegaría como reemplazo, dándole a la Revolución, es decir, al gobierno emanado de ella, una fisonomía benévola y conciliadora.²⁵⁰ La Revolución ahora era un gobierno inteligente, creativo y capaz para gobernar con eficacia. En la generosísima idea de la excepcionalidad mexicana cabía ahora cualquier

²⁵⁰ Cf. Guillermo Palacios, *op. cit.*, p. 142.

revolución que el presidente en turno quisiese hacer. El discurso oficial sobre la continuidad de las instituciones revolucionarias como antídoto contra filosofías exóticas con el tiempo ganaría simpatizantes poco convencionales: la elite política encontraba entre sus antiguos enemigos de la derecha a nuevos aliados contra la amenaza comunista. Viejos intereses lacerados por la política de la Revolución ahora se veían tentados a legitimar la acción del gobierno cuando éste hacía frente al temible desafío bolchevique. Desde rincones insospechados llegaban declaraciones que reproducían algunas tesis oficiales que, independientemente de su tibieza, ya significaban un indicio de que el nuevo lenguaje penetraba en la conciencia nacional: “el lucro no es renta para satisfacciones egoístas sino instrumento de reinversión para el progreso económico y social”, decían por aquellos años veinte los Garza Sada, como ya empezaban a decir muchos capitalistas.²⁵¹ Sin duda todas estas declaraciones de “simpatía” por el nuevo régimen —algunas más abiertas, otras más veladas— fueron muy bien recibidas por los gobiernos de la Revolución, pero ninguna fue tan importante como aquella que llegó desde el norte, por boca del recién nombrado embajador de Estados Unidos en México, Josephus Daniels. Al presentar sus credenciales al presidente Rodríguez, Daniels pronunció un discurso sin precedentes:

²⁵¹ Citado en Luis González, *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940. Los artífices del cardenismo*, núm. 14, México, El Colegio de México, 1979, p. 162. Y lo que apenas es una tendencia en la década de los veinte, se vuelve una norma en los primeros años del decenio siguiente. Al quedar establecido el salario mínimo, por ejemplo, Manuel Muñoz Castillo, presidente de la Confederación de Cámaras de Comercio, dijo: “Con positivo interés escuché por radio y leí en la prensa diaria los trascendentales discursos pronunciados por el señor Presidente de la República y el señor Secretario de la Economía Nacional sobre aumentos [sic] de salarios de nuestras clases obrera y campesina. Desde un principio, el comercio, que es el encargado de la distribución de los productos, se ha aprestado a dar su más amplia cooperación a la *obra patriótica* que se propone realizar el señor Presidente de la República, convencidos como estamos de que el aumento de salarios, en la forma que se propone, es decir, no como una gracia, sino como una correlativa mayor eficiencia en el trabajo y una conveniente inversión del salario, redundará positivamente en bien de la economía nacional, y los comerciantes en víveres, ropa, etcétera, deben aprestarse también para que nuestros obreros y campesinos, de tan escasas necesidades actualmente, aumenten su consumo y poder adquisitivo, lo que seguramente se traducirá en mayor producción y bien general” (Citado en Córdova, *op. cit.*, pp. 358-359).

En esta época —dijo Daniels— en que la humanidad se dirige en todas partes hacia un mejor sistema social, es muy satisfactorio que los Estados Unidos de América y los Estados Unidos Mexicanos... se dispongan, como en ninguna otra ocasión, a efectuar los cambios necesarios sin sujetarse al precedente o a la tradición. Ambos están embarcados en nuevos experimentos bien estudiados, con optimismo que nace de su valor. Ambos se hallan animados por la fe en que el orden social que ahora se modela en los dos países garantizará la igualdad, la justicia, la libertad y el pleno disfrute de su trabajo a todos los hombres. Vuestros vecinos más próximos hacia el Norte sienten admiración profunda por vuestro señalado progreso en las reformas sociales, la educación pública, la agricultura, los transportes, las comunicaciones y todas las medidas que estimulan el bienestar de vuestros nacionales. El pueblo y los funcionarios de mi país creen que cada república tiene mucho que aprender de la otra. He venido a México animado con este espíritu. Confío en poder interpretar a mis compatriotas la política progresista que vosotros proyectáis y lográis en estos momentos, lo mismo que traer a Vuestra Excelencia las miras y aspiraciones que dominan al pueblo de los Estados Unidos. Es mi sincero deseo estimular los más fuertes lazos de comprensión y amistad.²⁵²

La batalla frontal del presidente Calles contra el exotismo había dado sus frutos. Se había hecho posible tender un puente con el gobierno norteamericano sin temer por la supervivencia de la Revolución. Las nuevas relaciones diplomáticas que estrena el presidente Calles con el embajador Morrow son el comienzo de una luna de miel, si las comparamos con el pasado inmediato. Cinco años más tarde, llegaron las inauditas palabras del embajador Daniels emparentando las tendencias revolucionarias mexicanas con el *New Deal* del presidente Roosevelt. No cabía duda, el mundo entero se transformaba acelerada e irrefrenablemente, las cosas ya no podrían ser las mismas, de todos lados llegaban noticias desalentadoras para la clase capitalista; sin embargo, en México, lo más terrible había pasado, la Revolución había sido domesticada por un gobierno que, dentro del desenfreno mundial, daba muchas muestras de sensatez. Por supuesto que la clase gobernante mexicana no dudaría jamás de reprimir a quien osase obstaculizar el desarrollo de su programa económico y social, era un derecho bien

²⁵² Citado en Córdova, *op. cit.*, pp. 365-366.

adquirido, conquistado con las armas y mantenido gracias a ellas, el derecho de la victoria; pero a cambio, ese grupo de guerreros traía consigo la bandera de la reconstrucción, la pacificación, la depuración del ejército y el inicio de una política institucional, donde todo aquel que asumiese y respetase la autoridad del gobierno tendría garantizado un lugar, una función en el nuevo México.

El grupo gobernante no podía sentirse más cómodamente instalado de lo que estaba. Incluso después de las desavenencias que la reelección de Obregón provocó dentro de la familia revolucionaria, el caudillo sonorenses podía declarar cosas como la que sigue:

Una vez en la presidencia expediremos una ley electoral y otra de partidos políticos, en las que colaborarán sin distinción de banderías, las mentes más luminosas de México. Subvencionaremos, a la inversa de lo que se hace ahora, a la oposición; pues es evidente que es voz que debe oírse. Desearía que existieran solamente dos partidos políticos.²⁵³

El nuevo ingrediente de este discurso —la tolerancia de una oposición política controlada— se convertirá en uno de los pilares de la retórica y la práctica oficiales, y aparecerá siempre como el garante de la unidad revolucionaria y como el gesto más ostensible de su modernidad y sus intenciones conciliatorias.²⁵⁴ El grupo gobernante

²⁵³ Citado en Dulles, *op. cit.*, p. 306.

²⁵⁴ Se manifiesta en ciernes un nuevo estilo de hacer política que tolera una oposición controlada como elemento legitimador del régimen, que hubiese sido imposible sin el previo desarme ideológico del enemigo a la izquierda. En Rusia sucedió todo lo contrario: la necesidad de representar la ortodoxia marxista obligó a Lenin, cuando éste tuvo que detener su revolución (Nueva Política Económica, X Congreso, Kronstadt), a refugiarse detrás de una política intransigente, donde el debate y la oposición estaban proscritos. Su margen retórico era infinitamente más estrecho que el de los revolucionarios mexicanos. A la izquierda no había nadie, ni exóticos. Los disidentes eran siempre señalados como agentes del pasado, como reaccionarios. Independientemente de los argumentos críticos, siempre se les descalificaría como agentes objetivos de la burguesía. La intransigencia necesariamente era absoluta. Era el precio a pagar de los depositarios de la ciencia del devenir. Cada acción del gobierno bolchevique corría el riesgo de ser un paso en falso ante los marxistas de todo el mundo, una traición, un fracaso. Esto no era permisible. La retórica oficial, pues, debía ser tan implacable con el enemigo como con los camaradas que mostrasen alguna señal de titubeo, duda o cuestionamiento. Durante el stalinismo esto llegó a los excesos

había sufrido dos fuertes cismas en cuatro años. Sin embargo, en contraste con lo ocurrido a Carranza en 1920, la legitimidad del gobierno de los sonorenses jamás estuvo en peligro, ni en 1923 ante el delahuertismo, ni mucho menos en 1927 ante Serrano y Gómez. El gobierno no sólo contaba con la imponente figura del general Obregón para ganar en la guerra, tenía en sus manos algo mucho más poderoso: el reconocimiento, cada vez más ampliamente extendido, de la permanencia del mundo que se edificaba, donde las armas levantadas contra el gobierno no sólo probaban ser ineficaces, sino sobre todo ilógicas; no tenían bandera ni causa, ni justificación: nada de lo que hacían estos renegados adquiriría un sentido histórico, eran rebeldes y no revolucionarios, y, cosa curiosa, se comportaron y hablaron como rebeldes. Sobre este punto en particular nos detendremos más adelante; por ahora dejemos claro una sola cosa: la nueva libertad retórica conquistada por el grupo sonorenses resultaba más que aplastante: amigo y enemigo simultáneo de la derecha y de la izquierda; un vaivén ideológico que le permitía suministrar el mismo mortífero veneno a diestra y siniestra: la excepcionalidad mexicana, es decir, el México emanado de la Revolución, concebido éste desde Palacio Nacional, y que servía para justificar, indistintamente, el apoyo y la represión del movimiento obrero, el ejido y la gran propiedad agrícola, el desprecio y la avidez por el capital extranjero, etcétera. La misma revolución, ataviada de formas distintas, era temida, odiada y amada, según el disfraz del momento. Fuesen quienes fuesen, los opositores del régimen recibirían un mismo trato: la muerte o el destierro. Lo mismo clericales que revolucionarios, terratenientes que líderes sindicales, empresarios que intelectuales. Todos debían aceptar su nueva circunstancia, por la buena o por la mala. Lo mejor era

bien conocidos y documentados por una basta literatura sobre las purgas masivas del Partido Comunista de la Unión Soviética (Cf. Kolakowski, *op. cit.*, pp. 56-85).

olvidarse de ese pasado irrecuperable; había que concentrar las energías en el futuro, tan prometedor, además, para el pueblo mexicano. Calles no se cansó de repetirlo durante su campaña por la Presidencia de la República: “El mundo no puede marchar hacia atrás; tengamos fe en el porvenir”.²⁵⁵ Y había buenas razones para el optimismo y la fe, sobre todo para aquellos que se tomaba la molestia de mirar lo que sucedía en otras latitudes. Quizás nunca como a partir de entonces —digamos: marzo de 1924, cuando el general Calles puede continuar su campaña electoral y el delahuertismo vive su ocaso—, las palabras que Molina Enríquez consagró a la Constitución de 1917 adquieren una veracidad tan indiscutible:

Toda Constitución Política fundamental, emanada de una revolución política victoriosa, aunque haya sido impuesta por una minoría, debe ser considerada, como la más exacta expresión de la voluntad nacional, porque resume la acción de los que la imponen, la sanción de los que consienten, y la impotencia de los que la resisten.²⁵⁶

La Revolución somos nosotros...

Otro fenómeno característico de la década de los veinte ayudó a consolidar la idea de la perennidad del régimen revolucionario. El movimiento de Agua Prieta, tan pronto como conquistó el poder, buscó decididamente el respaldo de los intelectuales y profesionistas, poniendo énfasis en el reclutamiento de los más jóvenes —los “recién desempacados”,

²⁵⁵ “El nuevo ascendente de la clase media”, en *Pensamiento político y social...*, p. 80. Es durante el gobierno de Calles, nos cuenta Guillermo Palacios, que se consolida la idea de que la Revolución ha triunfado en el campo ideológico: la mayoría de las conciencias eran ya revolucionarias y la reacción no tenía, por consiguiente, oportunidades de recuperarse. La Revolución estaba a salvo. Esto no quiere decir que la elite gobernante no estuviera consciente de que necesitaba, para mantenerse unida, un enemigo ideológico en la oposición (*op. cit.*, p. 100).

²⁵⁶ Citado en Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*, México, Era, 3ª ed., 1974, p. 227. Advertencia: en adelante, cuando citemos la obra de Arnaldo Córdova nos estaremos refiriendo siempre a su libro citado arriba, es decir, *La Revolución en crisis. La aventura del maximato*. En este capítulo no volverá a aparecer *La ideología de la Revolución Mexicana*.

según una expresión del entonces presidente provisional Adolfo de la Huerta— que comenzaron a ocupar puestos administrativos de enorme importancia.²⁵⁷

En estos hombres, mayoritariamente de clase media, universitarios casi todos, el discurso oficial no sólo encontró una acogida particularmente entusiasta, sino que representaban la materialización misma de sus tesis cardinales. Los nuevos convidados al banquete de la política revolucionaria encarnaban como nadie el ideal de una revolución que deja las armas para convertirse en programa gubernamental, en instituciones consolidadas e inamovibles, en leyes, incluso en la rutina diaria del aparato burocrático. El conjunto de la actividad cotidiana del gobierno sustituye al poder de las armas y se convierte en el nuevo centro de gravedad de la acción revolucionaria.

La enorme cantidad de obras públicas que el gobierno desarrolló, especialmente durante el cuatrienio del general Calles, permitió esta transformación del sentido de lo revolucionario. Ramón Beteta, entonces un joven de veintitantos, recién graduado, que repartía su tiempo dando clases en la Preparatoria y en el Escuela de Derecho y que no colaboraría directamente con el gobierno sino hasta finales del decenio, cuando recuerda esos años del callismo dice: el general Plutarco Elías Calles sentó las bases de “lo que ahora consideramos como revolucionario”:

En México —continúa Beteta— la palabra “revolucionario” tiene un sentido muy especial y muy distinto de lo que tiene en otras partes; más ahora [1964], porque cuando se habla de “revolución” y de “revolucionario” la gente piensa normalmente en una cosa de extrema izquierda, de tipo comunista. En México nosotros entendemos por revolución... no solamente las reformas sociales que tuvieron necesariamente que empezar por un aspecto destructivo como la Reforma Agraria, sino que también tomamos como actos revolucionarios todos estos que significan el equipar al país con una infraestructura, como se dice ahora,

²⁵⁷ Desde finales de 1916, cuando se reunió el Congreso Constituyente en Querétaro, algunos intelectuales habían podido participar activa y eficazmente en la política revolucionaria; pero tres o cuatro años más tarde, la tendencia se había vuelto masiva, y sus consecuencias fueron evidentes casi de inmediato.

que permita el desarrollo industrial, el desarrollo agrícola, y el desarrollo ganadero del país. Entonces, a todas las obras públicas, a todas las obras de riego, a todas las obras de electrificación, las escuelas, etc., nosotros les llamamos revolucionarias...²⁵⁸

La Revolución Mexicana hacía las paces con su *intelligentsia*, que inmediatamente puso todo su empeño en la nueva empresa reconstructiva. En 1920, Gómez Morín, uno de los miembros más representativos de esta generación de jóvenes revolucionarios, escribía con gran optimismo (y mucha, mucha soberbia) sobre este distintivo giro de la política revolucionaria, que se había decidido a abrir sus puertas a “las mentes mejores de México... los técnicos altamente capacitados de la nueva generación que aportan sus conocimientos y trabajo a la nueva administración”.²⁵⁹ La soberbia se explica sola, es la actitud del revolucionario, y ellos —“las mentes mejores de México”— lo eran. Cuando el gobierno de la Revolución los acogió en su seno para colaborar en la reconstrucción nacional, no sólo les dio una tarea y los hizo sentirse útiles, también los había investido con el derecho a sentirse revolucionarios verdaderos; título honorario del que nunca se desprenderán, ni siquiera aquellos que años más tarde harán política desde la oposición.²⁶⁰ La Revolución Mexicana —lo dirán sin reparo— *vivía* en ellos, jóvenes de la nueva era, nacidos *de y para* la Revolución; su actitud, su energía, su trabajo, sus habilidades, sus ideas, todo lo que ellos eran y tenían para ofrecer era necesariamente

²⁵⁸ James Wilkie y Edna Monzon, *México visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1969, pp. 31-32. Entrevista del 11 de agosto de 1964.

²⁵⁹ Citado en Krauze, *op. cit.*, p. 151. El contraste con el pasado es absoluto, cuando los hombres de ideas se sentían repelidos por la política violenta de la Revolución. Antonio Caso, por ejemplo, escribió a Alfonso Reyes en 1913: “Vivimos en un desquiciamiento infernal... los estudios superiores... nada tienen que ver con un país en el que la barbarie cunde como quizá nunca ha cundido en nuestra historia... ‘Cielo sin fe’ según la frase de oro de Taine; sí mi querido Alfonso, devoción sin entusiasmo, esfuerzos y esfuerzos sin premio, es lo que ha de formar nuestra divisa, principalmente en los días aciagos de batallas y crímenes. Ser mexicano culto es una de las inadaptaciones más incuestionables del mundo, ¡qué remedio!” (citado en *Ibid.*, p. 59).

²⁶⁰ El ejemplo más fantástico es sin duda el que representa la trayectoria de Manuel Gómez Morín.

revolucionario, y la prueba estaba a la vista de todos: ¿acaso no ponían sus vidas decididamente al servicio de la patria?

Ahora bien, si los recién desempacados eran revolucionarios, la primera tarea que enfrentaron fue justificarse como tales. El título se lo había concedido el gobierno, pero eso no bastaba; de hecho, muy pocos cayeron en la cuenta de esta procedencia, o muy pocos lo confesaron abiertamente. Para ellos el origen estaba en algo mucho más íntimo que andar con Obregón, Alvarado o De la Huerta. Se consideraban los primogénitos de la Revolución Mexicana, su producto cultural más puro e inmaculado; a ella le deberán sus primeras ideas y cavilaciones, su propio despertar intelectual. Ya un hombre maduro, Vicente Lombardo Toledano recordaba en una ocasión cómo había recibido de un maestro suyo, el 21 de noviembre de 1910, la primera plana de *El Imparcial* en que se podía leer el siguiente encabezado: “Estalló la revolución en Puebla”. Lombardo concluyó su recuerdo con una confesión: “Yo soy... un hombre que empieza a pensar en su patria justamente el día en que estalla la Revolución”.²⁶¹ Omitiendo el romanticismo que evocan, las palabras de Lombardo Toledano ofrecen un excelente punto de partida para comprender el espíritu de su generación. El joven Vicente y muchos como él comenzaron a leer los periódicos, es decir, a interesarse por la vida política de su país cuando el discurso de los revolucionarios ganaba cada vez más espacios y se apoderaba del centro del debate público mexicano. En efecto, la generación de 1915 *empezó a pensar* sobre México y sus problemas con el lenguaje de la Revolución. Fueron, si se nos permite cierta rudeza en los términos, las primeras víctimas del torrente retórico de la Revolución Mexicana: los mitos, quimeras, fantasías, expectativas, promesas, sentimientos, ideas, temores, tendencias y prejuicios que alimentaron el discurso durante

²⁶¹ Wilkie, *op. cit.*, p. 237. Entrevista del 6 de mayo de 1964.

la lucha armada, para estos jóvenes fueron el primer contacto con la política nacional, con su realidad social.²⁶²

Y esto no debe tomarse a la ligera, porque en el momento que la Revolución deja las armas y los invita a colaborar en sus oficinas públicas, la joven e inexperta elite intelectual se halla a tal grado compenetrada de este nuevo lenguaje, que las desavenencias con los viejos militares y políticos tendrán más el carácter de riñas personales que desacuerdos ideológicos. Muy probablemente no exista otro momento en la historia de México en que haya habido más afinidad de pensamiento entre la clase política y la juventud profesionista que durante los años veinte.²⁶³ No había tiempo ni interés por las discusiones filosóficas, nos dice Vicente Lombardo, “estábamos frente a hechos muy concretos: acabar con los latifundios, entregar la tierra a los campesinos, respetar los derechos de la clase obrera, enfrentarse a las intervenciones de afuera, ampliar la educación, crear nuevas fuentes de trabajo. Esa era la situación de ese decenio de 20 a 30. No había teóricos”.²⁶⁴ El mundo que se construía desde los gobiernos revolucionarios encontraba pocos detractores entre esta juventud: crear escuelas,

²⁶² Era precisamente haber *vivido*, y en última instancia *sufrido*, la Revolución lo que los hacía especiales como generación. Sobre el terrible año de 1915, el que los une como grupo, del que fabrican una identidad, Gómez Morín escribe: “Del caos de aquel año nació la Revolución. Del caos de aquel año nació un nuevo México, una idea nueva de México y un nuevo valor de la inteligencia en la vida”. En el párrafo siguiente concluye: “Quienes no vivieron ese año de México, apenas podrán comprender algunas cosas. Vasconcelos y Alfonso Reyes, sufren todavía la falta de esa experiencia” (“1915”, en *1915 y otros ensayos*, México, Jus, 1973, p. 21).

²⁶³ Cf. Roderic A. Camp, *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, trad. Eduardo Suárez, México, FCE, 1988, p. 88: “Entre la pequeña clase profesional de México, los intelectuales han influido claramente sobre una generación de mexicanos para el examen de ellos mismos y de su cultura, a results del típico arreglo de las actividades intelectuales después de la Revolución y durante los años veinte”. O en palabras de Enrique Florescano: “El crecimiento del nacionalismo en México después de la Revolución se vio alentado por los intelectuales mexicanos. Las generaciones de los años veinte y treinta fueron las creadoras de lo que ahora disfrutamos en sentido intelectual” (citado en, *Ibid.*, p. 97). Son los miembros de la generación de 1915 los que contarán las historias, anécdotas y mitos de la Revolución, los que escribirán los libros de texto oficiales, los que elaborarán los más ardientes y conmovedores discursos revolucionarios de la época de paz.

²⁶⁴ Wilkie, *op. cit.*, p. 273. Entrevista del 13 de mayo de 1964.

carreteras, ejidos, cooperativas, ese era el mandato de la Revolución. Pero éstas eran manifestaciones de una afinidad ideológica básica: viejos políticos revolucionarios y nueva elite intelectual y profesionista compartían la creencia de estar viviendo en un país excepcional, pionero en cada paso que daba hacia el futuro. Fue la excepcionalidad mexicana lo que más cautivó a la juventud intelectual de los años veinte, lo que los ató íntimamente al grupo gobernante; todos trabajando por ese país ejemplar:

Lo que en aquellos tiempos se nos pedía hacer —cuenta Daniel Cosío Villegas—, lo que nosotros queríamos hacer y lo que hicimos o quisimos hacer posponiendo el ejercicio de nuestro oficio de escritores, correspondía a toda una visión de la sociedad mexicana, nueva, justa, y en cuya realización se puso una fe encendida, sólo comparable a la fe religiosa.²⁶⁵

La herencia del Ateneo de la Juventud se percibe en cada una de sus palabras. Ellos mismos se reconocieron fiduciarios de esa tradición. Aceptaban el liderazgo de José Vasconcelos, y no solamente porque los había llevado a ocupar cargos públicos de primera en el gobierno del presidente Álvaro Obregón, sino porque mucho antes, cuando aún eran estudiantes mozos y *empezaban a pensar en su patria*, cuando la Revolución comenzaba a suministrar la materia prima de sus reflexiones juveniles, Vasconcelos los había hechizado con aquella conferencia insólita de 1910, “la más valiosa de todas las que se dijeron en el Ateneo”; esa conferencia, recuerda Gómez Morín medio siglo después, “fue realmente el principio de la creación del México moderno”, y sigue: “Todos los jóvenes de entonces la leímos y la sabíamos y fue para nosotros una orientación”.²⁶⁶ La generación de 1915 fue la primera en formarse desde su adolescencia con el firme convencimiento de que sus vidas encarnaban ese nuevo despertar de la cultura en México. Fueron el producto piloto del mito de la excepcionalidad: los primeros

²⁶⁵ “Justificación de la tirada”, en *Ensayos y notas*, México, Hermes, 1966, p. 15.

²⁶⁶ Wilkie, *op. cit.*, p. 159. Entrevista del 12 de junio de 1964.

intelectuales netamente revolucionarios del país y, en consecuencia, netamente mexicanos. El mismo Gómez Morín, en su afán por construirle una identidad propia a su generación, escogió el amor por lo mexicano como demarcación frente a los veteranos del Ateneo, para él demasiado europeizados.²⁶⁷

Los “recién desempacados” entendían muy bien cuál era su lugar en el nuevo sistema. Sabían que una situación revolucionaria confiere a los hombres armados victoriosos una autoridad exclusiva a la que ellos jamás podrían acceder, pero también sabían que la era de paz y normalidad recientemente inaugurada —*paz revolucionaria*, como empezarán a llamarle—, tenía reservado para ellos, y sólo ellos, un lugar valiosísimo que los convertía en elementos imprescindibles de la sociedad mexicana, y eso los fascinaba; eran una cepa nueva de revolucionarios para un estilo nuevo de hacer la Revolución. Cosío Villegas acepta sin más la subordinación de su grupo:

Jamás aspiramos durante aquella etapa inicial —digamos la época de Carranza y Obregón— a dirigir o aconsejar al gobierno. Habíamos visto cómo los militares y los políticos de entonces habían logrado la victoria de la Revolución con sus propias manos; por lo tanto, nos parecía exclusivo e indiscutible su derecho a conducir al país. Más todavía: les concedíamos la capacidad y la resolución necesarias para alumbrar el México ejemplar al que ellos y nosotros aspirábamos.²⁶⁸

Ahora bien, de ninguna manera Cosío y los suyos fueron unos peleles. En muchas ocasiones se enfrentaron con los jefes, los criticaron dura y acremente; una actitud que a varios les costó temporadas en el exilio. Sin embargo, sus diatribas de aquellos años nunca tuvieron por objeto la totalidad del nuevo régimen revolucionario, ni siquiera de

²⁶⁷ “1915”, en *op. cit.*, p. 19. Gómez Morín no niega el valor histórico de la generación que lo precedió: los ateneístas “alzaron la bandera de una nueva actitud intelectual”. “No hicieron doctrina común —sigue diciendo de sus antecesores—. No estaban unidos por otro lazo que el de una inquietud. No tuvieron tiempo, tampoco, de definir conclusiones. Quizá hasta estaban —con excepción de Vasconcelos— alejados de la vida mexicana. Demasiado intelectualizados, demasiado europeizados. Sólo, eso sí, con un honesto deseo de cultura, con un ferviente propósito de seriedad intelectual” (*loc. cit.*).

²⁶⁸ *Art. cit.*, p. 16.

todo el gobierno; al contrario, los destinatarios de los ataques eran hombres concretos o grupos más o menos bien definidos que habían asumido, ante alguna coyuntura específica, una posición que los irritaba precisamente porque simbolizaba una ofensa a la revolución de sus sueños. Como la representación más pura y original de la Revolución Mexicana, la generación de 1915 estuvo siempre atenta del curso de su movimiento, custodiándole, higienizándole.

Nosotros somos la Revolución —escribía un Cosío Villegas de veintisiete años—. Y conste que no afirmamos haberla hecho. Entre los revolucionarios hay tres clases: los que constituyen la revolución, los que la han hecho con las armas y los que la explotan. Somos de la primera categoría porque nuestra ideología es la ideología de la Revolución, porque no amamos la paz sino la rebeldía, porque no creemos en la sabiduría oficial sino en la del esfuerzo diario; porque preferimos la educación a las obras públicas... Quiere la nueva generación revisar, pensar sobre todo en el país, examinar, desterrar ideas, instituciones, hombres que no sean puros, útiles, eficientes, verdaderos...²⁶⁹

En realidad sí amaban la paz, y esa rebeldía de la que habla Cosío Villegas de ninguna manera significaba una inclinación por la violencia; más exactamente se trataba de un deseo vehemente de ver florecer y experimentar de primera mano la realización de las promesas de la Revolución, empezando por las inmortalizadas en la Carta Magna.²⁷⁰ Una conversación de Marte R. Gómez con James W. Wilkie nos ofrece un ejemplo estupendo:

James Wilkie: Ustedes querían entonces cumplir con la Constitución de 1917.

Marte Gómez: ¡Nosotros queríamos un México mejor!

James Wilkie: Usando como su guía naturalmente la Constitución de 1917.

²⁶⁹ “La riqueza de México”, en *La Antorcha*, 30 de mayo de 1925. Citado en Krauze, *op. cit.*, pp. 220-221.

²⁷⁰ “LA impaciencia por conquistar el paraíso los conduce a errores tácticos. Todos quieren hacerlo todo; conocer la realidad mexicana, diseñar planes salvadores, poner en práctica las soluciones halladas. Todo quieren hacerlo a la vez: el diagnóstico, la medicina y la aplicación del remedio. Todos al unísono tratan de asir simultáneamente el binocular, la pluma y la pala” (Luis González, *Los artifices del cardenismo*, p. 159).

Marte Gómez: Absolutamente la Constitución. Nada que no fuera la Constitución, y nada que no fuera una constitución preparada para las necesidades de México.²⁷¹

Si algo había fascinado a estos jóvenes había sido la promulgación de la Constitución de 1917. Era un texto milagroso, la primera evidencia de que la Revolución Mexicana tenía algo que ver con ellos. “Creíamos que aprobada la Constitución —platica Gómez Morín— por virtud de los poderes mágicos de la palabra, por los carismas constitucionales, cambiarían las cosas”, y si más tarde vinieron las críticas “advirtiendo en la Constitución nueva los restos de una constitución liberal con los preceptos de un socialismo no digerido todavía, y algunas cosas de barbarie como el artículo 130 y otros que eran notoriamente persecutorios e indebidos”, el texto constitucional no dejaba de hechizarlos, precisamente porque simbolizaba un nuevo nacimiento de su patria y contenía lo que sería de veras “permanente en la vida de México”.²⁷²

Quizás por momentos no habrán creído, como Cosío Villegas, en la “sabiduría oficial”, pero pertenecían a ella de la forma más absoluta: la personificaban. En sus modos de relacionarse con el régimen, criticando a veces a unos hombres, defendiéndolos en otras; entrando y saliendo de las oficinas públicas; colaborando aquí y allá, o negándose a hacerlo; redactando y justificando las iniciativas de ley, y luego persuadiendo a los diputados para que las aprobaran; volviéndose ellos mismos diputados; afiliándose y renunciando más tarde a algún partido político; en fin, en una

²⁷¹ Wilkie, *op. cit.*, p. 89. Entrevista del 16 de abril de 1964. En la misma entrevista Marte Gómez recuerda cómo entre él y el gobernador de Tamaulipas, Emilio Portes Gil, que lo había llamado a colaborar en su gobierno como Jefe del Departamento de Fomento y presidente de la Comisión Local Agraria del Estado, organizaron la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Tamaulipas, “*el primer esfuerzo de la organización campesina auténtica que se condujo en México*” (*Ibid.*, p. 86; subrayado propio). Todos se sintieron pioneros, todos inventaron nuevas instituciones, nuevas formas de organización, que daban a México el carácter original de su vida política y social. Todos fueron constructores. Era su destino como revolucionarios del nuevo tipo.

²⁷² *Ibid.*, p. 151. Entrevista del 12 de junio de 1964.

palabra, haciendo mucha política, se materializaba en ellos de la forma más palmaria la nueva estabilidad del régimen de la Revolución. Ellos eran la puesta en escena del nuevo discurso y estilo revolucionarios. Y no amaban otra cosa más que esa revolución que ellos consumaban imaginando y estableciendo leyes e instituciones, una revolución que pudieron hacer sólo a partir de 1920 gracias a que era la misma que deseaban hacer los nuevos gobernantes. No es una casualidad que Gómez Morín haya pensado durante toda su vida que la Ley de Crédito Agrícola, *su ley*, era “una de las cosas más grandes que se [habían] hecho en toda la Revolución”,²⁷³ precisamente porque la había podido elaborar él solo, sin mirar recetas —no existían—; una ley concebida en México y sólo para México por un hijo de la primera camada que engendró la Revolución.

Las armas les repelían; en cambio, la vida institucional los enamoraba. Daniel Cosío Villegas, por ejemplo, confesó años más tarde las emociones que la revolución de Agua Prieta produjo a su grupo: “A pesar de que juzgamos irreal —dijo—, aun arbitrario, el propósito de Carranza de darle al México de entonces un presidente civil, no dejó de sacudirnos hasta la raíz la forma de considerar inevitable el recurso a las armas para persuadirlo de lo contrario, y mil veces más todavía su execrable asesinato”.²⁷⁴ Comprendían la lógica de la violencia en una situación revolucionaria, pero era una táctica detestable: en principio porque a sus ojos ya era un recurso eludible, pero sobre todo porque les era tan ajeno a sus formas y propósitos que los excluía por completo. Recordemos un pasaje de *La sombra del caudillo* en donde Guzmán define la política violenta de la Revolución, precisamente la que éstos jóvenes ansiaban dejar atrás: “—O nosotros le madrugamos bien al Caudillo... o el Caudillo nos madruga a nosotros; en

²⁷³ Carta a Vasconcelos, 1 de marzo de 1926. Citada en Krauze, *op. cit.*, p. 233.

²⁷⁴ *Art. cit.*, pp. 18-19.

estos casos triunfan siempre los de la iniciativa. ¿Qué pasa cuando dos buenos tiradores andan acechándose pistola en mano? El que primero dispara, primero mata. Pues bien, la política de México, política de pistola, sólo conjuga un verbo: madrugar”.²⁷⁵

El error de Carranza había sido el deseo de una quimera: México aún no estaba listo para una política tutelada por un civil. Pero aceptada esta realidad, este pequeño inconveniente, los civiles, especialmente los civiles con ideas, tenían un gran papel que desempeñar. Y si por momentos percibieron que la política del revólver, con su lógica de brutalidad y violencia, desestimaba su labor intelectual constructiva, sabían que para ellos, revolucionarios auténticos sin tacha, no había otro camino que hacer la revolución desde el gobierno, aún cuando éste haya sido el autor de tan “execrable asesinato”: “ya no era tiempo de pensar seriamente en la posibilidad de trabajar fuera del gobierno — continúa diciendo Cosío—, si bien ha de considerarse en descargo nuestro que en aquella época la línea divisoria entre el gobierno, que era la revolución, y la iniciativa privada, que era la reacción, resultaba, a más de cortante, premonitoria”.²⁷⁶ ¿Con el gobierno o con la reacción? Para un intelectual “avanzado” la pregunta no sólo sobraba, era un insulto. El gobierno se había convertido en un imán gigante, en el receptáculo natural de una población de jóvenes profesionistas en constante aumento, que necesitaban sentirse partícipes del nuevo México. Imploraban el “advenimiento definitivo” del nuevo régimen, constantemente retrasado por algunos hombres impuros que pretendían hacer de la Revolución Mexicana algo que no era, ni podía ser nunca. Hombres que le robaban su carácter único y excepcional:

²⁷⁵ Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, México, Compañía General de Ediciones, 5ª ed., 1962, pp. 207-208.

²⁷⁶ *Ibid.*, p. 23.

revolucionarios contra la Revolución, [que] piensan que ésta aquí se hace para implantar teorías de incomprobada eficacia o formas extranjeras de gobiernos revolucionarios. Éstos proceden con la misma engañada lógica de los que combaten la Revolución con las ideas universales del siglo XIX, sólo que cambian de siglo y mientras aquéllos defienden un pasado lejano, éstos pelean por un futuro ajeno también... Así, amigos y enemigos, por maldad o por interés unas veces, por falta de ideología generalmente, retardan el advenimiento definitivo de un nuevo régimen, convierten en lucha y en dolor lo que quizá podría ser, cuando la Revolución ha triunfado militarmente y en la opinión, materia de inmediata realización y de construcción de un nuevo sistema político y jurídico.²⁷⁷

Una toma de conciencia

Lo que experimentaban estos jóvenes incorporados al régimen no era privativo de su grupo. Ese deseo de consolidación del Estado revolucionario circulaba por todos los rincones del país, incluso entre las filas del ejército, que se depuraba y profesionalizaba aceleradamente bajo la dirección del general Joaquín Amaro. Los caudillos locales con mando de tropa empezaban a ser meras reminiscencias del pasado. Si deseaban conservar su poder, si querían ejercer algún tipo de influencia sobre el gobierno de la Revolución, la política parecía una vía mucho más realista que la militar. Las decisiones trascendentales se estaban tomando en las oficinas del secretario de Gobernación, en la Cámara de Diputados, en el Senado, o bien en las casas particulares de los generales Obregón y Calles; ya casi nada sucedía en los cuarteles, nada políticamente relevante, hemos querido decir. El cuartelazo sólo permitía a los rebeldes escoger entre dos caminos alternativos — la reacción o el exotismo—, ambos bastante sinuosos y a todas luces infértiles, por no decir catastróficos y fatales.

La rebelión encabezada por Adolfo de la Huerta contra la candidatura oficial del general Calles no tuvo realmente una bandera que agitar. Aún cuando en su *Manifiesto*

²⁷⁷ Citado en Krauze, *op. cit.*, p. 196.

Revolucionario del 7 de diciembre de 1923 De la Huerta se jacta de que nunca antes “en los anales de nuestra historia política se ha sabido exteriorizar con más exactitud y con mayor justificación la conciencia colectiva” como lo hacían él y sus huestes,²⁷⁸ la realidad era otra muy distinta. Salta a la vista, en primer lugar, la resistencia que puso el mismo De la Huerta cuando se le llamó a encabezar un movimiento armado; casi podríamos decir que fue obligado a asumir el liderazgo de la rebelión por un grupo de políticos y militares que apoyaban su candidatura y cuyos intereses entraban en conflicto directo con el callismo en pleno auge.²⁷⁹ De la Huerta se va a la guerra sin desearlo y nunca encuentra la manera de ofrecer a los mexicanos algo distinto de lo que ofrecía el gobierno. Su *Manifiesto* no hace más que repetir, con un simplismo escolar, las tesis que Calles pregonaba de un lado a otro sin tregua: reglamentación del artículo 123, resolver el problema agrario siguiendo el espíritu del artículo 27, respeto absoluto de la Constitución, etcétera, etcétera.²⁸⁰ El movimiento estaba desamparado; un desierto total de ideas. Le quedaba únicamente el tema de la imposición: el general Obregón, al igual que sucedió antes con Carranza, dice el *Manifiesto*, se había convertido en el “líder político de la impopular candidatura del general Plutarco Elías Calles, a fin de asegurarse más tarde una inmediata reelección que la nación rechaza y que nuestra ley condena”.²⁸¹ En lo segundo —la intención de Obregón de reelegirse— la historia le confirmó; sin embargo, ¿dónde estaba lo impopular del general Calles? ¿Acaso no seguían al candidato las multitudes más numerosas jamás antes vistas en una campaña política? Calles disfrutó durante sus giras, como nadie antes de él en México, del impresionante espectáculo que

²⁷⁸ “Manifiesto revolucionario de don Adolfo de la Huerta”, en *Planes políticos y otros documentos...*, p. 266.

²⁷⁹ Cf. Dulles, *op. cit.*, pp. 188-200.

²⁸⁰ Manifiesto citado, pp. 268-269.

²⁸¹ *Ibid.*, pp. 267-268.

ofrece una política de masas. Su toma de protesta como presidente de la República fue todo un hito: la inauguración de un estilo político. Sin duda más de uno de los presentes debió maravillarse ante el imponente panorama: se habían reunido alrededor de treinta mil espectadores en el Estadio Nacional²⁸² para celebrar la primera sucesión pacífica del régimen revolucionario, nada se le comparaba; claramente se había abierto una nueva era política para el país. No obstante, faltaban algunos años para que la nueva clase gobernante tomara conciencia plena del nuevo mundo que habitaba.

La rebelión de Gómez y Serrano padeció los mismos males que el delahuertismo. Si De la Huerta había dado muestras de gran escepticismo cuando fue solicitado por los rebeldes armados, las historias y anécdotas que existen sobre los levantados de 1927 nos dejan en claro que estos hombres se sabían derrotados de antemano. A principios de octubre, Arnulfo Gómez se preparaba para salir rumbo a Veracruz: la rebelión era inminente y sus palabras llevan un dejo de arrepentimiento y resignación, se da cuenta de que ha sido expulsado del paraíso revolucionario del que tan cómodamente había formado parte como miembro de la elite política y militar más selecta. Conversando con dos de sus más fieles, los licenciados Rafael Martínez de Escobar y Francisco J. Santamaría, Gómez adivinaba su trágico porvenir:

Sus vidas me son muy preciosas —decía a sus amigos— y no quiero ver que las pierdan en este asunto. Yo, sí; eso es exactamente lo que me va a suceder. Sé que todo este asunto ha fracasado, pero no es posible hacerse para atrás. Sé que todo nos ha arrastrado a este enredo y tengo que salir de aquí para ver si me puedo salvar, o de lo contrario afrontar lo que venga.²⁸³

²⁸² Dulles, *op. cit.*, p. 245.

²⁸³ Citado en *Ibid.*, p. 318. Más o menos es la misma actitud de Villarreal, quien se encontraba escondido en la ciudad de México y que además ya cargaba a costas con la experiencia del delahuertismo: “No tengo mucha fe en lo que va a suceder aquí —decía—; y aun si Serrano está en Cuernavaca, pienso que lo mejor sería ir mañana a Texcoco... y unirme a Rueda Quijano, en quien tengo plena confianza” (citado en *Ibid.*, p. 319).

Creamos por un momento en las palabras de Gómez, quizás él y sus huestes en efecto fueron *arrastrados* sin remedio a ese enredo fatal.²⁸⁴ Algo que no podríamos decir, en cambio, sobre el siguiente levantamiento, el de Escobar, pues dos sucesos habían ratificado decisivamente la estabilidad del nuevo régimen, dejando claro, a la vista de todos, que sólo aceptando el camino civilizado de la política se podía acceder a las estructuras de poder: la muerte del general Obregón y la convocatoria a formar el Partido Nacional Revolucionario.

Hemos dicho al inicio de nuestro capítulo que suele pensarse que el asesinato de Obregón dejó un gran vacío de poder en la clase gobernante. Pensamos diferente. En términos de la simbología de la Revolución Mexicana, Obregón ocupaba sin duda el lugar del jefe supremo, el garante de la unidad y la paz entre los miembros de una familia revolucionaria que todavía olía a pólvora, la única razón de que todos los logros de la Revolución no se vinieran abajo. Todos resultaron ser temores de una época pasada. La reelección del caudillo fue aceptada y justificada precisamente con argumentos fundados en un miedo incontrolable al caos, a perderlo todo, a un retorno a los momentos más sangrientos de la Revolución, como si todas las conquistas del nuevo régimen dependieran directa y exclusivamente del héroe de Celaya. Marte R. Gómez, uno de aquellos jóvenes que habían aprendido a pensar con la Revolución, escribió en una ocasión refiriéndose a la rebelión de Serrano y Gómez:

La bandera de la sublevación fue el antirreeleccionismo, pero el país no siguió a los rebeldes a pesar de la popularidad que esa bandera tiene en México, porque se

²⁸⁴ La rebelión de Serrano y Gómez no sólo adoleció de escasez de recursos materiales, sobre todo, carecía de un espacio ideológico para articular el movimiento. El gobierno consolidaba cada vez más su monopolio sobre el lenguaje revolucionario. Nada sin el sello “oficial” tenía posibilidades de adquirir un carácter revolucionario legítimo.

consideraba que la madurez política del general Obregón era una garantía para el país, mientras que Serrano con una conducta personal poco edificante y Gómez con una ligereza que daba escasas garantías no podían ser opositores serios de un caudillo que estaba en la cúspide de la madurez.²⁸⁵

La misma razón nos da Lombardo Toledano, entonces militante activo del Partido Laborista, cuyo líder, Morones, se había distanciado de Obregón y tuvo que aceptar su candidatura a regañadientes:

Yo expuse en el seno del Partido Laborista —narra Lombardo— que nosotros debíamos mantener el principio de la no reelección, porque no había que olvidar el período de Porfirio Díaz. Pero que la reelección como tal o la no reelección no tenían ningún valor, porque esos son principios que se aplican a la realidad concreta de un país en una etapa histórica determinada. Agregué que en el caso concreto, a mi juicio, lo importante era evitar una guerra civil y que, por ese motivo, habría que aceptar la reelección de Obregón y decirlo públicamente.²⁸⁶

En términos generales, la clase política mexicana aceptó la reelección del caudillo. Unos por convicción, otros sintiéndose obligados, otros más bajo amenaza; pero todos dieron, como para convencerse a sí mismos, razones similares: Obregón era el pilar de carga de todo el edificio de la Revolución. De alguna forma tenían que justificarse ante sí mismos por el atentado que cometían contra uno de los símbolos más viejos de su lucha, la no reelección, el origen. De ahí las vaguedades de sus argumentos.

El caudillo en apariencia se imponía sobre cualquier cosa, incluso sobre lo más sagrado; su poder parecía absoluto. Pero en realidad lo que se imponía era la *idea* del caudillo, el reflejo de una época que en buena medida ya no existía. La relativa tersura con que se logró modificar el texto constitucional para permitir la reelección, sin duda se debió a que el presidente Calles jamás se opuso enérgicamente a la medida. En un enfrentamiento abierto con el gobierno federal, Obregón hubiera tenido muchos

²⁸⁵ Marte R. Gómez, carta del 2 de diciembre de 1955. Citado en Dulles, *op. cit.*, p. 329.

²⁸⁶ Wilkie, *op. cit.*, p. 271. Entrevista del 13 de mayo de 1964.

problemas para imponer su voluntad, incluso, nos atrevemos a decir, su destino hubiera sido similar al de Adolfo de la Huerta. El poder del caudillo de Sonora, al finalizar el decenio de los veinte, obedecía más a sus vínculos con la política nacional y local que con las fuerzas armadas; su influencia la ejercía por medio de líderes campesinos y obreros, dirigentes partidistas, gobernadores, secretarios de Estado y, por supuesto, del presidente Calles.²⁸⁷

Pero la personalidad de Obregón no podía ser despojada del aura mitológica que la envolvía. Ni la fuerza de los hechos, es decir, la evidencia de que México tenía ya un sistema político más o menos estructurado, donde los caudillos engrandecidos en la guerra comenzaban a ser tan prescindibles como cualquier otro miembro de la familia revolucionaria, podía matizar la carga simbólica del gran general sin derrotas. Nadie, pues, tiene por qué extrañarse de que la desaparición de Obregón haya generado tal desasosiego y alarma entre sus huestes.

La muerte del general Álvaro Obregón —afirman Meyer, Segovia y Lajous— fue, en más de un sentido, la crisis interna más fuerte por la que haya atravesado el grupo gobernante durante el periodo revolucionario; de ella habrían de derivarse, directa o indirectamente, la fundación del Partido Nacional Revolucionario, la creación del maximato, el vasconcelismo y la rebelión escobarista. Podría añadirse que *toda la vida política mexicana respondió al asesinato del caudillo*.²⁸⁸

²⁸⁷ Luis Javier Garrido tiene una opinión que difiere de la nuestra. Para él todo el poder que ejercía el general Obregón dependía de su control sobre los jefes del ejército (*op. cit.*, p. 51). Si concentramos nuestra atención en los momentos de crisis, Garrido habla con la verdad. La rebelión de Adolfo de la Huerta, no podía ser de otro modo, fue derrotada gracias a la fidelidad de las fuerzas armadas al gobierno obregonista. Pero en los años veinte la violencia se reduce a unos cuanto episodios aislados, de ninguna manera es la norma. La política cada vez es más civilizada y depende de la negociación más que de la imposición.

²⁸⁸ *Historia de la Revolución Mexicana. Los inicios de la institucionalización, la política del maximato*, núm. 12, México, El Colegio de México, 1978, p. 17 (subrayado propio). Para tener un punto de referencia útil sobre la magnitud de este suceso: ningún evento de la vida política mexicana —incluyendo la nacionalización de la industria petrolera y el conflicto entre Calles y Cárdenas— ha vendido tantos periódicos como el asesinato del caudillo de Sonora (Dulles, *op. cit.*, p. 344).

En efecto, la vida política del país entró en estado de alerta. El hombre de quien dependía el éxito de todos había desaparecido; el mundo que decían habitar amenazaba con derrumbarse sobre sus cabezas. Pero ningún pronóstico se confirmó, y es precisamente lo que *no* sucedió lo que resulta asombroso. Desde todos los rincones del país llegaban rumores de sublevación; la amenaza se podía respirar en el aire. Pero nada se materializó en esas semanas agitadísimas que siguieron a la caída del manco de Celaya. En cambio, si algo caracterizó esos momentos desconcertantes, fue una intensa actividad política. En apenas ocho años, entre 1920 y 1928, se había operado un cambio cualitativo de enorme trascendencia en la política mexicana que, por una parte, hacía prescindible la personalidad del caudillo Obregón y, por otra, hacía terriblemente indeseable una rebelión que atentase contra el *status quo*. El destino revolucionario del régimen mexicano estaba garantizado, independientemente de sus caudillos, se hallasen o no en la “cúspide de la madurez”.

No faltaron los obregonistas furibundos dispuestos a incendiar el país. Sin embargo, eran claramente una minoría. El grueso del grupo prefirió aceptar la nueva situación. Con la guerra había demasiado qué perder. La ansiedad y el encono de aquellos que culpaban del crimen al general Calles y deseaban liquidarle inmediatamente se diluía detrás del rumor ininterrumpido de la política: reuniones secretas y públicas del presidente con obregonistas destacados, militares y civiles, que sin duda comprendieron la gravedad de la crisis, pero también cayeron en la cuenta de las oportunidades que se presentaban para impulsar sus propios intereses.

Las semanas entre el 17 de julio y el 1° de septiembre de 1928 debieron significar una auténtica *revelación* para la elite política mexicana; como si súbitamente cobrasen

conciencia del sobre el terreno que pisaban, de las normas que regían su mundo, el que ellos habían creado con sus manos. Sus temores más hondamente arraigados resultaban infundados. Por ello, cuando el ánimo de los obregonistas más exaltados y resentidos bajaba de tono, la familia revolucionaria, en términos generales, estuvo bien dispuesta a enamorarse del fabuloso discurso que la pluma de Casauranc había elaborado en ocasión del último informe de Calles. La oración del presidente “de inmediato impuso ley entre todas las fuerzas políticas del país”.²⁸⁹ Se había materializado ante los ojos de la clase gobernante un mundo nuevo, el de la política institucional, un mundo que habían estado habitando por varios años, pero que había estado oculto, eclipsado detrás del deslumbrante prestigio del caudillo. Calles recoge la bandera de la institucionalización y se transforma automáticamente en el líder de la familia; “se dirige a la nación, desde luego, en su calidad de presidente de la República, pero ante todo como el nuevo jefe reconocido de todos los revolucionarios y su primer acto es hacer una definitiva rendición de cuentas con el fenómeno del caudillismo”.²⁹⁰

La amenaza de revuelta siguió viva, pero el informe del presidente fue un antídoto extraordinario.²⁹¹ Para tranquilidad de los obregonistas, Calles había jurado que no permanecería en la Presidencia un minuto más del que la Constitución le autorizaba. Y si el discurso no produjo maquinalmente la tranquilidad del conjunto de la clase política, fue un buen comienzo. A partir de aquel memorable 1º de septiembre la actividad política giró alrededor de las palabras del general Calles, que formarían en adelante el corazón del

²⁸⁹ Córdova, *op. cit.*, p. 34.

²⁹⁰ *Ibid.*, p. 35.

²⁹¹ Sin duda en política las palabras pesan. Inmediatamente después del discurso de Calles se hicieron sentir sus consecuencias. La gran mayoría de los obregonistas adoptaron como propias las palabras del presidente. En realidad no deseaban regresar a los campos de batalla, la política institucional era mucho más tentadora. Los restos del obregonismo beligerante pagaron el precio del ostracismo: los diputados fieles al extinto Obregón se deshicieron de su excitado líder Topete (Dulles, *op. cit.*, p. 362).

discurso oficial. El informe se convirtió en la justificación de casi todo lo que ocurrió después y que culminaría con la creación del Partido Nacional Revolucionario. Seguramente no existe otra pieza de oratoria oficial en la historia moderna de México a la que se le haya rendido culto tan intensamente.²⁹²

La principal preocupación seguían siendo los hombres del ejército. Cuatro días después del informe, el 5 de septiembre, Calles convocó a una reunión urgente de generales en Palacio Nacional.²⁹³ Lo fundamental era reafirmar la actitud apolítica de las fuerzas armadas.

Posiblemente mis palabras serán un poco duras —dijo el presidente—, pero... no tienen por objeto lastimar a nadie... El ejército debe conservar la respetabilidad que se ha creado, guardando una perfecta unidad... Tienen que presentarse los dos problemas fundamentales de que hablamos en el ‘Informe presidencial’: la designación del presidente provisional y la candidatura para presidente constitucional... desunido el ejército, vendrá como consecuencia ineludible la desunión de toda la familia revolucionaria... Yo estimo que en este período, el ejército debe mantenerse al margen de la situación; que ninguno de sus miembros debe presentarse como candidato, porque ese solo hecho traería la división dentro de la institución... Si algún miembro del ejército... cree que estoy en un error, mis palabras no llevan ningún compromiso para quienes las escuchan...²⁹⁴

Todos los presentes aceptaron los argumentos. La política pertenecía a los políticos profesionales, y el ejército confiaría en su sabiduría, especialmente en la de Calles, político de políticos. Entonces el general Escobar dijo: “Yo creo que debemos confiar

²⁹² Es muy difícil toparse con algún documento o discurso importante de la época que no haga referencia al informe de Calles. Está presente en cada pieza retórica de trascendencia: la convocatoria a fundar el PNR, las oraciones de los presidentes de la República, las intervenciones de los diputados en la cámara, las arengas de los dirigentes del partido. Todo mundo quedó embelesado con las palabras del general Calles. El informe, puede argüirse, es el símbolo retórico más representativo del periodo que conocemos como maximato.

²⁹³ “Entre los presentes se encontraban Amaro, Saturnino Cedillo, Abundio Gómez, Limón, J. Jiménez Méndez, J. L. Amescua y Agustín Mora. También estuvieron presentes los siguientes jefes de Operaciones Militares: Urbalejo, J. M. Aguirre, Almazán, Francisco Manzo, Escobar, Cruz, Lázaro Cárdenas y P. Gabay. Concurrieron además catorce generales de brigada.” (Dulles, *op. cit.*, p. 359).

²⁹⁴ Citado *Ibid.*, p. 359. Poco después, Calles comunicó a los revolucionarios prominentes que permanecieran en sus puestos por lo menos hasta el 21 de noviembre de 1928, para imposibilitar legalmente sus candidaturas en las elecciones del 20 de noviembre del año siguiente. Quien desobedeciera el mandato, revelaría así sus verdaderas intenciones. Los que acataran la orden, en cambio, sólo tendrían el recurso de la rebelión para imponerse (*Ibid.*, p. 374).

absolutamente en el señor presidente; él sabe bien que no tengo la intención de cometer un acto de servilismo... pero lo considero con una visión política muy superior a la nuestra, porque él sí está especializado en cuestiones políticas”. El futuro levantado siguió diciendo, convirtiéndose en profeta de su propio fracaso:

Quiero manifestar que los cuartelazos... ya pasaron a la historia... El ejército ha quedado definitivamente purgado de los elementos sin vergüenza... Ya no debemos admitir la palabra ‘cuartelazo’, debe ser proscrita absolutamente. Si el señor presidente, en su informe ante el Congreso, se constituyó en fiador del ejército, lo hizo porque considera que el ejército actual no es el ejército de los cuartelazos.²⁹⁵

Pero el cuartelazo ocurrió aun después de todas las precauciones que se tomaron. Nada logró salvar a estos hombres de cometer el peor error de sus vidas, y se trató de convencerlos por todos los medios a la mano. La muerte de Obregón, el informe de Calles, la convocatoria a formar un gran partido nacional de revolucionarios, los nuevos lazos fortalecidos entre el obregonismo y el callismo, todo indicaba una circunstancia novedosa que demandaba, a su vez, nuevos estilos de comportamiento, pero estos infidentes de la Revolución no querían ver lo que estaba ante sus ojos. Y todo se había vuelto tan explícito: las bondades del poder, la estabilidad de la nueva elite política, la gloria de la inmortalidad en los libros de historia, ¡los negocios que tenían por delante!: los revolucionarios eran los dueños de la situación, y unos cuantos desquiciados pretendían tirarlo todo por la borda con su actitud anacrónica de violentos, cuando lo que se requería entonces era prudencia, serenidad, disciplina.

La correspondencia del general Abelardo Rodríguez, entonces gobernador del distrito norte de Baja California, con los principales jefes escobaristas, nos ofrece los ejemplos más elocuentes de esta toma de conciencia de la clase revolucionaria. En primer

²⁹⁵ Citado *Ibid.*, p. 360.

lugar, Rodríguez es intransigente en defensa de la idea de que el ejército debe permanecer apolítico, condición *sine qua non* de la nueva política recién descubierta. “Es necesario convencernos —escribe Rodríguez al general Fausto Topete, gobernador de Sonora— de que no es el ejército o parte de él el que debe elegir al hombre que rijan los destinos de la República, cuya elección debe ser hecha por la voluntad popular”.²⁹⁶ Pero el asunto no se limitaba a los principios o la honorabilidad del cuerpo del ejército. Rodríguez advierte lo que está en juego, lo que torpemente estos hombres estaban por abandonar:

Todos tus esfuerzos por el adelanto del Estado —sigue previniendo al gobernador Topete— se vendrán por tierra y retrocedería su actividad a no sé cuántos años... Ya el pueblo de México está cansado de las guerras entre hermanos, y no secundaría ningún movimiento revolucionario y mucho menos si éste es injustificado... [Sigue] trabajando como hasta ahora por el bien de nuestro Estado natal, de donde surgirás mucho más grande con tu nombre consagrado como uno de los gobernantes que más hicieron por engrandecer su Estado, pudiendo tú gozar de la satisfacción de haber terminado tu obra de progreso con el mismo éxito que la has comenzado.²⁹⁷

Las armas eran sencillamente un disparate. El éxito y la gloria, el poder, estaban en el ejercicio gubernamental cotidiano: en la construcción de escuelas, hospitales y carreteras, en la organización de sindicatos, en la promesa de un gran partido nacional; no, por supuesto, en la guerra, volando las vías del ferrocarril, tirando postes telegráficos y asaltando plazas públicas y cuarteles militares. Y no solamente —como le recriminaba Abelardo Rodríguez en otra carta al general Francisco Manzo— porque el movimiento que se avecinaba era “el más injustificado que en la historia de nuestro desgraciado país se ha originado” y ello traería “la ruina y desastre más espantosos; las naciones extranjeras nos perderían el respeto; se ahuyentará definitivamente el capital de inversión

²⁹⁶ Rodríguez a Topete. Carta del 29 de enero de 1929. *Planes políticos y otros documentos...*, p. 304.

²⁹⁷ *Loc. cit.*

que está en desarrollo; se nos dejará aislados como nación inculta, y no será remoto que encuentren motivo o pretexto para una intervención armada”; no sólo por eso, sino porque estaban en juego cosas más importantes y mucho más valiosas: los intereses privados de los hombres de la Revolución. La forma como Rodríguez lo expone no deja de tener algo de gracia:

Tengo la seguridad —continúa diciendo a Manzo— de que si nuestro inolvidable jefe general Obregón viviera, o por algún fenómeno extraordinario pudiera comunicarse contigo, reprobaría y condenaría este movimiento y se avergonzaría de que sus amigos, y hasta cierto punto discípulos, fueran los componentes de esta revolución. Tú tienes cimentado ya tu hogar. Tienes hijos a quienes adoras. Qué, ¿pretendes dejarles como único legado la ignominia? ¿No has pensado que puedes dejarlos en la indigencia o quizá expatriados? Tienes en tus manos tanto la felicidad de ellos como la tuya, y en ti está gozar desde ahora de la satisfacción de que algún día se sientan ellos orgullosos de su padre.²⁹⁸

En efecto, la mayoría de los hombres de la Revolución se habían garantizado ya un futuro a todas luces próspero. Nadie lo sabía mejor que Abelardo Rodríguez, quien había acumulado una de las fortunas más sobresalientes de México. Nada más absurdo que dejarlo todo por la guerra civil. El país entero era de ellos. Había suficientes glorias en el proyecto de reconstrucción nacional para satisfacer a toda la familia de la Revolución Mexicana; había suficientes negocios, también. No podía uno inclinarse por la violencia ante el primer revés sufrido en la política. La disciplina y la paciencia eran las nuevas virtudes a cultivar; todos tendrían su recompensa: “Tú eres joven aún —Rodríguez trataba de persuadir a Escobar— y debes confiar en el porvenir, que no dudo te será

²⁹⁸ Rodríguez a Manzo. Carta del 3 de febrero de 1929. *Planes políticos y otros documentos...*, pp. 304-306. Queremos dejar registro de nuestra sincera disculpa al general Rodríguez, precisamente por haber usado sus palabras en el sentido “torcido” que él previó que se le daría y trató de evitar. Su carta al general Manzo concluye con la siguiente petición: “cualquiera que sea tu determinación definitiva, respetarás como sincera mi intención, guardando sólo para ti mis palabras, que otros podrían juzgar torcidamente. Soy con el cariño de siempre tu adicto amigo y compañero” (*Ibid.*, p. 306).

brillante como premio bien merecido a tus esfuerzos. No debes desesperarte ni violentarte en la vida”.²⁹⁹ Lo implícito se había vuelto explícito, si no para todos, para la mayoría.

Un partido emisario

Cuando sesionaba en Querétaro la convención de revolucionarios de la que surgiría el PNR, llegaron las primeras noticias de que la rebelión escobarista había estallado. El general Pérez Treviño comunicó la nueva y fue implacable en su caracterización del movimiento: no se trataba más que “dos grupos de infidentes: uno en Veracruz y otro en Sonora, sin causa alguna, sin ninguna bandera, porque no hay quien pueda inscribir en ninguna bandera principios que exalten la voluntad popular en contra del Gobierno de la República”.³⁰⁰ Sobre la imposibilidad de justificar y agitar una bandera revolucionaria frente al gobierno nadie le cuestionaría; sin embargo, Pérez Treviño, fue mucho más lejos al advertir que en México

Estamos viviendo un momento histórico de enorme trascendencia. A la cabeza del Ejército Nacional está un civil [el presidente provisional Emilio Portes Gil], que a falta de los grados del Ejército tiene también, *como cualquiera, como el mejor de los militares*, grabado en su conciencia el cariño por la Revolución y las dotes

²⁹⁹ Rodríguez a Escobar. Carta del 4 de febrero de 1929. *Planes políticos y otros documentos...*, p. 309.

³⁰⁰ Discurso de Pérez Treviño en la Convención, 3 de marzo de 1929. *Historia documental del partido de Revolución*, México, ICAP, 1981, t. 1, p. 106. En la misma lógica, Emilio Portes Gil estuvo en lo cierto cuando afirmó que “[ni] los mismos rebeldes [sabían] a punto fijo cuáles fueron las causas que inspiraron su movimiento” (Declaraciones de Emilio Portes Gil a la *North American News Paper Alliance*, reproducidas el 25 de marzo de 1929 en *El Dictamen*, periódico independiente del Puerto de Veracruz. Citado en *Planes políticos y otros documentos...*, p. 312). Estas apreciaciones del escobarismo ayudan a restarle un poco lo inaudito a las explicaciones que dieron los generales Manzo y Bernal de su arrepentimiento, cuando tuvieron que huir de Sonora para salvar sus desorientadas vidas: “el 14 de abril de 1929 —nos cuenta John Dulles— expidieron un manifiesto a sus ‘compañeros’, en el que decían que llegaron a la conclusión de que habían sido engañados por un ‘grupo de líderes militares ambiciosos y políticos perversos’ y que por tal razón habían olvidado sus ‘deberes’. Anunciaban que puesto que habían llegado a esta conclusión y puesto que se oponían al derramamiento inútil de sangre, abandonaban la rebelión.” (*op. cit.*, p. 416).

cívicas que puede necesitar cualquier ciudadano para estar en su puesto y defender las instituciones.³⁰¹

Diez años después del primer intento fallido, los mexicanos estaban listos para su gobierno civil. La Presidencia de la República, como institución suprema del poder político, en adelante ungiría con el grado de máximo revolucionario de México al hombre que temporalmente la representase.³⁰²

Todos reprobaban abiertamente la rebelión. Incluso Vasconcelos, quien hacía su heroica campaña por la Presidencia desde la oposición. Para él los rebeldes no merecían “ninguna simpatía”: “un movimiento meramente militar, cuya mira es destruir un poder creado por los mismos que hoy combaten”, dijo. Y agregó, haciendo hincapié en el civilismo recientemente conquistado por los revolucionarios:

Ante la amenaza de ver directorios militares o caudillajes sombríos, debemos acallar rencores para atender al presente y resolvernos a apoyar al Gobierno civil que preside el licenciado Portes Gil.

En el pacto tácito que todos celebramos al iniciar la presente campaña electoral, los candidatos nos comprometimos a acatar la autoridad del Gobierno y éste a no estorbar nuestras actividades políticas. Y no hay hasta ahora razón grave para que nosotros declaremos violado o concluido el pacto. Al contrario, vemos en la continuación del Gobierno del licenciado Portes Gil la mejor posibilidad de que lleve adelante la campaña democrática que, según parece, han querido interrumpir aquellos que no se sienten seguros de triunfar con el voto.³⁰³

Ahora bien, Vasconcelos, si no tan extraviado como los rebeldes, tampoco podríamos decir que comprendía del todo el terreno que andaba pisando. En primer lugar porque el romántico exateneísta no descartaba del todo el recurso de la lucha armada, y todos

³⁰¹ Discurso de Pérez Treviño en la Convención, 3 de marzo de 1929. *Historia documental...*, p. 106.

³⁰² Indicativo de esta transformación en la legitimidad y estabilidad del régimen es el hecho de que los escobaristas también pretendían impulsar la candidatura presidencial de un civil: el licenciado Gilberto Valenzuela.

³⁰³ Declaraciones de José Vasconcelos del 7 de marzo de 1929, Acámbaro, Guanajuato. *Planes políticos y otros documentos...*, p. 311.

sabemos en qué acabaron sus esperanzas de encabezar un movimiento al más puro estilo del apóstol Madero: la nada absoluta.³⁰⁴ Pero su extravío fue claro antes de su intentona de revolución; ya desde los días de su campaña electoral, cuando concluyeron las labores de la convención de Querétaro y hubo nacido el Partido Nacional Revolucionario, los seguidores de Vasconcelos se amilanaron ante la nueva organización. No los amedrentaba tanto la maquinaria electoral —en las urnas se sentían seguros de la victoria, siempre y cuando se respetase el sufragio—, lo que los llenó de dudas fue precisamente el fundamento lógico de la causa por la que luchaban. Los vasconcelistas habían blandido el radicalismo revolucionario como su mejor arma: se reconocían como los representantes más fieles de la ideología de la Revolución Mexicana, nadie les superaba en esto, eran revolucionarios puristas. Pero cuando salió a la luz pública el programa de gobierno del PNR, la fantasía que vivían estos hombres —intelectuales casi todos, miembros de esa generación que poblaba masivamente las oficinas gubernamentales— se hizo evidente ante sus ojos. Uno de los colaboradores cercanos de Vasconcelos, Mauricio Magdaleno, confesó que “cuando se hizo público el programa del Partido Nacional Revolucionario, en los primeros días de 1929, nos impresionó, muy a nuestro pesar, el acento social que en él campeaba. Para decirlo de una vez, *era nuestro propio programa*, menos tres o cuatro alegatos que fundaban nuestro credo y con los cuales les aventajábamos”.³⁰⁵ Sencillamente no había banderas revolucionarias fuera de las oficiales. ¿Cómo esperaban diferenciarse de la oferta de un gobierno con el cual compartían casi todo: una moral, un

³⁰⁴ John Skirius apunta: “El tipo de revolución de Vasconcelos —la victoria de Madero sobre Porfirio Díaz en 1911— ya no podía aplicarse en 1929. Porfirio estaba senil y vacilante cuando cayó; el régimen de Calles y del PNR demostraron su fuerza, ya que no su popularidad, sobreviviendo a toda una serie de peligros mortales en 1929” (*José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, trad. Félix Blanco, México, Siglo Veintiuno, 1978, pp. 195-196).

³⁰⁵ Mauricio Magdaleno, *Las palabras perdidas*. Citado en Córdova, *op. cit.*, p. 77 (nota al pie 62).

estilo político, una idea del futuro de México? Apenas unos meses después de haberse constituido el PNR, por conducto de *El Nacional Revolucionario*, manifestaba lo que habían experimentado los seguidores de Vasconcelos:

La posición de los partidos de clase, de aspiración a ser nacionales, tiende a hacerse dificultosa, porque cada día tienden a presentarse más y más ilógicos los grupos revolucionarios viviendo por fuera y con aspiraciones divergentes del gran grupo nacional único que se reconoce como genuino representante del Programa de la Revolución. Si un partido político nacional es por definición, la organización que por su programa de tendencias, su amplitud de dominio en las masas y sus elementos personales, está capacitado para asumir el Poder Público y sus responsabilidades ante la nación, en cualquier momento, claro aparece que los grupos de restringida acción y de principios clasistas, no pueden subsistir largo tiempo orgánicamente, a menos de una pronta incorporación al grupo afín superior, en el caso presente, al Partido Nacional Revolucionario.³⁰⁶

El discurso de la Revolución Mexicana estaba bien resguardado en la estructura gubernamental y, a partir de marzo de 1929, comenzó a estarlo en el partido. Era el lenguaje de los burócratas y jefes políticos; el mismo que empleaban Vasconcelos y sus discípulos creyéndose *otros*, más avanzados, más puros o más lo que fuere. En realidad sólo encontraban diferencias en la moral privada, y el tema de ataque más recurrente de toda la campaña vasconcelista necesariamente tuvo que ser la corrupción, los vicios de los poderosos.

La campaña de Vasconcelos no preocupaba demasiado a los hombres del gobierno; su atención se concentró en entender las razones y buscarle una solución al viejo fenómeno de los cuartelazos. La respuesta que dio el gobierno al disparate escobarista nos habla claramente de que no se le consideró, en ningún momento, un problema de carácter militar.³⁰⁷ La falla era ciento por ciento política: la incapacidad del

³⁰⁶ *El Nacional Revolucionario*, 1° de junio de 1929. Citado en Córdova, *op. cit.*, pp. 72-73.

³⁰⁷ Calles reafirmaba su fe en el ejército: “Debo comenzar estableciendo que no considero —por la rebelión de marzo— defraudada mi confianza en el ejército, cuando me constituí, en momentos solemnes,

régimen de mantener unida a la familia revolucionaria. El general Calles se había dado cuenta de que esta imperfección del sistema —lo que él crudamente llamaría después, para desconcierto de algunos revolucionarios, el *fracaso político de la Revolución Mexicana*— generaba en la nueva elite “un sentimiento de desconsuelo, de real y generalizado escepticismo político, perfectamente explicable” por los enfrentamientos mortales entre tendencias revolucionarias, especialmente notorias en coyunturas electorales estatales y municipales, que se convertían en “fácil abono para hacer germinar propósitos sediciosos o propagandas subversivas de cualquier orden”.³⁰⁸ Calles dio a conocer estas opiniones en mayo de 1929, inmediatamente después de haber regresado a la ciudad de México de combatir a los escobaristas. La necesidad de concentrar todo el poder de la Revolución en manos del gobierno federal se perfila implacable:

la verdad honrada —afirmaba Calles— es que el país sigue a los gobiernos en las crisis políticas o militares, como la de marzo último, *casi única y exclusivamente por confianza en el ejecutivo federal*; porque siente y sabe que los gobiernos revolucionarios del centro, representados en último extremo por el presidente de la República, aun con todas las lacras y deficiencias de muchos de los componentes de gobiernos locales, de ayuntamientos o de poderes federales, garantizan la estabilidad de las conquistas de orden económico-social.³⁰⁹

Diez años de reconstrucción y progreso institucional del régimen habían dejado su huella. En efecto, el verdadero garante de las conquistas materiales de la Revolución era el inamovible poder ejecutivo federal, que concentraba toda la responsabilidad de la reconstrucción nacional, además de que mantenía la pureza del espíritu revolucionario,

en fiador de la conducta noble y desinteresada de esta institución, porque la rebelión de marzo no fue, afortunadamente, crimen del ejército nacional, ni puede en justicia considerarse como mancha de esta institución revolucionaria, sino como aventura de algunos jefes ambiciosos, que por sus características mentales y de conducta, podían considerarse ya, desde antes de su defección, como definitivamente divorciados de nuestro movimiento revolucionario social” (“El nuevo partido reparará los errores políticos de la Revolución”, en *Pensamiento político y social...*, p. 286).

³⁰⁸ *Ibid.*, p. 289.

³⁰⁹ *Ibid.*, pp. 289-290.

pues aún sobrevivían algunos gobernadores de tendencias radicales que incomodaban con su “bolchevismo” al gobierno central. En cuanto a sus frutos económicos y sociales la Revolución Mexicana estaba a salvo.³¹⁰ Pero faltaba mucho por hacer en términos de homogeneización del discurso, misión cardinal del Partido Nacional Revolucionario. En principio, el partido debía garantizar un ambiente político ordenado con el fin de

aprovechar la nueva oportunidad que se presenta de una paz material lograda con tanto sacrificio, para llegar a producir una verdadera paz en las conciencias; en satisfacer... si no es posible a toda la opinión de la República, siquiera a la inmensa opinión revolucionaria de la mayoría del país que, entusiasmada y satisfecha por las conquistas legales y... materiales de orden económico-social, nos ha seguido, *aunque la hayamos defraudado en sus justas aspiraciones de orden político.*³¹¹

El propósito, pues, era hacer “*triunfar integralmente, en las conciencias de la familia revolucionaria, a la Revolución Mexicana*” para que se pudiera sentir políticamente satisfecha;³¹² es decir, convertir al nuevo partido en el objeto del deseo de la familia, en la garantía única del éxito político.

El proyecto era conquistar para cada estado de la República lo que había conquistado ya el gobierno federal: esa fantástica *paz revolucionaria*, donde incluso los enemigos conservadores tienen su espacio y su función social. Terminar de una buena

³¹⁰ “La Revolución —decía Calles—, el movimiento material y moral que viene operándose en nuestro país desde 1910, ha sido un éxito, a nuestro modo de ver, en el campo económico-social, y no creemos que pueda culpárenos de vanidosos (por la parte de responsabilidad o de insignificante mérito que podamos haber tenido en este punto) si afirmamos que también en el terreno administrativo y constructivo de la política ejecutiva del gobierno federal y de algunos gobiernos locales no ha fracasado la Revolución. Pero en el campo meramente político, en el terreno democrático, en el respeto al voto, en la pureza de origen de personas o de grupos electivos, ha fracasado la Revolución.

“El país ha sido profundamente sacudido por la convulsión de orden económico-social; nada ni nadie podrá destruir la obra lograda; las conquistas revolucionarias a estos respectos están firmemente grabadas en la conciencia popular: selladas, ratificadas por las necesidades muy reales de las grandes masas proletarias del país, y nos atrevemos a asegurar que ya no la reacción —ni la parte inteligente de la reacción—, discute la conveniencia, la necesidad, la fatalidad misma de estas conquistas de orden económico-social que forman ya parte integrante no sólo de nuestros textos constitucionales y de sus leyes derivadas, sino de la realidad social del instante y del sentimiento nacional mismo” (*Ibid.*, pp. 288-289).

³¹¹ Calles, *Pensamiento político y social...*, p. 291.

³¹² *Ibid.*, p. 292.

vez con las asperezas lingüísticas de la Revolución, para que en cada rincón de la nación mexicana se respirara el mismo aire que en la capital. Ese sería el servicio que prestaría el PNR a los revolucionarios de México: se constituiría como el partido emisario de la línea oficial establecida por el centro, el altavoz del discurso revolucionario.³¹³ El PNR no sólo garantizará en adelante el triunfo electoral de sus militantes, también le proporcionará un sentido claro y uniforme a esos triunfos. En los municipios y en los estados de la República, la Revolución Mexicana hecha gobierno se reproducía y confirmaba después de cada proceso electoral: había nacido una revolución perpetua, institucional, periódicamente ratificada por la voluntad del pueblo.

El PNR —nos dice Arnaldo Córdova—era, esencialmente, un partido de empleados y funcionarios públicos que, además, era visto así por la ciudadanía en general; un miembro del PNR, en efecto, no era para el común de los mexicanos más que un *hombre del gobierno* y era difícil que alguien pudiera verlo como un *militante* de un partido cualquiera; el penerreano, desde luego, hacía todo lo que estaba de su parte porque así fuera, pues eso era, justo, lo que le daba fuerza y sentido a su acción política.³¹⁴

Los mismos miembros de la familia revolucionaria aceptarán con franqueza esta cualidad de su organización. En mayo de 1930, cuando Emilio Portes Gil ocupaba la presidencia del partido, expuso sin tapujos las siguientes ideas:

El PNR es francamente un partido gobiernista, no vamos a engañar a la opinión pública, como se le ha engañado en épocas anteriores, presumiendo de que el PNR será un partido independiente, la Revolución hecha gobierno necesita de un órgano de agitación y defensa. El PNR se enorgullece de ser ese órgano de agitación y defensa del Gobierno. El Gobierno no tiene el programa de la

³¹³ La idea más común reproducida por el partido era la necesidad de una reacción organizada para probar la eficacia política de la nueva organización. El 27 de mayo 1929, *El Nacional Revolucionario*, órgano del PNR, declaró: “En política, es un axioma la paradoja de que la oposición franca es el principio del entendimiento general. Los actuales esfuerzos por organizar la lucha política contra la Revolución, han dado como resultante, grupos de matiz impreciso, y han sido combatidos con extrema rudeza, por el sentimiento que subleva toda disidencia, tan parecida a la traición. Pero la Revolución desea que tales grupos polaricen en un criterio definido y elijan su campo, porque ello fijará más, de paso, la recia musculatura del poderoso partido de la Revolución.” (citado en Córdova, *op. cit.*, p. 71).

³¹⁴ *Op. cit.*, p. 69.

Revolución, el partido tiene el programa de la Revolución y del Gobierno... No somos un partido de clase ni pretendemos serlo. Apoyaremos francamente, como lo hace el Gobierno de la Revolución, los intereses de las clases proletarias de México, obreras y campesinas; pero invitamos también a las demás colectividades a que vengan a fusionarse, siempre a base de que el programa radical de la Revolución sea reconocido por esas colectividades.

Poco más adelante en el mismo discurso se lee:

Id —exhortaba Portes Gil a la militancia—, llevad el convencimiento, llevad la fe, de que la función que estamos cumpliendo es una misión histórica de importancia para la Revolución y para la nación mexicana. Id convencidos de que cada uno de nosotros debe sacrificarse por su partido y por la Revolución Mexicana, porque sólo así cumpliremos con nuestros deberes de revolucionarios sinceros.³¹⁵

Todo ahora parecía tan claro para los miembros de la clase gobernante. Habían puesto todas sus esperanzas en el partido, que materializaba de una forma palmaria el proyecto en que se habían embarcado. Los militantes del partido oficial, discurría ante la Convención el general Pérez Treviño, “serán los legionarios que en toda la extensión del territorio nacional, defiendan las conquistas realizadas por la Revolución en el campo de las ideas y del derecho escrito, y sigan conquistando y consolidando, cada día más, todas las que el pueblo necesite para su bienestar y su emancipación”.³¹⁶ El PNR cerraba finalmente el perímetro del discurso oficial: ofrecía no sólo el escenario, la tribuna para el diálogo entre revolucionarios, también se constituía en la fuente principal de material retórico. El partido daba *qué* decir a sus militantes y un lugar *dónde* decirlo. A cambio sólo exigía una fidelidad y una confianza absolutas. Después de todo era un excelente negocio. El partido encierra a la familia revolucionaria en un diálogo entre ellos, donde todos sabían qué esperar de los suyos, qué frases, qué actitudes y qué rituales obedecer; el

³¹⁵ Discurso del presidente del PNR, Portes Gil. 27 de mayo de 1929. *Historia documental...*, pp. 157-158.

³¹⁶ Discurso de Pérez Treviño ante la Convención, *Historia documental...*, p. 91.

partido, se establece desde la Convocatoria a su creación, sería el “órgano de expresión política de la Revolución” que fijaría “la doctrina a sus fieles” y las “normas de acción a sus hombres representativos”.³¹⁷ No es extraño que uno de sus fundadores, Luis L. León haya dicho que en los revolucionarios reunidos en Querétaro él veía a todas las fuerzas vivas de la Revolución, “congregándose para formar el Partido Nacional Revolucionario que será la salvación definitiva del futuro de México”.³¹⁸ Sería la salvación, en efecto, de miles de hombres que desde el gobierno pretendían seguir haciendo la Revolución sin contratiempos. La creación del PNR de ninguna forma canceló el debate entre corrientes revolucionarias, sólo les dio una palestra bien delimitada para sus discusiones, y una liturgia para desenvolverse con tranquilidad y seguridad de que mientras la respetasen su pertenencia a la familia estaba garantizada.

Los rituales que el partido imponía a los miembros de la familia revolucionaria se manifestaron en infinidad de ocasiones, sin embargo, el ejemplo que deseamos utilizar aquí es quizás el más trascendental de todos. Cuando la situación política del presidente Ortiz Rubio fue insostenible y tuvo que someter su renuncia al Congreso, la nueva organización demostró a sus afiliados la buena fibra de que estaba hecha. El entonces presidente del PNR, el general Manuel Pérez Treviño se dirigió a la cámara de diputados:

este asunto es de enorme importancia, porque constituye una de las pocas oportunidades que tendrá el PNR para hacer sentir su influencia benéfica en la resolución de los problemas, dando ejemplo, al país y al mundo entero, de que nos encontramos abiertamente encauzados en los derroteros del civismo, de la ciudadanía, y de que estamos aplicando los principios más altos del espíritu democrático.³¹⁹

³¹⁷ Convocatoria a las agrupaciones revolucionarias de la República, en PRI, *Historia documental*, p. 50.

³¹⁸ Discurso Luis León ante la Convención, *Historia documental...*, p. 96.

³¹⁹ Discurso del presidente del PNR, general Pérez Treviño. 3 de septiembre de 1932. *Historia documental...*, p. 233.

Pero sobre todo esos “momentos por demás interesantes para la vida pública del país”, como los había calificado Pérez Treviño, fueron una oportunidad para demostrar al conjunto de la familia revolucionaria lo que estaba obligada a hacer en circunstancias de adversidad política: permanecer sereno, aceptar la derrota y desparramar toneladas de retórica lisonjera. El PNR había propuesto al Congreso cuatro candidatos a presidente sustituto: Alberto Pani, Joaquín Amaro, Abelardo Rodríguez y Juan José Ríos. La oferta múltiple era en sí misma una razón para sentirse orgullosos:

el PNR —decía Pérez Treviño en otro discurso— no ha tenido necesidad de presentarse con un solo hombre; se ha presentado con un grupo; puede presentarse con un puñado de hombres, y eso significa que ya la Revolución no depende de uno ni de un reducido número de hombres. Por eso, cuando el actual mandatario arría voluntariamente su bandera de Presidente de la República, el partido de la Revolución tiene un puñado de hombres que pueden izarla decorosamente.³²⁰

La familia revolucionaria constituida en partido político contaba con un ejército de reserva inacabable de cuadros capacitados profesional y moralmente para ocupar la Presidencia. Y aunque ya la opinión se inclinaba por el general Rodríguez, todos eran por supuesto revolucionarios igualmente valiosos: el general Amaro, dijo el presidente del partido, “tiene para el concepto revolucionario, valores positivos de un mérito indiscutible”, el gran organizador del ejército nacional; el ingeniero Pani, “en otro orden de ideas, es también un hombre eficiente, preparado, de extracción puramente revolucionaria”; el general Juan José Ríos “puede considerarse como uno de los precursores de la Revolución. Hombre de conducta intachable, de una rectitud a toda prueba”.³²¹ Pérez Treviño, después de sus elogios, dijo:

³²⁰ Comentario del general Pérez Treviño a la renuncia de Ortiz Rubio. *Historia documental...*, pp. 239-240.

³²¹ *Ibid.*, pp. 240-241.

No quiero analizar por qué incidentes la Asamblea inclinó su opinión por el Gral. Abelardo Rodríguez, pero así fue y es cuestión de opinión. *No podríamos presentarlo en una situación de preeminencia sobre los demás compañeros.* Esa situación de preeminencia se la ha dado la espontánea opinión de los diputados y senadores que tienen en sus manos la resolución de este conflicto.³²²

Los mismos elogios se destinaron al presidente que salía y al que entraba; tampoco faltaron las loas al dirigente del PNR.³²³ Todos eran los nuevos héroes de la Revolución hecha gobierno: hombres desinteresados, revolucionarios inmaculados, que aceptaban la “derrota” de sus intereses personales por la victoria más amplia y generosa del régimen de la Revolución. Hombres ejemplares por su abnegación y amor a la patria mexicana que inspiraron a Luis L. León las palabras siguientes, y que nosotros usamos para rematar nuestro ensayo:

Estamos asistiendo en estos momentos a un paso definitivo de nuestro país en la senda de la vida institucional, que preconizara hace ya 4 años, el Gral. Calles. Estamos asistiendo a un espectáculo desconocido en nuestro medio político y nos sentimos emocionados, como en los momentos cálidos de una iniciación, porque estamos aprendiendo a vivir, desde el punto de vista nacional, una vida nueva.³²⁴

³²² *Ibid.*, p. 241 (subrayado propio).

³²³ Pérez Treviño, dijo Luis León, “consciente de su papel, cumpliendo con su deber, ni siquiera figuró en esa lista. Y esta conducta ejemplar de Manuel Pérez Treviño, la refiero no para enaltecerlo frente a los demás compañeros que figuraron en ese puñado de hombres que aquí se nos presentan como posibles candidatos; no para ensalzarlo delante de ustedes, porque todos ustedes lo conocen, sino para presentarlo también como gesto de abnegación, como ejemplo, a la reacción, porque la reacción en México no ha tenido ni un presidente abnegado que renuncie”, como Pascual Ortiz Rubio, ni un jefe de partido que deje a un lado el poder para cumplir con su deber”. Más adelante en el discurso, León agrega: “Aquí hemos asistido a una nueva fase de la política mexicana. Solamente ha habido elogios para esos 4 hombres genuinamente revolucionarios entre los cuales hemos de escoger al futuro Presidente de la República; lista de 4 hombres que podría ser engrosada por otros muchos, porque afortunadamente ya la Revolución tiene hombres preparados. Por eso es que no los atacamos ni los discutimos, porque queremos conservar íntegros sus valores para emplearlos en cualquier momento que la Revolución los necesite en beneficio de nuestra causa” (Discurso de Luis L. León, *Historia documental...*, pp. 245-246).

³²⁴ Discurso de Luis L. León, *Historia documental...*, p. 244.

EPÍLOGO CINCUENTA AÑOS DE EXCEPCIONALIDAD

Una característica del discurso político heredado por la Revolución, quizás la que más sobresale cuando echamos un vistazo al medido siglo transcurrido entre la consolidación del régimen y el abandono definitivo de los símbolos revolucionarios a principios de los años ochenta, es su aparente inmovilidad. En realidad el discurso fue mudando de piel, se le fueron haciendo arreglos y modificaciones para ajustarlo a una realidad política y social cambiante.

La primera urgencia era seguir ataviando a las nuevas generaciones de mexicanos con los ropajes de la Revolución. Mientras el recuerdo de la lucha armada se desvanecía en el pasado, el perfil del revolucionario, la definición del “nuevo” revolucionario, tuvo que ir adquiriendo formas verdaderamente curiosas, y hasta cómicas.

Revolucionario —nos dice Luis Echeverría al tomar protesta como presidente— es hoy el digno servidor público, el soldado leal y el dirigente íntegro; el campesino y el obrero laboriosos; el maestro, el científico, el artista y el estudiante entregados noblemente a sus faenas. También lo es el empresario nacionalista y con visión social. No lo son, en cambio, el simulador ni el soñador de revoluciones: el anarquista, el provocador o el entreguista, movidos por fuerzas e intereses extraños que conocemos bien los mexicanos.³²⁵

³²⁵ Toma de posesión, 1 de diciembre, 1970, en *Los presidentes de México ante la nación, 1821-1985. Informes, manifiestos y documentos*, México, LII legislatura de la Cámara de Diputados, 2ª ed., 1985, t. 5, p. 935.

El grupo gobernante fue incapaz de mirar con otros ojos la realidad que le rodeaba. La Revolución era una referencia imprescindible que no podía ponerse en duda. Todo debía ajustarse al lenguaje que los había llevado al poder. Mientras la sociedad mexicana mutaba aceleradamente, el discurso lo hacía con otro *tempo*, pausado y calmo, que daba la impresión de una quietud exasperante. Los dueños del poder político, enfrascados en su lenguaje, perdieron el pulso de una realidad muy dinámica y terminaron por aislarse de los grandes sectores de la clase media que se multiplicaban y prosperaban con el “milagro mexicano”. El discurso perdió contacto con una sociedad que se volvía cada vez más heterogénea y compleja. Mantenía sus lazos burocráticos tradicionales con las centrales obreras y campesinas, pero se alejaba cada vez más de un sector medio que bien poco entendía del discurso político, y, más que eso, nada le interesaba. México se urbanizó, se industrializó, se educó y vio televisión hasta el cansancio, mientras la clase gobernante continuaba hablando de su revolución, de su excepcional revolución que los había llevado al poder y seguía manteniéndolos ahí. Se hizo todo lo posible por conservar intacta la esencia del discurso, lo que definía al partido oficial y a la clase gobernante como productos legítimamente revolucionarios. No podía ser de otro modo: el lenguaje de la Revolución daba sentido a todo lo que hacían. La democracia a medias, la política corporativa, el partido hegemónico, el control de la prensa, todo podía explicarse como el producto de un México excepcional.

Hemos visto cómo a raíz de la fundación del Partido Nacional Revolucionario, la clase gobernante creó un sistema de diálogo cerrado donde se reproducía cómodamente el discurso oficial. Los hombres del poder hablaban exclusivamente entre sí. Sea como fuere, en los años treinta el lenguaje de la clase política explicaba efectivamente unas

condiciones sociales concretas; cincuenta años más tarde, sus palabras evocaban el vacío, habían perdido contacto con la realidad, no se referían ya a la experiencia cotidiana de la nueva sociedad mexicana.

La idea de la Revolución Mexicana se diluía en el océano de los libros de texto de historia patria. Su recuerdo para las nuevas generaciones se limitaba a lo aprendido en las aulas de las escuelas oficiales; se la evocaba como algo vago, inasible, como glorias pasadas, actos heroicos sin relación posible con la vida cotidiana, pero la clase política se resistía a abandonarla: mientras más notable era la vacuidad de este lenguaje legitimador, más insistentes se volvían los llamados del gobierno a que la Revolución “acelerara el paso”. Pero el abandono de la simbología revolucionaria fue inevitable. Las contradicciones con la realidad mexicana y del mundo entero eran demasiado evidentes. Si algo resulta asombroso es la larga supervivencia de un lenguaje político sin un fundamento material.

En 1982, el 1º de septiembre, la Revolución Mexicana se extingue. No sin antes, resollando en la voz de José López Portillo, ofrecer a los mexicanos su último obsequio: la nacionalización bancaria. “La Revolución se libera de temores y acelera su paso”,³²⁶ clamó ese día el presidente.

Las decisiones tomadas —López Portillo trataba de convencer al público— son expresión vital de nuestra Revolución y su voluntad de cambio. Que nadie vea en ellas influencias de extremismos políticos. Las circunstancias externas e internas, llevan una vez más al Estado a sacar de la cantera de la Constitución inspiración y fuerza para progresar por el camino de la Revolución nacional.³²⁷

¿Qué quería decir todo esto? ¿Quiénes escuchaban al presidente? López Portillo, el último mandatario que habló de la reforma agraria, el imperialismo yanqui y una

³²⁶ López Portillo, sexto informe de gobierno, en *Ibid.*, p. 763.

³²⁷ *Ibid.*, p. 765.

revolución que lo definía todo, lo hizo a unos mexicanos que no le entendían. ¿Qué podía significar para un televidente medio, que presenciaba el sexto informe de gobierno en 1982, que la nacionalización de la banca había sido hecha en nombre de la Revolución? Seguramente algo totalmente distinto a lo que significó para un radioescucha medio de 1938 la expropiación petrolera, que se hizo, también, en nombre de la Revolución.

En la década de los ochenta, el paulatino desmoronamiento de la Unión Soviética rompió el equilibrio que hacía posible la existencia de esa excepcionalidad, y la elite política mexicana, a regañadientes, se vio obligada a modificar radicalmente su discurso. Pero este cambio no fue ni fácil ni gratuito. El nuevo grupo que llega al gobierno con Miguel de la Madrid a la cabeza, era portador de otro lenguaje, otro proyecto de futuro, otra manera de legitimar la acción política y la conservación del poder. Se preparaba desde el poder un cambio profundo. Otra “revolución”, una revolución silenciosa que tendía a desarticular el complejo edificio político construido por los revolucionarios; una contrarrevolución, como la definieron las corrientes apegadas a la tradición. Las tensiones fueron insuperables y la familia revolucionaria sufrió una ruptura traumática. La hazaña iniciada en 1910 había terminado.

BIBLIOGRAFÍA

- Alessio Robles, Miguel, *Historia política de la Revolución Mexicana*, México, Universidad de Colima, 4ª ed., 1983.
- Álvarez y Álvarez, José, *Memorias de un constituyente*, México, El Nacional/Instituto Mora, 1992.
- Arendt, Hannah, *On Revolution*, Londres, Faber and Faber, 1963.
- Beer, Gabriella de, *Luis Cabrera un intelectual en la Revolución Mexicana*, trad. Ismael Pizarro y Mercedes Pizarro, México, FCE, 1984.
- Blanchard, J. M. E., “The French revolution: a political line or a language circle?”, en *Yale French Studies*, núm. 39 (Literature and Revolution), 1967, pp. 64-76.
- Camp, Roderic A., *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo XX*, trad. Eduardo Suárez, México, FCE, 1988.
- Caso, Antonio, *El problema de México y la ideología nacional*, México, Cultura, 1924.
- Carr, Barry, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, trad. Paloma Villegas, México, Era, 1996.
- Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*, México, Era, 3ª ed., 1974.
- _____, *La Revolución en crisis. La aventura del maximato*, México, Cal y Arena, 1995.
- Cosío Villegas, Daniel, “Justificación de la tirada”, en *Ensayos y notas*, México, Hermes, 1966, pp. 13-35.
- Delgado González, Arturo, *Martín Luis Guzmán y el estudio de lo mexicano*, México, SEP-Setentas, núm. 219, 1975.
- Durán, Esperanza, *Guerra y revolución. Las grandes potencias y México; 1914-1918*, México, El Colegio de México, 1985.
- Dulles, John W. F., *Ayer en México. Una crónica de la Revolución (1919-1936)*, trad. Julio Zapata, México, FCE, 6ª reimpr., 2002.
- Engels, Federico, “Prólogo de F. Engels a la tercera edición alemana (de El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte)”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, s.t., Moscú, Progreso, 1966, t. 1, pp. 231-232.
- Escalante Gonzalbo, Fernando, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana —Tratado de moral pública—*, México, El Colegio de México, 1992.
- Figes, Orlando y Boris Kolonitskii, *Interpreting the Russian Revolution. The Language and Symbols of 1917*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1999.
- Flores Magón, Ricardo, “En pos de la libertad”, en *Antología*, ed. Gonzalo Aguirre Beltrán, México, UNAM, 2ª ed., 1972, pp. 88-96.
- _____, “Discordia”, en *Antología*, ed. Gonzalo Aguirre Beltrán, México, UNAM, 2ª ed., 1972, pp. 16-23.
- _____, “Para después del triunfo”, en *Antología*, ed. Gonzalo Aguirre Beltrán, México, UNAM, 2ª ed., 1972, pp. 32-42.

- _____, “La revolución”, en *Antología*, ed. Gonzalo Aguirre Beltrán, México, UNAM, 2ª ed., 1972, pp. 25-31.
- Furet, François, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, trad. Mónica Utrilla, México, FCE, 3ª reimpr., 1999.
- _____, *Marx y la Revolución francesa*, trad. Eduardo L. Suárez, México, FCE, 1992.
- _____, *Pensar la Revolución Francesa*, trad. Arturo R. Firpo, Barcelona, Petrel, 1978.
- García, Rubén, *Anécdotas y sucesos de la Revolución*, México, Costa-Amic, 1972.
- Garciadiego, Javier, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*, México, El Colegio de México/UNAM, 1ª reimpr., 2000.
- Garrido, Luis Javier, *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México (1928-1945)*, México, Siglo Veintiuno, 1982.
- Gómez Morín, Manuel, “1915”, en *1915 y otros ensayos*, México, Jus, 1973, pp. 17-38.
- González, Luis, *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940. Los artífices del cardenismo*, núm. 14, México, El Colegio de México, 1979.
- Gueniffey, *La fuerza y el derecho. Estado, poder y legitimidad durante el siglo XVIII*, trad. Lucrecia Orensanz, México, El Colegio de México, 2004.
- Guzmán, Martín Luis, *La querrela de México y A orillas del Hudson*, México, Asociación Nacional de Libreros, 1984.
- _____, *El águila y la serpiente*, México, Porrúa, 1984.
- _____, *La sombra del caudillo*, México, Compañía General de Ediciones, 5ª ed., 1962.
- Hernández Luna, Juan, “Prólogo”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, ed. Juan Hernández Luna, México, UNAM, 1962, pp. 5-23.
- Henríquez Ureña, Pedro, “La cultura de las humanidades”, en *Estudios mexicanos*, México, FCE/SEP, 1984, pp. 249-259.
- _____, “La revolución y la cultura en México”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, ed. Juan Hernández Luna, México, UNAM, 1962, pp. 149-155.
- Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX. 1914-1991*, trad. Juan Faci et. al., Barcelona, Crítica, 2ª ed., 2001.
- Katz, Friedrich, *La guerra secreta en México. La revolución mexicana y la tormenta de la primera guerra mundial*, trad. Isabel Fraire y José Luis Hoyo, México, Era, 1982, t. 2.
- _____, *Pancho Villa*, trad. Paloma Villegas, México, Era, 1998 (dos tomos).
- Kautsky, Karl, *Parlamentarismo y democracia*, trad. Luis Delgado, ed. Heleno Saña, Madrid, Nacional, 1982.
- Kolakowski, Leszek, *Las principales corrientes del marxismo. Su nacimiento, desarrollo y disolución*, trad. Jorge Vigil, Madrid, Alianza, 2ª ed., 1985 (tres tomos).
- Krauze, Enrique, *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, México, Siglo Veintiuno/SEP, 1985.
- Mancisidor, José, *Historia de la Revolución Mexicana*, México, Editores Mexicanos Unidos, 11ª ed., 1968.
- Matute, Álvaro, *El Ateneo de México*, México, FCE, 1999.

- Marx, Carlos, “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, s.t., Moscú, Progreso, 1966, t. 1, pp. 233-328.
- _____, “La burguesía y la contrarrevolución”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, s.t., Moscú, Progreso, 1966, t. 1, pp. 51-55.
- _____, “La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, s.t., Moscú, Progreso, 1966, t. 1, pp. 125-228.
- _____, “Manifiesto del Partido Comunista”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, s.t., Moscú, Progreso, 1966, t. 1, pp. 19-50.
- _____, “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas en dos tomos*, s.t., Moscú, Progreso, 1966, t. 1, pp. 92-103.
- Meyer, Lorenzo, Rafael Segovia y Alejandra Lajous, *Historia de la Revolución Mexicana. Los inicios de la institucionalización, la política del maximato*, núm. 12, México, El Colegio de México, 1978.
- Moore, Barrington, *Pureza moral y persecución en la historia*, trad. Ignacio Hierro Grandoso, Barcelona, Paidós, 2001.
- Lenin, Vladimir, *El socialismo y la guerra. (La actitud del P. O. S. D. R. ante la guerra)*, Moscú, Progreso, s.f.
- Lukács, Gyorgy, *Revolución socialista y antiparlamentarismo*, Argentina, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 41, 1973.
- Ortega y Gasset, José, *La rebelión de la masas*, España, Planeta-Agostini, 1993.
- Ozouf, Mona, “The Revolutionary Festival: A Transfer of Sacrality”, en *The French Revolution. The Essential Readings*, ed. Ronald Schechter, Massachusetts, Blackwell, 2001, pp. 305-319.
- Palacios, Guillermo, *La idea oficial de la “Revolución Mexicana”*, Tesis, México, El Colegio de México, 1969.
- Pani, Alberto J., *Cuestiones diversas*, México, Imprenta Nacional, 1922.
- Paramio, Ludolfo, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, México, Siglo Veintiuno, 2ª ed. 1989.
- Paz, Octavio, “El laberinto de la soledad”, en *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a El laberinto de la soledad*, México, FCE, 2ª ed., 1994, pp. 7-231.
- Peláez, Gerardo, *Partido Comunista Mexicano. 60 años de historia (cronología 1919-1968)*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1980, t. 1.
- Puig Casauranc, J. M., *El sentido social del proceso histórico de México (un ensayo de interpretación)*, Buenos Aires, Tuduri, 1935.
- Reyes, Alfonso, “Pasado inmediato”, en *La X en la frente*, ed. Stella Mastrángelo, México, UNAM, 1993, pp. 181-223.
- Robertson, Priscilla, *Revolutions of 1848: a Social History* New Jersey, Princeton University Press, 1952.
- Sartori, Giovanni, *La democracia después del comunismo*, trad. María Luz Morán, Madrid, Alianza, 1993.
- Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la Revolución Mexicana. La etapa constitucionalista y la lucha de facciones*, México, FCE, 4ª ed., 1965 (dos tomos).

- Skirius, John, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, trad. Félix Blanco, México, Siglo Veintiuno, 1978.
- Tocqueville, Alexis de, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, trad. Jorge Ferreiro, México, FCE, 1ª reimpr., 1996.
- Trotsky, León, *Historia de la Revolución Rusa: Historia de Octubre*, México, Juan Pablos, 1972, t. 2.
- Ulloa, Berta, *Historia de la Revolución Mexicana; 1914-1917. La Constitución de 1917*, núm. 6, México, El Colegio de México.
- Wilkie, James y Edna Monzon, *México visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1969 (Entrevistas con Ramón Beteta, Marte R. Gómez, Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano).

DISCURSOS, CONFERENCIAS, CARTAS Y PLANES POLÍTICOS:

- Cabrera, Luis, “Carta abierta del licenciado Luis Cabrera al señor Madero”, en Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, México, Comisión para la Conmemoración del Centenario del Natalicio del General Emiliano Zapata, 1979, t. 1, pp. 110-120.
- Calles, Plutarco Elías, “Carta a De la Huerta”, en *Planes políticos y otros documentos*, ed. Manuel González Ramírez, México, FCE, 1954, pp. 256-257.
- _____, “Continuidad con la política del general Obregón”, en *Pensamiento político y social. Antología (1913-1936)*, ed. Carlos Macías, México, FCE/INEHRM, 2ª ed., 1991, pp. 72-75 (discurso del 21 de octubre de 1923).
- _____, “El nuevo ascendiente de la clase media”, en *Pensamiento político y social. Antología (1913-1936)*, ed. Carlos Macías, México, FCE/INEHRM, 2ª ed., 1991, pp. 76-80 (discurso del 26 de octubre de 1923).
- _____, “El nuevo partido reparará los errores políticos de la Revolución”, en *Pensamiento político y social. Antología (1913-1936)*, ed. Carlos Macías, México, FCE/INEHRM, 2ª ed., 1991, pp. 286-292 (declaraciones del 22 de mayo de 1929).
- _____, “El socialismo yucateco”, en *Pensamiento político y social. Antología (1913-1936)*, ed. Carlos Macías, México, FCE/INEHRM, 2ª ed., 1991, pp. 55-56 (discurso del 20 de febrero de 1921).
- _____, “La clase media depona su abulia”, en *Pensamiento político y social. Antología (1913-1936)*, ed. Carlos Macías, México, FCE/INEHRM, 2ª ed., 1991, pp. 102-107 (entrevista del 18 de abril de 1924).
- _____, “Las llamadas leyes de extranjería”, en *Pensamiento político y social. Antología (1913-1936)*, ed. Carlos Macías, México, FCE/INEHRM, 2ª ed., 1991, pp. 170-175 (entrevista del 7 de febrero de 1926).
- Carranza, Venustiano, “Adiciones al Plan de Guadalupe de 12 de diciembre de 1914 y decretos dictados conforme a las mismas”, en Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana. La etapa constitucionalista y la lucha de facciones*, México, FCE, 4ª ed., 1965, t. 2, pp. 160-167.

- _____, “Dos discursos en que Carranza esboza su doctrina revolucionaria”, en Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana. La etapa constitucionalista y la lucha de facciones*, México, FCE, 4ª ed. 1965, t. 2, pp. 225-233.
- _____, “Nuevas perspectivas para la patria”, en *50 discursos doctrinales en el Congreso Constituyente de la Revolución Mexicana, 1916-1917*, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Querétaro, 1992, pp. 351-352.
- _____, “Un discurso trascendental del señor Carranza, en el Ayuntamiento de Hermosillo, Sonora”, en Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana. La etapa constitucionalista y la lucha de facciones*, México, FCE, 4ª ed. 1965, t. 2, pp. 51-55.
- Convocatoria a las agrupaciones revolucionarias de la República, en *Historia documental del partido de Revolución*, México, ICAP, 1981, t. 1, pp. 49-56.
- Cravioto, Alfonso, “Defensa de los ‘renovadores’”, en *50 discursos doctrinales en el Congreso Constituyente de la Revolución Mexicana, 1916-1917*, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Querétaro, 1992, pp. 31-42.
- _____, “El artículo 3º”, en *50 discursos doctrinales en el Congreso Constituyente de la Revolución Mexicana, 1916-1917*, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Querétaro, 1992, pp. 86-97.
- Estrada, Roque, Carta del 26 de junio de 1911 a Madero, en Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, México, Comisión para la Conmemoración del Centenario del Natalicio del General Emiliano Zapata, 1979, t. 1, pp. 173-175.
- Huerta, Adolfo de la, “Manifiesto revolucionario de don Adolfo de la Huerta”, en *Planes políticos y otros documentos*, ed. Manuel González Ramírez, México, FCE, 1954, pp. 266-269.
- León, Luis L., Discurso ante la Convención del PNR, marzo de 1929, en *Historia documental del partido de Revolución*, México, ICAP, 1981, t. 1, pp. 94-97.
- _____, Discurso tras la renuncia del presidente Ortiz, en *Historia documental del partido de Revolución*, México, ICAP, 1981, t. 1, pp. 244-247.
- López Portillo, José, *A todos les pido que participen ahora y siempre*, México, PRI, s.f. Discurso de toma de protesta como presidente constitucional de México (1º de diciembre de 1976).
- _____, *Tenemos un camino*, México, PRI, s.f. Discurso de toma de protesta como candidato presidencial del PRI (5 de octubre de 1975)
- Madero, Francisco I., Manifiesto que disuelve al Partido Nacional Antirreeleccionista y crea el Partido Constitucional Progresista, 9 de julio de 1911, en Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, México, Comisión para la Conmemoración del Centenario del Natalicio del General Emiliano Zapata, 1979, t. 1, pp. 177-178.
- Medina, Hilario, “Nuevas perspectivas para la patria”, en *50 discursos doctrinales en el Congreso Constituyente de la Revolución Mexicana, 1916-1917*, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Querétaro, 1992, pp. 353-357.
- Múgica, Francisco J., “El artículo 3º”, en *50 discursos doctrinales en el Congreso Constituyente de la Revolución Mexicana, 1916-1917*, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Querétaro, 1992, pp. 64-67.

- Pérez Treviño, Manuel, Discurso ante la Convención del PNR, 3 de marzo de 1929, en *Historia documental del partido de Revolución*, México, ICAP, 1981, t. 1, pp. 106-108.
- _____, Discurso ante la Convención, 1º de marzo de 1929, en *Historia documental del partido de Revolución*, México, ICAP, 1981, t. 1, pp. 90-94.
- _____, Discurso del presidente del PNR, general Pérez Treviño, el 3 de septiembre de 1932, en *Historia documental del partido de Revolución*, México, ICAP, 1981, t. 1, pp. 232-234.
- _____, Comentario del general Pérez Treviño tras la renuncia del presidente Ortiz, en *Historia documental del partido de Revolución*, México, ICAP, 1981, t. 1, pp. 237-241.
- Plan de Agua Prieta, en *Planes políticos y otros documentos*, ed. Manuel González Ramírez, México, FCE, 1954, pp. 251-261.
- Plan de San Luis Potosí, en *Planes políticos y otros documentos*, ed. Manuel González Ramírez, México, FCE, 1954, pp. 33-41.
- Portes Gil, Emilio, “Nuevo sentido de la política”, discurso del presidente del PNR, Portes Gil, el 27 de mayo de 1930, en *Historia documental del partido de Revolución*, México, ICAP, 1981, t. 1, pp. 150-158.
- Ramos Praslow, Ignacio, “El artículo 3º”, en *50 discursos doctrinales en el Congreso Constituyente de la Revolución Mexicana, 1916-1917*, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Querétaro, 1992, pp. 101-102.
- Rodríguez, Abelardo, Carta a Escobar del 4 de febrero de 1929, en *Planes políticos y otros documentos*, ed. Manuel González Ramírez, México, FCE, 1954, pp. 309-310.
- _____, Carta a Manzo del 3 de febrero de 1929, en *Planes políticos y otros documentos*, ed. Manuel González Ramírez, México, FCE, 1954, pp. 304-306.
- _____, Carta a Topete del 29 de enero de 1929, en *Planes políticos y otros documentos*, ed. Manuel González Ramírez, México, FCE, 1954, pp. 303-304.
- Rojas, Luis Manuel, “El artículo 3º”, en *50 discursos doctrinales en el Congreso Constituyente de la Revolución Mexicana, 1916-1917*, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Querétaro, 1992, pp. 67-86.
- Vasconcelos, Declaraciones del 7 de marzo de 1929 con respecto al levantamiento de Escobar, en *Planes políticos y otros documentos*, ed. Manuel González Ramírez, México, FCE, 1954, pp. 311-312.
- Vasconcelos, “Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, ed. Juan Hernández Luna, México, UNAM, 1962, pp. 97-138 (conferencia del 12 de septiembre de 1910).
- Ugarte, Gerzayn, “Unidad revolucionaria”, en *50 discursos doctrinales en el Congreso Constituyente de la Revolución Mexicana, 1916-1917*, México, INEHRM/Gobierno del Estado de Querétaro, 1992, pp. 343-345.
- Zapata, Emiliano, “Manifiesto de Emiliano Zapata a la nación”, en Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana. La etapa constitucionalista y la lucha de facciones*, México, FCE, 4ª ed. 1965, t. 2, pp. 96-103 (documento de octubre de 1913).